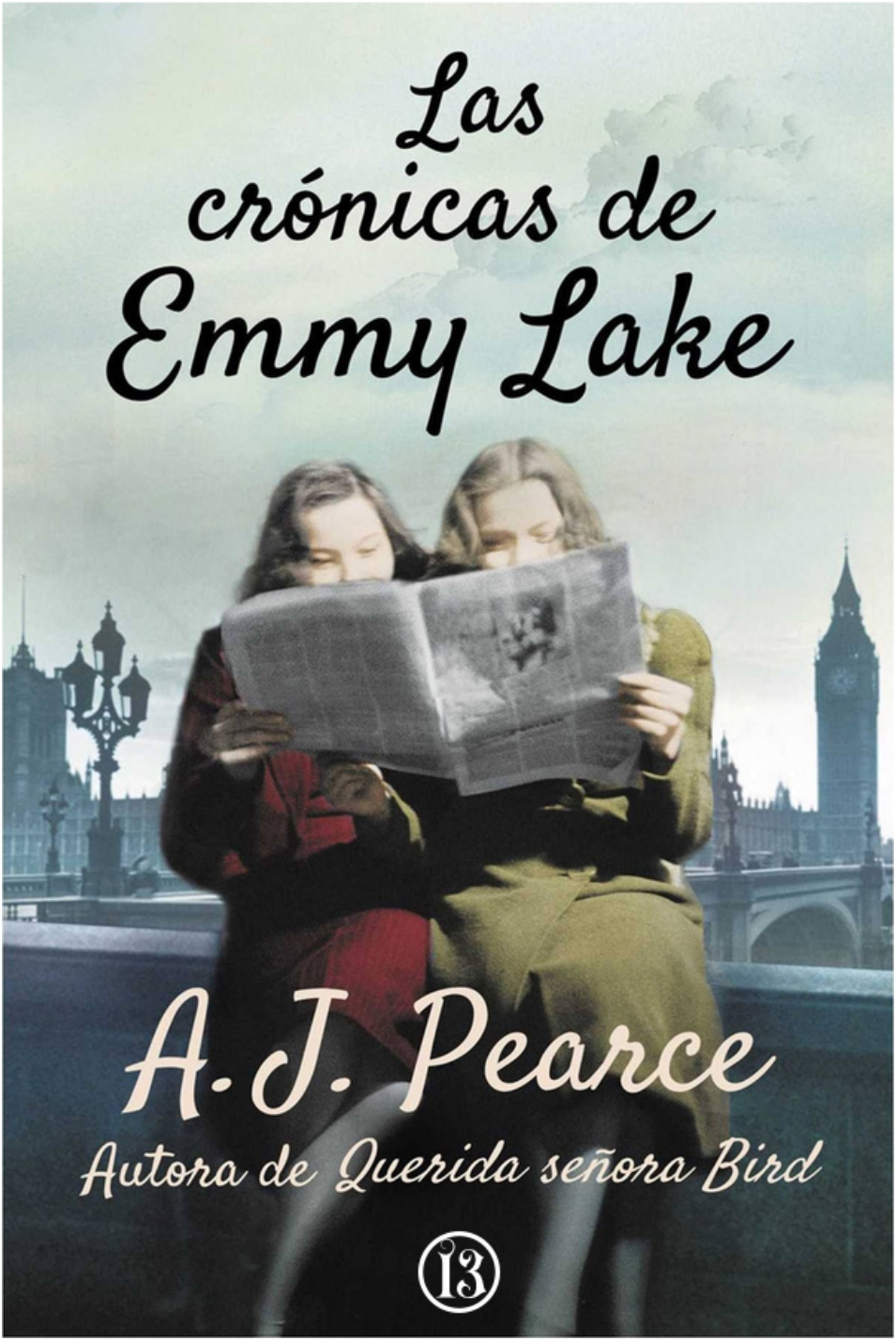
Las crónicas de Emmy Lake



A. J. Pearce

Autora de Querida señora Bird

13

Londres, noviembre de 1941. Tras la salida de la formidable Henrietta Bird de la revista Woman's Friend, las cosas están mejorando para Emmeline Lake mientras asume el desafío de convertirse en una joven columnista de consejos en tiempos de guerra. Su relación con su novio Charles va viento en popa, mientras que Bunty, su mejor amiga, todavía se recupera de las secuelas de los bombardeos alemanes en territorio inglés, procurando mirar valientemente hacia el futuro.

Cuando el Ministerio de Información pide a las revistas de Gran Bretaña que ayuden a reclutar a mujeres trabajadoras como soporte en la contienda bélica, Emmy decide dar un paso al frente y ayudar. Sin embargo, ella y Bunty conocerán a una joven que les mostrará los desafíos reales a los que se enfrentan las trabajadoras de guerra y Emmy deberá abordar el dilema de si cumplir con su deber profesional o bien apoyar con sus amigas, algo que cambiará su vida para siempre.

A. J. Pearce

Las crónicas de Emmy Lake

Las crónicas de Emmy Lake
2

INSURGENTES

Título original: *Yours Cheefully*
A. J. Pearce, 2021
Traducción: María Enguix, 2022

-

Revisión: 1.0

21/06/2022

Para mis amigos,
el corazón y el alma de Emmy y Bunty

Felicitaciones

Carta a la revista Mujer, 12 de septiembre de 1942

¿He de felicitar a todas las mujeres casadas que dedican hoy su tiempo al esfuerzo bélico toda vez que siguen ocupándose de las tareas del hogar?

Mi esposa y mi hija están lejos de casa, y cada tarde, cuando vuelvo del trabajo, tengo que lavar, cocinar, fregar, barrer y hacer todas las tareas domésticas que suelen ser competencia de mi mujer. En mi más absoluto aislamiento me maravilla el espíritu de esas increíbles mujeres que son capaces de desempeñar todos los deberes domésticos semana tras semana, además de trabajar para la guerra, y siguen conservando un aspecto fresco y jovial.

Sinceramente, nunca tantas personas hicieron tanto a cambio de tan escaso reconocimiento.

J. L. (SYDENHAM).

LONDRES
Finales de mayo de 1941

1

Cuando el señor Collins dio comienzo a la reunión del equipo editorial de *La Amiga de la Mujer*, cualquier observador atento habría dicho que aquella era una mañana de lunes como otra cualquiera en la redacción. Kathleen había repartido el orden del día, todos los miembros de la plantilla tenían una carpeta repleta de notas y, como de costumbre, la señora Bussell había subido el té a la quinta planta pese a que las escaleras hacían estragos en su impredecible pierna.

—¿Se puede saber qué están mirando todos? —preguntó el señor Collins. Observó su chaleco—. ¿Tengo algo en la corbata? Llevo semanas sin ver un huevo frito.

La plantilla de *La Amiga de la Mujer* al completo prorrumpió en aplausos.

—¡Felicidades! —dijimos Kathleen y yo al unísono.

—¡Bravo! —exclamó el señor Newton, como si Hitler acabara de morder el polvo.

El señor Collins seguía perplejo.

—¿Hola? —dijo como si estuviera bregando con una conexión telefónica que dejara mucho que desear.

La señora Mahoney le dio una cariñosa palmadita en el brazo mientras decía:

—Buen trabajo. Estamos todos encantados.

—Magníficas noticias —apuntó el señor Brand con su voz queda.

El señor Collins seguía sin enterarse.

—¡Por ser nuestro nuevo editor! —intervine.

—¡Ah, eso! —dijo con cierta timidez—. Pues sí. Gracias a todos. Me ha pillado por sorpresa. Nunca pensé que fuera lo mío.

—No sea usted bobo —respondió la señora Mahoney—. Con

todos mis respetos —añadió rápidamente, recordando el importantísimo puesto recién estrenado del señor Collins.

—Pierda cuidado —repuso él con una sonrisa—. Todo seguirá igual. Como la señora Bird apenas pisaba la oficina, casi no notarán la diferencia. Aunque, bien mirado, espero que sí, un poco.

Hizo una pausa y me echó una miradita de reojo. Al fin y al cabo, solo era mi tercer día de prueba.

—De momento no hay queja —sonrió—, aunque queda mucho tiempo por delante para que ocurra una catástrofe, por supuesto. No se apure, señor Newton, solo era una broma.

El señor Newton, nuestro jefe de publicidad, había empalidecido. Era muy bueno en lo suyo, pero tendía a quedarse en el lado pesimista de la vida.

Me puse colorada. Mis primeros seis meses en la revista no habían resultado exactamente como esperaba por culpa de lo que mi madre llamaba «algunos desafortunados percances que habían sido inevitables». Una descripción muy generosa por su parte, pero no del todo cierta, como constató mi padre en aquel momento.

—No quisiera pecar de descortés, Elizabeth, pero creo que la señora Bird podría ser de la opinión de que el «desafortunado percance» fue la propia Emmy, sin ir más lejos —había dicho.

Y no iba muy desencaminado.

La señora Henrietta Bird había sido la consejera sentimental más veterana y la editora interina de *La Amiga de la Mujer*, y una parte de mi trabajo como nueva aprendiz había consistido en abrir las cartas de las lectoras para que ella pudiera responder a sus problemas. Al principio me pareció sencillo, pero lo cierto es que me costó aceptar los consejos de la señora Bird, porque tenía un enfoque tirando más bien al de Atila, rey de los hunos. Poco importaba que desde el inicio de la guerra muchas de nuestras lectoras hubieran vivido momentos trágicos; la amabilidad rara vez era la primera parada de la señora Bird.

No se podría decir que congeniáramos precisamente.

El señor Collins, por su parte, había actuado con el mayor de los decoros, y me entusiasmaba la idea de que en lo sucesivo tomara el relevo.

—Gracias por sus afectuosas palabras —dijo—. Si bien prometo que haré lo posible por darle un buen impulso al trabajo de editor,

me temo que tenemos un problemilla ahora que la señora Bird nos ha dejado por *Cariado y Mascotas*.

La atmósfera festiva desapareció en un santiamén. La amenaza de una página en blanco era impensable. Sin embargo, el señor Collins aparentaba una calma reconfortante.

—Está claro que necesitamos una nueva «Henrietta al habla» —prosiguió—. Me hago cargo de la urgencia, pero quizá debiéramos aprovechar la oportunidad para encontrar a alguien que no se dedique a aterrorizar a las lectoras.

Todo el mundo asintió.

Yo dije «Desde luego», y Kathleen me secundó con un «Nada más cierto»; a continuación, el señor Newton aprovechó el momento para decir con voz grave «Hay una guerra en marcha», como si alguno de los presentes todavía no hubiese caído en la cuenta.

—He estado calibrando si podríamos contratar a alguien de las otras revistas —dijo el señor Collins—, pero, francamente, no podemos permitírnoslo. Por eso me gustaría saber quién creen que podría desempeñar el trabajo. ¿Uno de nuestros colaboradores actuales? La enfermera McClay, pongamos por caso.

La enfermera McClay estaba a cargo del «Club de Madres y Bebés» y su enfoque era similar al de la señora Bird, solo que con una jeringuilla.

—Está hasta arriba de trabajo con los consejos sobre bebés —dijo Kathleen.

—Y les mete el miedo en el cuerpo a las madres —añadió la señora Mahoney, menos diplomáticamente.

Kath asintió.

—Eso es verdad —convino—. La enfermera McClay me dijo una vez que, después de cumplir cinco años, los niños se sensibilizan o se vuelven idiotas de remate. Si para entonces no los has corregido, no hay mucho más que puedas hacer al respecto, así que más vale que los dejes en la cuneta.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó el señor Collins—. Quizás a *Ganado y Mascotas* no le vendría mal una enfermera.

—La señora Croft es muy amable —dijo de nuestra redactora de cocina el señor Brand—. Aunque «¿Qué hay en la cazuela?» le quita tiempo.

—Y su esposo no anda bien de salud —dijo Kath—. Ya tiene

bastante con lo que tiene.

—Bien, no queremos cargarla más, desde luego —dijo el señor Collins. Para ser alguien que decía entender mejor los libros que a las personas, estaba siendo enormemente compasivo.

—Seguro que podemos encontrar a una nueva consejera —dijo la señora Mahoney, que se encargaba de Producción y era famosa por su pragmatismo—. No es difícil si sabes lo que haces. Con un poco de orientación y algo de empatía, la mayoría de las lectoras se animarán. —Miró alrededor de la mesa—. Podría hacerlo usted mismo, señor Collins, si no fuera porque es un hombre.

—¡Ah! —dijo el señor Collins, acusando el golpe con calma—. Ya lo siento, señora Mahoney. Es un defecto que todos debemos intentar sobrellevar.

La señora Mahoney lo miró con comprensión.

—No es culpa suya —dijo generosamente, y como si existiera la posibilidad de que pudiera ser su culpa—. A las mujeres se les da mejor ser serviciales, eso es todo. Mire a Hitler. No ayudó a nadie que no fuera él. Ya me gustaría haberlo visto criando a cuatro hijas él solito y teniendo que buscarles un buen partido. Eso le habría cerrado el pico.

El señor Collins permaneció callado un momento, se dio un golpecito en los dientes con el extremo de la estilográfica y la miró sonriendo. Al principio pensé que era porque la señora Mahoney había descubierto un plan para detener al dictador más aborrecible del mundo, algo en lo que todos los líderes europeos habían fracasado hasta ese momento, pero resultó que sus palabras le habían dado una idea.

—Señora Mahoney, está usted en lo cierto, como de costumbre. De hecho, no sé cómo no se me ha ocurrido antes. La respuesta está justo delante de nuestras narices.

La señora Mahoney frunció el ceño.

—Mírese: tiene cuatro hijas, todas ellas unas mujercitas excelentes, felices con su vida, tras haber recibido el mejor sostén que uno puede concebir cuando está creciendo. ¿Qué mejor requisito que ese? Sus consejos serán mejores que los de cualquier otra persona. ¿Qué les parece? Lo veo claro como el agua: «La señora Mahoney al habla».

Ella parecía horrorizada.

—Pero yo soy Producción. No escribo. Organizo. Me gusta organizar. No me gusta escribir.

El señor Collins puso cara de pena.

—¿Ni siquiera para echar una mano? —preguntó entristecido.

Aunque la señora Mahoney besaba el suelo que pisaba el señor Collins, no era ninguna ingenua. Mujer experimentada y muy respetada, ya en la cincuentena, era tan aguda como una aguja y olía de lejos cuando le tendían una trampa.

—Ni siquiera si abre los ojos como platos y me da jabón como un buen chico —respondió, como si no fuera su jefe, sino un yerno avieso que intentaba llevarla al huerto.

—Tengo una idea —intervino Kathleen.

—¿Lo ven? —dijo la señora Mahoney antes de que Kath pudiera articular una sola palabra más.

—¿Y Emmy? —preguntó Kath—. ¿Y si se encargara ella de la redacción? Para la señora Mahoney, quiero decir —añadió rápidamente mientras el resto la miraba como si hubiera perdido la cabeza. Después de todo, había sido culpa mía que la señora Bird decidiera marcharse; hubiera preferido que me despidieran a la luz de los «desafortunados percances».

Pero Kath era una persona de una sensatez pasmosa y vi claramente que los demás le concedían el beneficio de la duda.

—Emmy podría abrir las cartas como hacía antes para la señora Bird y luego pedirle consejo a la señora Mahoney y pasarlo todo a máquina —prosiguió Kath volviéndose hacia la jefa de Producción, cuyos ojos se habían abierto más que los del señor Collins—. Señora Mahoney, usted no tendría que escribir nada; solo tendría que decirle a Emmy qué aconsejaría en cada caso particular y a continuación comprobar lo que ella ha escrito, para dar su visto bueno. Sería un bombazo. Algo cariñoso y jovial. Como cuando recibes una carta de alguien en quien confías plenamente. Un verdadero cambio con respecto a lo que teníamos antes. Podríamos llamarlo «Su servidora, la señora Mahoney».

Mi amiga había conseguido que sonara maravillosamente sencillo. Todo el mundo aguardaba mientras la señora Mahoney sopesaba la idea, y Kath adoptó la cara más esperanzada imaginable. Rechazar su propuesta habría sido como lastimar a un gatito. Y la señora Mahoney no era de las que lastimaban a gatitos.

—Bueno, dicho así… Pero no quiero que figuren ni mi nombre ni mi foto. Eso no me haría ninguna gracia.

Prácticamente, todas las revistas tenían una foto de su columnista asesor.

El señor Collins intervino.

—Desde luego que no, si eso es lo que desea. Podemos dibujar un perfil.

La señora Mahoney se mostró vacilante y se llevó una mano a la cara.

—Y podemos llamarlo de otra forma —dijo—. Como usted quiera. Podríamos intentarlo a modo de prueba; en caso de que no le convenza, buscaremos a otra persona.

El señor Collins se encogió de hombros para añadir un toque de despreocupación que casi me hizo reír. Comprendí que se moría de ganas de que aceptara la propuesta.

Yo no me atrevía a pronunciar palabra. La idea de Kath me encantaba.

La señora Mahoney era exactamente la clase de persona a la que uno recurriría si se hallara en un aprieto. Y yo deseaba más que nada en el mundo volver a formar parte de la «Página de problemas».

Crucé los dedos con fuerza debajo de la mesa. Había leído cartas de sobra como para saber que las lectoras necesitaban mucha ayuda. Aunque los bombardeos habían cesado recientemente y nuestras lectoras no pasaban tanto tiempo en los refugios antiaéreos, la vida no era coser y cantar, y, de hecho, para la mayoría de la población seguía siendo muy dura. Si la señora Mahoney estaba dispuesta a responder a las cartas de las lectoras, *Lo Amigo de lo Mujer* podría hacer verdadero honor a su nombre.

La señora Mahoney respiró hondo.

—Bien —dijo pausadamente—, si de verdad piensan que eso ayudará…

—Ni se imagina cuánto —dijo el señor Collins, tomándolo como un sí firme—. Muchas gracias, señora Mahoney. Me ha alegrado el día, y me parece que el de todo el mundo, incluido, si me lo permiten, el de la señorita Emmy.

Me lanzó una mirada socarrona.

—¿Qué le parece colaborar con la señora Mahoney? —me

preguntó—. Con todo en regla.

El señor Collins pronunció esto último tan campante, como si nada, pero yo era consciente de que tenía la oportunidad de probarme a mí misma, de demostrar que, tras mi más que tambaleante comienzo en *La Amiga de la Mujer*, era capaz de dar lo mejor de mí misma. Había metido la pata con «Henrietta al habla», pero ahora se me presentaba una verdadera oportunidad para redimirme.

—Me encantaría —dije volviéndome hacia la señora Mahoney—. Si está segura de que no le importa.

La señora Mahoney me dedicó una sonrisa alentadora, pero levantó un dedo en señal de advertencia.

—Pero nada de travesuras… ni de inventarse respuestas por su cuenta. Trabajaremos en equipo. —Se volvió hacia el señor Collins —. Emmy ya está muy ocupada actualmente. Si fuera necesario, ¿podría trabajar más horas?

Era una buena pregunta. Me había incorporado a la revista como aprendiz a tiempo parcial, lo que compaginaba con mi puesto voluntario de telefonista para el Servicio de Bomberos, donde trabajaba por turnos. En *La Amiga de la Mujer* siempre había trabajado más horas que las oficialmente estipuladas, porque éramos un equipo pequeño y todo el mundo tenía que arrimar el hombro. A mí no me importaba lo más mínimo. Tenía ganas de aprender.

Sin embargo, escribir los consejos de la señora Mahoney en vez de dedicarme a abrir las cartas únicamente, como había hecho para la señora Bird, me llevaría más tiempo, sin duda.

Ambas miramos al señor Collins.

—Muy bien visto —dijo—. ¿Puede dedicarnos más tiempo, Emmy? No quisiera que el capitán nos acusara de robarle el tiempo que dedica a la estación.

—Estoy segura de que al capitán Davies no le importará —contesté rápidamente.

—Excelente —dijo el señor Collins—. Señora Mahoney, ¿le parece todo correcto?

La señora Mahoney frunció los labios y se quedó pensativa.

—Sí, señor Collins. Todo correcto. Pero esto no debe interponerse en mi trabajo de producción. ¿Qué le parece, señor

Brand?

Nuestro director de Arte, el señor Brand, trabajaba codo con codo con la señora Mahoney. Siempre más cómodo con las imágenes que con las palabras, durante la reunión se había dedicado a dibujar en silencio, como de costumbre, un poco ensimismado en su propio mundo.

—Estoy a favor, señora Mahoney —dijo amablemente. Luego repitió las palabras de Kath—. «Algo cariñoso y jovial, como cuando recibes una carta de alguien de confianza». Pero sin poner su nombre, claro. —Miró su cuaderno de bocetos y lo levantó para que todos viéramos un dibujo—. Solo es una primera idea, pero algo así podría quedar bien.

Era una ilustración muy simple, apenas unos trazos de lápiz que mostraban el perfil de una mujer, claramente la señora Mahoney, sentada a un escritorio leyendo una carta. El señor Brand había añadido un título a la página en una letra grande y amable.

Su jovial servidora…
***La Amiga de la Mujer* está aquí para ayudar**

Todo el mundo lo miró a él primero y luego al señor Collins.

—Es perfecto, señor Brand —dijo este sonriendo—. Como es su costumbre, lo ha resumido hermosamente.

El nuevo editor miró a la señora Mahoney y luego a mí.

—Brindo por nuestra nueva página de problemas —anunció antes de que la señora Mahoney pudiera replanteárselo—. Estoy muy contento, la verdad. Es más, tenemos que celebrarlo. ¿Puede alguien ir a buscar unos bollos?

Se metió la mano en el bolsillo y sacó media corona.

Todos estábamos muy animados.

—Señoras, señores, buen trabajo —dijo el señor Collins por encima del bullicio—. «Su jovial servidora». Lo tenemos.

LONDRES
Cuatro meses después

1
Tenemos que aportar nuestro granito de arena

Faltaban dos minutos para las nueve de una templada mañana de finales de septiembre y el señor Collins corría el peligro de llegar puntual. El equipo de redacción al completo se miró con cierto asombro al oír las puertas de la oficina de *La Amiga de la Mujer* abrirse con estrépito y a nuestro editor recorrer con paso firme el pasillo mientras silbaba una alegre pieza de *big band* que nos pilló a todos por sorpresa.

—¡Santo cielo! —exclamó la señora Mahoney mirándose el reloj de pulsera.

—Esto sí que es raro —dijo Kathleen.

—Puede que haya ocurrido alguna desgracia —apuntó el señor Newton, con el semblante simultáneamente afligido y extasiado ante sus propios lúgubres pensamientos.

—Buenos días —saludó el señor Collins mientras entraba en la sala de los periodistas como si la puntualidad fuera algo perfectamente normal en él y ocurriera todo el tiempo, o incluso siempre—. ¿Todo en orden, quiero creer?

Asentimos y articulamos un colectivo «Sí, gracias», aunque emitido débilmente ante el impacto de su puntualidad.

—No son ni las nueve de la mañana —dije—. Señor Collins, usted nunca llega antes de las nueve.

El señor Collins se rio, dijo «calumnias», se quitó el sombrero y la chaqueta, y se sentó a la cabecera de la mesa. En los cuatro meses que llevaba al frente de la revista, nunca había conseguido llegar antes de las nueve y cuarto, como pronto.

—Mucho trabajo —dijo alegremente—. No me digan que eso son Peek Frean. La señora Bussell se ha superado a sí misma.

Se sirvió una galleta partida.

—La señora Bussell siente debilidad por usted, señor Collins —dijo la señora Mahoney, mostrándose un pelín desleal con nuestra mujer del té, básicamente porque ella misma sentía debilidad por él, aunque habría preferido morir antes que reconocerlo.

—Muy agradecido —dijo el señor Collins con la boca llena y sin aclararnos si se\refería a la galleta o a la revelación del fervor de la señora Bussell—. ¿Qué les parece si empezamos?

Kathleen le entregó el orden del día: cada semana era el mismo.

—Gracias, señorita Knighton. «Patrones y Moda», por favor.

Kathleen estaba ansiosa por empezar y nos puso al día con gran meticulosidad, como siempre. Kath era claramente la persona más inteligente que había conocido, aunque ella lo negara con rotundidad, y compartíamos una sólida amistad. Me hizo mucha ilusión que el señor Collins la ascendiera a subeditora jefe. Ahora estaba a cargo de todos los colaboradores que enviaban patrones y artículos, y además debía supervisar a Hester, nuestra nueva aprendiz.

Hester era una chica de quince años, bondadosa y de rostro pálido, que acababa de terminar sus estudios y era propensa a los ataques de risa. Kath le estaba enseñando, con escaso éxito, que trabajar en una revista no era lo mismo que participar en una comedia de Cary Grant y que, por el contrario, implicaba mantener la calma durante casi todo el tiempo.

Como resultado, Hester mejoraba, pero todavía alternaba entre tomarse las cosas «muy muy en serio» y partirse de risa a las primeras de cambio. Ponía todo su empeño y, como decía la señora Mahoney, no era culpa suya que la hubieran bendecido con unos «pulmones escandalosos».

Hester empezó a tomar notas mientras Kath enumeraba rápidamente las novedades de la sección de moda de los próximos dos números. Como casi todo estaba sometido al racionamiento, se había vuelto una experta en conseguir que los cupones duraran mucho.

—Tenemos diez maneras de actualizar un viejo sombrero y un jersey de hombre de forma más que fácil y sin salirte apenas de un punto básico —dijo Kath con sus sinceros ojos verdes—. Muchas lectoras han escrito diciendo que les gusta el artículo sobre los

abrigos de talla grande, y la señora Stevens ha ideado un patrón maravilloso para un sostén de punto utilizando hilo que no está incluido en el racionamiento. Sinceramente, señor Collins, a la gente le quitará el aliento.

—Ya veo —dijo el señor Collins, que solía inhibirse con las prendas de punto.

—¡Sí! —exclamó Kath con fervor, pensando que el señor Collins compartía su regocijo—. Eso animará a todo el mundo.

Se hizo un largo silencio.

—Correcto —dijo el señor Collins.

El señor Newton, que había clavado los ojos en su taza de té desde que Kath había pronunciado la palabra «sostén», parecía afligido.

—La enfermera McClay ha recibido montones de cartas preguntándole cuántos cupones se necesitan para los sostenes de maternidad —dijo la señora Mahoney, cosa que no ayudó mucho—. Solo lo comento por si el señor Newton pudiera conseguir algunos publicistas al respecto.

Al señor Newton no pareció hacerle la menor gracia, pero asintió levemente.

Hester contribuyó con una de sus caprichosas carcajadas.

—Gracias, señora Mahoney —dijo el señor Collins—. No es necesario explayarse más. No me cabe duda de que el señor Newton está al corriente. Padre de tres niños y todo eso.

Para ser hombres que trabajaban en una revista de mujeres, ambos eran incompetentes en cualquier tema que tuviera que ver con lo que ellos llamaban «esa clase de cosas».

La señora Mahoney soltó un pequeño bufido.

—En mi opinión no deberían necesitar cupones. Ser madre en tiempos de guerra no es precisamente jauja. Imagínese cómo se sentiría si tuviera un bebé que necesita comer, pero se ve atrapado en el andén del metro, en pleno ataque aéreo. —Miró a los hombres de la sala como si fueran enteramente responsables.

—Gracias, señora Mahoney —dijo el señor Collins—. Me temo que no puedo imaginarlo, pero intentaré recordarlo la próxima vez que cambie de metro en King's *Cross*. Gracias por plantear la cuestión. Ahora bien, si ya hemos cubierto el asunto de la ropa interior, ¿podemos pasar a otra cosa? Las lectoras. ¿Sería tan

amable, señorita Lake?

—Bien —comencé—, nos han llegado toneladas de cartas a «Su jovial servidora», incluidas las de un montón de personas que escriben para decir que se sienten increíblemente agradecidas por los consejos sobre «una abuela difícil». No es pan comido seguir uno a uno todos los problemas, pero vamos tirando.

Aunque me preguntaba si no sería buena idea imprimir algunos folletos con consejos, y así poder echar una mano. Sería más rápido que responder individualmente a todas las cartas.

—Estoy completamente de acuerdo —me apoyó la señora Mahoney—. Caballeros, no se imaginan los apuros que pasan nuestras lectoras. Emmy ha confeccionado una lista muy útil con las preguntas más frecuentes.

Sonreí agradecida y me puse a repasar mis planes. A pesar de su reticencia inicial a ocuparse de la página de problemas, la señora Mahoney pronto llegó a considerar al público lector de *La Amiga de la Mujer* como una familia ampliada a la que debíamos guiar a través de los desafíos que suponían crecer, establecerse y enfrentarse a la edad madura, todo ello con la posibilidad tan real en aquellos días de que en cualquier momento se tuviera que afrontar la muerte o la pérdida de un ser querido.

Casi desde el inicio de «Su jovial servidora», sus consejos apaciguadores y realistas habían funcionado. Cuantas más cartas contestábamos, más recibíamos. Al mismo tiempo, empezó a enseñarme a mí también. Muchas de las preocupaciones que las lectoras nos contaban resurgían una y otra vez, y yo había aprendido de las respuestas de la señora Mahoney a cada una de ellas. Poco a poco, yo misma iba encargándome cada vez más de la página de problemas, hasta el punto de que ahora, cientos de cartas después, me dedicaba a escribir gran parte de los consejos por mi cuenta. La señora Mahoney daba su visto bueno final a todo y yo seguía pidiéndole consejo sobre las cuestiones más peliagudas, pero, después de haber colaborado juntas en casi veinte números, «Su jovial servidora» era prácticamente mía a estas alturas.

—Emmy —me dijo un día, cuando ya llevábamos varias semanas colaborando juntas—, puede que sea joven, pero se preocupa por las lectoras. No subestime la importancia que eso tiene. Preocuparse por hacer las cosas bien vale su peso en oro.

Era una de las cosas más bonitas que me habían dicho en mi vida y me tocó la fibra sensible. Sí, me preocupaba mucho por ellas.

Cuando soñaba con ser una «dama corresponsal de guerra», pensé que el trabajo implicaría perseguir historias de políticos o informar sobre acontecimientos que cambiasen el mundo. No me había planteado que existiera un trabajo igual de importante en el frente interno. Puede que no me arrastrara por áreas bombardeadas ni me moviera de incógnito para conseguir una exclusiva trascendental, pero intentaba aportar mi granito de arena en *La Amiga de la Mujer* y sabía que estábamos haciendo algo por lo que merecía la pena esmerarse.

En el pasado ponía especial esmero en contarle a la gente que yo era voluntaria en la estación de bomberos cuatro noches a la semana, y le quitaba importancia al trabajo en la revista. Trabajar de voluntaria en el Servicio Nacional de Bomberos me parecía la mayor contribución a la causa, pero ahora también estaba orgullosa de lo que hacía durante mi trabajo diurno.

—Eso es todo en lo que respecta a «Su jovial servidora» —concluí, complacida porque el señor Collins había dicho que, si la escasez de papel nos lo permitía, mis folletos con consejos parecían una idea que merecía la pena probar.

A continuación, el señor Collins leyó las novedades de otros colaboradores. La señora Croft, de «¿Qué hay en la cazuela?», había recibido múltiples cartas después de publicar «Cinco nuevas recetas con abadejo», mientras que el señor Trevin, responsable de los horóscopos, iba lamentablemente retrasado con el calendario porque se había caído y se había roto la muñeca.

—Tendría que haberlo previsto —dijo el señor Collins.

Hester rio entre dientes y fue recompensada con una sonrisita de nuestro editor, que yo sabía que le alegraría la semana entera.

—He de decir —continuó— que las cosas están yendo muy bien, aparte, claro está, de que nos veremos en un apuro cuando Kathleen se marche. Tengo que reconocerles que ni siquiera he sido capaz de contemplar la posibilidad de contratar a una sustituía.

—Faltan siglos para eso —respondió Kath, disgustada.

El mes anterior había apuntado su nombre para ingresar en el Servicio Territorial Auxiliar. Con veintidós años y soltera, tenía muchísimo potencial. Nadie deseaba que se marchase de *La Amiga*

de la Mujer, pero el esfuerzo bélico la necesitaba más que la revista.

—Kath tiene razón —dije respaldándola—. Esta semana hemos recibido media docena de cartas de lectoras quejándose de que tienen que esperar meses para conseguir siquiera una entrevista de trabajo.

—Desesperante —dijo el señor Collins—, pero son buenas noticias para nosotros. No me mire horrorizado, señor Newton, no estoy siendo poco patriota. Es solo que no quiero pensar en ello hasta que nos veamos obligados a hacerlo. Todos sabemos que la señorita Knighton es insustituible.

Kath se mostró complacida y, para demostrar su acuerdo, el señor Newton dijo «¡Sí, señor!» con excesivo ímpetu. Desafortunadamente, esto enfureció a Hester, a quien la idea de perder a su mentora no le hacía la menor gracia, y se le escapó un «¡búa!» en voz alta.

—Ya vale, Hester —la reprendió la señora Mahoney por lo bajo —. No está usted en el circo.

Hester se ruborizó.

—Pasemos a publicidad. Señor Newton, si es tan amable —dijo el señor Collins para alivio de Hester.

El señor Newton, pesimista por naturaleza, nos dio, sin embargo, buenas noticias: los ingresos se habían incrementado y teníamos varios anunciantes nuevos, entre ellos Champú StaBlond, que había abonado la tarifa completa por media página, y Mermeladas Hartley's, que estaba sacando una serie de anuncios para explicar a la gente que habían agotado las existencias.

—Buen trabajo, señor Newton —dijo el señor Collins.

—Probablemente no durará —respondió el señor Newton con seguridad—. El Instituto Nacional de la Piel se ha retrasado en el abono de su serie sobre la psoriasis en los clasificados, y he tenido unas palabras con Paté de Carne y Pescado de la casa Senior sobre lo mismo. Se lo sacaré, no tiene de qué preocuparse.

El señor Collins se mostró comprensivo y añadió que había oído rumores de que habría problemas con el manjar blanco.

—No diga más, señor Collins —dijo el señor Newton—. Me pondré a ello de inmediato. El año pasado nos quedamos sin natillas en Navidad y no dejaré que tal cosa vuelva a ocurrir.

Una vez adjudicada una nueva misión al señor Newton, la

señora Mahoney nos puso al día sobre Producción, cosa que logró sin una sola mención a los sostenes o a la alimentación para bebés, y a las diez menos cuarto habíamos llegado con éxito a «cualquier otro asunto».

Al no haber ninguno, como era costumbre, con la salvedad de un lúgubre aviso del señor Newton sobre el riesgo de incendio en la oficina (era el guardián de las Precauciones contra los Ataques Aéreos y se tomaba muy en serio lo que él llamaba «peligros al acecho»), empezamos a recoger nuestras cosas anticipando que la reunión tocaba a su fin.

—Quieto ahí todo el mundo —dijo el señor Collins—. Si me permiten que les robe un poco más de tiempo, quería que supieran que el viernes asistiré a una reunión en el Ministerio de Información.

El señor Collins no podría haber sonado más despreocupado ni aunque se lo hubiera propuesto. Todo el mundo se detuvo en seco. Hubo un par de «¡atizas!» emocionados y el señor Newton dijo a mayor abundamiento: «Las paredes oyen».

—Vale, vale —dijo el señor Collins—. No he ingresado en el Gabinete de Guerra, aunque si resulta que alguno de ustedes es quintacolumnista, me llevaré un disgusto. Y ahora, hablando en serio, les pediría que no lo comenten con nadie, a ser posible.

Todo el mundo se enderezó en su silla. El señor Collins en el ministerio. Eso sí que era una sorpresa.

—Se trata de una reunión informativa para las revistas, lo que es toda una novedad, y quería decirles que pueden darse una palmadita en la espalda porque han invitado a *La Amiga de la Mujer*. Hace seis meses nadie hubiera pensado en nosotros, pero gracias a un notable esfuerzo del equipo parece que nos hemos ganado un nombre. Al ministerio le ha costado dos años de guerra hablar con nosotros, y eso solo se debe a que, por fin, parecen tener a alguien al mando que entiende de publicaciones.

El señor Collins no era un gran admirador de lo que él llamaba los «memos del sistema».

—En cualquier caso, podría ser interesante. O no —añadió mirando con severidad al señor Newton, que había adoptado la expresión determinada de alguien al que van a lanzar en paracaídas detrás de las líneas enemigas—. Lo llaman «aportar tu granito de

arena», así que ya veremos. Seguramente solo será una charla sobre los «jardines de la Victoria», pero nunca se sabe. A todo esto, gracias por las cebollas, señor Brand, son todo un lujo en un bocadillo.

El señor Brand se sintió halagado.

—Creo que este fin de semana plantaré brécol en mi parcela —dijo con su suave voz—. Y puede que también bulbos.

—¿Cree que eso es patriótico, señor Brand? —preguntó el señor Newton, más fuera de sus casillas de lo habitual—. ¿No tendríamos que concentrarnos en los comestibles y no en las flores?

—Y… —dijo el señor Brand con voz queda—. ¿Y qué me dice de la moral, señor Newton? ¿Una maceta de narcisos primaverales que añaden un poco de belleza a un mundo que amenaza con perderla? Yo pensaba que eso sería algo bueno, ¿usted no?

El señor Newton parecía avergonzado.

—Vamos a sacar los bulbos del año pasado del cobertizo —dijo Kathleen, dispuesta a apoyar al señor Brand—. Mamá dice que los va a plantar en la hierba con forma de V de Victoria, encima de nuestro refugio, solo por incordiar a los bombarderos alemanes.

—Ese es el espíritu, Kathleen —dijo el señor Collins—. ¿Por qué no se lo comenta a la señora Fieldwick para «Noticias del cobertizo»? —Se miró el reloj de pulsera—. Bien, creo que eso es todo. Les informaré desde el ministerio, por descontado. Emmy, hágame el favor de apuntarlo en su agenda. Imagino que querrá prepararse.

—¿Disculpe? —pregunté con un hilo de voz.

—Señorita Lake —suspiró melodramáticamente—, usted vendrá conmigo. —Sonrió de oreja a oreja y yo me quedé mirándolo boquiabierta—. No se sorprenda tanto. No pienso tirarme una mañana entera yo solo con esa panda. Sí, ha oído usted bien —repitió mientras notaba que la sangre me subía a la cabeza.

—¿He oído bien? —repetí como si fuera corta de entendederas.

El señor Collins me miró con desesperación.

—Emmy —dijo pacientemente mientras yo notaba los aleteos de mi corazón—, puede que me arrepienta antes de hora, pero sí, usted vendrá conmigo al Ministerio de Información.

2
Una reunión con el ministerio

—El ministerio —dijo Bunty—. Sé que no dejo de repetirlo, pero ¡qué emocionante! Cuidado, este tramo de calle está fatal.

Era la mañana de «la reunión» y mi mejor amiga y yo íbamos de camino a la parada del autobús, que estaba al final de la calle donde vivíamos en West London. Era esa clase de día que había decidido lucirse y sumir a todo el mundo en las entrañas del otoño. Había llovido con fuerza toda la noche y las aceras eran un puzle de charcos provocados por las bombas.

—Buenos días, chicas —saludó un hombre de mediana edad arropado en un abrigo marrón con el cuello subido—. No olviden recoger estos ovillos de lana. Se los he estado guardando. La señora Richards me ha preguntado dos veces si tenía, y no soy de los que mienten.

—Lleva razón, señor Parsons —respondió Bunty mientras yo lo saludaba con la mano.

El señor Parsons había regentado la tienda de lana hasta que fue bombardeada un año antes, pero, tras pasar un mes en casa de su hermana, había vuelto a Londres. Ahora regentaba la ferretería Durton's, prometiendo que la sacaría adelante, después de que llamaran a filas a Dickie Durton y su madre no se viera con ánimos de seguir al frente del negocio.

—No es que haya mucho género que vender —había comentado el señor Parsons entonces, cosa que era cierta. Se había hecho con todo lo que había podido, incluida la mercería, que era donde verdaderamente tenía puesto el corazón. Nos despidió con un gesto alegre y se dirigió a la tienda, saludando a gritos a otra persona mientras su delantal se agitaba debajo de su abrigo.

La calle estaba abarrotada de gente que iba de camino al trabajo y, si te esforzabas mucho, por un momento era casi posible imaginar que no había una guerra en curso. Sin embargo, una mirada rápida te revelaba la evidencia contraria. Aunque las cosas se habían apaciguado en verano y el bombardeo constante de principios de año era más leve, y, si bien todo el mundo había hecho de tripas corazón por arreglar las cosas provisionalmente, las consecuencias del Blitz eran patentes allá donde miraras. Lo que antes eran nítidas hileras de casas georgianas se había transformado en un maremágnum. Faltaban trozos de edificios, las ventanas estaban tapiadas y las barandillas habían sido arrancadas para fabricar municiones, pero lo peor de todo eran los grandes huecos que sustituían a muchos hogares. Montículos de escombros ocupaban su lugar como irrespetuosos recordatorios de lo que se había perdido. No importaba si, con la frente levantada, decías que al término de la guerra lo reconstruirían todo, y mejor; si te descuidabas, empezabas a pensar en las personas que habían desaparecido con esos edificios. En momentos así, la realidad no era nada llevadera.

Bunty sorteaba los escollos del camino, que tenía su buena cantidad de cráteres y agujeros. Yo intentaba no ser demasiado protectora con ella, pero es que mi amiga las había pasado moradas. En marzo había resultado gravemente herida en un ataque aéreo que había acabado con la vida de su prometido, William. Bunty seguía sufriendo, pero decía que lo peor era que la trataran de un modo distinto, bien asumiendo que podía quebrarse en un segundo, bien viéndola como una especie de heroína valiente pero trágica. En ambos casos, Bunty decía que la miraban con lo que ella llamaba «la cara», cosa que detestaba.

—Sigo siendo yo —decía en esas ocasiones, subestimando siempre lo sucedido—. Solo que con una pierna tullida y algunas cicatrices.

Lo sobrellevaba estupendamente en algunos aspectos, y la misma Bunty de antes seguía presente, pero cualquiera que la conociese bien sabía que había cambiado.

No era por que caminara ayudándose de un bastón, ni por las horribles migrañas que la martirizaban. Era porque la veías estremecerse si se producía un ruido inesperado en la calle o sonaba

la sirena de alerta. O cuando hablaba de Bill y unas sombras móviles recorrían su rostro antes de que su recuerdo le arrancara una sonrisa.

Pero, como insistía Bunts, montones de personas se encontraban en la misma situación o incluso peor. Sin el fin de la guerra a la vista, lo único que podíamos hacer era salir adelante e intentar disfrutar de cuanto pudiéramos, incluso si algunas veces Bunts solo tenía ganas de quedarse en la cama.

El increíble anuncio del señor Collins acerca del ministerio nos había procurado un verdadero estímulo. Siempre entusiasta ante cualquier acontecimiento, Bunty estaba convencida de que era un gran paso para que, un día, una de nosotras llegara a ser primera ministra, cosa que hasta ahora no había conseguido ninguna mujer. Para mi gusto apuntaba demasiado alto, pero Bunts me dijo que no fuera derrotista y que no descartara nada.

—Solo es una reunión —dije, intentando que no se notara mi gran emoción y recelo a partes iguales—. Yo me quedaré calladita en una esquina. Y, al fin y al cabo, tú vas al Ministerio de Guerra todos los días.

—Ejem —se mofó Bunty mientras sorteaba un saco de arena que había caído fuera del *pub*—, aunque me sentara a mi mesa de trabajo en cueros nadie me prestaría atención. Pero tú irás como invitada. No tiene nada que ver.

—Pues yo creo que no me dejarán pasar de la puerta —dije mientras llegábamos a la parada del autobús—. Eso sería horroroso.

Bunty negó con la cabeza.

—El señor Collins jamás lo permitiría.

—Veremos. Solo espero que no se arme una gorda o tenga que pasarle a alguien cinco chelines bajo mano para que me dejen entrar, cosa que las dos sabemos que es muy capaz de hacer. De todas formas, intentaré parecer una chica seria y madura. Charles me dijo que lo practicara en el espejo, pero no sé si me sale bien.

El capitán Charles Mayhew y yo nos habíamos conocido a principios de año, poco antes de que lo enviaran al extranjero. Durante ese tiempo escribí más cartas que en toda mi vida junta, y él había contestado a cada una de ellas. Cuando lo destinaron a Inglaterra a finales de verano para trabajar en una misión que no podía revelarme, ya estábamos enamorados.

Más que cualquier otra cosa, me embargaba la dicha de saber que Charles estaba a salvo, o al menos tanto como alguien podía estarlo en Gran Bretaña.

Yo sabía lo inmensamente afortunada que era. También tenía plena consciencia de que me había enamorado de un hombre cuyo hermano, o más bien hermanastro, daba la casualidad de que era mi jefe.

Al principio fue un poco raro, pero todos afrontamos la situación con valentía a pesar de que no teníamos ni idea de qué protocolo seguir en esa clase de circunstancias, y hasta el momento mi único problema era acordarme de llamar al señor Collins por su nombre de pila cuando conversaba con Charles. Empezaba a acostumbrarme, pero aún me sentía muy poco convencional cada vez que conseguía balbucir «Guy».

—Gravedad —sentenció Bunty—. Eso es lo que necesitas. Dar la impresión de ser alguien con cualidades ocultas. A todo esto, voy a ver si me sale la receta de salsa de zanahoria esta noche. Sé que suena asqueroso, pero dicen que tiene un sabor muy parecido al chocolate.

—Vale la pena intentarlo —coincidí—. *La Amiga de la Mujer* acaba de publicar un artículo titulado «Recetas novedosas de verduras» que insistía en que puedes hacer que las zanahorias sepan prácticamente a lo que quieras si pones todo tu empeño.

Seguíamos haciendo planes para el resto de las cenas de la semana y acerca de los alimentos que podríamos conseguir cuando llegó el autobús y subimos para ir al centro de Londres.

Bunty me aconsejó que, en caso de que dudara, me limitase a parecer segura, y luego nos desternillamos de risa cuando lo intenté hablando despacio y con un tono de voz menos agudo.

—Pareces alguien que va hasta arriba de medicamentos —dijo Bunty jovialmente—. Quizá sea mejor que te limites a asentir con la cabeza y a hacerte la pensativa, ¿no crees?

Cuando llegamos a Trafalgar Square, Bunty recogió su bolsa y su bastón y se dispuso a apearse en su parada, pero se detuvo y me dio un codazo.

—Buena suerte, chiquitina —dijo con dulzura—. Todo saldrá bien. Sobre todo, no pongas esa voz demoniaca. Da escalofríos, de verdad.

Luego me sonrió de oreja a oreja, se levantó del asiento y se fue caminando despacio al fondo del autobús.

Una hora más tarde, el señor Collins y yo subíamos por Montague Street rumbo a la sede del Ministerio de Información en la Casa del Senado.

Yo llevaba mi mejor traje y un sombrero bastante nuevo, además de tres pañuelos de emergencia en el bolso, por lo que me sentía aseada y preparada. Cuando le dije a Bunty que nunca sabías si a alguien del ministerio podría sangrarle la nariz, ella se echó a reír, y esa no fue la respuesta que yo esperaba.

—Gracias por dejarme acompañarlo —le dije al señor Collins por enésima vez—. ¿Seguro que no les importará?

—Veamos —dijo con ligereza—. Para empezar, podría ser usted la directora, eso ellos no lo saben. Y, por otra parte, ha demostrado una enorme motivación en los últimos meses y merece estar aquí. Hace ya un tiempo que no asisto a una reunión de la industria editorial. Puede ser más aburrido que una mona.

Como no respondí, me miró de reojo.

—Si alguien le dirige la palabra, usted solo acuérdese de que posiblemente esa persona tampoco haya estado aquí antes. ¡Ah!, e intente aparentar veinte años más. Con eso bastará.

—De acuerdo —dije levantando un poco la frente, pues comprendí que intentaba tranquilizarme. Estaba nerviosa, pero era un nerviosismo bueno. No sabía de qué iba a hablarnos el ministerio, pero estaba segura de que sería algo emocionante e importante.

Como no podíamos decir mucho más en la calle por temor a «hablar descuidadamente», caminamos en silencio hasta que el señor Collins hizo un gesto para que girásemos a la izquierda, y unos segundos después nos paramos delante de un enorme edificio *art déco* con las ventanas ennegrecidas contra la piedra blanca.

Sentí un aleteo premonitorio.

—¿Preparada? —preguntó el señor Collins—. Vamos.

Pasamos por delante de unos hombres de la policía y entramos en el edificio, en cuya recepción una joven bien vestida primero comprobó nuestras identificaciones, luego que nuestros nombres

figuraban en una lista y finalmente nos pidió que registráramos nuestros datos en un libro de grandes dimensiones. Copié todo lo que el señor Collins escribió y practiqué la indiferencia porque no quería dar la impresión de ser «una histérica». No fue hasta cuando subimos al ascensor cuando me acordé de respirar.

En cuanto llegamos a la tercera planta, no hubo dudas de que estábamos en el lugar acertado. En torno a una docena de hombres y mujeres aguardaban en algo similar a una cola; las mujeres vestidas con una elegancia apabullante; los hombres, con una pulcritud sin tacha. Todos fumaban y me sacaban unos cuantos años. Un hombre menudo y calvo vestido con un traje oscuro sostenía un portapapeles y corría de un lado a otro tomando notas con el semblante serio cuando se abrió una puerta y un hombre más alto, igual de serio que el primero y con un traje idéntico, salió y nos pidió a todos los presentes que preparásemos las identificaciones una vez más y tuviéramos la amabilidad de ir pasando.

Cuando avanzábamos poco a poco, una voz fuerte resonó a mis espaldas:

—¡Caramba! Collins, ¿es usted?

Ambos nos volvimos, y un hombre con un llamativo bigote y cojera avanzó a grandes zancadas hacia el señor Collins y le dio un empellón.

—Pensé que estaba muerto —dijo.

—Todavía no —dijo el señor Collins—. Hola, Jarrett. ¿Cómo está?

—Tirando —respondió el hombre—. Quise ir al frente, claro, pero son tiquismiquis con eso de tener las dos piernas. ¿Y usted? ¿Ya ha escrito ese libro?

El señor Collins soltó una breve risotada que no le pegaba nada.

—Ando liado con el trabajo diario. Esta es mi colega, la señorita Lake. Señorita Lake, le presento a un colega periodista, el señor Jarrett.

El señor Jarrett me miró de arriba abajo de una manera obscena.

—¿Cómo está usted? —saludé.

—Mmm —dijo por contestación, y luego miró al señor Collins asintiendo antes de dejarnos atrás y gritarle a otra persona—: ¡Caramba! Thompson, ¿es usted?

Era un comienzo interesante.

—Disculpe la impertinencia —dijo el señor Collins en voz baja—. Le gusta pensar que es todo un personaje.

Se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó sus cigarrillos. En ese momento hubiera deseado ser fumadora también, solo por no desentonar.

La cola avanzó y finalmente entramos en una sala amplia enmoquetada de marrón con varias sillas metálicas utilitarias dispuestas en un extremo, un pequeño estrado en la cabecera y un largo aparador con tazas de té y una tetera en el otro extremo.

—Piscolabis —murmuró el señor Collins—. La cosa va en serio.

En la sala, todos parecían conocerse; cuando la gente empezó a saludarse y a parlotear, se levantó cierto barullo. Me reajusté el bolso en el hombro e intenté no mirar, mientras el señor Collins se dispuso a explicarme con disimulo quién era quién.

No solo sabía quiénes eran los otros periodistas, sino que resultó que muchos de ellos también sabían exactamente quién era él. Hubo varios gestos y sonrisas en su dirección y, para mi secreto alivio, el señor Jarrett resultó ser la grosera excepción a la regla.

—Guy Collins, ¿es usted de verdad? ¡Menudo sorpresón! —Una imponente mujer de mediana edad con una chaqueta de piel de zorro se deslizó hacia nosotros—. ¿Cuántos años han pasado? —Le dedicó una sonrisa radiante y luego le besó las dos mejillas.

Era lo más continental que yo había visto en mi vida.

—¡Ay, Guy! Ha pasado mucho tiempo. ¿Es cierto que han conseguido acorralarle y hacerle editor? —preguntó la mujer.

—Hola, Monica, eso me temo —dijo el señor Collins, que no parecía remotamente sorprendido por un saludo tan extravagante—. Me alegra verla. He de decir que el tiempo no pasa para usted, aunque la veo demasiado delgada.

La mujer rio a carcajadas, lo cual fue otra sorpresa, porque era tan sofisticada que no le pegaba nada ser una gritona.

—Eso es una memez —dijo jovialmente—. Ahora preséntеme a su colega. —Se volvió hacia mí con la más afectuosa de las sonrisas.

—Desde luego. Qué descuido. Le presento a la señorita Emmeline Lake —dijo el señor Collins—, que ha estado haciéndose un nombre en *La Amiga de la Mujer*. Señorita Lake, le presento a la señora Edwards, editora de *Mujer Hoy*.

La señora Edwards me dio un firme apretón de manos.

—¿Cómo está? —me preguntó—. ¿Es más pesado que una vaca en brazos? Mire, no me responda, ya me lo dirá cuando él no esté delante.

Sonrió de nuevo y, volviéndose hacia el señor Collins, dijo:

—Se dice que ha obrado maravillas con la vieja querida *Amiga*. —Luego, sin darle la oportunidad de responder al cumplido, pero tocándole levemente el hombro, añadió—: No sabe cuánto me alegra.

A continuación, se volvió hacia mí.

—He de explicarle, señorita Lake, que me pongo sentimental hasta un punto vergonzoso, porque *La Amiga de la Mujer* me encargó el primer artículo de mi vida, y eso nunca se olvida. Estoy contenta de que haya vuelto. Hay espacio para todos nosotros y Dios sabe que la gente necesita un poco de ánimo. Lo que le haría a Hitler si le pusiera las manos encima… —susurró con complicidad —. Ahora dígame, Guy, ¿a quién ha saludado? Hace tiempo que nadie lo ve.

Me chiflaba la señora Edwards. Había oído hablar de ella, por supuesto, y era una fan entusiasta de su semanal «Carta del editor» en *Mujer Hoy*, donde a veces se expresaba sin pelos en la lengua. La semana anterior su columna había expuesto un argumento poderosamente formulado a favor de la igualdad para las mujeres. Y ahora estaba aquí, charlando con el señor Collins como si estuviéramos en un cóctel y hablando conmigo como si yo fuera una más de la pandilla.

Casi sentí desilusión cuando un hombre muy apuesto dio un golpecito con una pluma a una taza de té y se aclaró la garganta.

—Damas y caballeros —anunció—, ¿serían tan amables de tomar asiento? El subsecretario llegará de un momento a otro.

El bullicio de las conversaciones mudó a un leve murmullo cuando tazas y platillos volvieron a depositarse sobre la mesa y los periodistas apagaron los cigarrillos, sacaron los cuadernos de las carteras y de los bolsillos de los abrigos y se acomodaron en sus sillas. La señora Edwards invitó al señor Collins a sentarse a su lado y yo los seguí, sacando rápidamente mi cuaderno con el deseo de dar la talla. El señor Jarrett se plantó en la silla contigua a la mía, gruñendo mientras se sentaba y ocupaba la mitad de mi espacio.

Unos segundos más tarde, cuatro caballeros entraron en la sala y se colocaron en su sitio para que los presentaran.

—El señor Clough, subsecretario del ministro; el señor Stratton, subdirector de Relaciones Públicas; el señor Morton-Stoppard, interventor; y el señor Boe, en representación del Ministerio de Trabajo y Servicio Nacional.

Menos mal que yo tenía una buena taquigrafía.

—Buenos días, damas y caballeros —dijo el señor Stratton tras subir al estrado—. No hace falta decir que todo lo que tratemos esta mañana es confidencial y que cualquier infracción es susceptible de ser perseguida en virtud de la Ley de Secretos Oficiales de 1939.

Hizo una breve pausa para lanzar una dura mirada por encima de sus lentes (como si fuera necesaria una advertencia mayor).

Yo tomaba notas con ahínco.

—Por consiguiente, les pido que no tomen notas hasta que yo lo indique —dijo, y mi cuaderno y mi estilográfica cayeron al suelo con un ruido sordo.

El señor Jarrett chasqueó la lengua ostentosamente y volvió a guardarse el cuaderno en el bolsillo.

—Bienvenidos a esta reunión específica para los miembros de la prensa «de mujeres» británica.

El señor Stratton dijo «de mujeres» como si fuera una especie de peculiaridad; con la misma facilidad, hubiera podido decir: «ovejas bicéfalas». Miré a la señora Edwards, que no se había movido ni un pelo y, siguiendo su ejemplo, recogí disimuladamente mi cuaderno del suelo y volví a guardarlo en el bolso. Luego me senté con las manos en el regazo e intenté aparentar la misma serenidad que ella.

—Damas y caballeros —prosiguió el señor Stratton—, no necesito recordarles que el actual esfuerzo bélico no solo necesita las labores de nuestras fuerzas militares, sino también el pleno compromiso de nuestros hombres, mujeres y niños en el frente interno.

Hizo una pausa y paseó la mirada por la sala. Probablemente en la cincuentena, inmaculadamente aseado y con una cabellera más que satisfactoria, exhibía un aspecto casi afable.

—Por ir al grano —dijo el señor Stratton—: nuestro Servicio Nacional y los servicios de apoyo se enfrentan a una significativa escasez de mano de obra. O, mejor dicho, de mano de obra

femenina. De hecho, muchas de sus publicaciones se benefician en este sentido de una sustanciosa publicidad que cuenta con la financiación del Gobierno.

Volvió a mirar por encima de sus gafas para insistir en esta cuestión.

—Por este motivo, sus servicios colectivos son especialmente necesarios —continuó—. Deseamos ver un mayor compromiso a la hora de animar a sus lectoras a involucrarse en el esfuerzo bélico. Como saben, se ha discutido mucho sobre el proyecto de ley del Servicio Nacional, y el reclutamiento femenino empezará cuando se apruebe esta ley en breve. Muchas mujeres jóvenes se incorporarán a los servicios. Pero también necesitamos que las mujeres mayores, las casadas, las madres, incluso las abuelas, se ofrezcan como voluntarias, especialmente en la producción de municiones. Aquí, damas y caballeros, es donde tienen que desempeñar su papel.

El señor Stratton hizo una pausa, posiblemente para asegurarse de que todo el mundo prestaba atención a sus palabras.

—Hoy les pido que inspiren a sus lectoras. Nuestra necesidad de obreras, en particular en las fábricas, es crítica. Un millón de mujeres se han incorporado a nuestras industrias bélicas vitales, pero como mínimo necesitamos un millón más. Nuestros hombres en combate las necesitan. El país las necesita. Y el Gobierno precisa que ustedes las recluten.

Se inclinó hacia delante, con las manos encima de la mesa, y pareció mirarnos uno a uno, por turnos. Puede que no fuera Winston Churchill, pero, con toda certeza, el señor Stratton sabía dar un discurso.

—En resumen, damas y caballeros, ha llegado su hora —dijo por último.

Se me estaban erizando los pelillos de la nuca.

Hasta este día pensaba que habíamos hecho cuanto podíamos. *La Amiga de la Mujer* brindaba miles de trucos y consejos a nuestras lectoras sobre todo tipo de desafíos que la guerra había traído con ella. Incluso nos habíamos felicitado por nuestros recientes logros.

Sin embargo, esto era harina de otro costal. Era una llamada directa del Gobierno para que ayudáramos a reclutar mujeres para el esfuerzo bélico; «para inspirarlas», literalmente. Yo siempre había deseado ser periodista, pero nunca había soñado con que eso

implicara formar parte de una campaña de tal envergadura.

Cuando el señor Stratton entró en más detalles, ya me tenía totalmente ganada para la causa.

Al cabo de unos minutos, preguntó si teníamos alguna duda. Varias personas levantaron la mano e hicieron preguntas entusiastas. Luego, cuando los más impacientes se hubieron apaciguado, la señora Edwards levantó la mano con elegancia.

—Señor Stratton, desde luego que en *Mujer Hoy* haremos todo lo posible por apoyar al Gobierno, pero ¿me permite preguntarle cuánto tiempo cree que deben esperar nuestras lectoras a que les asignen un puesto? Recibimos cartas a diario de mujeres que se han ofrecido como voluntarias en los servicios o para trabajar en las fábricas, pero nos dicen que llevan meses sin recibir una respuesta.

Una o dos cejas se enarcaron al oír aquello, pero yo me incliné hacia delante con interés. Kath y yo habíamos estado comentando exactamente lo mismo a principios de esa semana.

El señor Stratton ni siquiera pestañeó.

—Dejaré que el señor Boe responda a eso —dijo.

El señor Boe se levantó un momento para decir algo enrevesado sobre que las bolsas de trabajo hacían lo que podían en tiempos difíciles, después de lo cual el señor Stratton lo interrumpió para sugerir con cierta frialdad que la revista de la señora Edwards podría hacer hincapié en la necesidad de contratar a más asesores profesionales.

La señora Edwards sonrió cortésmente.

—Lo haremos, desde luego. En ese caso, lograríamos desatascar el cuello de botella.

El señor Stratton dijo que, por el momento, ya eran suficientes preguntas.

Tras haber expuesto su punto de vista y haber tenido la última palabra, la señora Edwards continuó sonriéndole como una beata, y tuve la clara impresión de que sabía exactamente cómo exponer su punto de vista y salirse con la suya en cualquier situación. Era una habilidad que yo necesitaba adquirir a toda costa.

El señor Stratton volvió a ceder la palabra al señor Boe, que se levantó para tener que sentarse casi de inmediato, pues el señor Stratton volvió a interrumpirlo, dando la impresión de que jugaban a los columpios o algo así. Yo los observaba, pero apenas entendía

nada.

Al despertarme esa mañana, la idea de que no me dejaran entrar en el edificio me había producido ansiedad. Ahora estaba en el mismísimo Ministerio de Información, sentada junto a periodistas y editores, conociendo a mujeres que se defendían sin esfuerzo en una sala llena de peces gordos y, lo más importante, escuchando que el Gobierno necesitaba nuestra ayuda.

Era un evidente llamamiento a las armas; estaba más claro que el agua.

«El Gobierno los necesita. Su hora ha llegado». Habían pedido a *La Amiga de la Mujer que* ayudase en el esfuerzo bélico.

Ya era hora de que yo hiciera lo mismo.

3
Apuros en el baño

—Damas y caballeros, con esto llegamos al final del orden del día. Celebraremos más reuniones informativas próximamente. Hasta entonces, les recuerdo que deben respetar la confidencialidad requerida. La información solo será transmitida a los miembros esenciales del equipo. Buenos días.

Los periodistas se fueron yendo poco a poco; algunos regresaban a sus barrios haciendo comentarios, otros miraban sus relojes o se ponían los abrigos antes de dirigirse a la salida.

El señor Collins y yo salimos del fondo de la sala, logrando esquivar al señor Jarrett antes de que pudiera reventar mi burbuja con un cínico pinchazo.

—¿Qué le parece? —me preguntó el señor Collins—. ¿Le ha gustado?

Asentí fervientemente.

—Y tanto. Hay montones de cosas que podemos hacer. Se nos pueden ocurrir miles de ideas.

El señor Collins me sonrió con un atisbo de cariño.

—Excelente. Me habría apostado un chelín a que me respondería así. —Bajó la voz—. ¿Sabe?, a veces me da miedo terminar como Jarrett.

—Nunca terminará como él —dije horrorizada.

—No si usted no me quita el ojo de encima, señorita Lake —dijo poniéndose muy formal—. Al primer signo de cinismo, me lo sacará a golpes.

Me reí y estaba a punto de coincidir con él cuando un hombre enjuto y entrecano al que no había visto antes se nos acercó.

—¡Ah, Collins! —exclamó—. Me había parecido que era usted.

—Sonrió afectuosamente y se dieron un apretón de manos—. ¿Cómo le va, amigo?

—Hola, Simons —dijo el señor Collins—. Me alegra verle. Déjeme que le presente a mi colega, la señorita Lake.

—¿Qué tal está, señorita Lake? —dijo el señor Simons estrechándome la mano—. Siento interrumpirles, pero me preguntaba si podría hablar dos minutos con usted, Guy.

—¿Cómo está? —le respondí a mi vez—. Señor Collins, ¿le espero abajo?

El señor Collins dijo «Sí, gracias, señorita Lake»; con un «encantada de conocerle, señor Simons» me alejé.

Había un baño de señoras en el pasillo y, aunque no necesitaba usarlo, me encerré en uno de los cubículos, colgué el bolso en el gancho de la puerta y me senté a escribir algunas ideas para matar el tiempo. Ya estaba pensando en artículos futuros para *La Amiga de la Mujer*.

Al cabo de un momento, oí que entraban unas mujeres. Como parecían más interesadas en charlar sobre la reunión que en utilizar las instalaciones, seguí escribiendo mis apuntes. Pensé quedarme un par de minutos más antes de bajar. Sin duda, no quería escuchar a hurtadillas su conversación.

—¿Has visto que ha venido Vogue? —decía una—. ¡Y ese abrigo! Qué preciosidad.

—De astracán —repuso la otra—. De antes de la guerra, seguro. Espléndido.

—Ya lo creo —dijo la otra, suspirando—. ¿Sabes?, creí que era un acto exclusivo cuando la vi, pero entonces eché una ojeada y me pareció que habían invitado a las antiguallas. ¿Has visto a *La Amiga de la Mujer*? Estaba convencida de que habían desaparecido hacía años, los pobrecillos.

Después de oír esto último, mi intención de no escuchar a escondidas salió volando por la ventana.

—Huy, Freddie, no —dijo su amiga—. Supongo que el ministerio quiere que el mensaje llegue a todo el mundo, incluidos los vejestorios. ¡Aunque sabe Dios qué esfuerzo bélico serán capaces de hacer! Zurcir calcetines, probablemente. —Se rio con ganas.

Abrí la boca, pero conseguí retener la lengua. Gritarle a una extraña desde el interior del cubículo de un baño no habría estado a

la altura de las circunstancias. Incluso el señor Jarrett, que creía muerto al señor Collins, probablemente no caería tan bajo. Pero estas mujeres se estaban pasando de la raya.

—Sinceramente, Diane —repuso la otra—, creía que hasta las ancianas se habían dado por vencidas con *La Amiga de la Mujer*. Tampoco pueden mantener a sus editores. Primero sacaron a Henrietta Bird de su retiro, y ahora, al parecer, han tocado fondo y le han dado el puesto a Guy Collins.

Al oír esto, casi salí disparada contra las dos. Me levanté y guardé el cuaderno en el bolso. ¿Quiénes eran esas mujeres? Me agaché y miré por debajo de la puerta, pero lo único que pude ver fueron dos pares de piernas, ambas con zapatos de tacón, unos de ante negro y los otros de flamante cocodrilo verde.

—¿Sigue vivito y coleando? —dijo su amiga—. ¡Santo cielo!

—Supongo que sí, aunque sea un poco. Jarrett estaba hablando con él.

Oí que se cerraba una polvera.

—Me ha parecido oír que había tenido una crisis nerviosa o algo así. Collins, me refiero.

Permanecí inmóvil, conteniendo la respiración.

—Ni idea —dijo Freddie con una vocecilla que, supuse, se debía a que se estaba aplicando carmín—. En cualquier caso, es una vieja gloria, así que imagino que es idóneo para el puesto. —Soltó una risita tonta—. Así está mucho mejor. Solo el cielo sabe qué haremos cuando la casa Max Factor desaparezca.

Solo el cielo sabía lo que yo era capaz de hacer si ella no dejaba de ser tan odiosa.

Miré a mi alrededor y me sentí ridícula. Dos minutos antes estaba en la cima del mundo asistiendo a una reunión del ministerio, y ahora, escondida en un cuarto de baño, tenía ganas de darle un puñetazo a alguien. ¡Cómo caían los poderosos!

Sin embargo, no pensaba tolerar esta clase de conversaciones. Tiré con fuerza de la cadena para que no se pudiera decir que no las había avisado y luego descorrí el pestillo de golpe.

Intentando emitir un frío desprecio por cada uno de mis poros, hice el paripé de lavarme las manos. Las dos mujeres seguían retocándose el maquillaje y cotilleando. Ni siquiera repararon en mi presencia.

Me dije que no iba a montarles una escena. Al fin y al cabo, era muy afortunada por haber asistido a la reunión, para empezar. Las mujeres merecían que las ignorara rotundamente. Me sequé las manos y me dirigí a la puerta, con la cabeza bien alta, dispuesta a sentir el regocijo de mi superioridad moral.

Pero nunca he sido una admiradora de la superioridad moral.

Así que me di la vuelta.

—Buenas —dije cortésmente—, Emmeline Lake, de *La Amiga de la Mujer*. Como parece que les interesa el tema, sepan ustedes que Guy Collins está haciendo un trabajo magnífico como editor. Pero muchas gracias por preocuparse. Que tengan un buen día.

Y a continuación hice mi primer intento de sonrisa a lo señora Edwards capaz de achantar a un relaciones públicas y me largué.

Mientras recorría el pasillo hacia los ascensores, me permití saborear lo que se me antojaba un pequeño triunfo. Les había puesto los puntos sobre las íes, pero con modales dignos y educados.

Entonces caí en la cuenta de que me había dejado el bolso en la puerta del lavabo.

—¡Rediez! —dije menos educadamente justo cuando un hombre que reconocí como el señor Boe pasaba por delante de mí.

Puso cara de horror, exclamó «¡Señorita!» y se alejó a toda prisa. Como era de esperar, maldecir no era muy apropiado en un ministerio. Agaché la cabeza, no tanto por vergüenza como por frustración.

—Disculpe, señorita, si estaba usted en la reunión de las revistas, ¿sería tan amable de dirigirse a los ascensores ahora mismo, por favor?

Un joven pálido como la leche juntó las manos y me miró afligido.

—Es que la reunión ha terminado.

—Lo siento mucho —dije—. No sé dónde tengo la cabeza y me he olvidado el bolso en el lavabo de señoras. ¿Puedo ir corriendo a buscarlo?

El hombre se retorció las manos, pero asintió.

—Si ve a alguna de sus colegas allí, ¿puede repetirles lo que acabo de decirle? —preguntó—. Temas de seguridad, como entenderá.

—Desde luego —dije, sintiéndome esta vez en el bando de «los buenos»—. La verdad es que he visto a un par de señoras que seguían allí. No es que estuvieran escondidas ni nada preocupante —añadí, y luego fruncí el ceño—. O eso creo. Voy y les digo que salgan, ¿le parece?

—¿No le importa? —dijo mi nuevo amigo—. No podemos permitir que sigan allí. Luego le agradecería que se dirigiera a los ascensores.

—Desde luego —contesté—. Gracias, es usted muy amable.

Con energías renovadas, respiré hondo, eché los hombros hacia atrás y volví adonde mis dos contrincantes seguían de cháchara y se atusaban el pelo.

—La pobrecilla está claramente enamorada de Collins —decía la de los zapatos de cocodrilo—. Es la repanocha.

—¡Oh, Freddie, qué desesperada! —dijo la otra, chupándose la yema de un dedo y repasándose una ceja.

—¿No te parece? Sé que hay una guerra, pero…

Ambas rieron. Era una bajeza y estaba fuera de lugar, y por mucho que quisiera guardar las formas, no pensaba tolerarlo.

—¿De verdad? —dije—. No estoy segura de que lo sepa.

Las dos mujeres se volvieron hacia mí, boquiabiertas. Noté que se me aceleraba el corazón.

—Quiero decir que no son maneras de hablar de un compañero de prensa, ¿no creen? «Todos juntos, pájaros de un plumaje», dije, citando la canción de Billy Cotton como si fuera una especie de ley de emergencia.

Freddie fue la primera en recobrarse.

—Huy, boba, creo que lo has oído mal —dijo, insinuando que yo era sorda—. Estábamos hablando de una amiga. Vamos, Diane.

Recogió su bolso de mano junto a la pila y se lo encajó bajo el brazo.

—No creo que haya oído mal —dije sin alterarme—. He oído nítidamente cómo criticaban a *La Amiga de la Mujer* y a Guy Collins. De mí pueden decir lo que les plazca, ¿saben? —añadí—. Aunque no sea verdad. Pero, por favor, no sean groseras con nuestro editor. Tiene todo el derecho del mundo a estar aquí.

Diane le dio un codazo a su amiga.

—Vámonos, Fred, esto me aburre.

Pero su colega no se movió.

Se limitó a inclinar la cabeza hacia un lado y me miró como si me hubiera dejado los pulmones en la carrera de «huevos y cucharas», pero aun así hubiera llegado la última.

—¿Todo el derecho del mundo a estar aquí? Eso sería una noticia de «paren las rotativas». No sería usted la primera secretaria que cae prendada del editor como una colegiala. Supongo que Guy seguirá haciendo su numerito de artista torturado, ¿verdad? —resopló—. Niña atolondrada, me temo que no me queda otra que decirle que nadie se toma en serio su revista. Y el viejo y triste Guy ahí, al pie del cañón. Lo siento, creí que ya lo sabría.

En ese momento tuve ganas de reír. Había sido una exhibición extraordinaria. Toda una mujer adulta difundiendo chismes y haciéndome el vacío porque era nueva. Era como volver al cole.

—Gracias —le dije, manteniéndome firme—. Es muy amable por su parte preocuparse, pero no tiene ninguna necesidad. Ya hace tiempo que se está gestando el plan de reclutamiento del esfuerzo bélico de *La Amiga de la Mujer*. El señor Collins no soltará prenda si le preguntan, pero ya le digo yo que el ministerio está pendiente de recibirlo pronto. Es más, doy por hecho que por eso nos han invitado hoy. Pero no debería decir una sola palabra al respecto.

¡Chúpate esa!

—Disculpen —dije, pasando con gesto teatral por delante de ellas (tanto como me permitía el reducido espacio) hacia el lavabo. Luego recogí mi bolso, como si habérmelo dejado allí fuera lo más normal del mundo, y salí antes de darles la oportunidad de abrir la boca.

—Lo siento mucho, lo he intentado, pero han insistido en que querían tomarse su tiempo —le dije al joven preocupado que esperaba fuera—. Gracias de nuevo. Buenos días.

Y luego, como no tenía ningún deseo de volver a encontrarme a las dos mujeres en el ascensor, me apresuré hacia las puertas con el cartel de «escaleras» y salí de allí tan rápido como pude.

Como me había prometido, el señor Collins esperaba fuera del edificio. Pude percibir en sus ojos que había disfrutado a lo grande de la mañana.

—Bueno, entonces, señorita Lake —dijo, con entusiasmo—, ¿qué le ha parecido todo esto? ¡Vaya!, ¿está usted bien? Parece que está usted un poco congestionada.

—Es que he bajado corriendo las escaleras —dije, lo que era verdad, aunque tres rellanos no habían añadido nada a la furia que sentía contra Freddie y Diane.

El señor Collins asintió y no me preguntó más sobre los baños, como por lo general nadie en su sano juicio habría hecho.

Quería ordenar mis pensamientos antes de contarle la bronca para que no pareciera que había tenido algo así como una frenética lluvia de ideas, y que no solo me había peleado con unas perfectas extrañas, sino que además había presumido de un plan grandioso que ni siquiera existía. Ya había decidido no mencionarle que las mujeres se habían mofado de él.

Enterré el incidente en el fondo de mi cerebro y me centré en la reunión. Antes de que la maldad de Freddie y Diane hubiera proyectado una sombra sobre los acontecimientos, me lo había pasado como nunca. Una cosa era aportar tu granito de arena como algo natural, el país entero lo hacía, y otra era sentarse en una sala llena de periodistas profesionales y que nos dijeran que éramos necesarios para desempeñar un papel sustancial.

Nos paramos un momento en un quiosco de prensa protegido con tablones para que el señor Collins comprara un ejemplar de *Radio Times*. Alguien había pintado «MALA SUERTE, ADOLF: SEGUIMOS ABIERTOS» en letras grandes negras sobre las tablas.

—Si alguna vez quiere admirar a alguien en el mundo del periodismo —dijo el señor Collins calzándose la revista bajo el brazo y dándole las gracias a la vendedora por el cambio—, Monica Edwards es una de las mejores. Es capaz de pintarte una imagen entera en una sola línea, jamás incumple los plazos de entrega y no se asusta ante la verdad. Ni caso a los Jarretts del mundo, Emmy. Monica es la clase de persona en la que mirarse.

Estaba contenta de saber más sobre las personas con las que el señor Collins había trabajado en el pasado y, mientras le preguntaba más cosas, intenté olvidarme de Freddie y Diane. Estaba segura de que su maldad no intimidaría al señor Collins, pero esperaba que no se enojara conmigo por haberles plantado cara.

Cuando regresamos a *La Amiga de la Mujer*, Hester, que parecía

más seria de lo habitual, transmitió al señor Collins un mensaje de teléfono. El señor Collins frunció el ceño, pero convocó inmediatamente a todo el mundo para dar el parte de la sesión informativa de la mañana. Como cabía esperar, el señor Collins había interpretado que la directriz de transmitir la información solo a los miembros más importantes del personal se refería a todo el equipo de *La Amiga de la Mujer*. Dejó claro que debíamos echar la cremallera, pero, aun así, nadie del equipo quedó al margen de la misión.

—Tendremos una reunión como es debido el lunes —dijo—. Traigan sus ideas sobre cómo podemos ayudar en el esfuerzo bélico y las comentaremos. Una cosa más —añadió pensativo—: no se limiten a imaginar cómo podemos promover la campaña de reclutamiento del ministerio. Piensen en las mujeres. Son las que lo mantienen todo en marcha mientras los muchachos están en el frente. Piensen en las lectoras. Nuestro trabajo es ayudarlas, tanto como ayudamos en el esfuerzo bélico. —Miró el reloj de pared—. Ahora excúsenme, porque estaré fuera de la oficina el resto del día.

A continuación se marchó. Se me encogió el corazón. Eso significaba que tendría que esperar a hablar con él sobre mi pelea y la precipitada promesa de un «gran plan». Supuse que al menos ganaría tiempo para ordenar mis pensamientos.

No vi nada dramático en la partida del señor Collins, pero Hester era de otro parecer y corrió a verme tan pronto como la reunión se disolvió.

—¡¡¡Es algo personal!!! —dijo con un ensordecedor susurro escénico que habría alcanzado el gallinero de los teatros más grandes del West End—. ¡¡¡El amigo del señor Collins no se encuentra nada bien!!!

—Gracias, Hester —dije con un volumen de voz normal—. Si es algo personal, es buena idea que no digamos nada.

Hester asintió convencida.

—Sí. La mujer que ha llamado ha dicho que era algo privado, por eso me he asegurado de que todo el mundo se entere.

—Ya —dije.

—Solo por si resulta que la persona ha muerto, ¿sabes? —susurró.

—Mmm, entonces, si se lo cuentas a todo el mundo, ¿evitas el

disgusto?

—Exacto —dijo Hester, contenta de que yo lo hubiera captado—. Porque si alguien ha muerto, podemos fingir que no lo sabemos, y así no habrá ninguna escena.

—Muy considerada —dije, pensando que sería más fácil si «no» lo supiéramos en realidad, pero ya era un pelín tarde para eso—. Buena idea. Entre tanto, ¿por qué no intentamos pensar en algunas ideas para ayudar a ganar la guerra?

—¿Yo también? —me preguntó—. ¿Crees que al señor Collins le interesará mi opinión? —Me miró fervientemente, con su cara redonda llena de entusiasmo. Era imposible no rendirse a su candor, incluso si tenía el alcance de emisión de la BBC.

—¡Pues claro! Participamos todos. Tus ideas son tan válidas como las de cualquiera del equipo.

Hester estaba satisfecha y, ahora que había desaparecido la presión de mantener confidencial un mensaje confidencial, volvió a su *modus operandi* de costumbre: reírse como una loca.

—Imagínate —dijo tan pronto se hubo tranquilizado—, el Gobierno nos ha pedido a «nosotros» que ayudemos a ganar la guerra.

Ahora me tocó a mí el turno de reírme. Hester tendría solo quince años, pero expresaba mi sentir a la perfección.

—Lo sé —repuse con más preocupación de la que deseaba transmitirle—. Y es muy importante que ideemos un plan.

4
Mi querida raspa

Después de pasar el resto de la mañana pensando en algunas ideas, decidí dejar para el lunes todas las preocupaciones sobre el Plan de Reclutamiento del Esfuerzo Bélico Completamente Ficticio de *La Amiga de la Mujer*. Charles tenía uno de esos raros y emocionantes permisos de cuarenta y ocho horas y llegaría a Londres al día siguiente desde su acantonamiento.

O al menos eso habíamos planeado hasta que llamó por teléfono la víspera, por la noche.

—Lo siento mucho, Em, han cancelado todos los permisos hasta la semana que viene como mínimo. —Charles sonaba tan abatido como yo me sentía.

—No te preocupes —dije construyendo una mentira—. Sinceramente, no importa lo más mínimo.

—¿Estás segura, cariño? —dijo Charles—. Detesto hacerte esto, de verdad, especialmente a última hora.

—Segurísima —dije sentándome con un golpe en el último peldaño de la escalera. Había estado contando los días que quedaban para verle—. De todos modos, no me preocupaba —añadí.

Charles hizo un buen intento de reírse.

—Sabes que te lo pasarás mucho mejor con Bunty.

—Tienes razón. —Estaba exagerando—. No podría importarme menos, la verdad.

Luego me quedé sin recursos para mantener el ánimo y ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato.

—Dios, estoy fastidiado —dijo Charles.

No era el único.

—Maldita guerra —dije.

—Maldita guerra —repitió.

Eso nos animó momentáneamente. Charles nunca emplearía ese lenguaje delante de una mujer, y a mis padres les horrorizaría oírme maldecir. Pero esto no contaba, era la forma que Charles y yo teníamos de comprobar si el otro estaba bien, y todo quedaba entre nosotros. Empezó cuando nos dimos cuenta por primera vez de que íbamos en serio y yo reconocí en broma que, de no haber sido por la guerra, jamás nos habríamos encontrado. Era la cosa más peculiar del mundo, que algo feo te llevara a encontrar a una persona sin la cual no podrías imaginar tu vida.

—Tengo que dejarte —dijo Charles—. Te llamaré más tarde para hablar en mejores condiciones. Quiero que me cuentes qué tal la reunión, aunque no te dejen hablar de ella.

—Tienes razón, no puedo —contesté agradecida—, pero ha sido muy emocionante. Había un montón de gente interesante. Y un par de personajes raros —añadí—, pero me lo pasé en grande.

Ninguno de los dos mencionó nombres, lugares o detalles.

—Sabía que te iría bien —dijo Charles—. Estarás al frente de todo en menos que canta un gallo.

—Yo no lo tengo tan claro —respondí haciendo un mohín al acordarme de las dos mujeres del baño—, pero te echarán la bronca si empiezo a contártelo ahora.

Nos despedimos e hice de tripas corazón por sonar entusiasta, pero al colgar el auricular suspiré con fuerza.

—Bueno, pues eso es todo, según parece —dije desanimada ahora que no tenía que fingir lo contrario.

Cuando volvieron a destinar a Charles a Inglaterra, la noticia me hizo mucha ilusión, y él me dijo que yo era lo mejor de tener un empleo fijo en el país, en vez de estar luchando con los demás en el extranjero. Pero lo cierto era que la combinación de su trabajo y mi ajetreo entre *La Amiga de la Mujer* y la estación de bomberos hacía que las oportunidades de vernos fueran contadas. Las llamadas telefónicas esporádicas y las cartas largas nos habían ayudado hasta ahora, y yo sabía que éramos afortunados de tener eso. Enviar cartas de un día para otro era mil veces mejor que esperar una eternidad para recibir noticias de la otra punta del mundo.

Cuando iba a sentarme sintiendo pena de mí misma, se abrió la

puerta de la entrada.

—Hola, Em. Nunca adivinarás qué es —dijo Bunty sin aliento mientras se abría paso a través de la cortina opaca, agitando un pequeño paquete y con cara de haber ganado la lotería—. El señor Parsons ha conseguido un poco de elástico. No le he preguntado cómo, pero ha conseguido un metro y medio. Pareces tristona. ¿Estás bien?

—Han cancelado el permiso de Charles. Otra vez —dije.

Bunty se mostró compasiva.

—¡Oh, no, qué canallada! —exclamó.

Asentí.

—Perdona, estoy deprimida. ¡Tenía tantas ganas de verle! Dame un momento, para que me recupere. Qué buenas noticias lo del elástico.

—Ya es mala suerte —dijo Bunty mientras se quitaba el sombrero y lo dejaba en la mesa del vestíbulo. Se cruzó de brazos y se apoyó en el extremo rizado de la barandilla—. Te daría igual que estuviera en Hong Kong o en cualquier otro lugar, para el caso. ¿Por qué no vienes conmigo a casa de la abuela? Hay una nueva camada de cachorros en la granja. Eso alegra a cualquiera. Sé que no es lo mismo, pero… —concluyó.

Puede que no fuera lo mismo, pero ella era un encanto al proponérmelo.

—Suena de maravilla —le dije—. Gracias, me encantaría.

Bunty se mostró complacida, y yo me di una palmada en los muslos para animarme. La situación era inevitable y no tenía sentido ser un pozo de amargura.

—Bueno —dijo Bunty—, si no terminas en la cárcel por «bocazas», me muero por escuchar cómo te ha ido hoy en «tú ya sabes dónde».

—¡Sí! —exclamé, contenta de poder comentarlo con alguien—. Al principio, muy bien; después la cosa se ha complicado.

—Suena interesante —dijo Bunty quitándose el abrigo y los guantes—. ¿Te permiten contármelo?

—Es todo confidencial —respondí, completamente dispuesta a pasar por alto ese punto—, pero si te digo que estoy furiosa me quedo corta.

—¡Qué dices! —exclamó Bunty—. Creo que mis noticias del

elástico no pueden competir con tu historia. Vamos —dijo—. Esto merece un buen tazón de té.

Me miró de nuevo. Yo fruncía el ceño con ferocidad. Si bien me mostraba comprensiva con la cancelación del permiso de Charles, hubiera dejado que me colgaran sin dudarlo por Freddie y Diane.

—¡Al cuerno el té! —dijo Bunty—. Tiene pinta de que vamos a necesitar la ginebra de la abuela.

—En mi opinión, hay mujeres que se apoyan unas a otras, y hay mujeres que no. Eres de las primeras o de las segundas. Es tan sencillo como eso —dijo Bunty a la mañana siguiente.

Acabábamos de llegar a la estación de Paddington para ir en tren a casa de la abuela de Bunty, la señora Tavistock; la estación estaba tan abarrotada como siempre. Mujeres bandeaban a niños con boinas y gorros hacia los andenes, sujetando con fuerza a los más pequeños y llamando con optimismo a los mayores para que hicieran lo que se les decía y no se alejaran. Un numeroso grupo de marineros con enormes petates fumaba cigarrillos y miraba fijamente el tablón de salidas, mientras un trío de soldados bromeaba entre sí al tiempo que se colaban con cierto desparpajo.

Bunty y yo comentábamos mi pelea en el ministerio en una especie de código morse, omitiendo cualquier detalle identificable, pero sin dejar de diseccionar el escenario.

—Solo quiero contárselo a Guy y sacarme el tema de la cabeza para siempre —dije usando el nombre de pila del señor Collins, puesto que estábamos en fin de semana—. No tendría que haber perdido la cabeza de esa manera.

—Estabas defendiendo su honor —aseguró Bunty—. Y no es culpa tuya que tuviera que marcharse a toda prisa. Que sea la primera cosa que haces el lunes y ya está. De todas formas, la Rana Freddie y la tontucia de su amiga se lo merecían.

Sonreí burlonamente. Bunty hacía que parecieran dos fracasadas de cuarto de primaria: nada más que un incordio, y desde luego ninguna amenaza.

Nos pusimos en la cola de la taquilla, detrás de un apuesto joven de uniforme que iba del brazo de una señora mayor vestida con un abrigo largo. En su mano libre llevaba un pañuelo, pero, cuando

levantó la mirada hacia él mientras charlaba del tiempo con un interés casi desesperado, vi que su rostro era la determinación personificada.

—Antes me gustaban las estaciones —le dije a Bunty en voz baja cuando el chico y su abuela llegaron a la ventanilla; él pidió un billete sencillo—. Me gustaba mirar a la gente. Ahora ya no. Hay demasiada despidiéndose.

Ninguna de las dos se volvió a mirar cuando abuela y nieto se alejaron. Compramos nuestros billetes y, tras desviarnos para adquirir un ejemplar de *Mujer Hoy*, pues yo quería leer la última columna de la señora Edwards, Bunts y yo nos fuimos al andén y al vagón de segunda clase.

Abrí la puerta y Bunty subió como pudo la primera al compartimento, donde ya había una mujer joven con un abrigo negro fino pero elegante y un sombrero verde que un bebé grandote y llorón había ladeado ligeramente. La mujer le hablaba con calma a una niña muy enojada mientras sostenía al bebé en el regazo. Se disculpó mientras la ayudaba a mover varias maletas a un lado, y la niña me dijo «Hola», que se llamaba Ruby, que tenía cuatro años y que quería marearse.

—Bobadas, Ruby —dijo su madre alegremente—. Ni siquiera nos estamos moviendo y, de todos modos, nadie se marea nunca en un tren. Ahora ven y siéntate a mi lado como una buena chica.

Ruby estaba enfurruñada y se aupó para sentarse a mi lado y no al de su madre, y estuvo de morros hasta que el tren pasó por Ealing Broadway, momento en el que susurró en voz alta que quería su orinal. Cuando le recordaron que «acababa de usarlo», se arrastró hacia atrás en el asiento y adoptó la expresión santurrona de alguien que piensa: «Quedará en tu conciencia».

Bunty, que estaba sentada delante de la pequeña, le dedicó una sonrisa de ánimo y se armó de valor para intentar distraerla.

—Hola, me llamo Bunty —le dijo.

—¿Qué es eso? —preguntó Ruby señalando con el dedo el bastón de Bunty.

—Ruby —intervino su madre—. No molestes.

—No pasa nada —dijo Bunty—. Esto es mi bastón.

—¿Por qué? —preguntó Ruby.

—Me ayuda a caminar —respondió Bunty.

—¿Eres vieja? —dijo Ruby, que no parecía muy convencida de ello.

—Discúlpala —contestó su madre, balanceando al enorme bebé en su regazo—. Ruby, ven a sentarte a mi lado.

—El abuelo es viejo —dijo Ruby, impasible—. Y no tiene pelo.

—Tengo una pierna malita —explicó Bunty.

Los ojos de Ruby se agrandaron.

—¿Duele? —preguntó.

—A veces —dijo Bunty.

—¿Se caerá? —preguntó llena de curiosidad.

La madre estaba muerta de vergüenza, pero Bunty se rio.

—Es posible —dijo—. Habrá que esperar a ver qué pasa.

—Discúlpate —repitió la mujer—. ¿Qué decimos, Ruby? La curiosidad mató al gato.

Ruby se quedó preocupada, como si eso pudiera impedirle ver cómo se le caía a alguien una pierna; cuando empezó a preguntar otra cosa, me ofrecí a sujetar a su hermanito para que su madre descansara un rato.

—Es muy amable por tu parte —dijo ella—. Siempre que no te moleste. No tiene ni dieciocho meses, pero ya pesa una tonelada.

—Gordito —susurró Ruby.

Yo insistí en que sería un placer y ella me pasó encantada al bebé. Mientras nos poníamos a charlar, comprendí que la madre no había exagerado nada. El robusto jovencito era una ricura.

—Lo siento, te estamos impidiendo que sigas leyendo tu revista —dijo señalando con un gesto el ejemplar sin abrir de *Mujer Hoy* que yo había dejado en el asiento de al lado.

—Para nada —dije—. Es más, ¿la quiere? Siempre puedo hacerme con otro ejemplar más tarde.

La joven mujer, que se presentó como la señora Oliver, pareció complacida con el ofrecimiento.

—Eres muy amable —dijo—. ¿Estás segura? Sentarse a leer es un verdadero lujo. Con estos dos, no me queda tiempo durante el día; además, en cuanto Ruby se duerme, el pituso suele despertarse. —Respiró hondo—. Vamos de camino a casa de mi madre. El lunes empiezo un trabajo nuevo.

Me quedé impresionada. La señora Oliver parecía no dar abasto con lo que ya tenía.

—Felicidades —dije—. ¿Le permiten decir de qué se trata?

Se sentó más recta.

—Eso creo. Es una fábrica de ingeniería. Mi amiga Betty acaba de empezar a trabajar allí. Mamá cuidará de los dos pequeñines mientras yo trabajo.

El pituso eructó con fuerza. Dejé de hacerle el caballito por si acaso.

—Qué guarro, mami —dijo Ruby.

Tony se rio.

—Mi pobre madre —dijo la señora Oliver—. No pasa nada, Ruby, él no se da cuenta. ¿Quieres pasármelo ya? ¿No? Bueno, pues toma esta frazada. —Me entregó un cuadrado grande de muselina —. Tony, no te pongas malo. Espero no estar pidiendo mucho. Mi madre es bastante joven y Ruby adora a su abuela, ¿a que sí, cielo?

—Abueli —dijo Ruby, mujer de pocas palabras.

—Estoy segura de que se lo pasarán pipa —le dije a la señora Oliver—. ¿Trabajaba antes de la guerra? —No quería ser entrometida, pero me interesaba saberlo. Parecía tener mi edad más o menos.

—Por poco tiempo —dijo—. Me casé a los dieciocho años y tuve a Ruby al año siguiente. Sé que éramos jóvenes, pero Anthony, mi marido, estaba en el ejército y dijo que calculaba que con Hitler pisando fuerte solo era cuestión de tiempo que las cosas se pusieran feas.

—Papi —dijo Ruby.

—Muy bien, Ruby —dijo la señora Oliver, sonriéndole—. Sí, «papi» Buena chica.

Ruby volvió a decir «papi» y se metió el pulgar en la boca.

La señora Oliver empezó a hablarme de su marido; mientras Bunty le daba a Ruby uno de sus guantes para jugar, yo sostenía al bebé y escuchaba. Era algo que había aprendido de la señora Mahoney. Ella decía que a la gente le gustaba saber que alguien la escuchaba.

Bunty le preguntó a la señora Oliver cómo se habían conocido ella y su marido, y mientras nuestro viaje se entretenía con paradas aleatorias, como era costumbre de los trenes en los últimos tiempos, la señora Oliver charlaba alegremente. Los dos tenían dieciséis años; él era cadete, y se habían casado en 1936, fecha que ahora

parecía muy lejana. Una nueva calma se extendió por el vagón mientras Ruby acariciaba la piel del guante de Bunty y el pequeño empezaba a cabecear.

—La jovencita solo tenía dos años cuando Anthony se marchó a Francia —dijo la señora Oliver, bajando la voz—. Ella no se acuerda de nada. —Miró a su hija un momento y sonrió—. Sé que es una raspa —dijo—. Mi querida raspita. La compañía de Anthony fue apresada en Dunkerque.

Lo dijo en voz baja y, después de echar una ojeada a Ruby, meneó apenas la cabeza con un rápido movimiento.

—Tuve al pequeño Tony justo después de enterarnos. Se ha portado muy bien y todo el mundo ha sido muy muy amable. —Me sonrió a mí y luego a Bunty, esta vez con orgullo—. Los dos son la viva imagen de su padre.

—Su marido tiene que ser muy apuesto —dijo Bunty—. Los niños son preciosos.

—Gracias —dijo la señora Oliver en voz baja. Ella también era muy hermosa, de ojos oscuros y cabello castaño oscuro, con un peinado sencillo pero inmaculado.

—¡Santo cielo! —exclamó alegremente—. Estoy hablando por los codos. Debéis de pensar que soy una pesada. No sé a cuento de qué ha venido todo.

—Para nada, señora Oliver —dije—. Es muy agradable estar charlando.

—¿A que sí? Y, por favor, tutéame y llámame Anne. ¿Y vosotras, chicas? ¿Tenéis algún pretendiente?

Bunty siempre lo pasaba mal cuando alguien le preguntaba eso, y como había convertido su otro guante en una marioneta y estaba jugando con Ruby, yo mencioné brevemente a Charles. No conté mucho, solo cómo nos habíamos conocido y que trabajaba para su hermano, lo que me pareció que era dar un buen rodeo. No quise decir que Charles también había estado en Dunkerque, pero que había tenido la suerte de volver de allí.

—¿Es difícil trabajar con su hermano? —preguntó Anne.

Dije que en absoluto, pues era un pedazo de pan. Entonces Bunty se sumó a la conversación y mencionó a *La Amiga de la Mujer*.

—¡Arrea! —exclamó Anne—. Mi madre compra *La Amiga de la Mujer* todas las semanas. Yo compré un número el otro día y

preparé los «dedos de apio». Qué emocionante. Tiene que ser algo muy glamuroso.

Le dije que no era para tanto, pero que me gustaba mucho mi trabajo.

—Tu nuevo trabajo será mil veces más importante —dije—. ¿Tienes ganas de empezar?

Estábamos en las proximidades de Slough y el tren había hecho un alto. Anne sacó un pequeño sándwich de su bolso, lo desenvolvió y se lo dio a Ruby.

—Más o menos —dijo—. Hice el curso de formación del Gobierno y lo superé sin problemas. Mamá se las ha apañado para seguir el ritmo de los niños, así que al menos sabe en qué se está metiendo. Probablemente me quedaré sentada junto a una máquina, pero estoy deseándolo.

Le dije que estaba segura de que su trabajo consistiría en mucho más. Sin embargo, mientras Bunty asentía con la cabeza, caí en la cuenta de que no tenía ni idea de lo que pasaba en lo que yo había asumido que era una fábrica de municiones cuando Anne había dicho «ingeniería». Y yo que había afirmado que *La Amiga de la Mujer tenía* un plan espectacular para apoyar a las obreras de la industria bélica… Aparte de saber mucho acerca del Servicio de Bomberos, y de lo que los amigos contaban de su trabajo, no me enteraba de la misa la mitad. Cuando las lectoras escribían, mi única tarea era darles el nombre y la dirección de la fuente de información gubernamental pertinente. Ahora todo sonaba poco convincente.

Me pregunté si el señor Collins o el resto de los compañeros lo sabrían.

—Anne —dije a bote pronto—, una vez que estés instalada, ¿crees que podría hacerte algunas preguntas para saber en qué consiste tu trabajo? Si te lo permiten y no te importa, claro. ¿A lo mejor podríamos preguntarles a tus amigas también? Puede que sea algo que le interese a nuestro editor.

Anne pensó que estaba bromeando.

—¿Saldríamos en la revista? ¿Te lo imaginas? Aunque los formadores nos especificaron que tuviéramos cuidado con quién hablábamos. No quiero ser grosera, pero podrías ser una espía.

—Es verdad —dije—. Podemos daros a vosotras y a vuestros

jefes montones de pruebas de que en *La Amiga de la Mujer* todo está en regla.

Anne me dijo que estaba loca, pero que sonaba muy divertido si de verdad lo decía en serio.

—Emmy lo dice en serio —dijo Bunty con lealtad—. Si no, no lo diría.

—Aunque depende de mi jefe —dije—. No quiero que pienses que voy de farol ni nada de eso. ¿Puedo darte mi dirección mientras te lo piensas? Y si realmente te gusta la idea, entonces me escribes.

Anne aceptó de buen grado. Pensé que era buena idea mantener el contacto de todas maneras, puesto que parecía muy buena persona.

Ruby se había terminado el sándwich. Quiso saber si habíamos llegado y no pareció sorprenderle que la respuesta fuera «Aún queda un poco». Me ofrecí para entretenerla a mi vez, y no me aburrí nada intentando responder a sus preguntas, que empezaban siempre por un «¿por qué?».

Ruby era una niña muy espabilada que me hacía reír y deseé que fuéramos amigas.

Anne y Bunty charlaban; mientras yo trataba de explicarle a Ruby cómo se formaban las nubes, oí que Bunty le hablaba de William a Anne. Como era propio de ella, habló brevemente de su fallecimiento y después recondujo la conversación hacia recuerdos mucho más felices. Anne escuchaba y luego participó, mostrándose más comprensiva con Bunty que la mayoría de las personas.

Mientras el tren avanzaba a trompicones, nos vino de perlas que ningún nuevo pasajero eligiera precipitadamente nuestro vagón, porque formábamos un grupo jovial, aunque ruidoso, hasta que Ruby anunció que el bebé «se había hecho caca». Al cabo de poco tiempo llegamos a nuestra estación y Bunty y yo tuvimos que recoger nuestras cosas y despedirnos de Anne. Ella me aseguró que su madre estaría en su parada para ayudarlas a apearse del tren y que no tendrían ningún problema.

—Gracias por ayudarme con los dos mocosos —dijo mientras Ruby preguntaba si podía venir con Bunty y conmigo, pues el crío seguía apestando.

Bunty y yo le aseguramos a Anne que el placer había sido mutuo y luego bajamos al andén.

—¡Adiós! —gritó Ruby esforzándose al máximo por despedirse con la mano.

Nos paramos y nos volvimos para devolverle el gesto. Anne estaba sentada detrás de Ruby, sonriendo de oreja a oreja y haciendo que el bebé moviera también su mano regordeta. Cuando el tren empezó a salir de la estación, pensé en las palabras del señor Collins al término de la reunión en el ministerio.

«Piensen en las mujeres. Son las que lo mantienen todo en marcha mientras los muchachos están en el frente… Nuestro trabajo es ayudarlas, tanto como ayudamos en el esfuerzo bélico».

Anne Oliver era exactamente esa mujer: saliendo adelante, haciéndolo todo por su familia, ganándose el pan de cada día y ahora también incorporándose al esfuerzo bélico. Y todo ello siendo consciente de que su muchacho quizá no iba a volver. Necesitábamos pensar en Anne y en los miles de mujeres como ella. Y, por encima de todo, teníamos que escucharlas.

Bunty lo había resumido muy bien: hay mujeres que se apoyan unas a otras y hay mujeres que no. Era tan sencillo como eso.

Anne me había hecho reflexionar. Ahora ya no me preocupaba contarle al señor Collins la pelea con Freddie y Diane. Anne valía más que un centenar de cualquiera de ellas.

Mientras Bunty y yo caminábamos hacia el revisor, pensaba en qué podría hacer *La Amiga de la Mujer*. Si hiciéramos algo más por ayudar a nuestras lectoras cuando se incorporaban al esfuerzo bélico, en lugar de limitarnos a pedirles que lo hicieran, tal vez sí que aportáramos nuestro granito de arena.

—Anne es toda una soldado, ¿no te parece? —le dije a Bunty—. Sobre todo, teniendo en cuenta todas las cargas que ya tiene.

Bunty levantó la mirada del bolsillo de su abrigo, donde había estado revolviendo para sacar su billete.

—¿Crees que al ministerio le preocupa todo por lo que han pasado mujeres como ella? —preguntó Bunty un poco como si nada, pero tenía toda la razón del mundo.

—No lo sé —respondí—, pero creo que dirán que si trabaja es asunto suyo, porque es voluntaria. No la reclutarán porque tiene hijos pequeños.

Bunty soltó una especie de bufido.

—¿Tienes idea de la pensión que reciben las viudas de guerra?

—preguntó—. Porque, a menos que estén casadas con un oficial o hayan nacido con un pan bajo el brazo, no tienen más remedio que salir a trabajar. —Frunció los labios—. No me tires de la lengua, que no habrá quien me baje de mi tribuna.

Coloqué mi brazo entre los suyos.

—Hazlo si quieres, no me importa —dije—. Espero de veras que Anne nos escriba.

—Yo también —respondió Bunty—. Ruby se ha quedado con uno de mis guantes.

Me reí. Obviamente, a Bunty no le importaba su guante. Anne Oliver había tocado nuestra fibra sensible.

—Escribirá —dije con confianza—. Ruby se encargará de que lo haga.

5
La Amiga de la Mujer se va a la guerra

Bunty y yo regresamos a Londres después de un fin de semana lleno de alegrías y cargadas de provisiones del campo, entre ellas una caja de cartón ligeramente húmeda que contenía la mayor parte de una tarta de galletas de chocolate horneada con dos huevos de verdad y cuatro cucharadas de azúcar de grano fino. Sabíamos que el azúcar se había reservado especialmente para la ocasión, a pesar de que la señora Tavistock lo negaba acaloradamente, y después de haber devorado una porción enorme cada una, Bunty y yo acordamos que la creeríamos con gusto si eso significaba que podíamos llevarnos el resto a casa.

Le agradecí a la señora Tavistock mucho más que la tarta. La casa de Pimlico, donde Bunty y yo vivíamos, era de su propiedad, y desde antes de la guerra ambas habíamos compartido el pequeño piso de la planta superior. Había sido muy divertido, pero después de que Bunty resultara herida en el bombardeo nos habíamos trasladado a la casa principal. Era más fácil para Bunts manejarse con menos escaleras, pero, más que eso, era porque estaba previsto que el pisito pasara a ser su primer hogar con William. Después de la muerte de él, nada fue lo mismo. Como la señora Tavistock vivía permanentemente en el campo, Bunty y yo nos mudamos a un par de dormitorios y abrimos la antigua cocina de la planta baja. Era más que espaciosa y más cálida que el resto de la casa, y una vez que Roy y Fred, de la estación de bomberos, nos ayudaron a trasladar algunas sillas cómodas de las habitaciones que no se usaban, se convirtió rápidamente en nuestro nuevo centro de actividad.

Pero lo cierto era que no fue solo la tarta lo que me había

animado. Había sido divertido conocer a Anne, a Ruby y al pequeño Tony, y, en lo referente al trabajo, conocer a Anne me convenció de que era preciso hablar con las lectoras que ya se habían incorporado al esfuerzo bélico.

El lunes por la mañana, cuando salía rumbo a la oficina, llegó el primer correo con una carta de Charles que leí en el autobús, sonriendo como una posesa.

Querida E.:

Siento mucho haber estropeado el fin de semana. Por favor, mira lo siguiente, que estoy seguro de que puede ser un acuerdo vinculante.

PAGARE POR UN DÍA FUERA COMO ES DEBIDO.

TARTA INCLUIDA.

LA PRÓXIMA VEZ NO TE DEFRAUDARE.

PROMETIDO.

FIRMADO: CAP. C. H. MAYHEW

En realidad, te debo un montón de días.

Te echo de menos, Em.

Con todo mi amor. Siempre.

C XXX

P. D.: Perdona las prisas, estoy intentando llegar a tiempo al correo.

P. P. D.: Maldita guerra.

Había escrito «pagaré» con una letra loca y arremolinada, y había dibujado un cuadrado alrededor.

«Idiota», dije, y enterré mi cara en el papel. Luego me lo guardé en el bolsillo para releerlo más tarde, lo que resultó ser a los cinco minutos.

Tenía millones de cosas que contarle, pero, si bien le había escrito las dos noches del fin de semana, nunca era lo mismo que poder hablar con él.

Mientras el autobús se detenía para dejar pasar a dos elegantes mujeres jóvenes de uniforme, volví a centrarme en el trabajo. Esta mañana tendría mi primera oportunidad de hablar con el señor Collins sobre mi precipitadamente prometido «gran plan», y estaba

deseando sacar las cosas a relucir.

A las ocho y media, todo el mundo excepto el señor Collins estaba en la oficina y todos hablaban a la vez. Inspirados por las nuevas que nos había hecho llegar el ministerio el viernes anterior, queríamos compartir nuestras ideas ahora que estábamos a salvo en la oficina y podíamos hablar abiertamente de lo que a estas alturas todos llamábamos «ya sabes qué».

—Debo reconocer que anoté algunas ideas en un código bastante rudimentario, por si acaso —dijo el señor Brand—. Hace tiempo que no hago esta clase de cosas, pero es una maravilla la rapidez con la que se recuperan.

Parecía plácidamente satisfecho. A sus sesenta y pocos años, y siempre impecable, el señor Brand daba la impresión de vivir en otro mundo, detrás de sus pequeñas gafas redondas, pero yo siempre había presentido que tenía más fondo del que se veía a primera vista. Creí ver una pista de un pasado aventurero en el hecho de que recordara sin esfuerzo escribir en clave. Pero no reveló nada y enseguida se retiró a bosquejar un dibujo.

—Bueno —dijo el señor Newton, mirando a su alrededor como si estuviera a punto de dar la dirección de Goebbels—, le dije a la señora Newton: «No puedo decir por qué, pero, por “una cuestión de seguridad nacional”, me voy a ir al sótano a pensar». Se está más tranquilo allí, ya ven —añadió para mayor claridad—. Entonces ella dijo: «Larry, no podría estar más orgullosa de usted». Y no me dejó bajar sin un termo de té y dos cuadrados de chocolate Bristol Plain que se supone que eran para los niños.

Al señor Newton le brillaban los ojos; asentí con entusiasmo en señal de apoyo, en parte porque me caía muy bien, pero también porque estaba luchando con la imagen de él sentado en la carbonera en plena oscuridad, y no se me ocurría muy bien qué decir.

—He reunido todas las ideas de los colaboradores de la redacción que podrían sernos útiles —dijo Kathleen sacando un montonazo de notas—. No sé por qué no lo había hecho antes.

Todos miraron sus propios esfuerzos, que ahora parecían un poco flojos.

—Sinceramente —dijo Kath—, yo no he hecho nada, de verdad, es trabajo de todos. Aunque sí que se me han ocurrido algunas ideas

para componer un vestuario para todo el año. —Levantó una página que parecía de matemáticas avanzadas—. He calculado los cupones, pero todavía estoy deduciendo el coste. De momento, está en diez libras —añadió frunciendo el ceño.

—Diez libras —repitió Hester con los ojos vidriosos—. Fíjate.

—Es mucho dinero —dije a mi vez.

—¿Sabéis?, el mes pasado *Vogue* dijo que había que comprar un vestido negro básico y retocarlo con accesorios. El que recomendaron cuesta ocho guineas. Ocho guineas. Por un vestido «básico» —dijo Kath.

A Hester casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Es otro mundo —dijo la señora Mahoney—. Yo me compré un sofá nuevo de Army and Navy justo antes de que estallara la guerra y solo me costó nueve libras con diez. Además, es muy mullido.

—Por ocho guineas te puedes comprar un pequeño invernadero —dijo el señor Brand.

—O ir a París —dije yo, dejando volar mi imaginación, a pesar de que no tenía ni la más remota idea de cuánto podría costar el viaje—. Si no hubiera una guerra.

—Yo me iría a América —dijo Hester—. Si me tocara la lotería.

—Yo no me gastaría ocho guineas en un vestido ni aunque las tuviera —dije, sintiéndome socialista.

—De todos modos —dijo Kath reconduciéndonos al tema que nos ocupaba—, entre la señora Pye, que se ocupa de la moda, y yo, que me ocupo de las prendas de punto, podemos confeccionar algunos patrones que son prácticamente idénticos.

—Bien pensado —dijo el señor Brand, que estaba dibujando un invernadero.

—Atiendan, atiendan —dijo la señora Mahoney—. No podemos permitir que nuestras lectoras crean que no pueden ser tan inteligentes como quisieran solo porque no han nacido con un pan bajo el brazo.

Sonreí. La oficina de *La Amiga de la Mujer* no era un hervidero de radicalismo, pero la idea de un vestido básico que costaba ocho guineas había alterado a todo el mundo.

Llamaron a la puerta abierta y el señor Collins asomó la cabeza.

—Buenos días a todos —saludó—. ¿Qué ocurre? Creía que había llegado pronto, pero ya están ustedes tomando la Bastilla.

—No estamos haciendo nada de eso —dijo la señora Mahoney, que era una monárquica convencida y aún se sentía defraudada por el último rey.

—Estamos pergeñando nuevas ideas —dije, antes de darle al señor Collins la oportunidad de decir algo todavía más incendiario—. Tenemos una carretada.

—Excelente —dijo el señor Collins. Parecía bastante animado, lo que tomé como una señal de que su amigo debía haber remontado durante el fin de semana—. Sabía que podía contar con todos ustedes.

Dejó su máscara antigás sobre la mesa, se quitó el abrigo, lo colocó en el respaldo de una silla, puso el sombrero encima y se sentó. La señora Mahoney frunció el ceño.

—Ya está arrugado —dijo afablemente el señor Collins—. He estado de guardia en la Brigada Antiincendios. Dios mío, qué frío. Ahora bien, siguiendo con nuestra breve reunión del viernes, Kathleen, ¿por qué no la retoma usted?

Kath empezó a exponer sus pensamientos ordenadamente. Todo el mundo escuchó con atención, aunque empezó a sonar un teléfono en el despacho contiguo, el del señor Collins.

Hester hizo ademán de levantarse para responder, pero el señor Collins negó con la cabeza.

—Gracias, Hester, pero no haga ni caso. Confío en que haya pedido a la centralita que no pase ninguna llamada durante la próxima hora. Gracias. Continúe, Kathleen.

Hester dijo: «Sí, señor Collins», y lo miró compasivamente, lo cual supuse que hacía por si había ocurrido «lo peor» y él solo estaba haciéndose el valiente.

Kathleen repasó todo lo que tenía archivado de los colaboradores de *La Amiga de la Mujer*. La señora Pye, que se encargaba de la moda, había sugerido una nueva columna sobre cómo ir al trabajo en plena forma. La llamó «Al servicio de la belleza (Pamela Pye informa para ayudar)», y todo el mundo convino que vendría de perlas para levantar la moral. La señora Croft, de «¿Qué hay en la cazuela?», había enviado algunas ideas estupendas para cenas que no costaba mucho tiempo preparar al final de un día de trabajo; después de que el señor Newton compartiera los resultados de su tarde en el sótano, cuando el señor

Collins se dirigió al señor Brand para pedirle su opinión, las cosas empezaron a avanzar de verdad a todo gas.

—He tenido algunas ideas sobre nuestras portadas —dijo, revolviendo en su cartera de cuero—. Pensé que este tipo de cosas podría ayudarnos a fijar nuestra postura.

Todos nos inclinamos hacia delante con atención mientras el señor Brandex ponía sus ideas.

Hubo un «¡Caramba!» colectivo.

Las imágenes que el señor Brand había creado mostraban a mujeres felices y seguras de sí mismas, pero en vez de llevar una rebeca o un bonito vestido, iban de uniforme. Una de ellas, vestida de caqui, llevaba un casco, sostenía unos prismáticos y miraba al cielo, mientras que otra, que pertenecía claramente a la WAAF, la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina, hablaba inspiradamente con un hombre apuesto. No se le podía ver mucho porque el foco de interés se centraba en la mujer.

Sin embargo, la última portada me llamó la atención. Bajo el gran encabezamiento de *La Amiga de la Mujer* veías a una mujer de ojos azules con el pelo asomando por debajo de un pañuelo atado a la cabeza. Llevaba un mono de trabajo y sostenía una gran taza de latón. Aunque tenía las cejas perfectamente depiladas y un poco más de carmín del que yo me pondría para una noche de juerga en el centro, estaba claro que se encontraba en el trabajo y sin duda en una fábrica, para más señas.

El señor Brand guardó silencio, a la espera de conocer nuestra opinión.

—Bueno —dijo el señor Collins cuando todos nos agolpamos para escrutar los dibujos más de cerca—, señor Brand, esto supone un antes y un después. Ha dado en el blanco.

Yo no podía estar más de acuerdo.

—Esa se parece a mi Gwen —dijo la señora Mahoney con voz entrecortada.

—No me importaría ser como ellas —dijo Hester tímidamente desde el fondo de la sala.

—¿Qué más se puede decir? —preguntó el señor Collins—. ¿Alguien ha visto otras revistas con portadas como estas?

Todos negamos con la cabeza.

—Pues ya lo tenemos —dijo el señor Collins—. Gracias de

nuevo, señor Brand. Ahora solo hay que asegurarse de que el contenido de la revista esté a la altura de su trabajo.

Me miró con un brillo divertido en los ojos.

—¿Emmy?

Abrí mi cuaderno, respiré hondo y me zambullí en él.

—Lo más obvio —dije— sería redactar una serie de artículos con información sobre cada uno de los servicios y el trabajo de guerra civil, pero eso ya lo han hecho otras revistas. Así que se me ha ocurrido que podríamos ofrecer a nuestras lectoras un enfoque diferente, algo más útil.

Todo el mundo estaba atento, así que seguí adelante. Había decidido mencionar a Anne Oliver al final, una vez que hubiera intentado concitar el entusiasmo general del equipo.

—Los artículos sobre carreras profesionales nunca cuentan realmente lo que significa ser operador de radio o soldador, o vivir en una pensión con un montón de extraños. A juzgar por todas las cartas que recibimos, muchas de nuestras lectoras no saben qué esperar. Así que he pensado que podríamos darles consejos prácticos sobre cómo es la vida real, no solo lo que se dice en los anuncios.

A la señora Mahoney le pareció bien.

—Entre las más jóvenes las hay muy entusiastas, pero no están ni mínimamente preparadas.

—Exacto —dije—. Escuchen esto. Hester, no lo apuntes, porque es privado.

Rebusqué en un montón de cartas que había traído, hasta dar con una que estaba escrita con esmero en una letra muy pulcra, probablemente de colegiala. Leí en voz alta:

> Querida Su Jovial Servidora:
>
> Tengo diecinueve años y estoy a punto de incorporarme al Servicio Naval Real Femenino. Tengo muchas ganas de hacer un buen trabajo, pero, como el trabajo que he hecho antes ha sido solo con otras chicas, estoy preocupada porque no sé cómo tratar a los hombres con los que voy a trabajar. No tengo hermanos y mi padre murió cuando yo era pequeña, así que no sé a quién preguntar.
>
> Estoy segura de que podría meter la pata haciendo o

diciendo algo indebido. Por favor, ¿podría ayudarme?

Atentamente,

PREOCUPADA
CON LOS HOMBRES

—¡Qué ricura! —dijo la señora Mahoney—. Te dan ganas de ir el primer día y decirles a todos que sean amables con ella, ¿verdad?

—Exacto —respondí—. Luego están las que piensan que todo es un jolgorio. La semana pasada, algunas fans de Bing Crosby escribieron para quejarse de que su fábrica era aburrida; decían si no podíamos buscarles algunos amigos por correspondencia que fueran soldados para animar un poco las cosas. Preferiblemente australianos —añadí.

La señora Mahoney puso cara de hartazgo.

—No tengo nada en contra de los romances —dijo—, pero ya tenemos bastante con lo nuestro.

—Las lectoras ya están dispuestas a dar un paso al frente —dije, dirigiéndome al señor Collins—. Lo que realmente necesitan son consejos prácticos. Miren esto.

Abrí nuestro número actual. En la portada interior había un llamativo anuncio del Ministerio de Trabajo y Servicio Nacional. El titular rezaba: «El esfuerzo bélico es femenino», e incluía varios dibujos de mujeres que supuestamente hacían algo vital relacionado con la ingeniería pesada. Sin embargo, las imágenes solo mostraban a una chica secándose las manos sin ninguna razón aparente, y a otra de pie con las manos en los bolsillos sin hacer nada en absoluto. La única que estaba haciendo algo hurgaba torpemente en un trozo de tubería como si esta fuera a morderla.

«Seguramente te darán un mono de trabajo, que sienta muy bien a cualquier edad, aseguran ellas mismas, ¡sea cual sea tu figura!», leí en voz alta.

—Eso lo dudo mucho —dijo la señora Mahoney—. Yo parecería la parte trasera de un autobús.

—No, no lo parecería —dijo Kath.

—Ni por asomo —convine.

Los tres hombres de la sala intervinieron con una serie de ruidos bien intencionados pero inciertos. Era evidente que ninguno tenía claro que opinar sobre los pantalones de un estimado miembro femenino del personal fuera «lo correcto».

Habría jurado que la señora Mahoney ponía los ojos en blanco.

—La cuestión es que Emmy lleva razón —dijo—. Si nuestras lectoras piensan que van a pasearse en pantalones por una fábrica a lo Greta Garbo, se van a llevar el susto de su vida.

—Exacto —dije, agradecida por su apoyo—. Y aquí es donde creo que podemos ayudar. He conocido a una mujer que está a punto de empezar a trabajar en Municiones. Se llama Anne Oliver y creo que no le importaría que la entrevistáramos en *La Amiga de la Mujer*.

—Continúe —dijo el señor Collins, mostrando interés.

—Bueno, pues pensé que podríamos preguntarle cómo es realmente el trabajo bélico. Las revistas de noticias lo hacen todo el tiempo. El mes pasado, *Picture Post* lo hizo con los cazadores de ratas. Es un trabajo horrible, pero muy importante. Entrevistaron a los hombres que se dedican a eso, y al final del artículo te entraban ganas de aplaudirlos. Podríamos hacer lo mismo, solo que con mujeres que trabajan para el esfuerzo bélico. Mujeres como Anne.

Hice una pausa para respirar. El señor Collins se recostó en su silla. Como no dijo nada, continué.

—Anne es lectora de *La Amiga de la Mujer*, y eso es lo mejor de todo. En vez de contarles nosotros cosas del Gobierno, podemos hacer que las lectoras se las cuenten entre sí. He pensado que podríamos llamarlo «La amiga de la mujer en el trabajo».

El señor Collins entrecerró los ojos y rumió.

—Buen nombre —dijo al fin—. Y me gusta la idea. Señora Mahoney, ¿qué opina?

—Muy bien —dijo la señora Mahoney—. Si me lo pregunta, le diré que la mayoría de las lectoras solo quieren saber dónde se meten y si estarán juntas en esto con buena gente.

—«Juntas en esto» —repitió el señor Collins, más para sus adentros que para los demás—. Eso también es bueno. Gracias, señora Mahoney. Podríamos tener una columna que hable del trabajo de las mujeres que contribuyen al esfuerzo bélico. «Una lectora de Stafford se dedica a atornillar diez mil remaches al día», ese tipo de cosas. «Juntas en esto». Kathleen, ¿puede echarle un vistazo a eso con Hester? Inclúyalo al lado de «La amiga de la mujer en el trabajo» que ha propuesto Emmy, añada «Al servicio de la belleza» de la señora Pye y creo que tenemos algo. Señor Newton,

¿podría vender anuncios publicitarios inspirándose en esta idea?

El señor Newton asintió enérgicamente mientras Hester se apresuraba a copiarlo todo por escrito.

Aunque el equipo parecía muy animado, yo me sentí más aliviada que otra cosa. Sin que ninguno se percatara, habían dado con lo que podría ser el «gran plan», del que yo había presumido en los lavabos. No es que lo mereciera, pero mis colegas podrían haberme sacado de un buen apuro.

Solo había un problema.

—Bien —dijo el señor Collins—. Kathleen, ¿podemos empezar con un pequeño anuncio en el próximo número para que las lectoras nos escriban contando lo que han estado haciendo?

Kathleen dijo tranquilamente: «Sí, por supuesto», mientras que Hester parecía abrumada por verse involucrada en un proyecto ministerial, pero se recuperó después de tragarse el hipo y sofocar una risita.

—Solo queda usted, Emmy. ¿Puede trazar un perfil adecuado para «La amiga de la mujer en el trabajo» de aquí a mañana? Necesitaremos una cantidad ingente de permisos del ministerio para acercarnos a una obrera de la industria bélica, pero podemos resolverlo siempre que su amiga siga interesada. ¿Quizá podríamos seguir su progreso, conocer a sus compañeras de trabajo, ver cómo se adapta? Si dejamos caer suficientes nombres del ministerio, la fábrica no lo dejará escapar. Me gusta esto —dijo finalmente—. Podría funcionar como una serie de artículos. —Se detuvo—. ¿Qué ocurre?

Yo lo miraba fijamente sin anotar nada. Mi idea crecía por momentos y, por lo que pude entender, me estaba diciendo que me encargara yo de todo.

El señor Collins no esperó a que respondiera.

—Ya es hora de que salga a hacer periodismo. —Miró su reloj—. Muchas gracias a todos, excelente trabajo.

Se quedó pensativo un momento. Luego, en vez de dar por terminada la reunión, prosiguió.

—¿Saben?, esta es nuestra oportunidad de hacer algo más que aportar un granito de arena. No me cabe la menor duda de que estaremos en la carrera por demostrar tanto al ministerio como a todos nuestros colegas editores que *La Amiga de la Mujer* está en

plena forma. Pero no piensen en ello. —Nos miró uno por uno—. Sé que lo mencioné el viernes, pero mientras hacemos planes, quiero que se centren en las lectoras. El país necesita que se ofrezcan como voluntarias para el esfuerzo bélico, pero ¿qué necesitan ellas? ¿Qué es lo que quieren nuestras lectoras y, por descontado, merecen? Mientras les pedimos que den un paso al frente, ¿cómo podemos ayudarlas? Aquellos de ustedes que vivieron la primera guerra saben lo duro que es el esfuerzo bélico.

El señor Collins miró a la señora Mahoney y ambos compartieron un momento de reconocimiento mutuo.

—Demostrémosle al ministerio lo que nuestras lectoras pueden hacer, y cuidemos de ellas mientras lo hacen.

Nunca había oído hablar así al señor Collins. Solía manejarse con discreción, pero era como si la reunión del ministerio le hubiera hecho recordar que, en el pasado, había estado entre los once jugadores titulares y no solo en el banquillo. No tenía nada que ver con el hombre del que tan groseramente habían hablado las dos horribles mujeres del lavabo.

—Y eso —dijo mirándonos con un brillo apenas perceptible en los ojos— es lo más cerca que me oirán de intentar conmoverlos. No volverá a ocurrir. ¿Todo el mundo lo tiene claro? Así pues, creo que eso es todo.

Todos respondimos con exclamaciones de «Por supuesto» y «Así se habla», junto con promesas sinceras de dejarnos la piel en el trabajo. El señor Newton estuvo a punto de prorrumpir en aplausos, pero, por fortuna para el rubor del señor Collins, la señora Mahoney le puso una delicada mano en el brazo y este se lo pensó mejor.

A cuál más inspirado, todo el mundo se puso a exponer sus ideas al mismo tiempo.

Pero yo guardé silencio. Las palabras del señor Collins habían dado en el clavo.

«Demostrémosle al ministerio lo que nuestras lectoras pueden hacer, y cuidemos de ellas mientras lo hacen». Si esto no era ya lo suficientemente inspirador de por sí, lo que me quitó el habla fue un comentario hecho como de pasada.

«Ya es hora de que salga a hacer periodismo». Desde el colegio había soñado con esto, y ahora estaba ocurriendo. Aunque la idea de hablar con Anne había sido mía, no había pensado ni por un

momento que iba a dirigir una serie de reportajes que se realizarían con la aprobación del ministerio.

Estaba encantada de que el señor Collins me creyera capacitada para hacerlo. Esperaba que a Anne le siguiera gustando la idea.

Hacía poco menos de un año, el señor Collins había sido la persona que me había dado trabajo en *La Amiga de la Mujer*. Ahora me estaba concediendo la oportunidad de hacer mis primeros pinitos como periodista.

No lo defraudaría, ni a él ni al ministerio, desde luego. Cuando empecé a recoger las cartas de las lectoras y a guardarlas cuidadosamente en mi archivo, pensé en todas las mujeres que habían escrito porque querían ayudar en el esfuerzo bélico. Muchas llevaban meses esperando una respuesta oficial o les habían dicho que eran demasiado mayores o demasiado jóvenes, o simplemente deseaban hacer lo correcto.

Esta era nuestra oportunidad de ayudarlas.

Era el momento en que debía dar un paso al frente.

6
Cosido como una cremallera

—En esta ocasión habrá que hacer unos cuantos malabarismos para que todo el mundo esté contento —dijo el señor Collins.

Yo estaba sentada en su despacho después de la reunión y él pensaba en voz alta. Después de la emoción de haber encontrado nuevos planes, había mucho que resolver. Tendríamos que obtener el visto bueno de Anne a los artículos, convencer a sus empleadores de que merecía la pena y, sobre todo, asegurarnos de que contaríamos con todas las aprobaciones oficiales que nos permitieran acceder a un proveedor del Gobierno.

Nada de eso se me había ocurrido cuando propuse la idea.

El señor Collins, sin embargo, parecía satisfecho con la situación y no pensaba que hubiera nada insuperable.

—Me encargaré de los permisos y, Emmy, póngase en contacto con su amiga. Si sigue interesada, averigüe quién dirige el lugar y redacte una carta. Escríbala de mi parte, pero diga que he ordenado a nuestra «editora de carreras» que se haga cargo de este proyecto ministerial de suma importancia. —Sonrió—. Descubrirá que la gente puede ser insufriblemente *snob* con los títulos; así pues, ¿le parece bien que la llamemos así? Es ridículo, pero todo forma parte del juego. Deberíamos mandar imprimirle algunas tarjetas.

¡Editora de carreras! ¡Tarjetas! Intenté que no se me notara el aturdimiento, pero deseé que el señor Collins se parara a respirar un poco.

Ya era hora de que le contara mi desencuentro en el baño de señoras.

—No ponga esa cara de preocupada, Emmy, tengo toda la fe en usted —dijo malinterpretando mi reticencia—. Usted sea honesta,

no maree al personal y nunca se invente nada, porque, a pesar de lo que escuche por ahí sobre los reporteros, los mejores nunca lo hacen. ¿Está contenta con todo?

—¡Ah! —exclamé, preguntándome si la regla de no inventarse nada podría empezar a partir de este día y no incluir el viernes de la semana anterior—. Sí, contentísima. Gracias. Editora de carreras es mucho que asimilar, aunque sea un puesto inventado.

—Mmm —murmuró el señor Collins—. Me doy cuenta de que acabo de romper una de mis reglas. —Puso los ojos en blanco—. Emmy, intente no seguir mi espantoso ejemplo.

Eso me complicaba más las cosas con mi secreto.

—Solo hay una cosa —empecé, incómoda.

—Dispare. —El señor Collins se recostó en su asiento y alcanzó un paquete de cigarrillos vacío de su escritorio, eternamente desordenado.

Un golpecito inseguro anunció a Hester, que asomó una cara sonrosada por la puerta entreabierta.

—Señor Collins —jadeó—. Perdone, pero hay una señora al teléfono. De una oficina. Para usted.

—Gracias, Hester —dijo el señor Collins pacientemente—. Por favor, apunte el mensaje y ya la llamaré.

Hester se mostró apenada.

—Dice que es urgente. Dice que ya ha llamado una vez y que el señor Clough tiene una reunión dentro de un minuto y le gustaría mucho hablar con usted.

—¿El subsecretario? —dije, notando que me subían los calores —. El hombre del ministerio.

Me había salido una voz dramática. El señor Collins se mostró despreocupado.

Hester asintió enérgicamente.

—Así es. Del ministerio.

—Ah, sí —dijo el señor Collins, como si fuera el carnicero que llamaba para decirle que le había guardado una chuleta—. Gracias, Hester. ¿Es el número que tiene en la mano? Le devolveré la llamada cuando Emmy y yo hayamos terminado.

Hester se ofreció a llamar a la secretaria y pasarle al señor Collins.

—No es necesario —dijo el señor Collins—. Yo mismo lo haré.

Ahora, Emmy, creo que estaba a punto de decir algo.

Cuando Hester se retiró al pasillo, el señor Collins me miró expectante y yo intenté volver al hilo de mis pensamientos. A buen seguro, Hester no era la única que se había quedado desconcertada. La secretaria de un subsecretario de un ministro del Gobierno había llamado a nuestra oficina. No era algo que pasara todos los días, aunque el señor Collins se lo tomara con filosofía.

Mi mente iba a mil por hora pensando en las posibles razones. Puede que los hombres del ministerio se dedicaran a llamar a todos los editores como una especie de seguimiento de la reunión. O quizás el señor Collins conociera personalmente al señor Clough. Entonces mi mente se desvió, como hacen las mentes cuando te has comportado de forma impecable, aparte de una nimiedad que tal vez no había salido del todo como esperabas.

Me encontré presa de un repentino y particularmente feroz ataque de paranoia.

¿Y si alguien me había visto merodeando fuera de los lavabos mucho después de que hubiera terminado la reunión del ministerio? También había bajado las escaleras como alma que lleva el diablo, lo que debió de parecer sospechoso. Por no hablar de la insinuación al hombre del ascensor de que las dos periodistas de los lavabos se negaban a salir.

—¡¡Emmy!! —dijo en voz alta el señor Collins—. ¿Sigue conmigo? Debería llamar a Clough sin demora.

Se puso a buscar otro paquete de cigarrillos debajo de una pila de papeles.

—Ah, sí, eso —empecé—. ¿Recuerda cuando estuvimos en la Casa del Senado?

—Ajá —dijo abriendo un cajón y revolviendo dentro.

—Bueno, pues había unas periodistas, mujeres, en los lavabos.

—Ajá. —Había encontrado otro paquete y empezó a abrirlo.

—Y estaban diciendo cosas bastante desagradables.

El señor Collins sacó un cigarrillo.

—Sobre *La Amiga de la Mujer*. De hecho, bastante groseras. Muy groseras, en realidad.

—Ah —dijo, sin el «ja».

Dejó el cigarrillo sin encender, hizo una pausa y se rascó la barbilla con la mano.

—Me pareció que estaba sofocada cuando nos vimos a la salida. En este punto, ¿puedo interrumpirla con una conjetura?

Asentí con la cabeza.

—¿Por casualidad las puso en su sitio?

En los últimos meses, el señor Collins había llegado a conocerme bien y, como ya me había echado un cable en situaciones peliagudas cuando me había tomado la justicia por mi mano, no era raro que supusiera que me había vuelto a desviar del camino recto.

—Sí —confirmé.

El señor Collins se puso el cigarrillo en la boca, sacó una cerilla de una cajita de plata, la frotó y la prendió. Dio una larga calada y luego, mientras expulsaba el humo, sonrió.

—Sabía que no debía dejarla a su aire —dijo—. ¡Vamos, desembuche! Esto promete.

Me llevó algún tiempo referirle al señor Collins un relato pormenorizado de mi discusión con Freddie y Diane. Omití las cosas personales verdaderamente feas que dijeron de él, pero no me guardé nada de la mala opinión que tenían de nuestra revista. También le conté que había presumido del tremendo Plan de Reclutamiento del Esfuerzo Bélico de *La Amiga de la Mujer*, que en realidad no existía.

—Lo siento muchísimo —dije—. ¿He metido la pata hasta el fondo? También le dije a alguien que estaban rezagándose y que se negaban a salir del baño. ¿Cree que el señor Clough ha llamado por eso?

Contuve la respiración, preguntándome si mi título temporal de editora de carreras estaba a punto de convertirse en humo. Aunque me lo hubieran adjudicado para dar el pego, habría sido la mar de divertido.

—Bueno, Emmy —dijo el señor Collins—, algo me dice que el subsecretario no intentaría seguirle la pista personalmente. Lo más probable es que haya enviado a la policía militar. ¡Es broma! Ay, Dios mío, parece a punto de desmayarse. Me disculpo. Tome, fúmese un cigarrillo. Maldita sea, se me olvidó que no fuma.

Me miró con cara de exasperación. Yo seguía luchando contra la posibilidad de desmayarme de verdad. La policía militar. El terror

me invadió como una ola.

—Emmy, no pasa nada. De verdad. Debería habérmelo contado enseguida. Espero que esto no le haya quitado el sueño. Por lo que dice, parecen dos mujeres insoportables. Usted cumplió con su parte, bien hecho.

Asentí débilmente con la cabeza, sintiéndome como una boba. El señor Collins suspiró.

—¿Sabe?, me gustaría pensar que los editores se llevan bien la mayor parte del tiempo, pero es como cualquier industria, tienes a los buenos como Monica o Simons, y tienes a los idiotas, como esas dos o Jarrett. No le dé más vueltas. Y menos en lo que respecta a la llamada del ministerio. Hablando de eso, será mejor que vaya a ver qué quieren.

Le di las gracias, encantada de no haber cometido un error garrafal. Estaba a punto de marcharme cuando el teléfono del señor Collins volvió a sonar. Me sonrió y me indicó que me quedara donde estaba.

—Podría ser él —dijo, y descolgó el auricular.

—Collins… Ah, Hester. Sí, sí, por supuesto. —Hizo una pausa y supuse que Hester le conectaba con el señor Clough. Sin embargo, era otra persona.

—Señorita Jackson —dijo el señor Collins—. Buenos días. Sí, gracias. —Hizo otra pausa, se aclaró la garganta y apagó el cigarrillo—. Lord Overton. Buenos días, señor.

No era el ministerio, sino el propietario de Launceston Press en persona.

Me senté muy recta en mi silla. Solo había visto a lord Overton una vez, en un encuentro bastante aterrador que nunca olvidaría, pero un retrato suyo en la recepción de la planta baja me saludaba todos los días al llegar a la oficina, y yo siempre le deseaba en silencio un respetuoso «buenos días» Había admirado a lord Overton desde la distancia antes de incorporarme a *La Amiga de la Mujer*, y desde que lo había conocido lo respetaba más que nunca. Su generosidad, junto con la del señor Collins, era la razón por la que yo tenía algo que podía llamar profesión.

—Ya veo —dijo el señor Collins—. Es muy agradable oírlo y muy amable por su parte haber llamado. Por supuesto. El señor Clough. Un tipo excelente. Sí. Estoy a punto de hablar con él. Ya. Sí,

de hecho, quizás un poco prematuro. Aún estamos trabajando en los detalles, pero creo que vamos por buen camino. Desde luego, señor. Tan pronto como podamos. Sí, ¿verdad? Un gran placer. Otro para la señora Overton. Gracias, señor. Hasta pronto.

El señor Collins colgó el teléfono y me miró, pensativo.

—Dígame, ¿por casualidad se quedó con los nombres de esas mujeres?

—No del todo —dije—. Solo con Freddie y Diane.

El señor Collins enarcó las cejas durante un segundo.

—Cómo no —dijo casi para sus adentros—. Freddie Baring. *Semana de chicas*. Me pareció verla. ¡Qué dicha!

—¿Conoce a la señora Baring? —pregunté.

—Un poco —dijo el señor Collins—. Imagino que habrá deducido que no somos uña y carne.

Me quedé callada y el señor Collins sonrió.

—No voy a preguntar si dijo algo de mí. Pero puedo aventurar algo al respecto. Hemos cruzado espadas de vez en cuando a lo largo de los años. Baring es su seudónimo. Su nombre real es Freda Clough.

Me quedé boquiabierta: el mismo apellido que el del subsecretario del ministro de Información.

—Y apuesto a que le ha contado muy amablemente a su hermano el gran plan que está esperando de *La Amiga de la Mujer*. Bueno, ciertamente ha llamado usted la atención del ministerio. Seguramente, se habrá dado cuenta de que no solo ha hablado por teléfono conmigo.

En ese momento sentí que se me helaba la sangre.

—No se preocupe. Lord Overton parecía muy contento. Es un hombre deportivo y disfruta de la emoción de la persecución. No se le habrá pasado nada por alto.

Durante un momento, el señor Collins se sentó y se quedó pensativo, mirando a media distancia mientras cavilaba. Entonces, y para mi absoluta sorpresa, soltó una tremenda carcajada.

—Lo cierto es que lo que ha pasado nos viene de perlas. Freddie B. ha intentado jugárnosla. ¡No importa! —exclamó, poniéndose de pie y golpeando el escritorio con ambas manos—. Podemos arreglarlo. Emmeline Lake, lo haya querido o no, ha puesto a *La Amiga de la Mujer* en el punto de mira del ministerio. Ahora solo

tenemos que asegurarnos de que no nos moveremos de ahí.

—¿De verdad? ¿Y está todo en orden?

El señor Collins me miró fijamente.

—Pues claro —dijo poniéndose serio—. Emmy, no pierda un segundo más pensando en lo que ocurrió la semana pasada. Me temo que la señora Baring puede ser un hueso duro de roer, y lamento que haya querido intimidarla. Pero, en el fondo, nos ha hecho un favor. Esta es una verdadera oportunidad para que *La Amiga de la Mujer* deje su huella tanto en el ministerio como en lord Overton. Tengo toda la fe en que estaremos a la altura del desafío. Emmy, tengo toda la fe en usted. —Se inclinó sobre su escritorio—. Usted déjeme el ministerio a mí. Y ahora, si no le importa, ¿puedo sugerirle que vaya a escribirle esa carta a su amiga?

Con la certeza de que el señor Collins confiaba en mí, y no poco aliviada porque Freddie Baring fuera para él una nadería y no una amenaza, me apresuré a escribir a Anne y a ponerlo todo en marcha. Para mi alegría, aceptó rápidamente la idea.

Querida Emmy:

Muchas gracias por tu carta que ha llegado hoy. Pensábamos que Ruby tenía paperas, pero solo estaba exhausta. Por supuesto, ella cree que las tiene, ¡y ahora le dice a todo el mundo que tiene «panteras»!

¡No puedo creer que *La Amiga de la Mujer* quiera entrevistarnos sobre nuestro trabajo! ¿Estás segura? Como acabo de empezar, no sé si seré útil, pero las otras chicas tendrán más cosas que contaros. Betty se muere de ganas, pero, como has dicho, lo mantenemos en secreto.

Hasta ahora, me gusta esto. La jornada es larga, pero las chicas son majas y la cantina está bien: menús de tres platos por un chelín y más verduras de las que caben en el plato.

Mamá disfruta cuidando de los niños, aunque la señora Bagley, la vecina de al lado, me ha dicho que Tony grita durante la primera hora después de marcharme al trabajo por la mañana. Mamá dice que no dura tanto, y eso espero, porque tengo que salir a las cinco y cuarto. Estoy un poco cansada, pero Betty dice que me acostumbraré.

El director de la fábrica es el señor Terry. No lo conozco

aún, pero Betty cree que es a él a quien hay que escribir. ¡Cree que aprovechará la oportunidad porque le dará buena imagen! Pero no se lo digas si lo conoces. Espero que no pase nada por haber escrito su nombre en una carta. No he puesto mi dirección ni nada de eso por si la carta se extravía.

Será mejor que te deje, Ruby debería estar durmiendo hace horas. Es de lo que no hay.

Espero que estés bien. Saluda a Bunty de nuestra parte.

Atentamente,

ANNE

Querida Anne:

Muchas gracias por tu carta. Me alegro mucho de que te estés adaptando y de que las cosas vayan bien. Se lo he dicho al señor C, que está muy contento. Él se encargará de las cosas aquí y, luego, si todo va bien, escribirá a la persona de allí para acordar los detalles.

¡Te escribiré más tarde y espero verte pronto!

Atentamente,

EMMY

P. D.: ¿A Ruby y al bebé les gusta Beatrix Potter?

Querida Emmy:

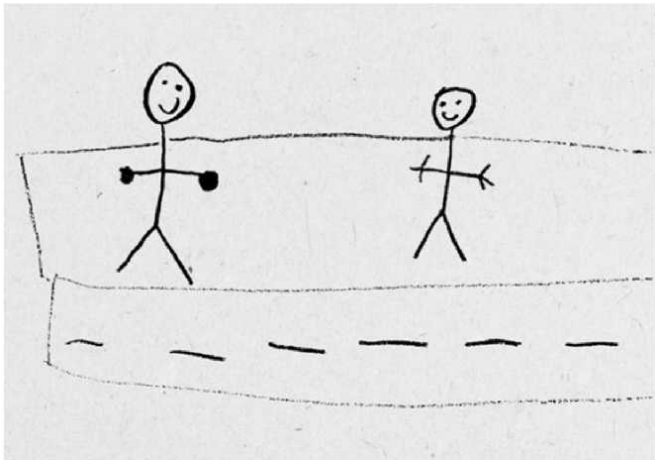
Por favor, disculpa la postal, parece que siempre tengo prisa. Gracias por tu carta. Cielo santo, está sucediendo de verdad.

A Ruby le encanta B. Potter, pero ¡le da miedo la rana!

Tu amiga,

ANNE

QUERIDA EMMY:



CON CARIÑO, RUBY
XXX

Querida Ruby:

¡Gracias por tu preciosa carta! Hemos pensado en ti y hemos creído que estos libros podrían gustarte para leerlos con mamá o con la abueli. No te preocupes porque Jeremy Fisher (la rana que no te gusta) no aparece en ninguno de ellos.

Por favor, dile a tu mami que todo lo que ha hablado con Emmy por teléfono está en marcha, ¡y que definitivamente se hará este jueves!

Con cariño de,

LAS AMIGAS DE MAMA, EMMY Y BUNTY
XXX

7
Las damas siempre son bienvenidas

El visto bueno del ministerio para entrevistar a Anne y a sus amigas tardó en llegar lo que se me antojó una eternidad, aunque solo fueran poco más de tres semanas. Tenía unas ganas locas de ir y empecé a quejarme antipatrióticamente de que todos los implicados no sabían hacer la o con un canuto.

Pero eso, como decía el señor Collins, «era la Administración Pública a su servicio»; en su opinión, conseguir el permiso para entrevistar a las obreras de una fábrica de municiones en tan poco tiempo habría sido como ganar la prueba de los cien metros lisos a lo Jesse Owens.

Entre tanto, tenía más que suficiente para empezar. Trabajaba dos medias jornadas y tres jornadas completas en *La Amiga de la Mujer*, y me las arreglaba para encajar los turnos en la estación de bomberos. Mi amiga Thelma, de la estación, decía que debía de estar como una cabra, pero como ella tenía dos trabajos y tres hijos, tuvo que admitir que yo no era la única loca. Como decía Thel, toda la gente que conocíamos hacía de tripas corazón.

En la oficina, todas las ideas del equipo para nuestro Plan de Reclutamiento del Esfuerzo Bélico, de nombre grandilocuente, se incluyeron en una elegante presentación y se enviaron al señor Clough, así como al Ministerio de Suministros, al Ministerio de Trabajo y Servicio Nacional, y al propio lord Overton. La mañana en que Hester la llevó a la sala de correos, Kath y yo la despachamos como si estuviésemos enviándola al otro lado del Atlántico.

—Ya no hay vuelta atrás —dijo Kath, que estaba guapísima con un elegante jersey de punto de cuello alto.

—Acabas de hacer que se me revuelva el estómago —dije notando como me daba vueltas la cabeza—. Hablando de las altas esferas, me sorprende que no le hayamos enviado un ejemplar al rey.

—El suyo está en el próximo correo —dijo Kath. Me dio un codazo cariñoso—. No te preocupes, Emmy. Piensa en lo bien que te sentirás cuando todo salga como está previsto.

Tenía razón. Si cumplíamos lo que habíamos prometido, nuestra revista podría mantener la cabeza alta. Tuve que admitir que las canallas de Freddie Baring y su amiga me habían dado que pensar. ¡Y ellas que decían que *La Amiga de la Mujer* no estaba a la altura! Nuestro plan ya me parecía mucho más grande que cualquier cosa que hubiera podido imaginar.

Cuando todo estuvo listo para la entrevista, Anne ya llevaba casi un mes trabajando en la fábrica, y eso era un tiempo adecuado para preguntarle tanto por sus primeras impresiones sobre el trabajo en el sector de la munición como por su perspectiva ahora que ya estaba más asentada.

Sin embargo, aunque tenía muchas ganas de ver a Anne y conocer a sus amigas, cuando llegó el día de la visita tuve que reconocer que los nervios de la noche antes se apoderaron de mí.

Por mucho que hubiese intentado restarle importancia, tanto en el trabajo como ante Bunty y Charles, la enormidad de mi primer encargo periodístico llevaba días despertándome con un cosquilleo.

A las seis menos cuarto de la mañana, estaba tumbada en la cama esperando lo que parecía una mezcla del día de Navidad y el examen más importante de mi vida. Había leído y releído un documento «altamente confidencial» enviado por el director de Relaciones Públicas de la fábrica y estaba repasando algunas partes en voz alta en la oscuridad:

> Chandlers es una importante organización de ingeniería que depende del Ministerio de Suministros y fabrica piezas para armas. La producción es continua durante las veinticuatro horas, con tres turnos al día. Emplea a más de mil quinientas mujeres y aspira a contratar como mínimo el doble.

«Se tarda más de una hora en llegar en autobús, y los jueves la cantina siempre hace bizcocho con salsa», me había dicho Anne.

—Vamos, Lake —me dije en voz alta—. Has estado soñando con esto desde que tenías doce años.

Remolonear en la cama hablando conmigo misma no iba a solventarme ninguna papeleta.

Mi ropa y mi bolso estaban listos y colgados fuera del enorme armario eduardiano que dominaba mi dormitorio. Quería darle al director de la fábrica una impresión de madurez y al mismo tiempo parecer cercana a las amigas de Anne, así que había pedido a Bunty que me ayudara a elegir qué ponerme. Incluso repasé mi decisión con Charles cuando me llamó para desearme buena suerte, aunque él no tenía la menor idea de ropa.

—Bueno, Em —dijo alegremente—, eso suena de primera. No tenía ni idea de que añadir un bolsillo cuadrado a una chaqueta es señal de que eres profesional y amable al mismo tiempo. ¿Debo decir que es como una especie de etiqueta?

—Lo es. Lo único que lamento es que no te dieras cuenta antes. Llevas meses sin recibir información vital.

—No podría sentirme más avergonzado —dijo Charles—. Estás saliendo con un inepto.

Luego me deseó buena suerte y me dijo que ya parecía una periodista de primer orden y que dejaría a todo el mundo muy impresionado.

Me vestí rápidamente y revisé mi bolso para asegurarme de que tenía todo lo necesario. El maletín de piel marrón contenía una carta de presentación del señor Collins, aprobaciones por escrito de dos ministerios diferentes y otra serie que hacía referencia al hombre de las Agencias de Noticias Fotográficas, que vendría a sacar fotos después de mi almuerzo con Anne y sus amigas.

Con diferencia, lo mejor de todo eran las tarjetas que la señora Mahoney me había entregado el día anterior.

SEÑORITA E. LAKE

Editora de carreras

REVISTA LA AMIGA DE LA MUJER

Launceston Press Ltd

Launceston House, Londres EC4
Teléfono de la central: 6271

Aunque sabía que el título del puesto no era verdadero, no me importaba. Normalmente medía 1,65 metros de altura. Con esta tarjeta sentía que medía como mínimo un metro ochenta.

También llevaba mi cuaderno de reportera con una larga lista de preguntas, un cuaderno de repuesto, dos bolígrafos, tres lápices y dos pañuelos. Estaba totalmente preparada y lista, pero en el último momento, tras una severa mirada al espejo, me quité rápidamente los pendientes, me limpié el precioso carmín que me había aplicado y cambié mi perfectamente aceptable y elegante sombrero de fieltro marrón por una especie de cosa parecida a un tiesto que no me favorecía lo más mínimo.

Bunty ya estaba levantada y en la cocina cuando bajé corriendo a prepararme un sándwich para comer en el tren.

—Buenos días —me saludó, y, al verme, no dio crédito a sus ojos—. ¡Atiza! No quiero ser maleducada, pero ¿qué narices es eso?

—¿Tengo un aspecto horrible? —le pregunté—. Estaba buscando algo de seriedad.

—Esa es una manera de decirlo —dijo Bunty—. Te quiero mucho, Em, pero si te presentas así, te encerrarán. Ve y deshazte de ese horrible sombrero y yo te haré el sándwich. ¡Y ponte un poco de carmín! —gritó mientras yo le daba las gracias y subía a mi habitación.

Tres horas más tarde, y de nuevo con un aspecto ligeramente más aceptable, llegué a Berkshire y esperé fuera de la estación de tren a que me llevaran a la fábrica. La lluvia descargaba con tal fuerza que hubieras creído que se trataba de algo personal, y empecé a preguntarme si no habría sido más fácil buscar un autobús. A diferencia de Anne, que tenía veinte minutos a pie y luego una hora de trayecto por carretera hasta el trabajo, me habían dicho que el señor Terry, el director de la fábrica, vendría a recogerme en persona.

Veinte minutos después de la hora acordada, un reluciente Austin 16 negro se acercó por fin al bordillo. Era el tipo de coche impresionante que uno imagina propiedad del responsable de una

gran fábrica, sobre todo porque debía de tener un permiso especial para disponer de la gasolina necesaria para que funcionara.

Mientras las escobillas del limpiaparabrisas oscilaban a un lado y a otro, pude distinguir a un hombre corpulento y moreno. Se asomó a la ventanilla y se quedó mirando detrás de mí.

Tras subirme el cuello del abrigo para protegerme de la lluvia, me acerqué al coche y llamé a la ventanilla. No me pareció el comienzo más digno de mi carrera de reportera, pero era eso o saludar con aspavientos y arriesgarme a parecer un poco tarada.

La ventanilla bajó un centímetro.

—¿Sí? —dijo el caballero, claramente desacostumbrado a que los lunáticos lo abordaran en su coche.

—¿El señor Terry? —grité, tratando de que se me oyera por encima del viento que formaba remolinos.

—¿Mmm?

—Soy la señorita Lake, de la revista *La Amiga de la Mujer*. Para las entrevistas.

—¡Oh! —exclamó, y cerró la ventanilla. Entonces, justo cuando pensé que se iba a ir, salió y corrió a abrirme la puerta del pasajero.

—Entre —gritó cerrando la puerta detrás de mí. Luego corrió por detrás del coche y volvió a entrar por su puerta.

—¿Cómo está usted? —dije girándome para mirarle.

—Terry —respondió dándome un apretón de manos, o más bien sosteniéndola solo durante varios segundos—. Director de la fábrica —dijo sin soltarme la mano—. La verdad es que estaba esperando a un hombre. Nuestro director de Relaciones Públicas mencionó a un tal señor Collie.

—Collins —dije—. Nuestro editor. Él me ha encargado escribir el artículo. Debería figurar en la carta de confirmación del ministerio.

—Qué pena. Pensé que le gustaría dar un paseo en el cacharro. A usted no le gustarán los coches, claro, pero las damas siempre son bienvenidas.

Luego sonrió mostrando todos los dientes y arrancó. Antes de que yo pudiera decir nada nos alejamos a toda velocidad de la estación como si huyéramos de la policía.

El señor Terry tenía pinta de ser un hombre acostumbrado a recibir atención. Rondaría los cincuenta años y, aunque tenía unos

kilos de más, parecía de esos hombres que, dándose un golpe en el estómago, diría «¿Ve esto? Todo músculo» a alguien que no hubiera mostrado ningún interés en saberlo.

Mientras avanzábamos a una velocidad de vértigo y el señor Terry estuvo a punto de atropellar a un repartidor en bicicleta y luego al caballo de un trapero, me dio su propia versión de la historia de la fábrica, explicando amablemente que desde su incorporación los negocios iban viento en popa.

—No me sorprende que el ministerio esté interesado —dijo—. Los resultados hablan por sí mismos, o lo harían si los censores nos dejaran. ¡Ja! Y nuestras señoritas no podrían estar más contentas. Buena paga, buen horario. Todas se lo dirán. El señor Rice le dirá lo que necesite saber. Es uno de los gerentes.

El señor Terry hablaba de la misma manera que conducía: escucharle era como si te atropellaran verbalmente. Me dije que no debía dejarme llevar por la primera impresión. El viaje nos llevó algo más de quince minutos y el señor Terry no se molestó en frenar hasta el último momento, cuando el coche no tuvo más remedio que detenerse ante las puertas de seguridad de la fábrica.

—Buenas, muchachos —dijo, saludando al guarda como si fuera su comandante—. Traigo a la señorita Lake, de la prensa.

El guarda de seguridad me miró y me pidió que saliera del coche. Hice como me mandaron y le di mis documentos de identidad junto con la carpeta de cartas de presentación.

—Solo entrará al hangar doce —dijo el señor Terry—. Y a la cantina.

El guarda frunció los labios, comprobándolo todo mientras yo aguardaba junto al coche y uno de sus compañeros me observaba, hasta que me devolvió la carpeta junto con un papel con mis datos, un sello con la fecha y el «PASE DEL TURNO DE DÍA AZUL SOLAMENTE». Luego me entregó una gran credencial que rezaba: «visitante y acompañado en todo momento», y me dijo que bajo ningún concepto podía ir sola a ningún sitio. Por último, revisó mi bolsa, lo cual no me importó, aunque me sentí cohibida cuando recordé los restos de mi sándwich en su interior.

Con el visto bueno para continuar, volví rauda al coche y el señor Terry hizo rugir el motor antes de ponernos en marcha de nuevo. Mientras circulábamos por un camino ancho con numerosas

bifurcaciones hacia vastos edificios camuflados, algunos con las ventanas oscurecidas, pasamos por delante de una larga fila de camiones que se dirigían a la salida. El espacio entero era más grande que el pueblo donde me había criado.

—¿Puede contarme algo de estos edificios? —pregunté.

—Le gustará la cantina —dijo el señor Terry—. Yo no como allí.

Avanzamos hasta la puerta principal de un enorme edificio de dos plantas y detuvo el vehículo justo antes de golpear un cartel de latón con su nombre.

Abrí la puerta y me apeé del coche; me detuve un momento para enderezarme la chaqueta y recuperarme de aquel temerario viaje.

El señor Terry se plantó en la entrada del edificio, esperando a que le dedicara toda mi atención. Abrió los brazos cual gato que acaba de zamparse un canario y espera una segunda ración.

—Pues aquí lo tiene, jovencita —dijo en alto—. Bienvenida a Chandlers.

8
Son mejores que muchos hombres

Después de su exhibición de fanfarronería, el señor Terry me condujo por una serie de puertas de acero poco reseñables hasta el interior de un pequeño vestíbulo con tres sillas de madera y una mesa metálica baja con ejemplares de la revista *The Motor*. Había una recepcionista sentada detrás de un pequeño cubículo con rejilla que daba a la sala un aire de taquilla de estación. Para mi gran regocijo, Anne también estaba allí, en posición de firme y con una actitud muy profesional, luciendo unos pantalones oscuros y un abrigo marrón, el cabello comedidamente recogido y medio oculto por una redecilla azul de punto. Sonreía de oreja a oreja y me entraron muchas ganas de poder saludarla como era debido y darle un abrazo.

A su lado había un caballero fornido y calvo cuya cara no decía precisamente «Comité de Bienvenida». No era raro que Anne pareciera estar en un desfile.

—¡Ajá! —exclamó el señor Terry—. El señor Rice. Y, mmm…

—La señora Oliver —dije antes de que fuera demasiado obvio que no se sabía el nombre de Anne o lo había olvidado.

—¿Cómo está usted, señor Rice? —dije, cayendo en la cuenta de que acababa de empañar mi reputación al saludar primero a Anne —. La señorita Emmeline Lake. Es un placer conocerlo. Launceston Press está en deuda con usted por su ayuda.

—Mmm —dijo el señor Rice. Le tendí la mano, desafiándole a que no la estrechara—. ¿Cómo está usted? —continuó con cara de pocos amigos.

El señor Terry parecía haber perdido el interés. Miró a la recepcionista y le gritó «¡Noreen!», a lo que ella respondió

diligentemente «Buenos días, señor Terry», y él pareció animarse.

—Señorita Lake —dijo—, la dejaré en las capacitadas manos del señor Rice y su amiga. Que tenga un buen día.

Y, sin mencionar cuándo podría entrevistarle como era debido sobre las mujeres contratadas, se alejó a grandes zancadas por una puerta donde ponía «privado» y se esfumó.

Los tres guardamos un momento de silencio. Anne levantó disimuladamente las cejas, mirándome.

—Ha sido muy amable por parte del señor Terry el venir a buscarme a la estación —dije para llenar el vacío.

—Si yo tuviera ese coche y su gasolina, también lo haría —dijo el señor Rice—. Señorita Lake, en esta fábrica hay mucho que hacer. ¿De dónde es usted, una vez más, y cuánto tiempo llevará esto?

Anne frunció el ceño, pero después de la verborrea del señor Terry preferí el enfoque directo del señor Rice.

—Soy de la revista *La Amiga de la Mujer* —dije—. Estoy aquí para escribir un artículo sobre las mujeres que trabajan para el esfuerzo bélico. Es parte de la campaña de reclutamiento del Gobierno.

—Eso lo explica —resopló el señor Rice—. Si al final de la guerra no han concedido un título de caballero a alguien de esta fábrica, veré pasar a un cerdo en un Spitfire.

Anne miraba inocentemente al techo, como si no supiera de qué estaba hablando. Me pregunté si debía reírme o no. El señor Rice me miró.

—He trabajado en Chandlers la mayor parte de mi vida adulta —dijo como si con eso me estuviera contando todo lo que necesitaba saber. Se volvió hacia la recepcionista, con un tono menos severo—. Señora Noakes, supongo que está al tanto de la visita de la señorita Lake. Gracias. Vamos, señorita Lake, le haré un recorrido. Señora Oliver, ya conoce el camino.

Mientras la señora Noreen Noakes asentía y sonreía amistosamente, Anne abrió una puerta y nos condujo por un largo pasillo. Antes de salir de la zona de recepción me llegó el estruendo de la maquinaria.

—Esto es el hangar doce —dijo el señor Rice, caminando a mi lado—. Es uno de los más grandes. Verá que la dirección está

arriba; si lo desean, pueden vigilar lo que hace todo el mundo. No es igual en todos los hangares, así que decida usted misma si la señora Oliver tiene suerte o no de trabajar en este.

Nos detuvimos ante un par de pesadas puertas dobles. El señor Rice me miró como si estuviera inspeccionando una máquina.

—Sus zapatos están bien, pero, señora Oliver, ¿puede darle a la señorita Lake un pañuelo para la cabeza? No habrá problema con esos pendientes. Aquí no hay nada que pueda hacer «¡pum!». Tengan cuidado al andar, porque puede haber grasa. No se alejen, y no pongan las manos o la cara cerca de nada que haga ruido o se mueva.

—En realidad, esto no es necesario —susurró Anne mientras me enseñaba a enroscar el pañuelo a la manera de un turbante para cubrirme el cabello—. Eso es, recoge los extremos. No te preocupes por eso del «¡pum!». Solo quiere decir que no hay explosivos.

Asentí y no me esforcé por parecer aliviada. Anne había mencionado los explosivos como si tal cosa. La última vez que nos habíamos visto, ella había estado preparándole pan y mermelada a su hija con todo el cariño del mundo. Me tenía muy impresionada.

Cuando el señor Rice abrió las puertas y me indicó con un gesto que lo siguiera, entré en un mundo complemente distinto. Un pequeño ejército de mujeres trabajaba en bancos o de pie junto a descomunales piezas de maquinaria, tirando de palancas, empujando trozos de metal inidentificables o cambiando con destreza piezas que se cortaban o martilleaban para darles forma. Vestidas con el mismo uniforme que Anne, que consistía en un mono de trabajo o un guardapolvo marrón, todas llevaban el pelo recogido con una gran variedad de pañuelos de distintos colores, como para recordarte que eran personas y no un engranaje más de la máquina fabril.

Unos cuantos hombres con portapapeles se paseaban mirándolas por encima del hombro y, de vez en cuando, les hablaban, aunque era inconcebible cómo nadie pudiera entender una sola palabra. El estruendo que había oído antes había mutado en el rugido ensordecedor de cientos de máquinas de perforación, corte y martilleo.

Para mi sorpresa, el señor Rice me guiñó un ojo.

—¡Ya se acostumbrará! —gritó sin malicia.

—¡Eso espero! —respondí a voz en cuello.

No tenía sentido fingir que ya había visto antes algo parecido. El ruido era abrumador, como si todos los autobuses del país se hubieran detenido delante de tu casa con el motor encendido y la gente fuera turnándose para golpearlo con enormes barras de hierro y raspando clavos en los laterales.

Por un momento me avergonzó que aquello supusiera un choque para mí, como si solo estuviera pasando un día fuera de mi pequeña oficina en Londres. Pero, después de meses bajo el Blitz, de noche tras noche de aviones y armas y bombardeos, sentí que me había ganado el derecho a mirar al señor Rice a los ojos. No tenía que disculparme porque una fábrica fuera algo nuevo para mí.

Más que nada, quería entender en qué trabajaban las mujeres. Observé que algunas se pasaban información a voz en cuello, mientras otras inspeccionaban su trabajo, totalmente concentradas. Algunas incluso se las arreglaban para charlar. Una o dos saludaron a Anne con un gesto. Todas sabían exactamente lo que estaban haciendo, como si llevaran toda la vida trabajando allí. Era una de las cosas más sorprendentes que había visto nunca.

—Estoy en uno de los cabrestantes —gritó Anne mientras nos acercábamos a una mujer que maniobraba con destreza herramientas para el taladro—. Cuidado, hay virutas por todas partes. Voy a buscar a Sally para que lo limpie.

—Eso es parte del cañón —gritó el señor Rice—. Después pasan al hangar catorce para la siguiente etapa. —Hizo una pausa y luego me clavó la mirada—. Señorita Lake, si quiere saber cosas de las mujeres trabajadoras, le puedo garantizar que este lote lo hace bien. Algunas hablan mucho —dijo señalando con la cabeza a un grupo cercano—, pero hacen un buen trabajo.

—¿Son todas nuevas? —pregunté a gritos mientras avanzábamos y una temible pieza de equipo golpeaba un metal, aplastándolo como una hoja y amenazando con reventarme los tímpanos.

—La mayoría. —El señor Rice entró en materia—. Son mejores que muchos de los hombres con los que he tratado a lo largo de los años. —Esbozó una sonrisita rápida e inesperada—. Eso la ha sorprendido, ¿verdad? Apuesto a que piensa que yo creo que las mujeres no pueden hacer este trabajo.

Negué esa idea mientras nos alejábamos de la línea de

producción hacia un lugar ligeramente más tranquilo.

—¿Por qué las mujeres son tan buenas trabajadoras? —pregunté, en parte por ver si solo quería complacerme y en parte porque, si tenía una buena respuesta, me vendría de perlas para el artículo que quería escribir.

—Señorita Lake, ¿tiene usted un hermano o un novio que se haya alistado? —preguntó el señor Rice.

—Sí, las dos cosas —respondí—. En la RAF y en la artillería.

—Buenos chicos —dijo el señor Rice—. ¿Y lo que más le preocupa es que estén a salvo y vuelvan a casa de una pieza?

—Pues claro. Eso y ganar la guerra.

—Bien, pues en mi opinión eso explica que las mujeres trabajen bien. Tienen un interés personal en asegurarse de que se ha puesto todo el mimo en cada arma o pieza de metal que sale de esta fábrica.

Entendí a qué se refería. Ver el poder de la fábrica de municiones por mí misma me procuraba un extraño consuelo. En tiempos de paz puede que la sensación hubiera sido distinta, pero, en medio de una guerra mundial, quería tener la certeza de que Charles, mi hermano Jack o cualquier otro hombre que arriesgara su vida tuviera todas las posibilidades de defenderse.

—Por supuesto, también son buenas en el trabajo minucioso. Es porque tienen los dedos más pequeños. —Levantó una mano morcillona—. Son más diestras para los detalles más complejos. Ahora, ¿qué más quieres saber?

«Todo», quise decir. ¿Qué armas fabricaban las mujeres? ¿Cuántas horas trabajaban? ¿Cuánto les pagaban? ¿Y era tan duro como parecía?

Por encima de todo, quería hablar con las propias mujeres, conocer sus impresiones y cómo era su participación en semejante esfuerzo de equipo. Los políticos decían sin cesar: «Estamos juntos en esto», pero yo quería averiguar si las trabajadoras de Chandlers pensaban lo mismo. ¿Sentían de veras que estaban aportando su granito de arena? ¿O el señor Rice no era más que un fantasioso?

—¿Cuándo puedo hablar con las mujeres? —grité mientras un chirrido amenazaba con ahogarme.

Cuando Anne se reunió con nosotros, el señor Rice miró su reloj.

—No falta mucho. ¿Y está segura de que el señor Terry aprueba

todo esto? —comentó, cosa que me pareció enigmática. Luego se le transfiguró la cara.

\—Espere —dijo—. ¿Qué diantres es eso?

Seguí la dirección de su mirada. Para mi asombro, vi a dos niños pequeños sentados en el suelo con las piernas cruzadas, apoyados en una pared. No estarían a más de seis metros de uno de los tornos.

—Llévese a la señorita Lake a la cantina —le ladró el señor Rice a Anne—. ¡A la cantina, señora Oliver! —gritó cuando Anne hizo ademán de acercarse a los niños—. ¡Maldita sea! —exclamó, mientras las mujeres que estaban en sus bancos empezaban a mirar a su alrededor y yo intentaba ver qué estaba pasando.

—Vamos, Emmy. Será peor si nos quedamos. Va a poner el grito en el cielo.

Miré por encima de mi hombro y vi que uno de los hombres con portapapeles se había acercado rápidamente al señor Rice y ambos estaban teniendo una acalorada discusión. El señor Rice tenía las manos en jarras y estaba lívido.

—Anne —dije mientras me arrastraba—. ¿Se puede saber qué hacen unos niños en una fábrica de municiones?

—Chist —siseó Anne, aunque con el ruido de la fábrica no había ninguna posibilidad de que nos oyeran.

Me sacó a empellones por una puerta lateral a la humedad exterior, donde por fin me soltó el brazo.

Volví a preguntar.

—¿Quién en su sano juicio traería aquí a sus hijos? Este es el último lugar del mundo donde deberían estar.

La preocupación se pintó en el semblante de Anne, ahora atravesado por una mirada iracunda.

—No juzgues tan rápido —dijo con vehemencia—. Su madre, Irene, es amiga mía. No tiene elección. No tienen otro sitio adonde ir.

Mientras nos dirigíamos a la cantina del edificio contiguo, Anne me puso al corriente de lo que ocurría en la fábrica.

—Siento haberte gritado. Es la tercera vez que pillan a Irene desde que estoy aquí —dijo en voz baja mientras recorríamos un

pasillo vacío—. Los capataces suelen hacer la vista gorda porque Irene no puede hacer nada, pero ahora que el señor Rice lo ha visto, la cosa cambia. Sinceramente, Emmy, no es culpa suya —recalcó.

Empujé la puerta de la cantina.

—Se supone que no debemos estar aquí hasta dentro de diez minutos, pero a ver si encontramos una mesa libre. Las otras chicas llegarán a las doce y media. Espero que no te importe almorzar tan temprano. Nuestro turno empezó a las seis.

No me interesaba en absoluto la comida ni la bebida. Seguía conmocionada después de haber visto a unos niños en un lugar tan peligroso.

—Pero es muy arriesgado, ¿no? —comenté después de que Anne le indicara a una de las camareras que veníamos de parte del señor Rice, para que nos dejase sentarnos en una de las largas mesas de madera—. ¿Y si uno de los niños se lastima?

—Pues claro que es arriesgado —dijo Anne, que, constaté, se esforzaba por no ser seca conmigo—, pero su marido está en la Marina y no tiene familia en la zona. Sheila tiene siete años y pasa mucho tiempo en la escuela, pero, si no puede dejar a Enid con ningún vecino, ya me dirás qué hace. Por eso se trae a las niñas a escondidas. Sheila cuida de Enid, y así impide que corretee por ahí.

Una niña de siete años cuidando de su hermana pequeña en una fábrica. No era de extrañar que el señor Rice se saliera de sus casillas.

—Siento haber sido brusca —se volvió a disculpar Anne—. Yo estaba en la misma sección que Irene cuando empecé. Ella fue muy amable conmigo y nos hicimos amigas. Mi madre se quedó con las niñas una vez, pero Irene vive en la otra punta de la ciudad, y mamá no da abasto con los míos.

Apoyó los codos en la mesa. Parecía preocupada y cansada.

—¿Y tú, Anne? —le pregunté—. ¿Cómo te estás adaptando?

Anne respiró hondo y sonrió, mostrándose más alegre.

—Oh, yo estoy bien, gracias. Los niños se portan bien y me gusta el trabajo. Si estuviera soltera, como Betty, viviría sin preocupaciones, pero es una jornada de doce horas, contando el trayecto en autobús, así que cuando vuelvo del trabajo, tengo que ayudar a mamá con los críos y la casa, y apenas me sostengo en pie del cansancio.

Se rio sin mucho convencimiento.

—¿Sabes que ahora puedo dormirme a cualquier hora del día? ¡Me duermo en menos que canta un gallo! Pero cuando me ha tocado el turno de noche, los niños se creen que vengo a jugar con ellos durante el día. No me quejo, Emmy. Los echo mucho de menos cuando estoy en la fábrica, pero tengo mucha suerte de contar con mi madre.

—¿Tienes que trabajar tantas horas? —pregunté—. ¿Podrías compartir el turno con otra persona? Y, por favor, avísame si me estoy metiendo donde no me llaman.

—No te preocupes —dijo Anne. Ladeó ligeramente la cabeza y me miró un momento—. No me importa contártelo. Tengo que trabajar a tiempo completo. Cuando Anthony vivía, como luchaba en el frente, yo recibía un subsidio de veintiocho chelines a la semana por estar casada, y por cada uno de los niños, doce y seis chelines. Si no lo malgastaba, el dinero que él me enviaba de su jornal me ayudaba a llegar a fin de mes. Pero si tu chico muere, pierdes su jornal, claro, y dejan de darte los veintiocho chelines porque dicen que ya no eres una «mujer casada». Entonces tienes que pagar el impuesto de mujer soltera sobre tu jornal y la pensión. La diferencia se nota. —Hizo una pausa—. Lo siento. Sé que no es de buen gusto hablar de dinero.

Por primera vez en aquel día, el rostro de Anne perdió su estoicismo. Parecía completamente derrotada. Entonces sus ojos marrones se entrecerraron y los levantó buscando mi mirada.

—¿Sabes, Emmy? No los pierdes solo a ellos —dijo con voz queda—. Aunque nadie quiera decirlo, la verdad es que muchas de nosotras lo hemos perdido casi todo.

9
Tienen el mismo problema

Busqué algo que decir. En «Su jovial servidora» habíamos recibido cartas de viudas de guerra, de mujeres que luchaban contra el indecible dolor de la pérdida, y algunas que lo hacían ahora en circunstancias muy diferentes, pero ninguna lo había expresado con tanta crudeza. Y ahí estaba yo, sugiriéndole despreocupadamente a Anne que trabajara solo a tiempo parcial.

—Soy yo quien debería pedirte perdón, Anne. Ha sido una estupidez por mi parte.

—No te preocupes —dijo ella, inclinándose hacia delante y dándome una palmadita en la mano—. No puedes saberlo todo.

—Bueno, «estas» cosas sí que debería saberlas al dedillo. Trabajo para una página de problemas de mujeres, ¡por el amor de Dios!

Anne se encogió de hombros.

—De todos modos, Chandlers no tiene trabajadores a tiempo parcial. Pero no hablemos de mí. Me preocupa más que Irene encuentre a alguien que se encargue de las niñas, o como mínimo una guardería para Enid. Pero no tiene ninguna posibilidad. Las guarderías no se adaptan a nuestros horarios.

Antes de darme tiempo a poder averiguar algo más, Anne se levantó para ir a buscar a las amigas que debían venir a hablar conmigo durante el descanso. Al verlas, las saludó enérgicamente con la mano, y un grupito de mujeres cruzó rauda la cantina.

—Aquí vienen —dijo—. Mira, voy a dejar que tengáis una buena charla antes de mencionar a Irene. Quiero que te hagas una idea adecuada de este lugar, pero si empezamos hablando de sus problemas, acabarás pensando que todas odiamos la fábrica, y eso no sería justo. Y tampoco tendrías mucho que escribir en tu artículo

—dijo con una sonrisa—. No podemos permitirlo.

Acepté rápidamente y pensé en la suerte que había tenido de encontrar a Anne. Era una de las personas más generosas que conocía.

Mientras hablábamos, la sala empezó a llenarse. Grandes grupos de mujeres vestidas con guardapolvos y monos de trabajo marrones entraron en tropel para la pausa del almuerzo. Se formó una algarabía en la gigantesca cantina. Las mujeres dejaban sus bolsos en las sillas o las mesas, y cogían las bandejas para ponerse a la cola en espera de una comida caliente, estirando los brazos y moviendo los hombros después de haber trabajado en la misma posición durante horas.

—Chicas, os presento a la señorita Emmeline Lake, de *La Amiga de la Mujer* —dijo Anne, adoptando un tono formal—. Emmeline, te presento a Betty, de quien ya te he hablado, y estas son mis amigas Violet y Maeve. Trabajamos todas juntas.

—Hola —saludé mientras nos dábamos la mano—. Llamadme Emmy. ¿Anne les ha pedido a todas que participen? No es tarde si deciden echarse atrás. —Esbocé lo que esperaba fuera una sonrisa tranquilizadora.

—Oh, no —dijo Betty. De pelo castaño y ojos oscuros, podría haber sido la hermana de Anne—. No nos importa en absoluto. Nunca hemos salido en una revista.

—Espero no meter la pata —dijo Violet.

—Tú siempre metes la pata —le respondió Maeve, y las chicas se rieron.

—No pasa nada, Violet —dije—. A mí me pasa siempre.

Todo el mundo volvió a reírse; una vez roto el hielo, fuimos a buscar la comida.

Mientras guardábamos cola, Maeve hizo un reportaje en directo de los altibajos del menú.

—Evita el caldo escocés —dijo haciendo una mueca—. Las verduras son bastante buenas, pero si hay coles, estarán duras como balas. Hacen un buen pudín de filete y riñones, y te dan un montón de patatas si lo pides con amabilidad.

Hacía siglos que no comía riñones; con ese menú de tres platos delante por un chelín, resultó agradable mantener una conversación alegre, después de cómo había sido mi charla previa con Anne.

Observé los carteles que jalonaban las paredes y anunciaban conciertos a la hora del almuerzo en la cantina.

—Tuvimos a Arthur Askey la semana pasada —dijo Betty al ver que estaba mirando los carteles—. Es más bajito de lo que te imaginas, pero nos hizo reír. Ojalá viniera a vernos Gracie Fields.

—O Ambrose y su orquesta —apuntó Maeve.

—Nunca cabrían todos juntos —dijo Violet—. ¿Recordáis cuando vinieron los malabaristas? Uno de ellos se caía a un lado del escenario cada dos por tres. Tuvo que fingir que era parte del espectáculo.

La conversación giró en torno a nuestros artistas preferidos y al cabo de pocos minutos empezamos a cargar nuestras bandejas y a charlar, ya sin ningún tipo de nerviosismo. A través de unos altavoces empezó a sonar el programa de radio *Workers' Playtime* y las melodías aumentaron nuestra sensación de no tener que hacer o decir nada «correcto».

Saqué mi cuaderno de notas, aunque ellas parecían más interesadas en hacerme preguntas sobre *La Amiga de la Mujer*.

—Todas empezamos a leerla cuando conocimos a Anne —dijo Violet.

—¡Viiii! —interrumpió Anne—. ¿Qué hemos dicho?

—¡Ay, qué lata! —exclamó Violet—. Os dije que sería yo. Lo siento, Emmy, prometimos decirte que todas llevábamos siglos leyéndola.

Violet era claramente la más joven de las amigas y parecía feliz en su papel de cabeza de chorlito.

—Nada de eso —dije—. No quiero que penséis que tenéis que hacerlo.

—¡Qué va! —exclamó Vi, remetiéndose un rizo errante debajo del pañuelo amarillo—. Nos encanta. No es ni la mitad de anticuada de lo que pensaba.

Anne negó con la cabeza, consternada.

—Somos auténticas lectoras, en serio —dijo Maeve mirándome con sinceridad detrás de sus gafas—. ¿Te permiten hablarnos de la página de problemas? Nos morimos por saber.

—¡Ya te digo! —exclamó Vi—. ¿La gente responde alguna vez? Me gustaría saber qué pasó con la chica que iba a tener un hijo del inquilino.

—Y la mujer cuyo marido se largó con su amiga.

Empezaron a fusilarme a preguntas. La mitad de las veces, decían, estaban convencidas de que las cartas publicadas en «Su jovial servidora» las habían enviado personas que ellas conocían.

—Me alegra mucho que os guste —dije—, pero, sinceramente, quiero hablar de vosotras. —Miré el gran reloj de la pared que había junto a la ventana—. Contadme lo que queráis. ¿Por qué decidisteis trabajar aquí?

Animadas por Anne, las cuatro mujeres empezaron a contarme sus historias.

Todas habían empezado a trabajar en los últimos meses y estaban de acuerdo en que, si no hacían algo como parte del esfuerzo bélico, se sentían mal. A Maeve le apetecía alistarse en el Servicio Territorial Auxiliar, pero no quería marcharse de casa, así que, como tenía tres hermanos en el ejército, trabajar en las municiones era lo menos que podía hacer. Betty dijo que estaba aburrida de trabajar en una oficina, por lo que había decidido presentarse a Chandlers en vez de esperar a que la reclutaran y arriesgarse a que la enviaran al quinto pino. Violet quería trabajar y ahorrar para cuando su marido volviera a casa. Tenía diecinueve años y se habían casado el año anterior. Su esposo estaba en algún lugar cerca de Singapur. Violet llevaba una carta suya en el bolso, en la que le decía lo orgulloso que estaba de ella por cumplir con su deber.

—No me importan las largas jornadas —dijo Violet—, pero preferiría no tener que pasarme tres horas al día en el autobús.

—Sobre todo cuando Betty empieza a hablar de política —añadió Maeve, dándole un codazo a Betty.

Esta última sonrió.

—Solo estaba diciendo que creía que ya era hora de que el señor Churchill tuviera una diputada mujer en el Gabinete de Guerra, y el viejales de delante se puso furioso y me mandó callar.

Se mostró impertérrita.

—Creo que no ayudó que dijeras: «Cierra el pico, abuelo» —dijo Maeve con semblante inexpresivo—. Pero estoy de acuerdo con Violet. Es una jornada muy larga.

Lo anoté.

—¿Hay algo más que sea difícil? Aparte del trabajo en sí, claro

—pregunté. Era una pregunta capciosa, pero me interesaba saber si todo era tan maravilloso como el señor Terry lo había pintado—. No incluiré en el artículo lo que digáis.

Se hizo un silencio mientras las mujeres se miraban entre sí. Betty fue la primera en hablar.

—Te diré lo que me molesta: que los hombres cobren más que nosotras por hacer el mismo trabajo. No me parece justo.

—Ellos no tienen que hacer la compra y cocinar en casa —dijo Maeve, raspando el último trozo de bizcocho de su cuenco—, pero eso nunca va a cambiar. Personalmente, preferiría no trabajar los fines de semana por los niños, pero, como decía mi marido en una de sus cartas, en Libia tampoco tienen los fines de semana libres —filosofó—. Así que eso es lo que les digo a los niños: «Si vuestro padre tiene que trabajar los fines de semana para ganar la guerra, pues yo también lo haré para asegurarme de que tiene suficientes armas para matar a todos los malos».

El Ministerio de Trabajo no había mencionado este detalle en sus anuncios.

—No nos quejamos —dijo Maeve rápidamente al notar que yo escuchaba con atención—. Hay que hacerlo.

—Claro —asentí.

—Yo no puedo quejarme —dijo Betty—. Soy soltera y vivo en un cuarto de alquiler, así que no tengo que hacer mucho. Las otras tienen muchas más cargas que yo.

—Y no tenemos queja del viejales de Rice, en serio —dijo Violet.

—No le digas eso a Irene Barker —apuntó Anne, que había estado callada hasta entonces—. Estábamos con él hace un momento cuando vio a las niñas.

Todas la miraron con preocupación. Estaba claro que la noticia no había llegado aún a todo el hangar doce.

—¿Por qué no habíais dicho nada? —preguntó Violet.

—Pobre Irene —dijo Maeve—. ¿Qué ha pasado?

Anne contó a un coro de compasión lo poco que habíamos visto.

—No es justo —dijo Betty—. ¡Qué mala suerte que la hayan pillado!

—¿Lo hace más gente? —pregunté, quizá demasiado rápido.

Hubo un momento de vacilación.

—No es culpa de nadie —dijo Maeve con firmeza—. Si no

puedes encontrar a nadie que cuide de tus hijos, ¿qué vas a hacer? Yo tengo la suerte de que los míos son lo bastante mayores como para valerse por sí mismos. No es que me guste dejar a un niño de solo trece años a cargo de todo constantemente —añadió.

—¿No hay un funcionario de bienestar social? —pregunté—. ¿Alguien que atienda a las madres? Irene no puede ser la única de la fábrica que tenga esos problemas.

—Estás de guasa —dijo Maeve—. No creo que la dirección se dé cuenta de que nuestra vida es diferente de la de los hombres. No quiero ser grosera. Como dice Vi, el señor Rice es bastante amable cuando no gruñe, pero el señor Terry es quien toma las decisiones, y todo el mundo sabe que en la fábrica prefiere a mujeres sin hijos.

—No es que le veamos mucho el pelo —dijo Betty—. Él y su cochazo. Un fantoche. —Luego, como percatándose del decaimiento general, entonó una melodía de George Formby:

Se muestra satisfecho.
Se le va a salir el pecho,
señor Terry, gran fantoche.
Señor Terry con su coche.

Violet se unió en el último verso y todas nos reímos, no sin antes mirar a nuestro alrededor para asegurarnos de que ningún mandamás nos podía oír. Miré a Betty con renovado respeto. Tuve la sensación de que interpretaba el papel de chica soltera con pocas responsabilidades al tiempo que intentaba mantener alta la moral de sus compañeras.

Las mujeres formaban un buen grupo, pero me preocupaba que, si algo salía mal, Anne o Maeve pudieran encontrarse en el mismo aprieto que Irene Barker.

—¿Qué me decís de las guarderías? —pregunté, siguiendo el comentario anterior de Anne—. No las normales, sino las del Gobierno. Vamos a escribir un artículo sobre eso la semana que viene, porque están pidiendo a gritos más personal.

—Ahí tienes la respuesta —dijo Maeve—. Todo el mundo quiere que nos ocupemos de las municiones, pero no lo han pensado bien. Tuvimos que hacer una petición para que colocaran espejos en los lavabos de señoras y, cuando los pusieron, parecía que nos habían regalado un reloj de oro a cada una. ¡Rediez! —añadió—. Emmy,

debes de pensar que somos una panda de quejicas.

—No, en absoluto —respondí—. Es muy interesante.

—No lo sé —dijo Maeve—, pero no somos las únicas. Mi prima trabaja en las municiones cerca de Birmingham y tienen el mismo problema. Como digo, no han pensado bien las cosas.

—Eso sí —dijo Anne—, no estoy segura de que una guardería del Gobierno esté preparada para mi Ruby. A no ser que la dirija la policía.

Todas nos reímos, aunque ninguna se lo discutió en el fondo, y yo aproveché para preguntar cómo estaban los niños. Anne había tenido razón con que era mejor no mencionar a Irene Barker hasta que yo conociera un poco a las chicas. El tono de nuestra conversación había cambiado, sin duda.

Posiblemente, Anne se dio cuenta de ello, porque empezó a decir que a Ruby le gustaban mucho los conejos de la vecina y que ahora quería tener uno. La conversación se aligeró de nuevo, y puesto que, por mi parte, ya tenía material más que suficiente, dejé de hacer preguntas y me sumé a la charla.

Cuando *Worker's Playtime* terminó con una canción y un mensaje de ánimo de Vera Lynn, sonó un silbido penetrante: la señal para que todas volvieran a sus puestos. En ese preciso instante, el señor Rice entró en la cantina. Parecía menos furibundo que cuando lo habíamos dejado, aunque Anne y sus amigas callaron en cuanto se nos acercó.

—Bueno, señoras, espero que le hayan dado a la señorita Lake la información que necesita —dijo.

—Huy, sí. Todo el mundo ha sido de gran ayuda —dije sonriéndole—. Son un gran motivo de orgullo. El señor Terry debe de sentirse muy honrado de tener una mano de obra tan comprometida.

Betty, que estaba sentada a mi lado, sonrió inocentemente y se puso a tararear «Nuestro señor Terry» por lo bajo. Las demás intentamos hacer como que no la oíamos, pero a Violet estaba a punto de darle un ataque de risa.

—Efectivamente —dijo el señor Rice, con la voz más neutra que jamás había oído. Sacó su reloj de bolsillo—. ¿No esperamos a su fotógrafo de un momento a otro?

Dije que estaría al caer, y mis nuevas amigas captaron la

indirecta y empezaron a recoger sus bandejas. Yo sabía que todas querían tener noticias de Irene.

Les agradecí profusamente su ayuda, que había sido mucha. Anne y sus amigas me habían dado la clase de opiniones sinceras que nunca podría obtener de las fuentes oficiales.

En lo sucesivo, mi reto sería qué hacer con la información.

Cuando Anne y sus amigas salieron de la cantina, el señor Rice dijo que me acompañaría a la recepción para esperar al fotógrafo.

—Señor Rice —dije mientras volvíamos por el pasillo—, ¿cuál es su opinión sobre los niños en la fábrica?

Él miró mi cuaderno de notas mientras mi mano se cernía sobre él, dispuesta a escribir.

—¿Es usted de una revista de mujeres o del *Daily Herald*?

Suavicé mi enfoque.

—Es solo que el trabajo por turnos y todos los viajes parecen duros de llevar si tienes familia, ¿no cree?

—Por eso el reclutamiento es para las mujeres que no están casadas —dijo, lo cual tenía su gracia, puesto que Chandlers debía de tener a cientos de madres trabajando delante de sus narices.

—Pero no se trata solo del reclutamiento, ¿verdad, señor Rice? Muchas mujeres casadas tienen que trabajar, ¿no es así? Especialmente si el esposo se ha ido. —Pensé en Anne—. Y usted mismo ha dicho que están poniendo mucho de su parte.

Aguardé, con la esperanza de no haber tentado demasiado la suerte. Ahora sabía perfectamente que el señor Terry había permitido mi visita porque estaba convencido de que haría quedar bien a Chandlers —y a él—. No se me había permitido entrar para que me pusiera a hacer preguntas difíciles. Es más, no quería que el señor Rice pensara que Anne y sus amigas habían intentado aprovechar la entrevista para reclamar ninguna clase de demandas. Pensé rápidamente.

—No quiero pasarme de rosca —dije antes de que pudiera responder—. Solo me preocupan los niños que he visto.

El señor Rice se contuvo. Finalmente, habló.

—Señorita Lake —dijo sin alterarse—, lo único que tiene que decir a sus lectoras es que nuestro único objetivo es hacer todo lo posible por ayudar a ganar la guerra, y que eso es lo que haremos si conseguimos que cada vez sean más las que trabajen en esta y otras

fábricas de municiones. Y ahora, dígame, una vez que su fotógrafo haya terminado, ¿a qué hora sale su tren?

No había perdido los estribos y ni siquiera parecía enojado; de hecho, se mostró particularmente moderado, teniendo en cuenta lo furioso que se había puesto antes.

Entonces se me encendió la bombilla. Puede que esta fuera mi primera misión, pero me habría apostado el sueldo de una semana a que el señor Rice había estado hablando con el director de Relaciones Públicas del señor Terry. Puede que el señor Rice no fuera el mayor fan del señor Terry, pero, a la hora de la verdad, se desvivía por la empresa. Me sentí como un joven e inexperto boxeador que entra en el cuadrilátero sin estar preparado para ello.

Por fortuna, no me habían noqueado a la primera. Habría más asaltos.

—Sale uno cada hora —dije en tono amable—, pero el señor Terry dijo que volveríamos a hablar.

El señor Rice me miró como si hubiera dicho que el director de la fábrica se había ofrecido a comprarme un poni.

—Creo que ya ha tenido su oportunidad —dijo—. Es un hombre muy ocupado.

Adiós al gran espectáculo matinal del señor Terry.

—Lo entiendo perfectamente —dije como si no pasara nada—. Usted y las señoras han sido más útiles de lo que puedo expresar.

Sonó un teléfono. La señora Noakes respondió e informó al señor Rice de que Seguridad lo necesitaba en la puerta principal para resolver un problema con un tipo de aspecto raro con una cámara.

El señor Rice soltó uno de sus gruñidos y me pidió que lo acompañara, de modo que lo seguí obedientemente mientras empezaba a hablar de tiendas de herramientas. Sin embargo, yo ya estaba centrada en el artículo que iba a escribir. ¿Y si Maeve tenía razón y las mujeres de Chandlers no eran las únicas obreras de la munición que sufrían tanta presión? Pensé en «Su jovial servidora». Habíamos recibido cartas sobre el esfuerzo bélico, sin duda, pero ¿me las había tomado lo suficientemente en serio o me había concentrado demasiado en las que sufrían mal de amores y estaban confundidas sentimentalmente?

¿A quién estaba tratando de ayudar en concreto? ¿Al ministerio, al que tanto deseaba impresionar, o a las lectoras, a quienes había

prometido todo el apoyo posible?

—¿Tiene ya lo que necesita para su revista? —preguntó el señor Rice.

—Sí, ya lo creo —respondí—. Tengo mucho por dónde empezar, gracias.

Le dediqué mi mejor sonrisa profesional, aunque cercana, y no dije más.

Pensaba en qué haría con la información que, estaba segura, el ministerio querría que omitiera.

10
La verdad es que no quiero que te calles

—Cariño —dijo mi madre—, me apuesto lo que quieras a que nada ha cambiado en las fábricas desde la última guerra: miles de mujeres perfectamente capacitadas a las órdenes de una pandilla de viejos chochos sin una pizca de sentido común. No me tires de la lengua.

Papá dirigió una mirada a Bunty que decía: «Demasiado tarde», y ella reprimió una sonrisa. Era el fin de semana siguiente a mi visita a Chandlers, y Bunts y yo habíamos ido a ver a mis padres en Hampshire para celebrar el cumpleaños de mi madre. Como siempre, nos habían recibido con los brazos abiertos. Mis padres conocían a Bunty desde pequeña, y formaba parte de la familia tanto como mi hermano y yo.

—El problema —continuó mi madre, sentada en el sofá con una rebeca nueva y sin dar la impresión de estar liderando una revuelta obrera— es que la mayoría de los hombres no tienen ni la más remota idea de cómo tratar a las mujeres en un entorno industrial.

Miró a mi padre.

—Alfred, estás poniendo cara de circunstancias.

—Mi cara no puede evitarlo —dijo mi padre cariñosamente.

Mi madre se volvió hacia Bunty.

—Cuando trabajé en la primera guerra, les hice algunas sugerencias a los mandamases sobre cómo creía que se podían mejorar un poco las cosas. No se mostraron muy entusiastas.

—¿Qué mosca les había picado? —dijo Bunty—. Imbéciles.

—Gracias —dijo mi madre, apretando la mano de Bunty—. Sabía que lo entenderías.

—Y la moraleja de la historia —dijo mi padre sonriendo y

gesticulando con su pipa de manera estudiada— es que si Emmy no tiene pelos en la lengua es porque lo ha sacado de ti. De tal palo tal astilla.

—¡Hurra! —exclamé.

—¡Así se habla! —añadió Bunty.

Mamá nos sonrió a todos. Sabía que papá besaría el suelo que ella pisaba.

—Me alegro mucho de que hayáis venido —dijo cambiando de tema—. Es el mejor regalo que me podríais haber hecho.

—No puede ser —dije—. Hemos traído regalos como Dios manda. —Le entregué un paquetito—. Esto es de mi parte. Lo he hecho yo.

—No tendrías que haberte molestado, cariño —dijo mamá mientras desataba el cordón y yo observaba con expectación. Había trabajado en el regalo toda la semana—. Muchas gracias. Has tejido algo espléndido. Me encantan. —Me miró—. ¿Qué son?

—Mamá, son manoplas —dije intentando ocultar mi decepción. El punto no era mi fuerte.

—¡Pues claro! —exclamó mamá—. Ahora lo veo. Gracias. Mira, Alfred. Guantes de manopla. Justo lo que quería. Me los pondré para ir a la iglesia. ¿Qué mano es cuál?

Empezó a probárselos. A pesar de que los había descosido varias veces, uno seguía siendo considerablemente más grande que el otro.

—Yo he tejido un gorro a juego —dijo Bunty dándole a mi madre su regalo. Bunty era capaz de hacer punto mientras dormía —. El pompón es de Emmy —añadió fielmente.

—¡Demontre! —exclamó papá.

—Alfred, deja de burlarte —dijo mamá riendo. Extendió las manos con los guantes puestos, uno de los cuales tenía el tamaño de una bolsa de agua caliente—. Me encantan. Y sabemos que a Emmy se le da fatal tejer, así que eso los hace aún más especiales.

—Gracias —dije sin saber exactamente por qué.

—Bien —dijo mamá—. ¿Qué hora es?

—Las once y diez —dije. Era la tercera vez que lo preguntaba en una hora—. ¿Esperas a alguien?

—En absoluto —respondió.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta principal.

—No puede ser para mí —dijo mamá—. Emmy, ¿te importaría ir

a ver quién es?

—Probablemente sea un paciente de papá —dije levantándome.

—Ahora mismo voy —dijo mi padre sin moverse un centímetro de su sillón.

Salí del salón y recorrí el pasillo. Aunque era sábado, mi padre, que era médico, siempre atendía a pacientes que lo necesitaban. Probablemente era alguien con un bebé con cólico o un paciente agradecido que le traía algo de su huerto.

Me remetí un mechón de pelo detrás de la oreja y abrí la pesada puerta de la entrada pensando en lo agradable que sería encontrarme con un manojo de chirivías.

Pero era algo mucho mejor que las chirivías.

—Hola, Em —dijo el hombre en el umbral quitándose la gorra del ejército.

—¡¡¡Charles!!! —grité. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo en casa. Me arrojé en sus brazos. Hacía semanas que no nos veíamos.

—¿Interrumpo? —preguntó mientras me besaba y luego me apretaba contra su pecho—. He oído que celebrabais un cumpleaños.

—Canalla —dije, aferrándole de la mano y arrastrándolo dentro —. Qué callado te lo tenías.

Charles seguía riendo cuando entramos en el salón y todos se levantaron para saludarlo. A Bunty le asombró tanto verlo como a mí, pero mi padre le dio un caluroso apretón de manos y mi madre reconoció que ya lo sabían.

—Muchas felicidades, señora Lake —dijo Charles, entregándole un bote de mermelada—. Mi casera me dijo que no podía venir con las manos vacías. Es de ciruela. Espero que le guste.

—Es mi favorita —dijo mamá, lo cual estaba bastante segura de que no era cierto, pero sabía lo mucho que apreciaba a Charles—. Gracias.

—¿Cuánto tiempo libre tienes? —le pregunté, todavía encandilada de verle.

—Me temo que solo esta tarde. Me avisaron en el último momento y, como sabía que ibas a visitar a tus padres, llamé por teléfono y me dijeron muy amablemente que podía venir.

—Es mi mejor regalo hasta ahora —dijo mamá—. Aparte de las

manoplas. Hay que aprovechar el tiempo. ¿Por qué no vais tú y Emmy a dar un paseo? Tengo que llamar a los vecinos para darles las gracias por los encurtidos.

—¿No quieres una taza de té primero? —pregunté a Charles. Ni siquiera se había sentado.

—Pues claro que no —dijo mamá—. Charles puede tomarse el té más tarde. Vosotros dos no pasáis nada de tiempo juntos, id y aprovechadlo.

Miré a Bunty.

—Voy a quedarme aquí a comerme otra galleta —dijo.

—Yo también —coincidió mi padre—. Y quiero darle la turra a Bunty con mis gallinas. Vamos, Emmy. Si tienes que contener las ganas durante mucho más tiempo, te trataré por una embolia cuando tendría que estar disfrutando de una galletita de avena.

No necesitaba que me estimularan más.

—Vamos a pasear al canal —dije—. Podemos ir y volver fácilmente a tiempo para la comida de cumpleaños de mamá.

Charles no se hizo de rogar; unos minutos más tarde, yo me había echado encima el abrigo y paseábamos cogidos del brazo por una senda.

—Esta es la mejor sorpresa del mundo —dije—. No tenía ni idea.

—Ya —dijo Charles, sin adelantar nada—. Debo decir que no quepo en mí de alegría.

Aunque solo llevábamos unos meses juntos, el tiempo funcionaba de forma muy distinta en época de guerra, como me había dicho una vez mi amiga Thelma, y parecía que Charles y yo nos conociéramos de mucho antes. Era inteligente y amable, más callado que yo y más comedido, pero capaz de hacerme reír sin esforzarse apenas. Éramos muy diferentes en algunos aspectos, sobre todo porque yo tenía tendencia a meterme en líos sin pensármelo dos veces, pero podía hacerle reír incluso más que él a mí y, dejando de lado la modestia, yo no era una lerda. Nos llevábamos muy bien, y eso me gustaba mucho. Enamorarse de él había sido la cosa más fácil del mundo.

—Me parece increíble —dije—. Aunque la verdad es que me estás mirando raro. ¿Es por mi boina nueva?

Charles sonrió de oreja a oreja.

—En absoluto. ¡Es preciosa! Muy roja.

—No tienes remedio —dije.

—Gracias. Siempre pienso que debe de ser un alivio vivir en Rusia, donde parece que todo el mundo lleva lo mismo.

—Comunista —dije, y un hombre que pasaba por allí me miró como si fuera a llamar a la policía.

Charles puso los ojos en blanco.

—Solo en la vestimenta —dijo—. Venga, tenemos que darnos prisa.

Comenzó a apretar el paso, cosa que, como yo era medio metro más baja que él, amenazó con convertir mi parte del paseo en un trote.

—Tranquilo —dije, tirando de él—. Tenemos tiempo de sobra. Si llegamos tarde a la comida, a nadie le importará. Vamos a pasear un poquito y fingir que somos dos personas normales que se ven a diario.

Charles se detuvo y me miró un momento con sus ojos azules muy serios. Luego sonrió.

—Tienes razón. No paro de darle al pico y soy un tonto. Es que estoy contento de pasar un rato con la chica a la que amo. Que eres tú, por cierto —añadió aferrándome de la mano.

—Es un alivio —dije sonriéndole a mi vez.

—Es solo por ese sombrero que llevas. No puedo resistirme a una chica con boina —bromeó, y luego me besó.

—Maldita guerra —dije, y, sujetando fuertemente la boina con una mano, le besé también.

Seguimos caminando y pasamos por delante de la iglesia, donde el reverendo Wiffle nos saludó con un vaivén de manos desde su bicicleta, y luego bajamos hasta el camino de sirga junto al canal. Bajo el débil sol del invierno, era un paseo precioso. Había llovido poco, por lo que el suelo aún estaba lo bastante seco como para que no fueran necesarias unas botas de agua. Una pequeña bandada de cisnes, junto con un ganso muy mandón, patrullaba hacia el centro del canal y, de no haber sido por el ocasional vuelo de un avión sobre nuestras cabezas, casi habría sido posible fingir que no pasaba nada excepcional en el mundo. Aunque me encantaba vivir en una ciudad, siempre me gustaba volver a casa, al campo. En Londres

nunca podías olvidarte de la guerra. Aquí, a veces podías olvidarlo casi todo aparte de que estábamos juntos.

Aunque existían las cartas y las llamadas telefónicas, cada vez que nos veíamos teníamos la sensación de que era necesario ponernos al día con toneladas de cosas.

Charles sabía lo del ministerio, por supuesto, y las ganas que yo tenía de hacer un buen trabajo para *La Amiga de la Mujer*. Le había contado lo de Freddie y Diane, y, aunque me había asegurado que no me preocupara por Guy, pues decía que, bajo su apariencia literaria, su hermano estaba acostumbrado a esa clase de mezquindades, quedó claro que deseaba tanto como yo ponerlas elegantemente en su sitio.

—He escrito mi primer artículo sobre la guerra —le dije, esforzándome por no parecer demasiado orgullosa de mí misma—. Lo hice después de volver de la fábrica, porque lo tenía todo fresco. Guy dice que lo leerá este fin de semana. Espero que me dé su aprobación.

—Ten fe —dijo Charles—. No te habría enviado a la fábrica si no pensara que puedes hacerlo. ¿Qué te pareció aquello?

—Bueno, interesante.

Estábamos prácticamente solos mientras paseábamos junto al canal y pude hablarle de Chandlers sin que nadie me oyera. Charles escuchaba en silencio, haciendo preguntas de vez en cuando, pero dejando que me desahogara.

—Se lo he contado a mis padres hace un momento —dije bajando la voz mientras pasábamos por debajo de un puente de arcos de ladrillo con una inscripción del año 1802—. No les he dicho dónde está ni qué hacen ni nada, claro —susurré, mientras mis palabras resonaban con un ligero eco—. Solo les he hablado de Irene y de lo que me dijeron las amigas de Anne. Mamá dice que los hombres no saben qué hacer con las mujeres.

Charles se puso a reír.

—No voy a decir una palabra —dijo deteniéndose para apartar una rama que sobresalía del camino a la altura del puente—. ¡Anda! ¿Está esto cerca de las ruinas que has mencionado?

—Lo está. Pensé que te gustaría verlas.

Avanzamos unos metros y luego nos desviamos del canal y atravesamos una puerta de acceso a un estrecho sendero junto a un

campo que luego se transformaba en bosque. Aunque Charles ya había estado en casa de mis padres una vez, nunca habíamos bajado por allí juntos, y yo estaba deseosa de que viera el lugar donde había pasado algunos de los momentos más felices de mi infancia. Dejamos de hablar del trabajo y de la guerra y pasamos a tiempos más inocentes cuando le indiqué el lugar donde mi padre nos había enseñado a mí y a mi hermano Jack a montar una tienda de campaña, en lo que se convirtió en la gran aventura de dormir al aire libre durante una noche entera.

—Ahí es donde Bunty intentó subirse a una vaca —dije señalando el campo—. Tendría unos ocho años y estaba convencida de que era lo mismo que montar en poni.

—¿Y lo era? —preguntó Charles.

—Para nada. —Me reí—. La vaca lo tenía muy claro.

Seguimos paseando mientras Charles contaba una historia divertida sobre un amigo y yo le ponía al día acerca del estado de algunas plantas anuales resistentes que Bunty y yo habíamos encontrado en el fondo del cobertizo del jardín.

Eran temas ligeros y sin importancia, repletos de afectuosas exageraciones y autocríticas para hacernos reír mutuamente.

Mientras atravesábamos el bosque y flanqueábamos la casa en ruinas donde, de niños, habíamos hecho del rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda, me embarqué en una larga y, en mi opinión, divertida historia que involucraba a la prima de Kathleen y un par de cortinas que casi se incendian. Rematar la historia me llevó algún tiempo, pero había hecho reír a Bunty como una loca cuando se lo conté, así que confiaba en que Charles también lo encontraría divertidísimo. Lo cierto es que la historia era muy larga y, al cabo de un rato, me di cuenta de que Charles se había quedado callado. No obstante, cuando llegué al final, que él no le viera la gracia no me sentó bien.

—¡Hala, Phyllis! ¿No estarás diciendo que eran mis pantuflas? —dije, y luego me reí de mi propio chiste—. ¿Lo pillas? ¿Pantuflas? —repetí, demostrando que sería una comediante desesperada por insistir en ese punto, fuera gracioso o no.

—¡Ah, sí! —dijo Charles—. Pantuflas. Lo siento. Sí. Ja.

Estaba claro que no me había prestado atención. Me reí un poco más para demostrar que se había perdido una joya y luego dije

«¡Aaaah, amigo!» como cuando intentas prolongar la risa si se produce un desafortunado silencio.

—¡Ja! —dijo Charles de nuevo, tratando de compensar—. Sí.

—Kath dijo que se rieron durante una eternidad —continué, y luego le di un ligero empellón con el hombro—. Eres un sinvergüenza. No me estabas escuchando. Me había guardado esa especialmente para ti.

Charles me devolvió el empellón y suspiró.

—Solo tú, Emmy Lake, le zurrarías a un pobre trabajador militar por no reírse de tu broma. ¿Qué fue de los silencios románticos, las miradas prolongadas y los pestañeos?

Le miré a los ojos e intenté pestañear.

—No me sale —dije—. Apuesto a que parece que me está saliendo un orzuelo.

Charles negó con la cabeza.

—Me rindo —dijo, sin parecer que lo hiciera en lo más mínimo.

Nos acercamos al viejo edificio. Lo que quedaba de la casita se mantenía valientemente en pie y el sol se abría paso a través de las ventanas que ya no existían. El camino del bosque remontaba el canal. Años atrás tuvo que ser un lugar muy agradable para vivir. Me había quitado la boina mientras caminábamos, y una leve brisa me revolvió el pelo.

—¿No es precioso? —dije, perdonándole que no se riera de mi broma.

—Muchísimo —dijo Charles—. Es casi como si hubiéramos escapado de todo. ¿Sabes?, desde que me hablaste por primera vez de este lugar, siempre he querido venir contigo.

—¿Para disfrutar del silencio? —le pregunté, sabiendo que no le había dado ninguna oportunidad en ese sentido.

—Algo así. —Sonrió—. Pero está bien. No sé si te has dado cuenta, pero he reducido la velocidad para que pudieras terminar la historia de las cortinas.

Remetí mi brazo debajo del suyo.

—Muy amable por tu parte. Deberías haberme dicho que me callara.

—En absoluto —dijo Charles—. Esa es la cuestión, Em. La verdad es que no quiero que te calles.

Se volvió hacia mí.

—De hecho, me gustaría que me contaras siempre historias desconcertantes y complicadas. —Hizo una pausa y no lo interrumpí—. Verás, Emmy, te quiero. Y quiero que nos contemos chistes ridículos y nos hagamos reír, y que nos contemos las cosas que nos preocupan y que a veces, de alguna manera, incluso consigamos olvidar el resto de todo este mundo sin sentido. Como si solo existiéramos tú y yo.

Me cogió la mano.

—Mi querida, querida Em —dijo arrodillándose—. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

Lo miré con asombro, y él, con mucha delicadeza, repitió:

—Emmeline Lake, ¿quieres casarte conmigo?

Por supuesto, dije que sí.

Nos miramos incrédulos durante un segundo, y luego Charles se levantó y nos besamos y nos abrazamos durante lo que parecieron siglos, y yo me puse un poco llorona, algo comprensible dadas las circunstancias.

Mientras me sorbía la nariz, Charles dijo «Gracias a Dios que no has dicho que no» y «Ha sido el paseo más largo que he dado en mi vida».

El sol parecía brillar más, aunque probablemente no lo hiciera, y el cielo parecía más azul, cosa que definitivamente no era así, y solo existíamos nosotros dos, que nos reíamos asombrados de lo maravilloso de la situación y de lo increíblemente afortunados que éramos.

—¡Será posible! Casi lo olvido —dijo Charles—. Lo siento mucho, no se me dan muy bien estas cosas. —Se metió la mano en el bolsillo—. Me preguntaba si podría darte esto. Solo si te gusta, por supuesto. Era de mi abuela. Por parte de madre.

Abrí la cajita de terciopelo rojo con el anillo de compromiso más bonito del mundo, de diseño Victoriano, un zafiro oscuro con un diamante a cada lado. Cuando me lo probé, encajaba a la perfección.

—¡Oh, Charles! —suspiré—. Me encanta.

Extendí la mano y ambos lo admiramos como si hubiera aparecido por arte de magia.

—¡Mira, cariño! —dijo Charles alegremente—. Parece que estamos comprometidos.

Por más que me mirara la mano, me costaba creerlo. Quería a Charles más que a nada y ahora íbamos a casarnos. Me sentí apabullada.

—¿Lo sabe alguien? —pregunté.

Charles sonrió de oreja a oreja.

—Tu padre me dio el visto bueno. Vine a verlo la semana pasada. He de decir que estaba casi tan nervioso como ahora, pero le pareció todo muy bien y dijo que sí sin darle más vueltas.

—Probablemente, se sintió aliviado —dije riéndome.

—Eso es lo que me dijo —contestó Charles, entusiasmado—. De hecho, fue increíblemente amable. Creo que tu madre también está contenta.

—Me parece increíble que todos fuerais cómplices del secreto —dije—. No me extraña que mi madre nos haya echado prácticamente de la casa. —Luego callé un momento—. Umm…

Charles aguardó y, como no continué, dijo:

—Hablé con Bunty. Espero que no te importe. Le pregunté qué le parecía la idea de que tú y yo fuéramos a por todas. Reaccionó de maravilla y tengo que decir que está más contenta que unas pascuas. Es más, me dijo que me diera prisa y no tardara en pedírtelo. Ah, y que, si hago la más mínima tontería, me perseguirá y me arrancará el pescuezo.

Enarcó una ceja.

—Me gustaría que supieras que, en consecuencia, he de jurar solemnemente que no haré la más mínima tontería.

Esbozó una sonrisita.

—Te quiero, Em, y creo que podemos ser felices. Una vez que termine esta dichosa guerra no habrá límite a las aventuras que podemos correr juntos.

Si no había pensado que era la persona más feliz del mundo, ahora sabía con certeza que lo era. Tenía a un hombre que me amaba y que me había pedido en matrimonio, pero que sabía que los sentimientos de mi mejor amiga eran importantísimos para mí. Me pregunté cuántos hombres serían capaces de entenderlo. Podría parecer extraño, pero que Charles hubiera pensado en hablar con Bunty lo significaba todo para mí. Hacía poco más de siete meses

que había sido ella la que se había prometido. A veces parecía que no había pasado el tiempo.

Nos sentamos en silencio en lo que quedaba de un murete de la vieja casa. Deseaba con todo mi corazón casarme con él y después de que me lo hubiera pedido seguía sin aliento, pero no cabía duda de que, a pesar de la dicha, había un dulzor amargo en todo ello. Este era el año en el que mi mejor amiga tendría que haberse casado. Se suponía que era el año de Bunty y William.

Desde que Charles y yo habíamos intimado, Bunts había sido el pilar más fuerte en mi vida. Ni una sola vez había envidiado mi felicidad; incluso si yo había intentado restarle importancia, ella no me lo había permitido en ningún momento. Mientras mi amiga pasaba por la agonía del duelo, esforzándose por poner al mal tiempo buena cara, incluso cuando levantarse por la mañana era toda una prueba para ella, siempre, pero «siempre», había deseado mi felicidad.

Bunty era la más extraordinaria de mis amigas, y el hombre que quería casarse conmigo lo respetaba, cosa que le honraría eternamente.

—Claro, hablaré con Bunty —dije—, pero parece que vosotros dos solitos ya lo habéis dicho todo.

—Ese era el plan —respondió Charles—. Ahora que está claro, ¿puedo sugerir que volvamos ya? Si quieres hablar con ella antes de que anunciemos nada, puedo esperar en el jardín.

—Gracias —dije—, pero el que Bunty te haya amenazado con matarte me deja bastante tranquila. No lo habría hecho si no te tomara en serio. —Lo miré y me sentí más feliz que nunca—. Querido Charles, vamos a casa a decirles a todos que hay que organizar una boda.

11
Será mejor que te des prisa

En el camino de vuelta a casa, Charles y yo decidimos que queríamos casarnos lo antes posible. Ambos teníamos unas ganas tremendas de estar juntos y no había razón para demorarlo, en particular porque nadie sabía lo que nos esperaba a la vuelta de la esquina. En los tiempos que corrían, los compromisos se cerraban en cuestión de semanas, y a veces menos.

Caminamos de la mano, sonriendo como lunáticos, mirando el anillo en mi dedo y maravillándonos de lo que acababa de suceder. Estaba segura de que mi familia y mis amigos querrían celebrarlo y reunir a todo el mundo en una fiesta de boda que no tendríamos mucho tiempo de preparar, aunque por parte de Charles no habría tantos invitados.

—¿Qué te parece que tu viejo y espantoso jefe sea el padrino? —preguntó refiriéndose a su hermano—. Aunque si no quieres, necesitaremos a la mitad del ejército para pararle los pies.

—Me encantaría —dije—. Si no fuera por Guy, no te habría conocido. Y, Charles, ¿crees que podríamos casarnos en Londres? Me parece el lugar adecuado para hacerlo.

No tuve que decir que la pequeña iglesia por delante de la cual habíamos pasado era donde Bunty iba a celebrar su boda.

A Charles enseguida le pareció bien Londres.

—Pediré un permiso en cuanto tengamos decidida la fecha —dijo—. Puede que solo sean cuarenta y ocho horas, pero será suficiente para que nos demos el «sí, quiero», y quizá podamos pasar una noche fuera. Lamento que eso sea lo más parecido a una luna de miel.

—No me importa en absoluto —respondí—. De todos modos, me

parecería poco patriótico salir por ahí a divertirnos.

Cuando llegamos a Glebe Lane y nos detuvimos frente a la casa de mis padres, me volví hacia Charles.

—Ahora escúcheme, capitán Mayhew. Esta es su última oportunidad de echarse atrás. Una vez que entremos, no puedo responsabilizarme de los niveles de emoción que harán casi imposible que cambies de idea. Te habrás metido en un berenjenal.

Le sonreí para confirmarle que estaba bromeando, lo que era casi totalmente cierto, pero tenía que reconocer que sentía un cosquilleo. Yo ya había estado prometida y no había salido precisamente bien.

—Me encantan las berenjenas —dijo Charles, rodeándome con sus brazos—. Y, además, ya es demasiado tarde. Has dicho que «sí» y no voy a permitir que te salgas con la tuya. —Me miró muy serio —. Em, nunca he estado más seguro de algo en mi vida. Te lo prometo. Ahora vamos a decírselo a todos. Puedes hablar con Bunty, y he de decir que no me importaría llamar a Guy si tus padres no se oponen.

Cruzamos el sendero de grava que llevaba a la casa y, como sabía que la puerta principal no estaría cerrada, entramos directamente.

—¡Buenas! —saludé mientras me quitaba el abrigo y dejaba el sombrero en el perchero del vestíbulo, alargando los últimos momentos en que la noticia solo nos pertenecía a Charles y a mí.

—Estamos aquí —oí decir a mi madre con una voz inusualmente alta.

Sonriendo, entramos.

El salón solía ser acogedor y muy informal, un espacio donde las pilas de libros se tambaleaban ligeramente al lado de sillas viejas pero muy queridas, y la gente se quedaba charlando o dejaba el periódico a medio leer en el sofá. Eso era exactamente lo que me encontré, aparte del detalle de que tres de las personas más importantes de mi vida estaban sentadas muy rígidas en varias posturas informales demasiado estudiadas y a todas luces incómodas. Mamá sostenía una taza de té sin apenas contenido, Bunty estudiaba una servilleta y papá estaba con un libro de bordados que yo había dejado antes en el brazo de su sillón. Ninguno de ellos dijo una palabra. Se limitaron a mirarnos como

ciervos que olfatean algo importante.

—Hola —volví a saludar, mientras veía que Bunty le lanzaba a Charles una mirada violentamente inquisitiva. Charles se miró los zapatos e hizo como si no hubiera visto nada.

—¿Todo bien? —pregunté, divertida.

—Todo bien —confirmó mi madre.

—Sí —coincidió Bunty al mismo tiempo.

—Correcto —dijo padre—. Yo…, esto…, he estado leyendo este libro. De costura y tal. Muy inspirador.

Mi madre y Bunty lo miraron.

—Dime, cariño —dijo mi madre—, ¿habéis dado un bonito paseo? ¿Con Charles? ¿Ha sido, mmmm, muy, eeh…?

La cosa no marchaba. Bunty fue la primera en estallar.

—¡¡Oh, venga ya!! —bramó levantándose del sofá—. Esto es una tortura. Por el amor de Dios, ¿podría alguno de los dos sacarnos de esta intriga?

Charles dejó de mirarse los zapatos. Padre dejó caer el libro al suelo.

—Sí —dije—. He dicho «sí».

Entonces, como todos seguían mirándonos, lo expresé en voz alta por primera vez, posiblemente para que a mí me quedara tan claro como a los demás.

—Charles y yo vamos a casarnos.

Todo el mundo se puso en pie. Con la rapidez de un leopardo, mi madre se levantó de un salto de su silla y se acercó a abrazarme; mi padre le dio un apretón de manos a Charles y le dijo «Felicidades, muchachote», y luego mi madre agarró a Bunty y las tres nos abrazamos.

—Esto merece un jerez —anunció padre, mientras mi madre negaba que estaba llorando y se volvía hacia Charles para darle un beso y decirle lo emocionada que estaba.

Bunty probó otra vez a exprimirme lo que me quedaba de aliento.

—¡Oh, Emmy! ¡¡¡Felicidades!!! —exclamó, como si me hubiera clasificado para disputar los Juegos Olímpicos o hubiera quedado primera en una asignatura del colegio especialmente difícil—. Me alegro tanto… —susurró—. De verdad, Em, ¡me alegro tanto por los dos! No podría ser más feliz. —Sus ojos se llenaron de lágrimas:

sabía que cada una de sus palabras las decía de corazón.

—Vas a hacerme llorar —dije empezando a sorberme la nariz.

—Con toda la razón —respondió Bunty con un pestañeo incesante—. Es todo muy bonito. Y ha sido muuuuy difícil guardar el secreto.

—Ya me han dicho que estabas en el ajo —le comenté mirando a Charles, que se acercó a Bunty.

—Me temo que he tenido que desvelarle que lo sabías —dijo—. No estaba seguro de que fuera a darme el «sí» si no se lo decía.

—No seas bobo —dijo Bunts rebosante de satisfacción.

Charles le dio un beso en la mejilla.

—Gracias —dijo a media voz.

Mi padre blandió una botella polvorienta de Harveys Bristol Cream y, tras servirnos un trago a todos, levantó su copa.

—Por Emmy y Charles —dijo—. La mayor de las felicidades.

Mamá y Bunty repitieron sus palabras y luego se desataron los brindis. Charles le dio las gracias a mi padre y dijo: «Por todos nosotros», y luego mamá dijo: «Por una larga y pacífica vida en común», y Bunty se unió con un: «Por el rey», y yo dije: «Por la paz», y luego papá tuvo que llenarnos las copas a todos y mamá dijo que se pondría piripi, pero no se lo impidió.

Luego se produjo un momento de silencio, hasta que Bunty dijo: «¡El horno!», cosa que nos pilló a todos por sorpresa.

—Estoy haciendo galletas de frutas para la ocasión —gimió—, y huele a quemado.

Dejó su copa en una mesita auxiliar y corrió a la cocina.

—Voy a ayudarte —dije recogiendo la copa y siguiéndola a la cocina mientras constataba que Bunty podía moverse con cierta rapidez últimamente.

—Por los pelos —dijo sacando las galletas del horno y dejando la bandeja encima de una placa de hierro.

—Ooh, gracias —dije, pues me gustaban mucho esas galletas—. Toma, te has dejado el jerez. —Saqué una silla y me senté a la vieja mesa de roble de la cocina—. Esto es una locura, ¿no?

—Para nada —dijo ella mientras se secaba las manos con un trapo y buscaba un cuchillo—. Em, ¡es maravilloso!

—A ver —dije entrecerrando los ojos—. ¿Cuánto tiempo exactamente hace que sabes que me lo iba a pedir?

Bunty se sonrojó y pinchó una de las galletas para ver si estaba cocida.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

Mi mejor amiga era una de las personas más inteligentes que conocía. Sin embargo, junto con el hecho de que le pidieran que dejara la Banda de Viento Juvenil de Little Whitfield por su estrepitoso fracaso como tercer clarinete, su incapacidad de mentir lideraba una lista muy modesta de debilidades. O quizá fueran virtudes. En cualquier caso, guardar hasta el mínimo secreto podía sacarla de sus casillas y hacer que se embrollara como una idiota. Decidí dejar que se saliera de rositas.

—No pasa nada, Bunts. Charles me lo ha contado todo. No creo que me lo hubiera pedido si tú le hubieras dicho que no debía.

—Bobadas —dijo Bunty, aliviada—. No lo hubiera parado ni una carga de caballería, pero fue increíblemente considerado. —Sonrió—. Es perfecto para ti, Em. Y, si creyera que no daba la talla, sabes que te lo diría.

—Lo sé —dije levantando mi copa—. Tienes muy buen gusto con los hombres.

Bunty también levantó su copa.

—Gracias —dijo—. Y lo has hecho muy bien, Em.

—Ha sido pura chiripa —contesté—. Con suerte nos habremos casado antes de que vuelva a estar en sus cabales.

—Para. Tiene suerte de tenerte —dijo Bunty dando un trago de jerez—. ¿Cómo vais con los planes de boda?

Bunty era una organizadora de primera y nada le gustaba más que hacer listas. Cuando teníamos catorce años, vino a Cornualles con mi familia: la primera mañana sacó un portapapeles con una lista de cosas que hacer durante el viaje. A los Lake casi nos da un infarto, pero a las once de la mañana ya teníamos nuestras postales escritas, enviadas por correo y en camino, y todos coincidimos en que nunca habíamos visto a Bunty tan feliz.

—Tiene su gracia que menciones los planes —dije—. Me preguntaba si tendrías alguna idea.

—¿De verdad? —preguntó. Dejó su copa en la mesa—. ¿Estás segura? He empezado a darle unas vueltas. Pero, sinceramente, no si es entrometerme.

\—¡Qué dices, Bunt! —exclamé dando la vuelta a la mesa para

sentarme a su lado—. No puedo ni imaginar empezar con todo esto sin ti. Siempre que tú quieras, claro.

Bunty me miró, los ojos azules muy serios.

—Pues claro que quiero, Em. No se me ocurre nada más bonito que ayudarte, a ti y a Charles, claro. —Calló un momento y me cogió de la mano—. Y sabes que Bill también estaría feliz como una perdiz. De verdad de la buena.

Apreté su mano y asentí. Un nudo en la garganta hacía que hablar me resultara prácticamente imposible.

Permanecimos juntas durante un minuto en la silenciosa cocina. Nos llegaban las risas de los demás y en ese momento habría dado cualquier cosa en el mundo por que Bill siguiera con nosotras, incluso si eso implicaba que celebrásemos la boda de Bunty y no la mía.

—Feliz como una perdiz —repitió Bunty, casi para sí misma. Luego me sonrió de oreja a oreja, se aclaró la garganta y dijo—: Vale, a ver, no hay tiempo que perder. ¿Dónde está mi lista?

Revolvió en el bolsillo de su falda y sacó un lápiz y un pequeño cuaderno verde.

Lamió la punta del lápiz como si se dispusiera a anotar un pedido de fruta y verdura para una semana y me clavó una mirada entusiasta.

—Veamos. ¿Tienes una fecha de boda *in mente*? ¿Dónde piensas celebrarla? ¿Quieres una boda suntuosa o una ceremonia tranquila?

Buscó una página que resultó tener un gran número de frases apuntadas; eran una suerte de titulares.

—¡Atiza! —interrumpí—. El que no corre vuela.

—Solo son unas cuantas preguntas iniciales —dijo Bunty como si fuese un detective de la policía intentando resolver un emocionante caso de asesinato—. Sinceramente, Em, será mejor que espabiles.

Nadie lo sabía mejor que Bunty, claro. Sin embargo, no podía estar más de acuerdo con ella. Cualquier cosa podría pasar en el momento más inesperado. Si querías a alguien, no había tiempo que perder.

—Depende de cuándo le den permiso a Charles, pero enero podría ser una buena fecha. Siempre es una época mala, ¿no? Una boda podría darle vidilla —dije.

—Perfecto —acordó Bunty—. Será la manera más bonita de

empezar el nuevo año, y eso nos deja dos meses para organizado.

Tragué saliva. No parecía mucho tiempo.

—Lo cual es una barbaridad —dijo Bunty.

Luego escribió en mayúsculas: «necesita fecha real» y a continuación «urgente», subrayado dos veces.

—En cuanto a la difusión, tendremos que trabajar duro con los cupones para poder conseguir el máximo —dijo frunciendo el ceño.

Sabía que mi familia y mis amigos querrían celebrarlo, pero no era capaz de imaginar cómo íbamos a organizar el banquete.

—No te preocupes —dijo Bunty, muy animada—. Todo el mundo echará una mano. La gente encontrará todo tipo de productos que ha ido reservando.

Me guiñó un ojo cómplice que me hizo resoplar. Lo dijo como si participara activamente en el mercado negro.

—¡Caramba, Bunts! ¿Tienes contactos cuestionables que yo no conozco? ¿O ahora resulta que los delitos menores bajo mano son una nueva aventura para ti?

—Mentira, todo mentira —respondió con tranquilidad—. Solo me refiero a que seguro que casi todo el mundo tiene algo guardado para una ocasión especial y, con la Navidad a la vuelta de la esquina, la ocasión viene que ni pintada.

Me reí con ganas. Estaba clarísimo, Bunty planeaba birlar comida de temporada allá donde pudiera encontrarla.

—Ni siquiera te darás cuenta de que hay una guerra en curso —concluyó triunfalmente, y después añadió a su lista «todos tienen que ayudar con la difusión»—. Sigamos. ¿El local?

—Londres. Donde sea.

—Mmm —murmuró Bunty mirando la página. Luego escribió «Londres» seguido de «hay que concretar» en grandes letras mayúsculas impacientes.

—¿Qué más? —me preguntó mirándome con entusiasmo.

Empecé a pensar que tenía que haberme preparado más. Al fin y al cabo, había transcurrido una hora entera desde la petición de mano de Charles.

Bunty volvió a centrarse en sus notas, volvió a escribir «urgente» en el encabezamiento de una hoja, dibujó un anillo grande al lado y después se puso a tamborilear en la mesa de la cocina con la punta del lápiz.

—No sé —dije—. Sigo impactada por la petición de matrimonio. Aunque sí que hay algo de lo que hemos hablado.

—Suelta —dijo Bunty mirándome con expectación y abriendo una nueva página.

—Bueno, la verdad es que es un asunto de vital importancia —dije.

Bunty asintió con brío.

—Quería preguntarte si quieres ser mi dama de honor.

Mi amiga dejó el lápiz en la mesa. Una sonrisa gigante se dibujó en su rostro.

—¡Oh, Em! ¿De verdad?

Asentí.

—¡Pues claro! Pero solo si tú quieres.

Bunty se miró las manos. Guardó silencio durante un rato. Cuando finalmente levantó la vista, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Lo haré encantada, Em —dijo—. Nada me gustaría más. Gracias. Será el mejor día del mundo, ¿sabes? —Se enjugó los ojos—. Lo siento, soy una sensiblera.

Luego cogió de nuevo el lápiz y volvió a centrarse en su cuaderno. Al lado del título «DAMAS DE HONOR» añadió con esmero «YO».

12
Querida «Su jovial servidora»

Una de las cosas más bonitas de estar prometida, aparte de la de casarme con Charles, claro, fue lo contento que se puso todo el mundo cuando les comuniqué la noticia.

El día después del compromiso, una vez que Bunty y yo regresamos a Londres, un doble turno en la estación de bomberos terminó en revuelo cuando anuncié la nueva en la centralita, y el equipo al completo decidió que las celebraciones debían empezar de inmediato.

Sea como fuere, nos las arreglamos para responder a las llamadas según iban entrando aunque, cuando hice el anuncio, Mary rompió a llorar, a Joan casi se le desencajó la cadera al brincar de su silla y Thelma gritó: «¡¡Lo sabía, rediez!!».

Después, el capitán Davies la regañó por decir palabrotas vestida de uniforme, aunque ella intentó convencerle de que, cuando alguien contraía un compromiso de boda, ese tipo de normas no deberían contar en realidad.

Roy y Fred y los chicos armaron más ruido si cabe, y en cuanto los *pubs* abrieron para la hora del almuerzo, Fred envió secretamente al Gran David a ver si conseguía unas botellas del King's Arms, en particular porque la chica que servía en el bar era cariñosa con él. Beber durante el turno era, obviamente, menos aceptable incluso que decir palabrotas, y era justo decir que la centralita pisó una línea muy fina pero festiva a lo largo de todo el turno.

Alguien nos sonreía, porque fue un domingo sin incidentes, y cuando Roy y Fred y otros dos se tomaron media clara poco cargada, el capitán Davies envió a los otros muchachos a atender un

aviso. Nadie dijo nada, pero habían sido muchos los turnos en los que las celebraciones eran lo último que nos pasaba por la cabeza. Hasta el último miembro de la centralita se merecía de sobra una excusa para animarse, cantar y bailar y mirar al futuro.

El lunes por la mañana, y todavía en una nube, llegué temprano a *La Amiga de la Mujer con* ganas de compartir la noticia con toda la oficina. Había hablado brevemente con mi futuro cuñado y actual jefe cuando Charles lo llamó por teléfono desde casa de mis padres, pero tenía ganas de verlo en el trabajo.

El señor Collins estaba en la oficina cuando llegué, cosa poco habitual en él, pero yo quería ver primero a Kath para contárselo antes que a los demás.

—Buenos días, Emmy —me saludó, ya en su escritorio y tecleando a toda velocidad—. ¿Has pasado buen fin de semana?

—Buenos días, Kath —respondí—. Maravilloso, gracias. ¿Cómo has pasado el tuyo?

—Le hice a mamá una falda muy bonita. —Levantó la vista de su máquina de escribir—. ¡Oye! ¿Qué ocurre? Estás radiante.

Mi plan de hacer como si tal cosa se fue al traste.

—Me he prometido —dije—. Con Charles —añadí para despejar cualquier duda.

Kath se levantó de un bote de su silla.

—¡Oh! ¡Dios mío, Emmy! —exclamó—. Es maravilloso. Cuéntamelo todo. ¿Cuándo te lo ha pedido? ¿Cómo lo ha hecho? ¿Ha sido muy romántico?

No pude responder a ninguna de sus preguntas, porque me abrazaba tan fuerte que me cortaba la respiración.

—¿Alguien ha hablado de compromiso? —dijo una voz en la puerta. Era el señor Collins, radiante como un faro.

—¡Oh, señor Collins! —dijo Kath—. ¿No es una noticia encantadora?

—Ciertamente lo es —respondió el señor Collins—. Voy a tener una cuñada.

Parecía muy contento de veras, lo cual era estupendo, pero de pronto me entró cierta timidez. ¿Cuál era el protocolo en esta situación? Al fin y al cabo, estábamos en el trabajo. No sabía si debíamos darnos un firme apretón de manos o si debía limitarme a gritar «¡Hurra!». Como me sentía irremediablemente insegura, no

hice nada y puse cara de idiota.

—Me alegro mucho por los dos —dijo el señor Collins con formalidad.

Sonreí como si me faltara un hervor. Kath, que se quedó plantada sin decir nada, no fue de ninguna ayuda.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó el señor Collins—. Kathleen, aparte los ojos. Voy a tener que besar a la señorita Lake.

Kath soltó una risita y se enterró la cara entre las manos, mientras el señor Collins, o Guy, o como quiera que se suponía que debía llamarlo en adelante, se acercó a grandes zancadas y, sujetándome por los hombros, me plantó un beso en la mejilla.

—Felicidades —dijo.

—¡¡¡Aaaaarrrg!!! —Una horrorizada Hester apareció soltando un grito desgarrador y dejó caer una gigantesca pila de carpetas de piel por el suelo—. ¡¡¡Señor Collins!!! —gritó.

—No pasa nada, Hester —dije mientras corría hacia ella—. Me acabo de prometer en matrimonio con el hermano del señor Collins. De veras, todo está bien. Mira —le dije, rodeándola con el brazo y enseñándole mi mano izquierda—. Tengo un anillo y todo. El señor Collins solo estaba siendo amable conmigo.

La pobre Hester seguía sin estar convencida y siguió mirándolo con desprecio por haberse pasado de la raya conmigo.

—¿Qué está sucediendo aquí? —La señora Mahoney entró en el despacho, aún con el abrigo y el sombrero puestos, y con un semblante que sugería que estaba dispuesta a partir cabezas si era preciso. Aquello era demasiado para Hester, que, avergonzada, prorrumpió en sollozos.

—Santo Dios, pues sí que vamos bien —dijo el señor Collins.

No era exactamente como había imaginado compartir la noticia.

En medio de la conmoción, busqué un pañuelo limpio para Hester, y Kath empezó a explicarle a la señora Mahoney que en realidad había muy buenas noticias, a pesar de que las apariencias indicaban la decepción de alguien.

—Bien —dijo la señora Mahoney—. Es fantástico y justo lo que necesitamos. Venga, Hester, ya está bien de llorar. Muchas felicidades, Emmy. Y a tu futuro esposo.

Hester esbozó una sonrisa insegura y se sonó la nariz con estruendo, lo que provocó un afectuoso «Muy bien» de la señora

Mahoney, y todos volvieron a la normalidad diciendo lo contentos que estaban.

Pronto llegaron el señor Brand y el señor Newton, y al cabo de menos de diez minutos parecía que se había corrido la voz en todo el edificio. La señora Bussell entró con una caja, hasta entonces secreta, de Galletas de la Séptima Planta, según dijo. Incluso Clarence, el chico del correo, vino a felicitarme de forma muy correcta antes de aventurarse a decirle a Kathleen que ella «sería la siguiente». Para alguien que había superado recientemente un flechazo no correspondido, Clarence se las arreglaba bien, hasta el momento en que se confió demasiado y se lanzó con un guiño picarón. Como no le salió bien la jugada, volvió a ser el mismo de siempre y salió de la oficina irradiando un rojo espectacular.

El día no podía haber empezado mejor, y lo único que hubiera deseado era que Charles estuviera con nosotros.

—Están todos invitados a la boda, por supuesto —dije—. No será una celebración por todo lo alto, pero me encantaría que vinieran.

Todo el mundo respondió favorablemente, y me acordé de Bunty cuando se ofrecieron enseguida a preparar varios platos. La señora Mahoney y Kath dijeron que iban a dejar de tomar azúcar para que yo pudiera aprovechar sus racionamientos, el señor Newton confiaba en que la señora Newton tuviera guardada una lata de jamón del bueno y el señor Brand reveló que conservaba una gama de encurtidos caseros que no tendrían nada que envidiar a los de Fortnum & Mason. La señora Bussell dijo que estaría encantada de ver qué se podía hacer con los postres y, cuando alguien sacó el tema del alcohol, el señor Collins asintió seriamente y dijo que se lo dejáramos a él.

Cuando todo el mundo comprendió que había que volver al trabajo porque teníamos unos plazos que cumplir, Hester se me acercó tímidamente.

—Siento haber montado una escena estropeándolo todo —dijo mientras yo le aseguraba que había sido un malentendido que podría haberle pasado a cualquiera—. Muchas gracias por decir que puedo ir a la boda. No creo que mamá tenga mucha comida para fiestas, pero he pensado que, si necesitas a alguien, yo trabajé de camarera en una cafetería el verano pasado, así que a lo mejor

puedo ser de ayuda.

Fue la oferta más amable de todas y la gota que colmó el vaso. Sin poder contener las lágrimas, le di un fuerte abrazo. El año había sido muy duro y en estos momentos me sentía embargada por la felicidad que me había procurado el compromiso.

—Venga, tontorronas —dijo la señora Mahoney—. Hester, estoy segura de que hay que reordenar esas carpetas, y Emmy, tú y yo tenemos que ocuparnos de «Su jovial servidora».

Solté a Hester, que recuperó la compostura con una tímida risita y se llevó diligentemente las carpetas. Yo me recompuse y empecé a recoger mis archivos antes de reunirme con la señora Mahoney para nuestra sesión semanal sobre la página de problemas.

El señor Collins se había rezagado.

—¿Está bien? —me preguntó.

—Muy bien —respondí—. Me he puesto un poco sentimental.

—Es comprensible —dijo mientras se sentaba a uno de los escritorios—. Quiero darle las gracias, Emmy. No sabe lo que significa para mí ver tan feliz a mi hermano.

—Yo también soy inmensamente feliz —dije—. Y debería ser yo quien le diera las gracias. Nunca habría conocido a Charles si Bunty y yo no hubiéramos coincidido con usted en el salón de té.

—El destino. —El señor Collins sonrió. Miró su reloj—. Maldita sea, llego tarde a una reunión. Ah, otra cosa: su artículo sobre la fábrica es excelente. Realmente muy bueno. Dos pequeños cambios por mi parte, pero nada de importancia. Le diré a Hester que se lo envíe hoy a Clough y Stratton y a los muchachos de la censura, y podremos incluirlo en el próximo número.

Logré balbucir un «Gracias». ¡Pensaba que mi artículo sobre Anne y sus amigas era bueno!

—¿No es demasiado… positivo? —pregunté.

Cuando volví de la visita a la fábrica, se lo conté todo al señor Collins, incluido lo que me habían contado Anne y sus amigas. Él me había escuchado con complicidad, sobre todo en lo referente a Irene y sus hijas, pero fue muy claro respecto del artículo que esperaba de mí: «Gran Bretaña necesitaba obreras para la industria bélica y el ministerio nos había invitado a que ayudásemos a encontrarlas».

—Pero también estamos aquí para ayudar a nuestras lectoras —

le dije—. Lo dijo usted mismo.

—Lo dije, y hablaba en serio —respondió el señor Collins—, pero si no derrotamos a Hitler, nuestros peores apuros serán el menor de nuestros problemas.

—Pues claro que derrotaremos a Hitler —dije patrióticamente.

—Si no tenemos un equipo suficiente, no podremos.

Fue una conversación aleccionadora, pero yo sabía que él estaba en lo cierto, así que me fui a escribir el artículo más alegre que pude. Ahora, al menos, sabía que estaba satisfecho.

—Para alguien cuyo primer artículo revisará el Gobierno, ha hecho un trabajo de primera —dijo el señor Collins—. Mire, Emmy, sé que está preocupada por sus amigas, pero hay que ir paso a paso. Lo está haciendo bien. Siga así. Ahora debo irme, y espero que hoy no se dedique a mucho más que no sea hablar de su boda. Es una orden.

Y después se fue.

Con toda la emoción de la petición de mano, me olvidé de la visita a Chandlers durante un par de días. A veces tu propia felicidad insiste en hacerte egoísta. Después de que el señor Collins hubiera dado el visto bueno a mi artículo, Anne y sus amigas volvieron a ocupar el primer plano.

Envié una carta al señor Terry para agradecerle su hospitalidad y para elogiar tanto al señor Rice como al resto del personal por su contribución al artículo. No quería ser demasiado pelota, pero un poco de adulación profesional era necesaria. Estaba segura de que varias menciones a lo mucho que me había impresionado la plantilla, junto con el buen ejemplo que daba su organización, no harían daño a nadie.

El señor Terry no me había mostrado ninguna simpatía, pero quería volver a la fábrica para escribir más artículos de la serie, y él era el único salvoconducto. Cuando era pequeña, mi madre siempre me decía que había que ser amable con la gente que te gusta, y más amable aún con la que no te gusta. Aquello me dejó perpleja entonces, pero ahora empezaba a entenderlo. Como quería averiguar si se podía hacer algo más para facilitar la vida de Anne y sus amigas, toda precaución era poca para tener de mi lado al

director de la fábrica.

También había otra razón. Conocer a la señora Edwards en el ministerio me había inspirado. Era inteligente y encantadora, y no temía decir lo que pensaba. Tenía la sensación de que ese era el motivo de su éxito y, aunque pareciera una locura, yo aspiraba en secreto a actuar en la misma línea.

Y ahora un artículo que había escrito estaba a punto de ser enviado a los censores del Gobierno de su majestad. Todo se había vuelto muy real.

LA AMIGA DE LA MUJER EN EL TRABAJO

> En nuestra primera serie, EMMELINE LAKE entrevista a mujeres reclutadas recientemente en una de las fábricas de municiones más vitales de Gran Bretaña.
>
> Trabajan jornadas enteras, pero las chicas están orgullosas de aportar su grano de arena y de apoyar a nuestros muchachos en el exterior. «La productividad es alta», dice el director de la fábrica, pues, con sus hábiles dedos, las mujeres despachan las tareas más intrincadas en un abrir y cerrar de ojos… Anne, la nueva recluta, viuda y madre de dos hijos, ha tardado poco en encontrar su rumbo, ¡así como un grandioso grupo de nuevas amigas!

El artículo era informativo y optimista, y todo lo que había escrito era cierto. Lo único que no había mencionado era ninguno de los aspectos negativos.

Era la primera vez que mi nombre aparecía en una revista de verdad y quería saborear, e incluso celebrar, el momento. Como había dicho la señora Edwards, nunca olvidas tu primer encargo. Solo deseaba haber podido informar de la historia al completo, aunque ese no fuera el objetivo. Tenía que recordar que mi trabajo consistía en alentar a las lectoras a presentarse como voluntarias para el esfuerzo bélico. Si Anne y sus amigas cumplían con «su» deber, yo cumplía con el mío escribiendo esto.

Sin embargo, era difícil sentirse completamente orgullosa de haber escrito «cada mujer pone su grano de arena» cuando acababa de ver a una niña de siete años cuidando de su hermana en medio

de una fábrica de armas.

Luché por apartar esa imagen de mi cabeza y me puse con el archivo de «Su jovial servidora».

Escribí los artículos de «La Amiga de la Mujer en el Trabajo» para ayudar en los planes del ministerio. Sin embargo, el objetivo de «Su jovial servidora» era ayudar a las lectoras tanto como fuera posible.

Guardé el archivo bajo el brazo y fui a ver a la señora Mahoney. Quizás aquí sí que se podría ayudar a las amigas de Anne.

> Querida «Su jovial servidora»:
>
> Tengo dieciocho años y mi madre me contó los detalles de la vida cuando era pequeña. Sin embargo, mis amigas han estado hablando de eso y me preocupa haberlo entendido mal. Si es tan amable, me gustaría que me aclarase las cosas de esta lista porque algunas suenan fatal.
>
> Atentamente,
>
> EMPANADA MENTAL

La señora Mahoney recorrió con la mirada la hoja de papel adjunta.

—Caramba —dijo—. Creo que la pobre chica no sabe separar el grano de la paja. Y esta lista tampoco ayuda. Estoy a favor de que cada uno haga lo suyo, pero algunas cosas son tirando a exóticas. Pongámosla en la pila de las respuestas personales y los folletos informativos.

La señora Mahoney reía para sus adentros mientras yo tomaba notas. Era un placer trabajar con alguien que quería ayudar a todo el mundo y que no rehuía algunas de las preguntas más pintorescas. Cuando la señora Bird estaba a cargo de la sección, bastaba con mencionar el sexo opuesto para que le diera un ataque de nervios.

—Parece que también hay cierta confusión en este caso —dije, entregándole a la señora Mahoney una carta escrita con un trazo salvaje y enmarañado por una lectora adolescente preocupada—. No figura el nombre ni la dirección de la remitente.

> Querida «Su jovial servidora»:

Tengo quince años y no me ha venido el período mensual. Mi amiga Pearl dice que apuesta a que voy a tener un bebé porque usé los aseos públicos cuando fuimos de excursión a Hull. Yo pienso que son bobadas, pero Pearl dice que puedes y ella tiene más años que yo. Le ruego que me ayude porque estoy muy preocupada.

No puedo decirle mi nombre, pero vivo en Sheffield.

La señora Mahoney frunció el ceño.

—Esa chica malvada le está tomando el pelo —dijo—. Aunque podría estar embarazada por la vía convencional, así que pongamos «A Preocupada de Sheffield» en el próximo número y le diremos que por esa vía es muy poco probable, pero que consulte a su médico sobre su salud en general. —Suspiró y se quitó las gafas para darles una mano de limpieza con un pañuelo—. El asunto se las trae —dijo—. En cuanto al sexo, a veces creo que la mitad de las chicas no saben ni siquiera lo básico, y la otra mitad sabe demasiado. No es raro que se confundan tanto, los angelitos. ¿Quién es la siguiente?

—Queda una pila de romances —dije repasando la lista de cartas que había seleccionado para publicarlas en la revista—. Una vez que sus esposos se han ido, ellas buscan nuevos amores. Se te quitan las ganas de buscar inquilino. Pero hemos publicado muchísimas últimamente. Esta es un poco diferente, sin embargo. Me ha enojado mucho y creo que deberíamos incluirla en el próximo número.

Empecé a leer.

Querida «Su jovial servidora»:

Estoy en la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina y, como ayer me dieron el día libre, decidí darme el gusto de ir a ver una película. Como ninguna de las otras chicas libraba, fui sola. El cine estaba lleno y acabé al lado de un hombre que no podía dejar las manos quietas. Le dije tres veces que parara, pero al final tuve que rendirme y marcharme.

Estoy enfadada conmigo misma por no haber hecho algo más. No soy una persona débil, pero lo único que quería era pasar una tarde agradable. Me fui a casa sintiéndome humillada. ¿Qué debería haber hecho?

Atentamente,

L. HAYWARD (CABO).

—Un comportamiento horrible —dijo la señora Mahoney con desdén—. Ojalá la cabo Hayward lo hubiera denunciado, pero sé que no es tan fácil como parece. Estos energúmenos de tercera fila quieren que te sientas avergonzada. Si fuera una de mis chicas, me la llevaría directamente a la sala de cine y exigiría que encendieran las luces y lo buscaran. —Hizo una pausa, pensativa—. Por supuesto, esa chica siempre podría hacer lo que mi Milly con aquel fresco que la estaba molestando en el piso de arriba del autobús.

—¿Qué ocurrió? —pregunté.

—Un cigarrillo encendido —dijo la señora Mahoney apaciblemente—. Milly le quemó «accidentalmente» la pierna. Me dijo que él salió corriendo tan rápido que se cayó por las escaleras.

—Bien por ella —dije—. Nadie debería tener que soportar una cosa así.

La señora Mahoney asintió.

—Eso es lo que yo digo.

Miré de nuevo la carta de la cabo Hayward.

—No está bien. Nosotras aquí, haciendo esta gran campaña para que las lectoras se pongan a trabajar como mulas para el esfuerzo bélico, y ellas ni siquiera pueden ir al cine sin que las humillen.

—Sí, vamos a publicar la carta de la cabo —dijo la señora Mahoney—. Diremos que tenía todo el derecho del mundo a quejarse a la sala de cine y que nos hemos enterado de cómo podría repeler la atención no deseada. Así responderemos a su carta y de paso podrá servir de ayuda a otras lectoras.

—Gracias —dije—. Es la primera vez que incluiremos algo así en «Su jovial servidora».

—Bueno —dijo la señora Mahoney—, puede que tú y yo le estemos cogiendo el tranquillo a esto ahora que llevamos haciéndolo un tiempo. Las lectoras ya tienen bastante con lo suyo como para que encima las molesten con esta clase de comportamientos.

Por enésima vez pensé en la suerte que tenía de aprender de la señora Mahoney.

Su confianza y experiencia no podían ser más contagiosas.

—¿Puedo pedirle su opinión? —dije, y empecé a hablarle de mi visita a la fábrica y de Irene y las chicas—. Sé que están desesperados por conseguir trabajadoras y, como dice el señor Collins, es la única forma de ganar la guerra. Pero ¿cómo puedo alentar a nuestras lectoras a incorporarse a la fábrica de municiones si, cuando las cosas se tuercen o tienen problemas en casa, a nadie le importa un bledo, o peor aún, podrían despedirlas por ello?

Estábamos en la oficina de producción y los tablones de anuncios estaban cubiertos con las portadas que el señor Brand bocetaba para números futuros. Nuestro nuevo estilo consistía en un despliegue colorido y conmovedor de mujeres, con frecuencia vestidas de uniforme, que se mostraban positivas y optimistas. Los títulos de las portadas rezaban: «Cómo buscar el trabajo idóneo para usted» y «Respondemos a sus preguntas sobre el esfuerzo bélico», junto con las habituales «Tres prendas de lana para el invierno» y «¿Le están saliendo los dientes al bebé? ¡Cómo saberlo!».

¿Estábamos realmente respondiendo a las preguntas que importaban?

Tanto si se trataba de Empanada Mental como de la cabo Hayward, o de las mujeres cuyas vidas se desmoronaban por culpa de esposos descarriados o porque se habían enamorado del hombre equivocado, siempre nos esforzábamos por ayudar lo mejor posible.

Me volví hacia la señora Mahoney.

—¿Qué podríamos decirle a Irene Barker si nos escribiera? —pregunté, empezando a preparar una carta—. Querida «Su jovial servidora» —dije.

> Tengo dos hijas pequeñas (de siete y cuatro años) y trabajo en una fábrica de municiones. Mi marido está en la Marina y no tengo familia cerca que pueda ayudarme. Ninguna de las guarderías de la zona se adapta a mis turnos y muchas veces los vecinos no pueden ayudarme. He tenido que llevarme a las niñas a la fábrica, pero odio tener que hacerlo y me preocupa perder mi trabajo si me pillan haciéndolo otra vez.

—¿Qué diríamos? —terminé, volviéndome hacia la señora Mahoney.

—Que tiene que buscar ayuda que sea adecuada y fiable —dijo la señora Mahoney sin pensárselo dos veces—. Alguien que se encargue de los niños si se lo puede permitir, o una guardería que se adapte a sus turnos. Y también debería hablar con su jefe en vez de intentar esquivarlo. Eso nunca funciona.

La respuesta sólida y práctica de la señora Mahoney tenía todo el sentido del mundo.

—Pero ¿y si ya ha intentado todo eso? —dije, bastante segura de que Irene ya lo había hecho, por los comentarios de Anne.

—Entonces tendremos que pensar en otras ideas, ¿no? —dijo la señora Mahoney mirándome directamente a los ojos—. No puedo imaginar que la señora Barker sea la única. Emmy, no podemos arreglar el mundo entero en veinticuatro páginas a la semana, pero si este es un problema que crees que afecta también a otras lectoras, es nuestro trabajo intentar solucionar algo.

La señora Mahoney tenía la capacidad maravillosamente reconfortante de que creyeras que siempre había una respuesta si la buscabas con ganas.

—Me gustaría hacerlo —dije—. No quiero defraudar al ministerio ni a *La Amiga de la Mujer*, pero me preocupa que no estemos haciendo lo suficiente para ayudar a las lectoras que se apuntan a hacer lo que les pedimos.

Mi preocupación debió de traslucirse.

—No sé qué está pasando dentro de esa mente tuya que va a mil por hora —dijo la señora Mahoney con cariño—, pero no te metas en líos. Ya se nos ocurrirá algo.

Me sonrió afectuosamente.

—Ahora, ¿puedo sugerir que revisemos el resto de la pila de cartas para que te pongas a redactar algunas respuestas?

—Sí, claro. Gracias, señora Mahoney —dije con la mente acelerada—. ¿Le molestaría mucho si escribo otra carta antes de empezar con los borradores? —Sonreí para mis adentros mientras empezaba a barruntar un plan—. Sé que es difícil intentar cambiar el mundo así como así, pero hay un director de fábrica con el que me gustaría reunirme para charlar un poquito.

13
Cíñase a las historias para sus señoritas

Quien dijo que la adulación no llevaba a ninguna parte es porque no había conocido al señor Terry. Con los dedos cruzados para que mi primer artículo sobre Chandlers fuera bien recibido tanto por los censores como por el ministerio, escribí de nuevo al señor Terry, esta vez aprovechando la oportunidad para decirle que su fábrica había dejado huella.

> … Tengo entendido que el ministerio ha quedado muy satisfecho con el artículo, lo que atribuyo plenamente a la ayuda que *La Amiga de la Mujer* recibió del personal de Chandlers. ¿Me permitiría enviarle una copia del número a su atención? ¿Sería posible conseguir una breve reunión? Unas declaraciones suyas en el próximo artículo inspirarían mucho a nuestras lectoras…

Estaba empezando a sonar como un Uriah Heep moderno.

Pero la jugada salió bien. Dos días después de enviar la carta, la secretaria del señor Terry llamó por teléfono. El señor Terry estaría fuera el resto de la semana, pero podría verme durante quince minutos en algún momento de la siguiente.

Había sido sorprendentemente fácil. Incluso el señor Collins estaba impresionado.

—Pensé que había dicho que no la reconocería si la viera en la calle. Parece que le causó buena impresión.

—Le hice la pelota —reconocí—. Pensé que era la clase de táctica que la señora Edwards emplearía.

El señor Collins se puso a reír.

—Muy posiblemente. Pero tenga cuidado. Parece un tipo astuto. ¿Está segura de que no quiere mi ayuda?

—Todo irá bien, gracias. En realidad, solo voy a pedirle unas declaraciones para otro artículo y preguntarle una o dos cosas sobre las obreras, como el trabajo a tiempo parcial y las guarderías. Voy a hablar con Anne Oliver antes de la visita para no meter la pata.

Además de escribir al señor Terry, también le envié una carta a Anne, poniéndola al corriente de la entrevista y pidiéndole su opinión. Lo último que necesitaban ella y sus amigas era que yo entrara como un elefante en una cacharrería y dijera lo que no debía. Anne respondió enseguida diciendo que había hablado con Betty y las chicas y que consideraban que valía la pena intentarlo. Me sugirió que me reuniera con ella en el centro antes de mi cita.

A las diez en punto del día de la entrevista, volví a subirme al tren rumbo a Berkshire y, esta vez, siguiendo las indicaciones de Anne, salí de la estación y me dirigí a la calle mayor, donde habíamos quedado.

La localicé fácilmente. Estaba junto a una larguísima cola a la puerta de la pescadería. Llevaba su abrigo verde y sus pantalones de trabajo, con una cesta de la compra colgando de un brazo y el pequeño en el otro. Ruby, vestida con un elegante abrigo de *tweed*, le enseñaba a su madre lo alto que podía saltar desde la acera.

—¡Emmy! —exclamó Anne, dejando la cesta y saludándome con la mano—. Ruby, mira quién ha venido.

Corrí a saludarlas y le di vueltas a Ruby en un círculo que la hizo gritar y, comprensiblemente, pedir que volviera a hacerlo. Una vez que estuvimos mareadas como patos, nos dirigimos a un salón de té muy pequeño, donde una señora proporcionalmente pequeña que respondía al nombre de señora Phillips salió a recibirnos y nos invitó a refugiarnos del frío.

—Es un placer verte —dijo Anne mientras nos acomodábamos en nuestros asientos—. ¡Y felicidades! Quiero saber todos los planes de boda. Espero no llenar la sala de mal olor, es que acabo de conseguir una buena pieza de abadejo. —Hablaba con voz serena—. El señor Andrews, el pescadero, es muy amable. Su hija trabaja en «ya sabes dónde» y, como sabe que tenemos horarios raros, siempre nos guarda algo. Nada bajo mano, ¿eh?, pero ayuda.

—¿Dónde está la señora del bastón? —preguntó Ruby—. Era guapa.

—¿Te refieres a Bunty? —pregunté—. Me temo que no ha podido venir.

Ruby se quedó pensativa un rato.

—Voy a tener un conejo —dijo, recuperándose enseguida del disgusto, lo que sería demoledor para la pobre Bunts. Anne hizo una mueca.

—Ruby, solo estamos considerándolo por ahora, ¿no es así?

—Se llama Bun Bun —confirmó Ruby—. Y va a tener bebés.

—Espero que no —dijo Anne entre dientes. Ayudó a Ruby a quitarse el abrigo—. Lo he confeccionado usando la chaqueta de Anthony —dijo como si nada—. Estoy muy satisfecha.

El pequeño abrigo estaba hermosamente confeccionado y parecía salido de unos grandes almacenes. Anne lo dobló con cuidado y lo dejó en el asiento contiguo. Parecía cansada, lo que no era de extrañar, pues había estado trabajando toda la noche.

—¿Qué tal el turno de noche? —pregunté amablemente—. Te trastorna el reloj natural, ¿verdad? A mí me costó muchísimo acostumbrarme en la estación de bomberos.

—Es un desastre, ¿a que sí? —coincidió Anne—. Pero significa que puedo hacer cosas durante el día y darle a mamá un descanso de estos diablillos tan traviesos.

—Yo no soy un diablillo travieso —protestó Ruby.

Anne y yo la miramos.

—Pues yo creo que sí —le dije—. ¿Quieres un bollo? ¿Un bollo especial solo para diablillos?

—Soy un diablillo travieso —respondió Ruby, ya en disposición de esclarecer las cosas.

Mientras Ruby se concentraba en su «bollo diablillo» y el pequeño Tony roía satisfecho un mendrugo, Anne y yo seguimos charlando, sobre todo en clave, en parte porque se suponía que no debía hablar del trabajo y en parte para que Ruby, que tenía el oído de un murciélago, no se enterara.

—Estoy interesada en saber qué piensa el señor…, ejem…, sobre algunas cosas que comentamos la última vez que nos vimos —dije en voz baja—. Pero ¿te parece bien que le pregunte sobre cosas concretas? No preguntaré si eso te preocupa.

—Ya lo hemos hablado —susurró Anne—. Las demás y yo pensamos que, si lo comentas de manera informal, y si hablas en general de otros lugares también, podrías conseguir una respuesta. Algunas de las chicas han dicho cosas, pero no han llegado a nada. —Miró a Ruby y yo imaginé que la confidencialidad no era su fuerte—. B-E-T-T-Y ha preguntado al S-l-N-D-l-C-A-T-O, pero no les interesa. La fábrica anda escasa de personal, así que no veo que permitan la M-E-D-l-A jornada. —Hizo una pausa para beber un sorbo de té—. Espero no parecer aguafiestas, Emmy, pero la productividad es la clave, así que no me hago ilusiones.

Le dije que no era ninguna aguafiestas, pero la verdad es que lo parecía.

—¿Va todo bien? —dije moviendo los labios en silencio.

Ruby era la concentración personificada y no parecía nada interesada ni en su madre ni en mí.

—Sí, gracias —dijo Anne—. Aunque creo que mi M-A-D-R-E está rendida. Pero ella insiste en que está bien. —Sacudió la cabeza—. Eso espero. Puede que haya olvidado simplemente lo duro que es cuidar a los D-l-A-B-L-l-L-L-O-S. Ah, Ruby, veo que has terminado. ¿Podrías ir a pedirle a la señora Phillips que te limpie las manos con un paño? Buena chica.

Ruby, un poco sorprendida, hizo lo que le dijeron y se fue pitando a buscar a la señora Phillips. Anne se inclinó hacia mí.

—Una cosa —dijo mirando a su alrededor y bajando la voz de nuevo—. Se supone que no debo decir nada, pero se trata de Irene, y eso lo empeora todo. —Vaciló—. Es un secreto. En serio.

—No diré nada. Lo prometo.

Anne frunció los labios y luego pareció decidirse a contármelo.

—El barco de su marido ha desaparecido —dijo con un susurro —. Nadie más lo sabe, excepto yo. No es que debiera contármelo, pero pensó que yo sabría qué hacer, ya sabes, porque he perdido a Anthony.

—Anne, lo siento mucho. ¿E intuyo que el señor Rice no tiene ni idea?

—Dios, no. En serio, no puedes decir nada hasta que se confirme de una manera u otra. —Parecía preocupada—. No debería habértelo dicho, pero me siento fatal por ella. Irene lo está pasando muy mal con los niños. Le han dado el último aviso. Si vuelve a

llevarlos a la fábrica, la despedirán, y no puede perder el trabajo ahora que es la única que lleva dinero a casa.

—Pero ella cobrará el sueldo de él hasta, bueno, como de costumbre, ¿no?

Anne negó con la cabeza.

—Irene recibe su paga, pero como él ha desaparecido, dejan de pagarle lo de su marido y no recibirá nada más porque podría no haber muerto. Le he dicho que no pierda la esperanza, porque no te puedes permitir tal cosa, pero está claro que para Irene es un golpe muy duro.

—¿Qué podemos hacer para ayudarla? —dije sin pensarlo. Yo ni siquiera vivía en la misma ciudad.

—La gente cooperará, pero como ella no puede decírselo a nadie, nadie sabe el mal trago que está pasando. Le pediría que trajera a las niñas a nuestra casa, pero ya mamá no da abasto.

—Bueno, eso lo resuelve, ¿no? —dije—. Sé que lo mencioné la última vez que estuve aquí, pero voy a preguntarle a «ya sabes quién» si no podría abrir una guardería del Gobierno. Aún no hay muchas, pero existen. Eso facilitaría las cosas, ¿no? Se supone que son muy razonables.

—Si se pudieran adaptar a los turnos, sí —dijo Anne. Se pasó la mano por el pelo—. Aunque Irene necesita ayuda ya. Betty está hasta la coronilla de la respuesta del sindicato.

—¿Qué le dijeron exactamente?

—Que solo hombres. A ver, ella lo sabía, pero quería presionarlos. Ni siquiera se mostraron dispuestos a dialogar.

—Entonces no serán de ninguna ayuda —dije, viendo que Ruby volvía toda orgullosa con una tacita de té y un platillo—. ¿Alguien ha preguntado antes por las guarderías?

—Sé que Irene le comentó algo a uno de los capataces una vez, pero la cosa no llegó a nada. —Se volvió hacia la figura angelical que caminaba tambaleándose hacia ella—. Hola, Ruby Oliver, pareces muy mayor.

Mientras la niña anunciaba que su taza pertenecía a un elfo, Anne se tapó la boca con la mano y empezó a disculparse como una loca porque no habíamos hablado de Charles y la boda.

—Tengo el cerebro como un colador —dijo—. Por favor, cuéntanoslo todo. Me vendría bien hablar de algo emocionante y

divertido.

Durante la siguiente hora hicimos exactamente eso. Anne se mostró genuinamente interesada, y ambas disfrutamos sacando el lado frívolo de las cosas y hablando de planes. Le pregunté si podía enviarle una invitación a ella y a los niños una vez que supiéramos la fecha, y entonces se animó de verdad.

Cuando llegó la hora de volver a la estación, donde me habían dicho que esperara a que alguien de Chandlers viniera a recogerme, nos despedimos con cariño.

—Buena suerte con él —me dijo Anne cuando nos despedíamos con un abrazo.

—No te defraudaré —dije—. Me aseguraré al cien por cien de que se entere de lo buenas que sois todas.

—Gracias por intentar ayudar —dijo Anne.

—Solo estoy siendo una periodista entrometida —dije riendo—. De todos modos, soy yo quien debe darte las gracias. Si no fuera por ti, no me habrían dado mi primer encargo.

—¡Bobadas! —dijo Anne.

—Hablo en serio. Lo menos que puedo hacer es tratar de averiguar el estado de las cosas con su señoría e informar luego de ello —respondí.

—Pero ten cuidado —dijo.

—Todo irá bien —dije.

Luego besé al bebé, le di a Ruby una última vuelta que nos provocó un ataque de risa y, tras un adiós, fui a enfrentarme al director de la fábrica.

El señor Terry, según me informaron fuentes de toda confianza, era un hombre muy ocupado, con una memoria tirando a corta.

—Soy un hombre muy ocupado. ¿Qué es lo que quería?

Le expliqué que le había escrito la semana anterior a propósito de los artículos que estaba preparando.

—Sobre sus trabajadoras —apunté.

—Ah, eso —dijo.

Sonreí radiante, un esfuerzo para resultar irresistible, o eso esperaba, que había practicado con Bunty en casa. No era pan comido. Necesitaba que me tomaran en serio y al mismo tiempo

complacer el ego de un extravagante hombre en su madurez y evitar a toda costa parecer coqueta o intimidada.

Como había dicho Bunty, habría sido mucho más fácil poder golpearle en la cabeza con un ladrillo y luego falsificar su firma en lo que fuera que yo quisiera que él hiciera por Anne y sus amigas. Sin embargo, como se trataba de la vida real y no de una película del Gordo y el Flaco, me encontré sentada como un palo en una incómoda silla de piel frente al amplio y pulcro escritorio del señor Terry.

A pesar de su cochazo y su aparente vida a cuerpo de rey, su despacho era más bien austero. Los muebles, si bien de buena calidad, eran funcionales y nada pretenciosos, y el aspecto general era el de un nuevo club de caballeros, de los que se ocupaban más de los negocios que del placer. Percibías un olor almizclado que se explicaba por la caja de puros de cedro sobre el escritorio, y el único objeto personal parecía ser un grueso cenicero de baquelita jaspeada con las letras «Rolls-Royce» impresas. Me pregunté si los visitantes debían asumir que el señor Terry era un propietario orgulloso. En cualquier caso, tenía pinta de ser un regalo navideño del Departamento de Ventas.

—Señor Terry, todo el mundo está encantado con el primer artículo sobre sus trabajadoras. Es exactamente la clase de cosa que creen que alentará a más mujeres a incorporarse a las fábricas de municiones.

—Ajá —dijo.

—Bajo la dirección, faltaría más, del ministerio —añadí sin dejar de sonreír.

El señor Terry puso cara de interés.

—Sí, por supuesto —dijo—. Recibimos encantados a las mujeres trabajadoras.

—Excelente. En consecuencia, he pensado que sería útil incluir algún comentario suyo en uno de nuestros próximos artículos. ¿Unas declaraciones sobre la razón por la que valora a las mujeres que trabajan aquí? Por supuesto, no mencionaríamos su nombre por motivos de seguridad, pero unas palabras de la cúpula de la empresa podrían resultar muy inspiradoras.

Abrí un poco más los ojos y lo miré expectante.

El señor Terry reaccionó como si le hubiera pedido que

recordara un ladrillo muy concreto de una pared. Había muchos, y todos parecían iguales.

—¿Qué cree que aportan las mujeres a la fábrica? —empecé.

—No lo hacen mal —dijo el señor Terry—. Algunas no pueden aguantar. No sé qué esperan. Es una fábrica. Pero, en general, sirven.

Decir que «sirven» no me pareció que pudiera inspirar a nadie. Continué.

—¿Qué les diría a las mujeres que están pensando en incorporarse a una fábrica de municiones? ¿Diría que es su deber patriótico?

—Sin ninguna duda, pero la clave está en la productividad —dijo, animándose finalmente—. Solo queremos a las buenas, a las que se ponen manos a la obra. Si son jóvenes y están dispuestas a echar horas, es una vida estupenda. Tampoco me importa que sean mayores, siempre que cumplan con su trabajo.

—Ese es un punto importantísimo sobre el «deber patriótico» —dije anotándolo como si se le hubiera ocurrido a él solito—. Gracias. Y lo de «mujeres de cualquier edad» también es muy alentador. ¿Importa si están casadas o tienen hijos?

Lo miré con lo que esperaba que fuera un interés inexpresivo, pendiente de cada una de sus palabras.

—¿Qué quiere decir?

—Muchas de nuestras lectoras se encuentran en esa situación. Están muy interesadas en contribuir.

—Todas son bienvenidas —dijo—. Siempre que no vengan armando jaleo.

Observé atentamente al señor Terry. Sentado en su despacho, se mostraba más cauto que cuando me había llevado en su coche. Más cuidadoso, quizá, con lo que decía.

—¿Qué clase de jaleo? —le pregunté. La cara empezaba a dolerme de tanto sonreír.

El señor Terry se revolvió en su silla y me miró fijamente.

—¿Quiere saber de verdad lo que pienso?

—Por supuesto.

—¿Lo publicará?

—Solo si quiere que lo haga.

Se oyó un suave golpe en la puerta. Era la secretaria del señor

Terry, la señora Cleeve, a la que había conocido antes, una mujer corpulenta y de mirada sensata.

—Su próxima reunión, señor Terry… —comenzó.

—Cinco minutos, señora Cleeve —respondió él, y la mujer salió del despacho.

Cuando se cerró la puerta, el señor Terry encendió un cigarro de una pitillera que se sacó de la chaqueta. No me ofreció uno, pero me estudió un buen rato. Yo le sonreí a mi vez, tan simpática como la que más.

—Esto es lo que pienso de las trabajadoras, señorita Lake —dijo dando una honda calada—. Si trabajan duro y producen tanto como los hombres, y al mismo nivel, me valen. Si sus lectoras quieren arrimar el hombro, ganar un buen dinerillo y ayudar a los muchachos, que cuenten conmigo. El problema lo tengo cuando esperan un trato especial. Cuando piden cambios de turnos o tiempo libre porque al renacuajo le moquea la nariz, o el carnicero ha recibido género y quieren salir antes del trabajo para que no les cierren. —Resopló—. Los hombres no te dan esos problemas. Habrá alguno que llegue borracho a su turno, y lo despides y punto, pero con las mujeres es otra cosa, la mitad tienen problemas personales con los que molestan a mis capataces. Francamente, hay cosas mucho más importantes de las que ocuparse.

—Ya veo. ¿Y si contara con un funcionario de bienestar social para ellas? —pregunté—. ¿O un sindicato de mujeres? Al Gobierno le interesa que todos los trabajadores estén bien atendidos.

El señor Terry apagó su cigarrillo aplastándolo en el cenicero Rolls-Royce.

—El Gobierno quiere ganar la guerra, eso es lo que quiere. Eso es lo que todos deberíamos querer. Eso lo entiende, ¿verdad?

Era la segunda vez en cuestión de días que un hombre me decía lo importante que era ganar la guerra, como si yo no tuviera ni idea. Empezaban a crisparme.

—Ciertamente, señor Terry —dije con calma—. Y tengo entendido que por eso están reclutando más mujeres para las agencias de empleo y como funcionarías de bienestar social. Y, por supuesto, abriendo guarderías para los hijos de las trabajadoras. De hecho, sobre este punto, solo quería preguntarle…

El señor Terry resopló tan fuerte que ahogó lo que intentaba

decirle.

—No empiece con eso —me espetó—. Estamos fabricando armamento, no dirigiendo un servido de niñeras.

—Pero ¿no ayudaría a que las mujeres dejaran de montar jaleo, como usted dice? —le pregunté.

—Nos portamos muy bien con nuestras trabajadoras —contestó—. Acabamos de poner espejos en todos los lavabos de señoras.

—Y estoy segura de que están encantadas —dije.

—Hace un año, ni siquiera teníamos lavabos de señoras —insistió él, a la defensiva.

—Pero una guardería del Gobierno no les costaría nada —repuse—. El Ministerio de Trabajo y las autoridades locales se encargarían de todo si usted les dijera que la necesitan.

Estas últimas palabras me salieron a borbotones, pero había hecho los deberes. El señor Terry no pareció convencido.

—¿Adónde quiere ir a parar, señorita Lake? —me cortó—. He accedido a verla para hacer unas declaraciones, no para que me apliquen un tercer grado. ¿Es que alguien se ha quejado?

Yo seguía sonriendo, pero se me había acelerado el corazón.

—Qué va, nadie —dije comprendiendo que rectificar es de sabios—. Señor Terry, las mujeres con las que he hablado no han hecho más que elogiar a sus jefes y las instalaciones de la fábrica. También me han hecho varios comentarios sobre la calidad de la cantina, por no mencionar el hecho de que les trajeron gratis a Arthur Askey. No hay ninguna queja. —Dejé el cuaderno sobre mi regazo. A sus ojos, hasta un cuestionamiento inocente de la fábrica suponía una crítica—. Solo he sacado a colación las guarderías del Gobierno porque estamos trabajando en un artículo sobre ellas. —Sonreí—. Parecen muy útiles.

El señor Terry gruñó.

—Eso no tiene nada que ver conmigo. Si las señoras tienen otros compromisos que no les permiten hacer el trabajo, pues que no lo soliciten.

—Pero ¿no significaría eso que el país se perdería miles de excelentes trabajadoras? —dije sin arredrarme. El argumento del señor Terry no tenía sentido y estaba segura de que él lo sabía. No parecía nada contento. Pensé en la promesa que le había hecho a Anne de que no la defraudaría—. Señor Terry, su fábrica y sus

trabajadoras son una inspiración. Gracias de corazón por haberme recibido. Me voy con unas hermosas palabras que sé que nuestras lectoras encontrarán conmovedoras.

El señor Terry se mordió el labio, pensativo, mientras yo guardaba mis cosas en el bolso y me ponía en pie, sonriendo con toda la confianza posible y esperando no haberle presionado más de la cuenta. Extendí mi mano para estrechar la suya, y él también se levantó con parsimonia. Era considerablemente más alto y mucho más grande que yo, pero mantuve los hombros hacia atrás y la barbilla en alto, y no moví el brazo hasta que aceptó mi mano con cierta reticencia.

Sin embargo, no la sacudió del todo, sino que se limitó a sostenerla con firmeza.

—Espero con interés su próximo artículo, señorita Lake. Lo mismo que el ministerio, estoy seguro. Tengo muchos contactos en los distintos departamentos gubernamentales. Será interesante escuchar sus opiniones sobre la ayuda efectiva o no de las revistas femeninas. La señora Cleeve se encargará de que la acompañen a la estación.

—Muy amable por su parte —dije—. Muchísimas gracias. Espero que nuestro próximo artículo le guste.

El señor Terry asintió, soltándome finalmente la mano, lo que fue un alivio, y me acompañó hasta la puerta.

—Cíñase a escribir historias para sus señoritas. Y déjeme dirigir mi fábrica, señorita Lake.

Le di las gracias de nuevo y le deseé buenos días. Mi sonrisa no se borró hasta que estuve bien lejos de la puerta de su oficina.

Ahora por lo menos ya lo tenía claro.

«Cíñase a escribir historias para sus señoritas». ¡Y un cuerno!

No me extrañaba que Maeve hubiera dicho que nada cambiaría. El señor Terry no tenía el más mínimo interés en ayudar a sus trabajadoras.

Era hora de idear otro plan.

14
Un aspecto de novia inconfundible

—Si no te quedas quieta, te pincharé y luego tendremos el vestido manchado de sangre.

Estaba de pie en mi habitación con los brazos extendidos mientras Bunty prendía con alfileres el corpiño de lo que, si el patrón era creíble, sería el «vestido soñado de cualquier novia».

—La historia es que lo subestimé, y eso fue un error —dije intentando no moverme.

—Será un error aún mayor si me equivoco y te dejo el vestido como un saco —respondió Bunty con la boca llena de alfileres—. No seas tan dura contigo. Parece un personaje difícil de tratar, y este es tu primer proyecto importante. Ahora gírate un poco.

Bunty añadió con destreza el último alfiler y se apartó para contemplar su obra.

—No está mal —dijo—. Ahora, no te muevas. Voy a darle la vuelta al disco y luego puedes mirarte en el espejo y me dices qué te parece.

Era sábado por la tarde, el día después de mi entrevista con el señor Terry, y se suponía que estaba prohibido hablar de trabajo. Habíamos confirmado la fecha de la boda para el segundo sábado de enero y tenía que hacerme un vestido de novia. Bunty estaba deseando ponerme al día, después de que ella y mi madre hubieran estado al teléfono tramando algunas ideas para la recepción.

Charles iba a venir a buscarme para salir esa noche, pero llegaría al cabo de varias horas, y, a pesar de mis recelos por la visita del día anterior, flotaba una clara sensación de vértigo en el ambiente.

Bunty se inclinó hacia el gramófono, le dio la vuelta al disco y

subió el volumen para que, cuando empezara *Sing Sing Sing*, el sonido colmara la habitación.

—¡No bailes! —me ordenó Bunty cuando me puse a dar saltitos—. Esta tela es muy preciada.

Cuando Charles y yo nos prometimos, mi plan era hacerme algo nuevo con cualquier tela que pudiera conseguir, idealmente un bonito vestido de día que pudiera usar en más de una ocasión.

Sin embargo, el plan había cambiado cuando, dos días después del compromiso, mi hermano menor Jack, que era piloto, se presentó en la casa de Pimlico a caballo de la moto de su amigo Chaser, blandiendo un gran paquete bien envuelto. Mientras Chaser esperaba en la moto, Jack subió corriendo los escalones de la casa, llamó a la puerta y, tras un breve beso de saludo, me puso el paquete en los brazos diciéndome: «Aquí tienes, hermanita. Llámalo regalo de boda anticipado».

Les obligué a entrar un momento para poder abrir el paquete, que resultó contener unos buenos cinco metros de seda de paracaídas. Estaba rasgado por un lado, pero Jack dijo que no había que preocuparse, puesto que nadie había muerto con él y solo lo había estropeado en una sesión de entrenamiento un idiota que no caía bien a ningún miembro del escuadrón. Como Chase señaló, no tenía ni siquiera una mancha de hierba, y mucho menos de sangre.

Jack dijo que habría sido una pena desperdiciar la tela, pero que, si alguien preguntaba, seguramente lo mejor sería que yo negase cualquier conocimiento sobre su procedencia.

Fue todo un detalle por su parte y tuve que reconocer que era una tela estupenda la miraras por donde la miraras. Antes de poder considerar la idea de teñir el material, Bunty declaró el incidente de la instrucción un caso de fuerza mayor (lo que parecía un poco pillado por los pelos, aunque todos amáramos a la RAF) y me convenció para confeccionar un vestido de novia blanco, como procedía.

—Puedes teñirlo después y usarlo para celebraciones nocturnas informales —dijo, lo que sugería que había estado leyendo revistas de moda—. Así tendrás dos trajes en uno.

No me convencía mucho ir de novia con un vestido largo tradicional y todo lo demás, así que encontré un patrón muy bonito para un vestido de tres cuartos con pliegues muy elegantes en el

delantero y mangas largas que sería ideal para una boda en invierno.

—¿No crees que es un poco ajustado? —pregunté, suspirando al máximo—. Quiero que me quepa la camiseta interior que has tejido.

Bunty me miró horrorizada.

—¿La que acabo de hacer? ¿A santo de qué ibas a ponértela?

—Bunts, la boda será en enero. No quiero congelarme.

—No puedes ir con una camiseta de manga larga el día de tu boda. —Bunty estaba horrorizada—. Es el día más romántico de tu vida.

—No lo será si pillo una neumonía —contesté.

—¿Qué dirá Charles?

—No creo que le importe lo más mínimo. Es muy práctico.

—Pues claro que le importará —repuso Bunty—. Pero ¿tú has conocido a un hombre antes? Te das cuenta de que una camiseta de manga larga probablemente no es lo que él espera el día de vuestra boda, ¿no? Se supone que debes de ser una novia joven y encantadora, que viste ropa encantadora y tiene una apariencia, *hum*, encantadora.

—Ya llevas tres «encantadoras». No seré capaz de gestionarlas todas de una sola vez, ni siquiera por Charles.

Bunty negaba con la cabeza, así que busqué un acuerdo.

—¿Qué te parece, si hace frío, que me ponga la camiseta para ir a la iglesia y la ceremonia al aire libre de después, y luego, cuando volvamos aquí, me escabullo y me la quito?

—Pues que entonces el vestido será demasiado grande —dijo Bunty sin dar su brazo a torcer.

—No, no lo será. Y, además, tú y mamá y las chicas de la estación estáis planeando que se sirva tanta comida que después del festín tendré suerte si los botones no salen volando en el primer baile. No tengo ni idea de a cuánta gente habéis coaccionado para que contribuya.

Bunty examinó su trabajo de fijación con los alfileres.

—A una lista considerable —dijo—. Todo el mundo tiene muy buenas intenciones. ¿Y si hacemos una chaquetilla? Te mantendrá caliente. Apuesto a que queda suficiente tela. —Se alejó un paso de mí con las manos en jarras.

Le sonreí. No por el vestido, la camiseta ni nada de eso, sino

porque me di cuenta de que llevaba los últimos cinco minutos de pie sin su bastón. Su mano izquierda también estaba indudablemente mejor que antes. No quise darle mucha importancia, pero me alegraba muchísimo. Sabía lo mucho que significaba para ella volver a ser la de antes, en la medida de lo posible.

—Me encantaría —dije, contenta de haber llegado a un acuerdo —. Una chaquetilla es una gran idea. Revisaré mis patrones para ver qué puedo encontrar.

—Es justo lo que necesitabas —dijo Bunty, satisfecha de haber ganado el debate sobre la camiseta—. Ahora, echa un vistazo y dime qué te parece.

Me acerqué andando como un pato al espejo grande, consciente de que una docena de alfileres amenazaban con pincharme si hacía un movimiento en falso. Tenía el cabello revuelto, pues no me lo había peinado ese día, y no me había maquillado ni una pizca. También llevaba calcetines gruesos y unos zapatos de color beis que me quedaban grandes, pero que, pensamos, tenían la altura adecuada para el vestido. En definitiva, no estaba haciendo un gran esfuerzo.

Sin embargo, pese a todo, y como normalmente nunca me vestía de blanco, vi que tenía un inconfundible aspecto de novia. Bunty había cumplido con sus hábiles manos y, ahora que estaba más entallado, el vestido empezaba a tener la caída esperada. Las mangas solo estaban prendidas con alfileres y el conjunto necesitaba un buen acabado, pero no había duda de que cobraría prestancia.

—¡Caray! —exclamé, y luego me desinflé.

Bunty se había sentado en mi cama y miraba el espejo para poder ver la expresión de mi rostro. Me volví a mirarla. Ninguna de las dos dijo nada, pero ambas teníamos lágrimas en los ojos.

—No sé, me parece un poco excesivo, ¿no? —dije—. ¿Y si me lo tiño? ¿De azul pálido, por ejemplo? Me gusta el azul.

Tenía un aspecto muy nupcial.

Me quité los zapatos y me quedé torpemente en calcetines. Quería ir a sentarme con mi mejor amiga, pero los alfileres me obligaban a permanecer de pie.

Bunts se levantó de la cama, todavía arreglándoselas sin su

bastón, y se acercó para plantarse delante de mí. Luego me cogió las dos manos.

—Es perfecto —dijo—. De verdad, te lo prometo. Vas a estar preciosa, Em. En tu día, como tiene que ser. Como te mereces. Sé que estás preocupada por mí, pero, por favor, el vestido que se quede blanco. Quiero que lo hagas de corazón.

—No debería ser así, Bunts. No es justo —dije.

Tenía que ser el día de Bunty y Bill.

—Ahora bien —contestó Bunty, y le tembló la voz. Una lágrima corrió por su cara y supe que estaba a punto de seguir su ejemplo—. Si nos ponemos a hablar de esto, nos vamos a echar a llorar, pero luego tienes que prometerme que, después, esta boda solo te dará alegrías. —Se secó los ojos con el dorso de la mano y volvió a coger la mía—. Em, te mereces esto. Y tienes que ser feliz. Por todos nosotros. Por favor, dime que lo serás.

Respiré hondo y asentí. Sería feliz. Ya lo era. Mi abuela siempre decía que desear era un tiempo precioso que se pierde, pero yo no podía evitar desear más que nada que Bunty y William pudieran estar juntos. Ellos tendrían que haber gozado de la felicidad que yo había sido tan afortunada de encontrar.

—Está bien —dije despacio—. Lo prometo.

Y, aunque abrazar a alguien cuando vas vestida como un acerico gigante es una cosa de locos, eso fue justo lo que hicimos Bunty y yo, con mucho cuidado.

Una vez prendidos todos los alfileres y tras haber logrado no infligirnos daños mortales arponeándonos mutuamente, Bunty y yo pasamos una tarde entrañable hilvanando y midiendo, y luego probándome el vestido de nuevo para asegurarnos de que me quedaba bien. Bunts y yo cantábamos al ritmo del gramófono, así que ninguna oyó el timbre de la puerta. Tampoco oímos que Charles entraba, seguía el sonido de *Beat Me Daddy, Eight to the Bar* hasta mi habitación y, aunque la puerta estaba abierta, fue lo suficientemente caballeroso como para llamar con fuerza.

—¿Hay alguien ahí? ¿Estáis visibles?

Lo estábamos. Yo lo estaba, pero todavía llevaba puesto el vestido de novia, aunque ahora con un solo brazo, que no era el

aspecto que deseaba precisamente.

—¡No! —grité con todas mis fuerzas, y luego añadí: «¡Que no!», lo que no tenía sentido, pero fue lo único que se me ocurrió.

—¡Abajo! —me gritó Bunty, espantada—. ¡Agáchate!

Como Charles no tenía la ventaja de poder verla, era comprensible que necesitara alguna aclaración.

—¿Me hablas a mí? —preguntó del otro lado de la puerta.

—¡No! —volvió a gritar Bunty—. ¡Quédate ahí! ¡Lleva puesto el vestido!

—¡Ah! —exclamó Charles, riendo—. ¿Puedo verlo?

—¡No! —gritamos Bunty y yo al unísono, aunque a mí no se me oía muy bien porque estaba de rodillas, escondida junto a la cama como si alguien acabara de localizar una bomba.

—Qué pena. Me sentaré en las escaleras entonces —dijo Charles, divertido—. ¿Puedo decir solamente que he tardado tres horas en llegar hasta aquí?

—¿Puedes ayudarme? No puedo desabrocharme la espalda —le susurré a Bunty, como si hablar con el volumen normal pudiera delatar algo—. ¡Ya casi estamos! —añadí, empezando a sentirme un poco mal por el recibimiento que le estábamos dando al pobre Charles.

—¿Estás bien? —preguntó Charles—. Suenas amortiguada. ¿Vas a casarte conmigo con una especie de capucha?

—¡A callar! —gritó Bunty cuando se me escapó una risita que no ayudaba, porque, de hecho, estaba atascada—. ¡Los dos!

—Ya casi está —dije cuando Bunty finalmente consiguió sacarme la tela—. Bueno, al menos hemos descubierto que el cuello me queda un poco apretado.

—¡Chist! —dijo Bunty—. Tú no escuches, Charles.

Lo oí reírse mientras me enfundaba una falda y me pasaba un jersey por la cabeza.

—Ya puedes entrar —dije—. No, espera, tenemos que esconder el…, espera…, ¡voy a salir!

Salí a toda prisa del dormitorio y fui hasta el rellano. Charles estaba sentado en los escalones de enfrente, con la cabeza gacha, tapándose los ojos con una mano y con un ramo de flores en la otra.

—Espero que seas tú, cariño —dijo levantándose, pero sin apartar la mano de los ojos—. O, si no, corremos el embarazoso

peligro de que esté a punto de besar a tu mejor amiga. Eso sí, la señorita Tavistock es una mujer muy atractiva.

—Eso lo he oído —dijo Bunty—. Yo de aquí no me muevo.

—Yo te vi primero —dije mientras Bunty ponía *Song of the Volga Boatmen* a todo volumen.

Riendo, le besé hasta asegurarme de que había elegido bien.

—Nunca he tenido dudas —dijo Charles finalmente—. Nunca he tenido dudas.

Habría sido un momento de lo más romántico si no fuera porque Charles recordó que acababa de ver al señor Parsons fuera de Durton's y este le había pedido que me comunicara una noticia muy importante.

—Me ha dicho que te diga que a Pauline le ha llegado la hora —dijo—. Y que traerá algunas salchichas la semana que viene.

—Pobre Pauline —dije—. Es una cerda adorable.

—El señor Parsons dice que es lo que ella habría querido —dijo Charles filosóficamente.

—Tengo que vestirme —anuncié un poco como si fuera Luis XV.

—Cuidado con los alfileres —dijo Bunty saliendo de mi dormitorio—. Puede haber alguno por el suelo. ¡Charles, tú ni escuches!

—¡¿Has usado alfileres?! —preguntó—. ¡Ay, Dios! Prácticamente has delatado el vestido entero.

—Todavía puede cambiar de opinión, ¿sabes? —dijo Bunty mientras le daba un beso—. Vamos, te prepararé algo de beber mientras esperas.

Volví a mi dormitorio a buscar un vestido presentable para salir. Bunty había colgado el de novia a medio terminar en la puerta del armario, escondiéndolo bajo la sábana que habíamos utilizado para protegerlo del polvo. Ahora que estaba sola, le eché otro vistazo. Empezaba a parecer otra cosa, sin duda. Había que hacerle muchos arreglos todavía para tenerlo listo, pero por primera vez me imaginé con él puesto, de pie junto a Charles en la iglesia de San Gabriel y pronunciando nuestros votos.

Desde el piso de abajo oí el parloteo y las risas de Charles y Bunty desde la cocina.

Le eché una última ojeada al vestido de novia y volví a cubrirlo cuidadosamente con la sábana. El vestido quedaría precioso, pero

en el fondo eso era lo que menos me preocupaba. Lo importante era el hombre de abajo.

Al cabo de unas pocas semanas estaríamos casados. Mientras me cambiaba para la velada puse otro disco y empecé a cantar. No veía la hora de que llegara el *gran día*.

15
Un militar y todo eso

Una hora más tarde, Charles y yo nos dirigimos al restaurante del West End, donde él había reservado mesa para cenar. Ya lo conocíamos y nos gustaba porque se diferenciaba un poco de lo de siempre y a esa hora de la noche era tranquilo y discreto. Más tarde se animaría y, después de la medianoche, la gente haría cola para una cena tardía y algo de música y *cabaret* en el minúsculo espacio que hacía las veces de pista de baile. Sin embargo, como era desconsideradamente temprano, nos resultaría mucho más fácil hablar sin tener que gritar por encima del alboroto general.

El restaurante estaba en un sótano, por lo que siempre reinaba la oscuridad, apenas iluminado por unas lamparillas *art déco* colocadas sobre las mesas cubiertas con manteles blancos. El camarero nos indicó una de las más bonitas, en una esquina, a escasa distancia de donde la banda se apretujaría más tarde. Si bien era probable que a esas horas la buena sociedad ni siquiera se planteara salir tan temprano o estuviera degustando una copa previa al teatro en algún local más elegante, muchas mesas estaban ocupadas. Casi todos los hombres vestían uniforme, y muchas mujeres también. Un grupo de canadienses afables estaban diciéndole al camarero que preparaban el estómago para la noche, lo que él se tomó muy bien y siguió repasando el menú, aunque los chicos no parecían tener mucho interés en la comida. Un oficial polaco muy apuesto mantenía una intensa conversación con una inglesa igualmente hermosa, mientras dos jóvenes Wrens, del Real Servicio Naval de Mujeres, eran agasajadas por un par de oficiales navales muy risueños. Casi deseé llevar puesto mi uniforme del Servicio de Bomberos, pero era agradable ponerse un vestido y salir con Charles como si la vida

fuera normal, aunque lo normal significara llevar uniforme, claro. En el transcurso de los meses que habían pasado desde que nos habíamos conocido, casi nunca lo había visto vestido de paisano.

—Has descubierto la historia de todo el mundo, ¿a que sí? —dijo Charles cuando nos sentamos. Estaba acostumbrado a que yo observara a la gente como algo natural—. Te he visto cuando entrábamos. —Sonrió—. Algunas personas cruzan una sala esperando que todo el mundo se vuelva a mirarlas. Tú cruzas una sala y no esperas que nadie te mire, pero siempre te fijas en los demás.

—Parezco un agente secreto —susurré, con cierta satisfacción—. Qué emocionante.

Charles se rio.

—Eres demasiado sincera —dijo—. Durarías unos dos minutos en un interrogatorio. Por supuesto, serías valiente hasta un extremo insensato, y, antes de que se dieran cuenta, serías tú la que formularía las preguntas y les sonsacarías su vida. En realidad, retiro mi comentario. Serías un agente secreto de primera categoría.

—Gracias —dije modestamente—. Deberíamos tener cuidado o los otros comensales pensarán que has venido para reclutarme. Me imagino que así es como se hace. Ya sabes, invitas a alguien a cenar y luego le dices, en voz alta y en público, «serías un agente secreto de primera».

Los dos nos reímos. Me gustaba decir tonterías como esa cuando estaba con él.

—Pero creo que estás siendo muy modesto —continué—. El día que te conocí no dejé de hablar. Es asombroso que quisieras volver a verme. De todos modos, siempre miento. Y no lo digo con orgullo —añadí mientras el camarero aparecía con una carta de vinos que desafiaba cualquier indicio de que estuviéramos en guerra—. ¡Santo cielo! —exclamé cuando se hubo ido—. Espero que la carta de la comida sea igual de buena. Voy a pedir catorce huevos y un filete muy grande. Nadie diría que hay escasez.

—¿Qué quieres decir con que siempre mientes? —preguntó Charles—. No me digas que estás a punto de revelar que eres divorciada de dos matrimonios y estás enganchadísima a la ginebra.

Lo dijo a la ligera, pero me di cuenta de que estaba desconcertado. Había sido raro que yo dijera una cosa así.

—Oh, nada de eso —respondí—. Por lo menos en cuanto a la ginebra. —Intenté no parecer muy seria—. Me refiero a que tengo que medir mis palabras en el trabajo, aunque no siempre esté de acuerdo. Recibes una carta de una lectora que está hasta la coronilla y desea que la guerra se acabe de una vez, y tú, que estás totalmente de acuerdo con ella, tienes que responderle: «Lo entendemos, pero tenemos que seguir adelante». Me refiero a cosas así. Y ahora que escribo artículos, debo descartar cualquier polémica. Especialmente con ya sabes quién.

Charles entendió que me refería al ministerio.

—Creía que todo iba bien en ese frente.

—Así es —dije—. Muy bien.

Empecé a contarle en voz baja lo que había pasado con el señor Terry.

—Y tengo la impresión de que, haga lo que haga, voy a defraudar a alguien —terminé, contenta de que el vino hubiera llegado y poder darle un buen trago. No quería agobiar a Charles con mis preocupaciones, pero era mejor que lo supiera.

—¿Has hablado con Guy? —preguntó.

—Él sabe cómo me siento. Todo el mundo está muy contento con lo que estamos haciendo y no quiero crear problemas. Y después de que aquellas mujeres del ministerio fueran tan groseras, es una venganza dulce. No quiero estropear nada, pero me gustaría que pudiéramos ayudar a la amiga de Anne. Si mi reunión nos da alguna pista, es poco probable que reciban ayuda del director de la fábrica, eso seguro. No hablemos de ello. —Le sonreí—. No quiero estropear la velada. No puedo creer que casi hayas visto el vestido. No es lo mejor para una boda.

—Sabes que no me importaría que aparecieras con el viejo traje de sirena de Churchill, pero sería maravilloso verte de punta en blanco. Espero que esto te parezca bien —dijo mirándose el uniforme—. Me han dicho que está muy «en boga».

—Estaba pensando en eso ahora mismo. ¿Puedes creer que después de la guerra seremos un matrimonio normal? Yo no tendré que hacer ropa con tela de paracaídas, y tú podrás pasarte la vida en jersey, si quieres. Nada de eso importará. Los restaurantes no estarán llenos de uniformes y no nos sentiremos mal por comer alimentos que deberían estar racionados.

Miré a mi alrededor con aire pensativo. Esperaba parecer optimista y no sensiblera, y no me sentía del todo mal por mirar un menú con más comida de la que había visto en el último mes.

—Será idílico —dije.

Charles sonrió, sus ojos tan melancólicos como los míos.

—¿A que sí? —dijo—. La idea le hace a uno seguir adelante. Pero soy militar y todo eso, así que es posible que tengas que aguantar mi uniforme durante un tiempo después de que hayamos vencido. Probablemente continuaré en el servicio unos cuantos años más, si me quieren y sigo entero.

Estaba siendo muy realista, pero el «si sigo entero» fue algo horrible de escuchar.

—Cariño, te lo ruego, no lo digas así. Pues claro que seguirás entero. —Callé un momento porque algo aterrador se me vino a la cabeza—. Estás contento de haber vuelto a Inglaterra, ¿verdad?

—¡Huy, sí! —dijo con demasiada rapidez.

Lo miré directamente a los ojos.

Charles me sostuvo la mirada.

—No me voy a ninguna parte —dijo con ternura—. No, si tú no quieres. No he solicitado nada ni me he ofrecido voluntario para nada.

No había dicho «aún», pero esperé. Desde que había vuelto del extranjero, sabía que lo tenía de prestado.

—Siempre hay oportunidades, como dicen, pero ya sabes, alguien tiene que hacer el trabajo de oficina.

Me di cuenta de que lo intentaba, pero incluso la forma en que dijo «trabajo de oficina» mostraba el poco interés que le suscitaba.

Si quería ir a luchar de nuevo, tenía que ser su decisión, no la mía. Yo lo habría encadenado a la mesa con mucho gusto para evitar que corriera peligro, pero no dependía de mí y tampoco debía ser mi responsabilidad.

—No se trata de lo que yo quiera que hagas —dije con ternura —. Charles…, cariño, no soy la clase de mujer que intenta que su esposo haga lo que ella quiere, y tú no eres la clase de hombre que vive solo para hacer feliz a su esposa. No te querría si lo fueras.

Me incliné sobre la mesa y le cogí la mano.

—No quiero que te vayas. No quiero que luches. Quiero que tengas un trabajo agradable y seguro aquí, donde pueda hablar

contigo por teléfono y, cuando tengas doce horas de permiso, puedas ir corriendo a la ciudad y podamos ir a lugares agradables como este y fingir que no pasa nada terrible. Quiero que te quedes conmigo y vivas para siempre y hagas crucigramas cuando tengas noventa años. O treinta, o cuando quieras. Pero también quiero que seas feliz. Quiero que, cuando mires atrás, a esta estúpida y horrible guerra, sepas que hiciste lo que mejor sabías hacer y que no te arrepientas de nada.

Charles quiso interrumpirme, pero no le dejé.

—Por favor, déjame decir esto: luego te prometo que me callaré y te escucharé como es debido. —Tomé aire y traté de encontrar las palabras adecuadas—. Tu hermano me dijo una vez: «Averigua en qué eres buena y luego mejóralo». Y estoy de acuerdo, pero también creo que, si tienes mucha suerte, puedes descubrir lo que «amas» hacer. Y entonces debes apreciar cada momento que tengas de hacerlo. —Hice una pausa antes de decir lo que había temido—. ¿Estar sentado en una oficina es lo que «amas» hacer?

Charles guardó silencio, pero su expresión lo delató. Era de una enorme tristeza.

—Te amo «a ti» —dijo—. Más que a nada. «Nada». Pero no, no amo mi trabajo. Ni siquiera me gusta. No hago lo que mejor se me da. Aborrezco el hecho de que mis amigos estén en la otra punta del mundo pasándolo mal, mientras que a mí me han elegido para quedarme aquí. No digo que quienes tienen empleos seguros no estén haciendo un trabajo importante y arrimando el hombro. Es solo que no es lo que siempre quise hacer. Se ha hablado de un ascenso y no sabes lo mal que me hace sentir.

—Charles, trabajas todas las horas que Dios manda —comenté olvidando que había dicho que me callaría—. De hecho, apenas has tenido más de una tarde libre en el último mes desde que volviste. Y no te lo habrían pedido si no creyeran que podrías hacer un buen trabajo.

—¡Bah! —exclamó él, rechazando el cumplido—. Soy bueno con los detalles, nada más. A mi grupo le gusta esa clase de cosas. Maldita sea, Em, se suponía que esta iba a ser una velada placentera. Deberíamos estar hablando de la boda. —Levantó mi mano y la besó—. Lo siento, cariño, no quiero estropearlo.

—No seas bobo. La boda no está en nuestras manos. Bunty,

Thelma y mi madre están desesperadas por organizaría.

Mi comentario nos arrancó una sonrisa a los dos. El camarero trajo los suflés.

—¿De dónde narices han sacado los huevos? —pregunté cuando el camarero se hubo ido.

—Probablemente es solo uno por persona, muy esponjados —dijo Charles mirando el mejunje—. Pero aun así…

—Bajo mano —susurramos al unísono, riéndonos con ganas. No era muy divertido, pero estábamos desesperados por no entristecernos.

—Maldita guerra —dije disfrutando de la oportunidad de maldecir.

—Maldita guerra —repitió Charles.

Miró a su alrededor. En la mesa de las Wrens se estaban divirtiendo de lo lindo y uno de los hombres soltó una sonora carcajada.

—Es solo que creo que podría ser más útil —dijo Charles—. Dejarte sería insoportable. No quiero ni pensarlo. Pero sí. Si respondo con sinceridad, y quiero hacerlo, entonces sí, mi querida Em, creo que debería irme.

Habíamos pedido una comida que se suponía que debía consumirse a los pocos segundos de llegar. Ninguno de los dos había pinchado con el tenedor los, con toda probabilidad, ilegales y esponjosos huevos.

Al contrario, no les hicimos el menor caso y nos cogimos de la mano sobre la mesa, ambos con los ojos vidriosos.

—Somos muy afortunados por poder hablar de ello —dije, aunando todas las fuerzas de las que fui capaz—. La mayoría de nuestros muchachos reciben la orden de irse y ya está. No creí que pudiera estar más orgullosa de ti, capitán Mayhew, pero esta noche lo estoy. Te apoyo incondicionalmente, sea lo que sea lo que decidas hacer. Luego, cuando hayamos ganado este horrible asunto, tú y yo llevaremos jerséis que tejeré mientras estés fuera, por lo que serán espantosos, pero tendrás que decir que te encantan. Y yo me encargaré de que todo siga adelante aquí y aportaré mi granito de arena en la revista y en la estación, y te escribiré tantas cartas que no podrás seguirme el ritmo y tendrás que pedirme que pare. Y todo irá a las mil maravillas.

Aunque nunca me había sentido más segura de nada en mi vida, ni más orgullosa de casarme con ese hombre, no confiaba en poder mantener la voz firme durante mucho más tiempo.

—¿Pedimos más vino? —conseguí decir con un tono de voz parecido a un chirrido. Apenas habíamos tocado la primera botella, pero cogí mi copa y le di un buen trago.

Charles seguía sosteniendo mi mano. No rompimos el contacto visual, pero asintió con la cabeza y alcanzó su copa.

No pedimos otra botella. Ninguno de los dos éramos lo que se podría decir bebedores empedernidos y, al cabo de dos vasos, me sentí de sobra animada. Comimos poco, lo que fue un desperdicio del menú, y en cambio charlamos, no de la partida de Charles al extranjero, sino de nuestra boda y de cómo sería la vida cuando estuviéramos juntos, después de la guerra.

Lo curioso fue que pasamos una velada preciosa, algo por lo que probablemente no habríamos apostado teniendo en cuenta la gravedad de la conversación que acabábamos de tener, pero así fue. Aprecié la sinceridad de Charles y que me dijera lo que pensaba. No se había presentado voluntario a alguna misión sin decirlo, ni había fingido que algún mandamás lo había acorralado y no tenía más remedio que irse, y eso era algo que había que incluir en la lista de cosas por las que alegrarse. No era una lista larga, pero era algo.

Respiré hondo varias veces y Charles pidió un *whisky* doble; luego hablamos de dónde nos gustaría vivir y de que probablemente debería ser cerca de Londres, ya que, para entonces, dijo Charles, yo sería una periodista muy consolidada, y él, dije yo, estaría solicitadísimo para algún tipo de trabajo de alto rango en el Ministerio de la Guerra. Nos preguntamos si Guildford sería demasiado caro o si algún lugar cerca de Reading no sería mejor, y luego quise saber si a Charles le gustaría tener un perro, y así fue, pero luego nos pareció que, si ambos trabajábamos fuera, sería triste que se pasara solo todo el día, así que lo mejor sería tener dos.

Luego uno habló de hijos y ambos dijimos que lo ideal sería tener la parejita, o más si se diera el caso, y que yo seguiría trabajando de todas formas, probablemente escribiendo artículos en el estudio de casa. A mí me encantaba la idea, y eso nos llevó a comprender que íbamos a necesitar una casa tirando a grande, con los niños y los perros y el jardín y el estudio, además de un garaje,

porque Charles quería guardar su moto en algún sitio. Entonces nos reímos, y yo dije que a ese ritmo seríamos irreconociblemente aburridos y que todo lo haríamos puramente para no desentonar con los vecinos.

—Por lo que parece, «nosotros seremos» los vecinos —dijo Charles—. No nos imagino así. Venga, demos un paseo y pensemos en un plan más bohemio.

Habíamos salido a cenar temprano porque Charles tenía que coger el tren de vuelta a su acuartelamiento para alguna operación importante a las siete de la mañana del día siguiente, fuera o no domingo. Sin embargo, ninguno de los dos tenía ganas de que la velada terminase. Después de salir del restaurante, caminamos hacia Waterloo bajo el apagón, abrazados, alargando a propósito el trayecto sin llamar a los taxis que pasaban y dejando atrás las paradas de autobús sin que ninguno de los dos sugiriera que nos detuviéramos.

Londres estaba muy concurrido, una típica noche de sábado, o al menos la típica en la que se había convertido. Grupos de personas, amantes o amigos, se apresuraban tratando de no chocar con nadie en la oscuridad, decididos a divertirse como pudieran. Nosotros éramos una pareja más en medio de la algarabía, pero más tarde pensé que esa noche creí tener más en común que nunca con la humanidad. Todos estábamos en el mismo barco, y solo teníamos que hacer lo que fuera necesario para procurar que no se hundiera.

Cuando cruzábamos el puente de Hungerford, se levantó viento desde el río, recrudeciendo el aire de la noche.

—¿Sabes?, cuando todo esto termine, una de las primeras cosas que quiero hacer es cruzar este puente contigo con todas las luces encendidas de nuevo —dijo Charles.

—Es una idea preciosa —dije—. Podríamos ir a uno de esos restaurantes en un barco. Los que tienen farolillos colgados por todas partes. Y quiero volver a Piccadilly solo para ver los anuncios luminosos otra vez.

—Y en nuestra enorme casa de nuevos ricos mantendremos las luces encendidas durante una semana entera —dijo Charles—. Sin apagones y con todas las cortinas abiertas.

—¡A la porra el gasto! —grité—. No las apagaremos nunca.

Charles me abrazó con más fuerza.

—¿No es una locura que dejar las cortinas abiertas se haya convertido en una gran ambición?

Suspiré.

—Haré suflés como si no hubiera un mañana. Tortillas para el desayuno y suficiente tocino para alimentar a un ejército.

—Sabes, Em, todo va a salir bien. Lo del ejército, digo. Volveré y haremos todas esas cosas, y muchas más. Todo lo que hayas pensado, aunque sea por un momento, lo haremos. —Dejó de caminar y, parados en la oscuridad, me rodeó con sus brazos—. Mi preciosa Em, te prometo con cada poro de mi cuerpo que volveré. Nunca lo olvides. Nada me impedirá estar contigo.

—Lo sé —dije enterrando la cabeza en su abrigo y aferrándome a él con tanta fuerza como pude—. Lo sé.

Le creí. El mundo entero estaba lleno de gente que se mataba y que destruía todo lo que había amado, pero yo le creía.

Porque, a la hora de la verdad, ¿qué otra cosa podía hacer?

16
Señorita Lake, ¿es culpa mía?

Me alegré de volver en taxi a casa para tener tiempo de ordenar mis pensamientos, y me senté en silencio, repasando la noche y todo lo que Charles había dicho. Nadie en su sano juicio querría que la persona amada le dijera que desea marcharse al frente, pero mientras recorríamos las oscuras calles en dirección a Pimlico, por extraño que pareciera, comprendí lo que me había querido decir.

El hecho es que Charles era un hombre del ejército desde hacía años, desde mucho antes de conocerme. No era un recluta, ni se había presentado como voluntario, y siempre supo que, si estallaba una nueva guerra, su deber era ir al frente. Por mucho que me estremeciera imaginarlo en peligro, yo había elegido amarlo y aceptaba ser su esposa. Dependía de mí tener la fuerza de carácter para vivir de esta forma.

Le pedí al taxista que se detuviera a un par de calles de casa para tener unos momentos más de reflexión. Hundí la barbilla en mi bufanda y utilicé mi pequeña y deslucida linterna para alumbrar el camino a casa.

«A por todas», me dije. Al igual que otros cientos de miles de mujeres del mundo entero, tendría que ponerme manos a la obra. Sentí una renovada oleada de lo que ya era una hostilidad arraigada hacia el enemigo. «Nos desayunaremos con vosotros», murmuré.

Cuando volví a casa, Bunty seguía levantada y estaba ansiosa porque le contara mi velada romántica. Debió de sorprenderle verme entrar con una mirada de feroz resolución y no con una sonrisa risueña.

—Pueden pasar siglos hasta que lo envíen a algún sitio —dije apoyada en la barandilla al pie de la escalera mientras charlábamos

—. Y eso podría haber ocurrido en cualquier momento, de todos modos. Solo tenemos que darnos prisa y vencer.

—¡Bien dicho! —exclamó Bunty con firmeza, como si estuviéramos a punto de resolverlo todo nosotras solas—. Lo primero es lo primero, será mejor que sigamos con los planes de tu boda. No podemos dejar que Charles se vaya antes de haberse convertido en el hombre más afortunado del mundo.

—¡Lo haré trizas si se atreve! —dije sin sentirme preocupada en absoluto.

Bunty sonrió de oreja a oreja y sugirió que tuviéramos una sesión de actualización operativa completa durante el desayuno.

Cuando el sonido del reloj de péndulo en el vestíbulo anunció que era hora de dar por terminado el día, subimos a nuestros dormitorios. Cuando llegamos al rellano, Bunty me abrazó.

—Buenas noches, Em. Si me necesitas, avísame, ¿vale?

—Gracias, Bunts. De verdad, estoy muy bien.

A partir de esa noche, la determinación se convertiría en el motor de todo lo que deseaba. Me casaría con Charles, sabría que él estaría a salvo y seguiría adelante con todo para que, cuando él volviera a Londres, empezáramos nuestra vida en común como era debido.

Charles no tenía una idea clara sobre el trabajo o el regimiento al que podrían trasladarlo, pero ahora que habíamos hablado yo sabía que él estaría pendiente de un destino. Todo ello generaba una sensación de incertidumbre; puede que permaneciera en Inglaterra un tiempo o, como me temía, que lo reclutasen de inmediato. Decidí no agobiarlo con el tema y seguir con mi vida, y centrarme en el trabajo. En pocas palabras, hacer lo que siempre hacía cuando algo se torcía.

Por suerte, no faltaban cosas que hacer. Los planes de boda cobraron el impulso necesario. Había terminado de confeccionar mi vestido y casi tenía terminado uno muy bonito para Bunty. Habíamos enviado las invitaciones por correo y esperábamos a unas treinta personas. Casi todas habían dicho que sí, con la notable excepción de los padres de Charles. Yo sabía que no tenía muy buena relación con ellos, pero, aun así, me inquieté cuando dijeron que su anciano padre no podría viajar y que su madre no iba a dejarlo solo. A Charles no le pilló por sorpresa: así pues, como él no

parecía decepcionado, yo tampoco pensaba estarlo.

Yo sabía que los planes de boda saldrían bien. Era el trabajo lo que suponía un dilema mucho mayor. Había escrito otro artículo sobre la industria de las municiones, en el que explicaba a las lectoras de *La Amiga de la Mujer* los diferentes trabajos que podían realizar en una fábrica. Una vez más, había sido entusiasta («"Las mujeres destacan en los detalles más intrincados", dice con orgullo el director de la fábrica») y omití cualquier cosa que pudiera ser controvertida, al tiempo que intenté dar una visión realista («¡Se trabaja a altas temperaturas, pero las soldadoras pueden soportarlo!»). Incluso había incluido una cita inventada que le atribuí al señor Terry: «El director de la fábrica, que informa de la alta productividad, nos dice: "¡Nuestras trabajadoras demuestran que el patriotismo vence!"».

El señor Collins no cambió ni una palabra de mi borrador y el ministerio lo aprobó. Incluso recibimos algunas cartas de lectoras que aseguraban que, después de leer «La Amiga de la Mujer en el Trabajo», habían decidido que las municiones eran lo suyo. Una nos preguntó qué tipo de comida cabía esperar. Otra deseaba hacer amigas como las chicas majas sobre las que habíamos escrito.

Las cartas no llegaban a raudales, pero el plan que le habíamos prometido al ministerio parecía dar sus frutos. Me alegraba, por supuesto, pero mis persistentes dudas acerca de mostrarme demasiado optimista, en todo caso, se agravaron.

El señor Collins se mostró comprensivo. Era consciente de que me preocupaba que no estuviéramos dando una imagen realista.

—Emmy, todo esto está muy bien —me dijo—. Entiendo que tenga sus inquietudes, pero está ayudando al esfuerzo bélico. Sabe que, por cada persona que escribe, hay otras cincuenta que sienten lo mismo.

Fue un gesto generoso y supe que lo decía en serio. Yo también estaba contenta. Mi primer artículo para *La Amiga de la Mujer* no había pasado desapercibido. Sabía lo importante que era el trabajo, no estaba contando embustes, ni siquiera me pasaba de la rosca exagerando. Simplemente, no estaba mencionando algunas de las cosas que me parecían injustas.

«¡No pasa nada, señoras! ¡No sabrán quién podrá cuidar de sus hijos! ¡Las guarderías locales no pueden ajustarse a sus horarios!

¡No pueden afiliarse al sindicato y no les pagarán lo mismo que a los hombres!». Por supuesto, yo nunca diría algo así, pero me resultaba frustrante escribir artículos alentadores sabiendo que, en la vida real, nadie escuchaba a mis amigas. Incluso una consultilla inocente al señor Terry a propósito de las guarderías del Gobierno había chocado con un muro de desinterés. Me preguntaba qué esperanza tenían las mujeres como Irene. Me preguntaba cuál sería la esperanza de las lectoras para las que escribía.

Como había enojado claramente al señor Terry durante la entrevista, me sorprendió enterarme de que mi siguiente visita a la fábrica seguía en pie. Era posible que mis preguntas le resbalaran, pero al menos me permitía proseguir con mis artículos. Supuse que, para él, yo era un incordio y no un problema serio, y me conformaba si eso significaba que podía seguir yendo a la fábrica.

Dos semanas después de mi última entrevista, volví para mi tercera visita. La ENSA, la Asociación del Servicio Nacional de Espectáculos, organizaba un concierto a mediodía en la cantina para las trabajadoras. Era la oportunidad perfecta para un alegre artículo que estaba escribiendo, titulado «La cara social del trabajo fabril».

Esta vez, sin embargo, Bunty vino conmigo. La madre de Anne se iba un par de días a ver a su anciana suegra en Chippenham, y Bunts se ofreció para cuidar de Ruby y Tony mientras Anne estaba en el trabajo. Al día siguiente, me tocaría volver a Londres yo sola a primera hora.

Como Bunty no había visto a Anne y a los niños desde que los habíamos conocido en el tren, era la excusa perfecta para hacer una excursión fuera de Londres. De camino a casa de Anne, nuestro estado de ánimo era muy bueno. Me aliviaba el hecho de no haber manchado completamente mi reputación con el señor Terry y estaba deseando ver el espectáculo de la ENSA.

—Si lo ves, tú dedícate a poner tu mejor sonrisa —bromeó Bunty mientras seguíamos las indicaciones de Anne y torcíamos por Wilton Street, la casita victoriana donde vivía—. De lo contrario, hará que te escolten fuera del local y te quedarás sin artículo.

—No creo que esté —dije—. Me han encomendado a su director de Relaciones Públicas. Un tal señor Adams se ocupará de mí, por lo visto.

—¿«Ocuparse» quiere decir no quitarte el ojo de encima? —preguntó Bunty.

—Sin asomo de duda —respondí—. Y no te preocupes, seré adorable. Se lo he prometido a nuestro editor, así que más me vale.

Ambas sonreímos cuando nos detuvimos frente al número treinta y dos y llamamos a la puerta roja. Inmediatamente oímos un rugido inconfundible procedente del interior; cuando la puerta se abrió, una alborozada Ruby apareció antes que Anne.

—¡Están aquí! —gritó Ruby corriendo hacia mí—. ¡Dame vueltas, tita Emmy!

—Por favor —dijo Anne desde la puerta, lo que Ruby repitió obedientemente con un chillido atronador.

Mientras hacía girar a aquel trueno rollizo y me preguntaba cómo había podido crecer tanto en la última semana, Bunty y Anne se saludaron. Luego, extrañamente, Anne no nos invitó a entrar. Dejé a Ruby en el suelo y le di un abrazo a Anne, notando que estaba cansada e inusualmente seria.

—Me alegro de veros a las dos —dijo—. Muchas gracias por venir a cuidar de los niños, Bunty. Ruby, sé buena chica y ve a buscar tu peluche, por favor.

Ruby asintió obedientemente y, una vez que se hubo marchado, Anne salió y cerró la puerta tras ella. Se pasó una mano por el pelo y nos miró a las dos.

—Tengo una noticia muy mala que contaros —dijo bajando la voz—. Han despedido a Irene. Está dentro con las chicas.

—¡Oh, Anne! —empecé a decir.

—Lo sé. Lamento cargarte con esto, pero ¿te importaría cuidar a sus peques durante una hora, además de a los míos? Le he prometido que la acompañaría a la Bolsa de Trabajo; si vamos ahora, volveré a tiempo para ir contigo al espectáculo de la ENSA.

—¿Cómo está ella? —pregunté.

—Machacada —dijo Anne—, pero pone buena cara. —Hizo una pausa—. ¿Le has contado a Bunty lo de…?

Asentí con la cabeza, suponiendo que se refería a lo del marido de Irene.

—Lo siento, sé que es un secreto —dije.

—No se lo he dicho a nadie —respondió Bunty, muy seria—. ¿Hay alguna novedad?

Anne negó con la cabeza.

—Nada.

Se oyó un pequeño martilleo detrás de la puerta y Anne se volvió a abrirla. Después cogió a Ruby y nos hizo pasar. Bunty y yo la seguimos dentro de la casa y recorrimos el estrecho pasillo que daba a una cocina inmaculada donde una mujer flaca de unos treinta y pocos años estaba sentada a una pequeña mesa. Tenía a Tony en el regazo, y dos niñas que supuse que eran sus hijas jugaban a las palmas mientras Irene hacía que el pequeñajo batiera las suyas.

—Irene, estas son Emmy y Bunty, las amigas de las que te he hablado —dijo Anne cuando Irene se levantó para pasarle a Tony.

Aunque sonreía, Irene parecía destrozada, con unas ojeras enormes, como si llevara una semana sin dormir, cosa que, supuse, no se alejaba mucho de la realidad.

Mientras todas nos saludábamos, Irene empezó a disculparse.

—Siento haberme entrometido en vuestra visita —dijo, y luego se volvió hacia Anne—. De verdad, Anne, puedo ir a la bolsa yo sola.

—No seas tonta —dijo Anne—. A las chicas no les importa, ¿a que no?

—No es ningún problema —contestó Bunty—. Vamos a estar jugando, así que con dos más será más divertido.

—Hola, chicas —dije, mostrándome excesivamente alegre, cuando en verdad lo que quería era decirle a Irene lo mucho que lo sentía.

—Os presento a Sheila y Enid —dijo Irene—. Tienen siete y cuatro años. Niñas, saludad a la señorita Lake y a la señorita…, oh, lo siento, no sé tu apellido.

—Tavistock —dijo Bunty, sonriendo a las niñas—. Es un poco trabalenguas, ¿verdad?

—No pasa nada, señorita Tavistock —dijo Sheila con timidez.

—Ruby me llama tita Emmy —apunté—. ¿No es así, monstruo?

—Tita Emmy —confirmó Ruby. Se detuvo, miró fijamente a Bunty y dijo—: Tú eres titi Bunty.

A pesar de las circunstancias, «titi Bunty» sonaba ridículo; mi amiga resopló.

—Bunty titi —declaró Ruby.

—Bunty Bunty —dijo Enid, satisfecha de su hallazgo.

—¡¡Bunty Bunty!! —gritó Ruby, encantada.

Tan bondadosa como siempre, Bunty se rio y, mirando a las adultas, dijo:

—Esto se va a quedar así, ¿no? No, por favor, no las regañes, me hace gracia.

Todas soltaron unas risitas, agradecidas porque algo las aliviara de la incomodidad de las circunstancias.

Anne miró su reloj de pulsera.

—Tenemos que ir yéndonos —dijo.

—¿Seguro que no os importa? —preguntó Irene.

—Lo pasaremos muy bien —le aseguré—. ¿Verdad, chicas? Hemos traído cómics y caramelos, y conocemos montones de juegos, así que, si os apetece quedaros con nosotras, nos lo pasaremos pipa.

Sheila asintió tímidamente y a Enid no pareció importarle, dedicándose como estaba a susurrar «Bunty Bunty» con Ruby y brincando a la vez.

Me quité el sombrero y eché a las mujeres de la cocina, esperando que a Anne no le importase que actuara como si estuviera en mi casa.

—Estaremos bien —repetí mientras Anne e Irene se despedían de los niños e iban por sus abrigos, que estaban colgados en el vestíbulo.

Irene se tapó el cuello con un pañuelo de flores y vaciló.

—Buena suerte —dije con firmeza—. Nos vemos más tarde.

Hice un pequeño gesto con la mano mientras las dos mujeres se marchaban; una vez que hubieron cerrado la puerta principal, deshice mi sonrisa.

Irene Barker: dos hijas, un marido desaparecido; para colmo, ahora sin trabajo y, no lo dudaba, sin ninguna referencia.

No era justo. Había que hacer algo.

Con sus madres de camino a la Bolsa de Trabajo, anuncié rápidamente bollos para todos, no fuera que a alguien le temblara el labio por quedarse atrás. Esos niños, sin embargo, eran más buenos que el pan. Ruby y Tony estaban felices con nosotras, y Enid

ansiaba ser la mejor amiga de Ruby, así que no dieron la lata. Sheila era más tranquila, pero se sumó a los bollos y a una versión caótica del escondite. Las chicas más jóvenes lo pasaron en grande, lo que vino muy bien, porque Bunty y yo no teníamos ni idea de dónde estaban las cosas.

No pude evitar percatarme de que Sheila vigilaba a Enid en vez de disfrutar de las cosas por sí misma, y cuando, para asombro de los otros niños, Bunty reveló su habilidad para hacer cadenas de animalitos con hojas de periódico, le pregunté a Sheila si no prefería confeccionar conmigo un disfraz de cartón de muñeca.

El pequeño Tony estaba encantado de sentarse a los pies de Bunty y destrozar el resto del periódico, así que Sheila y yo nos retiramos a la habitación delantera con un paquete vacío de Corn Flakes y unas tijeras. Mientras nos sentábamos juntas en el sofá y hojeábamos algunas revistas en busca de ideas para la ropa de la muñeca, Sheila se volvió más habladora.

—¿Podemos hacer vestidos, señorita Lake? He estado aprendiendo a coser en la máquina de mamá y estoy haciendo una falda yo solita. Mami me mira, pero no me he equivocado ni una vez —añadió orgullosa.

—¡Caramba! ¡Qué inteligente eres! —exclamé—. Muy bien hecho. ¿Hacemos una versión en papel a juego?

A Sheila le entusiasmó la idea y empezó a hablarme de toda la ropa que pensaba confeccionar algún día, cuando fuera mayor y los cupones no fueran necesarios.

—Quiero ser modista de mayor —dijo tímidamente.

—Qué buena idea —respondí—. Se te dará muy bien.

Sheila parecía complacida, pero luego se le ensombreció la cara.

—Mamá tiene que encontrar otro trabajo —dijo—. ¿Conseguirá uno?

—Estoy segura de que sí —dije—. No sé cuánto tiempo tardará en encontrar uno que le guste, pero apuesto a que encontrará algo adecuado.

Sheila se quedó un momento mirando la revista. Finalmente, habló, pero sin levantar la vista.

—¿Señorita Lake? ¿Fue culpa mía?

—¿El qué, cariño? —pregunté.

—Que despidieran a mami. ¿Fue porque no pude hacer que Enid

se quedara quieta? Ella lo intentó, pero es pequeñita.

Puse lo que deseé que fuera una sonrisa cariñosa y reconfortante, pero mi corazón podría haberse echado a llorar.

—Sheila, pues claro que no —dije con dulzura—. Nada es culpa tuya. Has sido una buena chica y la mejor hermana mayor para Enid. La señora Oliver me ha dicho que «siempre» la cuidas de maravilla.

—Mamá dijo eso —repuso Sheila—, pero luego siguió llorando.

Dejé el cartón que tenía en la mano y me senté más cerca de ella. Era una de las conversaciones más tristes que había tenido en mi vida.

—¿Te cuento un secreto? —dije—. A veces los adultos lloran. En ocasiones, si estoy un poco cansada, yo misma lo hago, y eso que tengo veintitrés años, soy muy anciana.

—¿De verdad? —preguntó Sheila levantando la vista.

—De verdad —asentí—. Y después me siento un poco mejor. Por eso la gente habla de «llorar a moco tendido». ¿Eso me hace parecer un poco boba?

Sheila negó con la cabeza.

—No.

—Muy bien —dije—. ¿Y sabes qué? Ahora que te lo he contado, me siento hasta mejor. Lo principal es que no debes preocuparte si ves a un adulto llorando. Y nunca pienses que tienes que arreglar las cosas, porque no es así. Eso es cosa nuestra. De los mayores.

—Entonces, ¿no es culpa mía? —Sheila me miró esperanzada.

—No, cielo —dije alisándole un mechón de pelo que le había caído sobre los ojos. Luego me puse la mano sobre el corazón—. Sheila, te prometo que nada de esto es culpa tuya.

No sabía hasta qué punto Sheila me creía, pero era la cosa más fácil que había jurado en mi vida. Pensé en la señora Mahoney diciendo que no podía cambiar el mundo de la noche a la mañana. Lo único que Irene intentaba era que el mundo de Sheila y Enid siguiera funcionando. Me pregunté cuántos miles de madres estarían haciendo lo mismo en toda Gran Bretaña.

Puede que *La Amiga de la Mujer* estuviera aportando su granito de arena en lo relativo al reclutamiento, pero teníamos que hacer muchísimo más para apoyar a esas mujeres. Tenía que haber algo más que «Su jovial servidora» pudiera hacer.

Cuando Sheila empezó a recortar fotos de nuevo, le prometí que lo haríamos.

17
Camarada Tony

Cuando Anne e Irene volvieron de la Bolsa de Trabajo, no tenían muy buenas noticias. Como era de esperar, no importaba la cantidad de trabajadores que se necesitaran; una mujer que acababa de perder su trabajo por llevar a sus hijos a una fábrica no era la primera en la lista. La supervisora de las vacantes femeninas le había preguntado a Irene cómo pensaba cuidar de sus hijos si conseguía un nuevo empleo. Fue la pregunta justa que ella no supo responder.

Irene se esforzaba por poner buena cara, especialmente para Sheila, de modo que Anne sugirió que se quedaran el resto del día. Los niños se lo estaban pasando pipa y habría sido una lástima interrumpir la fiesta. Mientras Bunty le ordenaba a Irene que descansara, Anne y yo nos dirigimos a Chandlers para lo que ahora parecía un concierto inapropiadamente alegre.

Empezaba a sentirme como un perro viejo cuando llegamos a la cantina, donde me recibió el señor Adams, un director de Relaciones Públicas alto, hablador y nada desagradable. Se pegó a mí como una lapa y mantuvo un impresionante comentario continuo sobre lo maravilloso que era todo.

El concierto de la ENSA había atraído a una multitud y, mientras veíamos el número de un cómico muy esforzado con una dentadura postiza chasqueante, el señor Adams me dio un codazo para indicarme lo mucho que se estaba divirtiendo todo el mundo.

—El siguiente invitado será Tommy Trinder —dijo—. Solo lo mejorcito para el personal de Chandlers.

Su compromiso con el esfuerzo propagandístico de la fábrica era impresionante, pero agotador. Fingí que necesitaba ir al baño para

huir de sus entusiastas codazos y estaba usando los famosos espejos cuando Betty, la amiga de Anne, entró furtivamente.

—Anne dice que te pregunte si no te importa quedarte hasta tarde —dijo en un susurro, como si el señor Adams se hubiera infiltrado en el tocador de las mujeres—. Me ha dicho que querías ayudar con lo de Irene, así que hemos pensado en venir. Será muy tarde, porque nuestro turno termina a las diez de la noche.

—Desde luego —dije.

—Pero no vengas con tu nuevo novio —añadió Betty.

Puse los ojos en blanco.

—Desgraciadamente, solo tiene ojos para su trabajo. Y lo más probable es que me esté esperando fuera mientras hablamos.

No andaba equivocada.

Doce horas más tarde, cuando el bebé ya estaba bien arropado en su cuna y las tres niñas dormían a pierna suelta en la camita de Ruby, Anne llegó a casa con Betty, Violet y Maeve. Yo me quedé rezagada, esperando presentarles a Bunty mientras recibían a Irene con un derroche de simpatía y exclamaciones de enfado por lo mal que la habían tratado.

Mientras Irene proyectaba una de las imágenes de mayor fortaleza que yo jamás había visto, me sentí incómoda. Betty, Maeve y Vi aún no sabían que el marido de Irene había desaparecido. Anne había dicho que probablemente no tendría que habérmelo contado, y yo sabía que no debía decírselo a Bunts. Era fácil ver cómo algo confidencial podía convertirse de repente en lo opuesto.

Era tarde, sin duda, y todas estaban cansadas después del turno de ocho horas. Yo había escrito dos artículos y redactado algunas respuestas para «Su jovial servidora», pero había pasado la tarde jugando con los niños.

Todo el mundo estaba apelotonado en la sala de estar, comiendo con apetito sabrosos sándwiches, cuando Betty nos dio noticias de Chandlers.

—¿Qué quieren que hagas exactamente? —preguntó Maeve mientras Betty rechazaba una pastilla de chocolate negro.

—Bueno, esta tarde, el señor Rice me ha dicho que el señor

Adams quiere que Chandlers haga un desfile de reclutamiento. Me han preguntado si quiero participar.

—¿Un desfile de qué? —preguntó Maeve.

—¿Como en los noticiarios? —preguntó Anne—. Vimos uno el otro día cuando llevé a Ruby a ver *Dumbo*. Había una procesión gigantesca en Birmingham con mujeres que iban sentadas en la parte trasera de los camiones y simulaban trabajar en piezas de bombarderos Spitfires, con grandes carteles que rezaban cosas como «Ayúdanos a ayudar a nuestros muchachos».

—Eso es casi palabra por palabra lo que dijo —corroboró Betty—. Excepto la parte sobre *Dumbo*, que tuvo que ser de donde sacó la idea. Les dije que sería un buen comienzo si no iban por ahí deshaciéndose de las trabajadoras que ya tenían. —Miró a Irene—. Lo siento, Irene. Hemos venido a hablar de ti, no de mí.

—No pasa nada —dijo Irene—. Solo estar aquí ya me anima. Y estoy interesada en saber qué se les ha ocurrido. De veras, Betty, sigue.

Maeve se lamió un poco de carne en conserva del dedo.

—Pero ¿por qué te lo pidieron a ti? ¿Y vas a hacerlo?

—No sé por qué me eligieron a mí —dijo Betty—. Les preguntaron a Diane Philpott. Y a Marjorie y Jane Watson.

Anne, Violet y Maeve se miraron entre sí.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Maeve se subió las gafas al puente de la nariz.

—Todas son jóvenes y muy guapas —respondió—. Como Betty.

Betty dijo «¡Calla!», pero parecía halagada.

—Quedarán muy bien en una carroza de carnaval —dijo Anne—. Tendrías que haber visto a las chicas del noticiario.

—Eso es una tontería —dijo Betty—. Podrían haber elegido a cualquiera de nosotras.

—A mí no —dijo Maeve alegremente—. Soy un vejestorio con cuatro ojos.

—No, no lo eres —respondió Vi lealmente—. Y siempre puedes quitarte las gafas cuando estés en el camión. Yo me marearía y me caería.

—¡Bobadas! —exclamaron Anne y Betty al unísono, y todas empezaron a defenderse unas a otras.

Era exactamente el tipo de discusión que yo habría tenido con

Bunty o Thelma y las chicas de la estación de bomberos, en la que cada una se negaría en redondo a que la otra se desanimara.

Al final, cuando se hubieron convencido unas a otras de que todas podrían participar, me dirigí a Betty.

—¿Has decidido si lo harás? —pregunté.

—No lo sé —respondió Betty, suspirando—. Todo el mundo sabe que necesitamos más trabajadoras. Y quedaré fatal y antipatriótica si no lo hago. Es solo que… —Infló las mejillas y pareció poco convencida.

—Acaban de despedir a nuestra amiga —dijo Anne.

—Exacto —coincidió Betty—. Irene está buscando trabajo y yo estaré dando órdenes en un desfile.

Nadie dijo nada. Se oía la lluvia en la calle.

Finalmente, Irene tomó la palabra.

—No te sientas mal, Betty —dijo—. Sabemos que necesitan trabajadoras.

Fueron las palabras más generosas que podía haber dicho.

—Entonces será mejor que nos den a todas carteles que digan: «Pero si tenéis hijos, no» —contestó Betty, acalorada—. Es que me saca de quicio.

—Llevas razón —dijo Maeve—. Siempre se espera que trabajemos más duro o más rápido cuando nos necesitan, y también los fines de semana, como si fuera algo incuestionable, pero no les importa un pimiento que además tengamos que sacar adelante la casa, cuidar de los niños y todo lo demás. Me he dado cuenta de que a ninguna de las mujeres que tienen hijos le han pedido que participe en el desfile. No te ofendas, Bet.

—No me ofendo —respondió Betty—. No puedes ir a ningún sitio sin que te recuerden que el Gobierno necesita que todos colaboremos, y mirad lo que le ha pasado a la pobre Irene. No me voy a colgar la sonrisa para ir saludando y convertirme en un anuncio ambulante del trabajo fabril sin decir la verdad.

Hice una mueca. Sabía que los comentarios de Betty no me apuntaban directamente, pero dolían.

Aunque estaba del lado de las trabajadoras y no me convencían los artículos que había escrito, aun así, había seguido adelante. Betty, en cambio, tenía el valor de sus convicciones y ningún miedo de expresar su punto de vista.

Pensé en las fotografías que habíamos publicado de todas ellas sonriendo junto a sus máquinas. «Después de solo cuatro semanas, ¡Betty es toda una experta en el torno! Violet, de diecinueve años, dice: “Lo hago por mi esposo y los chicos”». Si eso no era convertirlas en anuncios, ¿qué era?

Me preguntaba si otras mujeres sentían lo mismo que Betty. ¿Acaso las lectoras leían artículos como el mío y pensaban: «Esta no se entera de la misa la mitad»?

Las chicas siguieron hablando mientras yo contemplaba el fuego, sin dejar de cavilar. Me emocionó cuando el Ministerio de Información nos pidió ayuda con una campaña crucial, y aún me sentía orgullosa de formar parte de ella. Pero ¿dónde estaban los llamamientos para que las mujeres gozaran de mejores instalaciones que les permitieran hacer lo que les exigían? Las mujeres que estaban sentadas conmigo no pedían favores especiales. Todas querían trabajar o lo necesitaban.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la siguiente se viera en el mismo apuro que Irene? ¿Serían Maeve o Anne u otra mujer de su turno?

Pensé en mi propio trabajo. Todo el mundo hacía lo posible para que la revista fuera útil, entretenida e incluso inspiradora. A pesar del trabajo duro, actualmente no parecía que fuéramos de verdad *La Amiga de la Mujer*.

Betty vio mi mirada pensativa.

—¡Vaya! Lo siento, Emmy. Lo he expresado mal. No me refería a la revista. Me encantó ver mi foto en *La Amiga de la Mujer*. Mi madre la recortó y la puso en un marco, mira si está orgullosa.

—No te preocupes, Betty —respondí—. Tienes razón. Llego aquí, os pido que pongáis buena cara y forméis parte de una campaña, y yo en cambio no he sido de ninguna ayuda.

—Intentaste hablar con el señor Terry —dijo Anne.

—Y solo conseguí cabrearle —dije—. De todos modos, tarde o temprano, alguna de vosotras habría encontrado cómo llegar a él. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar de verdad?

—Eres muy amable, Emmy, pero no veo cómo —dijo Anne. Sonó exhausta—. Lo que de verdad queremos es que le devuelvan a Irene su puesto.

Irene le dedicó una sonrisa valiente.

—No tiene sentido si no puedo encontrar a alguien que cuide de las niñas. Ahí es donde necesito la ayuda.

—Podemos seguir preguntando, a ver si puede ayudarnos alguien que no pueda hacer el trabajo de la fábrica —dijo Vi.

—Eso es lo que dijo la mujer de la Bolsa de Trabajo —respondió Anne—. Dijo que querían que las mujeres mayores dieran un paso al frente.

Yo escuchaba con atención. Había leído un comunicado de prensa del ministerio que decía exactamente lo mismo.

—Todo eso está muy bien —dijo Maeve—, pero ¿van a hacerlas trabajar a las cinco de la mañana o tenerlas hasta altas horas de la noche?

—Uno de nuestros vecinos ya se está quejando de que lo despierto cuando me voy a trabajar —dijo Anne. Soltó una risa falsa —. No todo el mundo quiere trabajar cuidando bebés.

—¿Has hablado con el señor Rice sobre todo esto? —pregunté.

—Sí, le pregunté lo de la guardería —respondió Irene—, pero me dijo que no había nada previsto al respecto. Y le pregunté sobre lo de los turnos compartidos, aunque no sea lo ideal para el bolsillo. Pero dijo que nada de complicarse la vida si no había necesidad.

—Yo le pregunté a la funcionaría del servicio nacional solo por ver qué pensaba —dijo Betty—. Me dijo que las cosas se estaban haciendo todo lo rápido que podían y que no nos quedaba más remedio que esperar.

—Al señor Terry le dan igual las familias —apuntó Anne—. Imagino que están acostumbrados a tener trabajadores varones que pueden dejar la casa en manos de sus mujeres.

—Estoy segura de que, como Chandlers es un proveedor oficial del Gobierno, hay una buena razón para conseguir una guardería como es debido —dije, preocupada por la desolación en su voz.

—Pero si el señor Terry no está convencido… —comenzó Maeve.

—Que le den al señor Terry —dije con rudeza—. Busquemos la manera de hacerlo sin él. No eres la única que necesita ayuda. El mes pasado salió un artículo en *Picture Post* sobre la urgencia de crear más guarderías públicas. Intentaré buscarlo cuando llegue a casa. Irene, ¿podrías preguntarle a la supervisora de vacantes femeninas si sabe con qué autoridades locales hay que hablar?

Irene asintió con la cabeza, pero me di cuenta de que empezaba a agobiarse. La tensión a la que estaba sometida debía de ser insoportable.

—Bien, escribiré con gusto a cualquiera si eso ayuda —dijo Anne—. Espera, estoy oyendo lloros. ¿Es Enid?

—Sí —respondió Irene—. Probablemente se ha despertado y no recuerda dónde está.

—Podríamos preguntar en el trabajo —sugirió Violet mientras Irene salía presurosa de la habitación—. Para ver quién más podría estar interesada en conseguir una guardería. He oído que Evelyn Bryant, de la tienda de montaje, ha presentado su dimisión. Dijo que, cuando se enteró de lo de Irene, decidió que prefería saltar a que la empujaran. Cuantas más seamos, mejor.

Betty se enderezó en su silla.

—Yo podría escribir a nuestro diputado —dijo—. Tiene ciento diez años, pero nunca se sabe. Por lo menos tendré la sensación de estar haciendo algo.

—Yo también puedo —apuntó Violet.

—Preguntaré en el trabajo para ver si alguien conoce a gente en los ministerios de Trabajo o Sanidad —dijo Bunty—. Nunca se sabe. Emmy, ¿puedes conseguir que el señor Collins pregunte a algunos de los peces gordos con los que trata?

Fue fácil decir que sí, porque estaba segura de que estaría encantado de ayudar, y yo tenía mucho interés en contarle la reunión de esta noche y todo lo que conllevaba. No pretendía empezar una revolución, pero quería que supiera lo que estaba haciendo.

Eché un vistazo a la estancia y vi que el humor había cambiado. Parecíamos un equipo, todas a una y aportando ideas. Noté que me subía el ánimo, incluso cuando Maeve sacó a relucir el sentido práctico de todo aquello.

—No quiero ser una aguafiestas —dijo bajando la voz—, pero ya me diréis cómo va a ayudar todo esto a Irene. Sigue en el paro y sin salario. Supongo que ni siquiera puede decírselo a su marido. Él está en el mar, ¿no?

Contuve la respiración, pero Anne no se inmutó.

—Sí —respondió con firmeza—. Y eso lo hace aún más difícil para ella. Lo más importante es que le demostremos que no está

sola. Emmy dijo que Sheila cree que el despido de Irene es culpa suya.

—¡Oh, eso es horrible! —exclamó Betty.

—Pobrecilla —dijo Maeve.

—Todas vamos a arrimar el hombro —dijo Violet acaloradamente—. Ver si alguien sabe de algún trabajo. Preguntar por ahí si hay algo a media jornada.

—A ver si hay suerte —dijo Maeve—. Menos mal que tiene la paga de él.

La sonrisa de Anne se tensó.

—Entonces, ¿vas a decirles que no a lo del desfile, Betty? —preguntó cambiando bruscamente de tema.

—No quiero hacerlo —dijo Betty—, pero tampoco quiero ser antipatriótica. Lo harán en enero porque quieren que forme parte de las celebraciones de Año Nuevo.

—Siempre puedes sostener un cartel —dijo Maeve—. Pídeles uno que diga: «Ayúdanos a ayudar a nuestros muchachos» y saca tu lápiz de labios y escribe: «¡Y de paso ayuda a mis amigas a conseguir una guardería para la fábrica!».

La frase se acogió con una carcajada.

Maeve miró el pequeño reloj de plata en la repisa de la chimenea.

—Tendría que ir yéndome. Mi sobrina está cuidando de los niños y pensará que me he ido del país si no vuelvo pronto.

Pero en ese momento se me ocurrió otra idea.

—Siempre podrías organizar tu propio desfile —dije.

Todas me miraron.

—Si organizaras algún tipo de marcha, podrías escribir tus propios carteles de «Ayúdanos a ayudar a nuestros muchachos». Así Betty no tendría que desperdiciar su mejor lápiz de labios.

Intenté parecer guasona por si las demás pensaban que me estaba pasando de la raya. Pero no lo pensaban. Maeve volvió a sentarse.

—¿Hablas en serio? —dijo Anne.

—¿Por qué no se me ha ocurrido a mí? —se preguntó Betty.

—¿Es legal? —dijo Violet—. No quiero que me arresten.

—Creo que sí —respondí.

—Seguro —dijo Bunty—. Siempre que no sea antipatriótico, que

no lo será, porque en realidad estás diciendo que quieres hacer más. La gente todavía puede decir lo que piensa. Em y yo fuimos a una manifestación en Trafalgar Square sobre la igualdad de compensación por lesiones para las mujeres. La diputada, la doctora Summerskill, pronunció un discurso. Estuvo muy bien. —Bunty sonrió—. No te preocupes, Anne, no has dejado a los niños con una radical.

—Pues ahora Ruby llama «camarada» al pequeño Tony —dije con una gran sonrisa.

—Chist, vosotras dos —intervino Anne. Estaba encaramada a un taburete de la cocina y, aunque seguía con un aspecto muy cansado, le chispeaban los ojos—. Creo que es una idea maravillosa. Probaremos el resto de las ideas también, pero si hacemos un desfile, tal vez consigamos más gente para la causa. Podríamos desfilar por el mercado. ¿Qué os parece?

—A mí me parece que nos despedirán a todas —dijo Maeve.

—No, no lo harán —negó Betty, dispuesta al desafío—. Seremos siempre amables y no nos enfadaremos ni nada. Solo seremos un grupo de mujeres dando un paseo.

—Tendréis que aseguraros de que la gente vea que intentáis ayudar y no ser antipatrióticas. Eso es muy importante —añadí, pues me sentía responsable de la idea—. Tiene que quedar claro que lo hacéis por buenas razones.

—¿Podemos pedir a otras amigas que vengan también ellas? Mi prima tiene un bebé y le está costando mucho salir adelante, pero trabaja en otra fábrica.

—Cuantas más seamos, mejor, supongo —dijo Betty.

—El señor Terry o el señor Rice podrían vernos —apuntó Violet, que seguía sin estar convencida—. Nos meteríamos en problemas.

—No si nos portamos bien —dijo Anne—. Y, de todos modos, Emmy nos sacará en los papeles diciendo que solo queremos trabajar para ayudar en el esfuerzo bélico. Eso dejaría en mal lugar al señor Terry. Podrías hacerlo, ¿no es así, Emmy?

La fe de Anne en mí era halagadora, aunque excesivamente confiada, pero lo último que yo deseaba era disipar el entusiasmo.

—Veré qué puedo hacer —dije—. Nadie sabe quién soy, pero intentaré que me publiquen un artículo en algún sitio.

Todas las mujeres me miraron con interés. No estaba siendo

modesta. Realmente no sabía si sería capaz de conseguirlo. Desde luego, en *La Amiga de la Mujer*, no, pero podría probar en una de las revistas más políticas, que alentaban debates de este tipo.

—¿Harías eso? —preguntó Anne—. ¿No te meterías en problemas en el trabajo?

—Pues claro que lo haré —dije—. Primero que nada, mi jefe tiene que saberlo, pero creo que lo entenderá. Puede que incluso sepa a quién se lo puedo enviar.

—Si estás dispuesta a hacer eso por nosotras —dijo Anne, levantando la barbilla—, y necesitas poner a personas reales, puedes usar mi nombre completo.

—Y el mío —dijo Betty.

Violet y Maeve se miraron, luego asintieron y aceptaron. Era una decisión valiente.

Nadie había mirado a Irene desde que había vuelto de comprobar cómo estaba Enid. Ya tenía bastante con lo suyo. Pero Irene pensaba de otra manera.

—¿Puedo ir? —preguntó en voz baja—. Aunque ya no trabaje en Chandlers, me gustaría participar. Me gustaría intentar que la gente me escuche.

Anne se acercó y le cogió la mano.

—No hace falta que me lo pidas, Irene —dijo con cariño—. Tú puedes hacer lo que quieras. Lo que sea mejor para ti.

Irene sonrió.

—Pues iré.

—Gracias a todas —dije—. Ahora, lo último que quiero es meteros en líos. Por eso, antes de que no haya vuelta atrás con el desfile, deberíais tantear al señor Terry una vez más. Solo para asegurarnos de que sigue sin dar su brazo a torcer.

—Podríamos escribirle una carta —sugirió Anne—. Anotar todos los argumentos. Podríamos enviar una copia a la Bolsa de Trabajo y al Concejo para que vean que intentamos hacer las cosas bien.

Las demás asintieron.

—Espera —dijo Maeve—. Deberíamos tomar notas de todo esto. —Rebuscó en su bolso y sacó un lápiz y un bloc de la lista de la compra—. Antes de casarme era una secretaria de primera.

—Solo una cosa —advirtió Anne—: ¿seguro que os apetece que esto vaya de niños? Podríamos pedir mil otras cosas. Betty, tú

querías incorporarte al sindicato. Y luego estaba el tema de que no nos pagan tanto como a los hombres. Y no todas necesitáis guarderías.

Maeve fue la primera en hablar.

—En mi opinión no podemos luchar por todo a la vez. Ya hemos visto lo que le ha pasado a Irene, y la siguiente podríamos ser tú o yo.

Anne se puso pálida.

—¡Oh, Maeve, no! —exclamó.

—Lo siento —dijo Maeve—. Estoy segura de que no será así, pero si llegamos a algo con esto, será un gran paso adelante.

—Estoy de acuerdo —coincidió Violet—. Podría pasarnos a cualquiera. Si mi Cyril consigue el permiso algún día, yo podría ser la siguiente de la cola.

—¡Presumida! —dijo Maeve.

—¡Mira la Mae West! —bromeó Betty.

Violet se puso colorada.

—Sabemos lo que quieres decir, Vi —dijo Anne—. Y tienes toda la razón. Si pudiéramos conseguirlo, la vida sería más fácil para muchas de nosotras. —Ahogó un bostezo—. ¿Qué os parece si damos por terminada la reunión? El camarada Tony se despertará dentro de unas cuatro horas y yo necesito dormir un poco.

Las demás accedieron enseguida, pero el grupo de amigas que se separó era otro. Con las notas taquigráficas de Maeve guardadas en su bolsa de punto, teníamos la sensación de contar con un plan de ataque. Mientras las chicas se ponían los abrigos, se subían los cuellos de las camisas y se envolvían en bufandas de vivos colores, Betty empezó a silbar una conocida canción socialista y hubo que decirle que parara antes de que Anne abriera la puerta, por los vecinos.

Después de las despedidas susurradas, Anne e Irene se pusieron a discutir cariñosamente sobre quién dormiría en el sofá, pues se había hecho tarde para volver a casa. Cuando Irene fue a ver a los niños y Anne nos llevó a Bunty y a mí a la habitación de su madre, que íbamos a compartir, nos dio las gracias por enésima vez.

—Sinceramente, no hemos hecho nada —dije—. Me siento fatal por Irene. No quería decirlo delante de las demás, pero Sheila hoy me ha conmovido.

—Hoy por ti, mañana por mí —respondió Anne, muy seria. Y se estremeció.

—Si alguna vez estás en apuros, dilo, por favor —dijo Bunty—. No quiero adelantarme a los hechos, pero si Irene se mete en problemas, tenemos espacio en casa de mi abuela. Cualquiera de vosotras puede venir a quedarse. Sé que eso no soluciona nada —añadió con prudencia—, y es posible que no queráis traer niños a la ciudad.

Bunty detestaba que pensaran que se las daba de generosa o que era una pretenciosa, pero yo sabía que estaba siendo sincera. La vieja casa grande estaba medio vacía.

—Gracias —dijo Anne—. Eres un sol, pero estaremos bien. No debes preocuparte por nosotras. Todo va a salir bien.

18
Vaya sin mí

Bunty se quedó finalmente de niñera un día más y yo me apresuré a volver a Londres en el primer tren disponible a la mañana siguiente. Cuando llegué, fui directamente al trabajo, donde casi choqué con Clarence cuando subía corriendo las escaleras de las oficinas de *La Amiga de la Mujer*.

—Lo siento, Clarence —grité mientras lo esquivaba, desabrochándome el abrigo—. ¿Todo bien?

—Hoy nos ha llegado una bolsa de correo llena, señorita Lake —me respondió a gritos—. «Su jovial servidora» se está haciendo popular.

Le di las gracias y me alejé a toda prisa. El señor Collins era muy comprensivo con mis horas de trabajo y mis tareas de voluntariado en la estación de bomberos, pero no quería abusar de su confianza. Llegar dos horas y media tarde después de pasar la noche en casa de una amiga era pasarse un poco.

—Buenas, Kath —dije cuando llegué finalmente.

Clarence no había exagerado: Kath estaba medio enterrada tras una pila enorme de cartas amontonadas en su escritorio.

—Buenas, Emmy —dijo—. He pensado en ordenarlas, puesto que la señora Mahoney ha llevado a Hester a la imprenta. ¿Qué tal el viaje?

—Muy bien, gracias —respondí. Colgué el abrigo, el sombrero y la máscara antigás, y acerqué una silla a su escritorio para echarle una mano—. ¿Está el señor Collins? —pregunté—. Voy a llevarle su correo, si te parece. Tengo que verle para hablarle de la fábrica.

—Creo que está a punto de salir —dijo Kath—, así que voy a darme prisa. Esas son las suyas de momento. —Señaló un

montoncito que parecía más oficial que la mayoría del resto de las cartas. Estaban al lado del montón más grande—. Esas son para «Su jovial servidora» y este montón es para ti.

Cogí las cartas con interés. Desde que había empezado a escribir los artículos de «La Amiga de la Mujer en el Trabajo», me llegaban cartas para pedirme consejos sobre estudios profesionales, y con más frecuencia de lectoras que escribían para decir que se habían incorporado a la industria de las municiones o acababan de empezar su formación. Yo siempre respondía con las averiguaciones que podía encontrar, o enviaba una carta deseándoles la mejor de las suertes en su nuevo trabajo. Todavía era una novedad para mí recibir cartas a mi nombre; de hecho, era lo mejor del trabajo.

—Voy a ocuparme primero de la página de problemas —dije—. Se están convirtiendo en una pequeña montaña.

Kath continuó con la clasificación, y yo empecé a abrir las cartas dirigidas a «Su jovial servidora» y a organizarías por temas. La cosa había cambiado mucho desde que las dos trabajamos juntas por primera vez, y lo común era recibir cartas con cuentagotas.

—Dios mío, otra que habla de casarse con su primo —dije.

—A mí no me gustaría casarme con ninguno de los míos —dijo Kath sin malicia.

—*Mmm*… Mi padre les dice a sus pacientes que no es lo ideal precisamente.

Continué haciendo otra pila de cartas de mujeres cuyos esposos tenían amantes. Era uno de los temas más comunes de las cartas que recibíamos. Algunas eran muy tristes, y podríamos haber incluido una sobre el mismo tema en cada número. Fruncí el ceño al leer la de una mujer de Lincolnshire a la que su esposo acosaba seriamente. No nos había dado una dirección porque no podía arriesgarse a que le escribiéramos. Puse la carta en un archivo marcado como urgente y tomé nota para recomendar a la señora Mahoney que la incluyéramos en el siguiente número. No me parecía suficiente, pero era lo único que podíamos hacer.

La siguiente carta era más infrecuente, de una mujer que le había dicho a su prometido que no quería dejar de trabajar después de casarse.

Me pregunté qué pensaría Kath y me puse a leerla en voz alta.

Querida «Su jovial servidora»:

Tengo veintiocho años y voy a casarme. Sin embargo, a mi prometido no le gusta la idea de que yo siga trabajando después de casarnos. Me ha dicho que puedo hacerlo hasta que termine la guerra y luego tendré que dejarlo.

Es un buen hombre y le quiero mucho, pero también me gusta mi trabajo (trabajo en química analítica) y no veo por qué debería dejarlo. Él es viajante de comercio y la verdad es que yo gano más que él y mi trabajo es el más estable de los dos.

¿Cree que voy a casarme con el hombre adecuado?

Atentamente,

FRANCES GAGE (SEÑORITA).

—No estoy segura de que lo sea —dije.

—Puede que entre en razón —apuntó Kath—. Ni siquiera sé lo que es la química analítica, ¿y tú?

—Ni idea. Pero ¿te imaginas lo difícil que debe de ser meterse ahí? —Sacudí la cabeza ante la idea. Las ciencias no habían sido mi fuerte en el colegio—. Pero tú podrías hacerlo, Kath. Eres mil veces más inteligente que yo.

—Bobadas —contestó Kath—. ¡Arrea! ¿Es esa la «pila de infidelidades»? Cada semana se hace más grande.

Asentí.

—No son solo los hombres. También recibimos cartas de mujeres que se han liado con otro.

—¿Alguna vez te deprime? —preguntó Kath—. Ahora que recibimos tantas cartas. Hay tanta gente que lo está pasando fatal…

Dejé el abrecartas. Era una buena pregunta.

—La señora Mahoney dice que hay que tratar de mantener la distancia porque, si no, te pasa factura. Pero algunas «son» horribles. —Pensé en la carta que acababa de leer—. A veces me gustaría plantarme en su casa y defenderlas.

—Haces lo que puedes —dijo Kath, un poco desanimada. Se enroscó un rizo en el dedo.

—La señora Mahoney también lo dice. Asegura que tenemos que intentar no preocuparnos, porque, si lo hacemos, acabaremos siendo tan desgraciadas como la gente a la que intentamos ayudar. No todo

es malo —dije viendo que Kath parecía deprimida—. Algunas son muy divertidas. Esta lectora quiere saber si puedes hacerte vegetariano aunque no te gusten las verduras.

—¿Por qué quiere hacer algo así? —preguntó Kath.

—No lo dice, pero mi tía Pat lo intentó una vez. Vino a comer y no quiso probar bocado. Entonces papá le preguntó por su estola de piel, y ella respondió que ya habían asesinado al animal cuando ella lo liberó de la tienda.

—¿Se mantuvo constante? —preguntó Kath.

—No. A la semana siguiente se comió un solomillo relleno y reconoció su derrota. La siguiente vez que la vimos por poco la arrestan por darle un puñetazo en la cara a un camisa negra.

—Bien hecho —dijo Kathleen.

—Lo sé. Todos dijimos que deberían darle algún premio. Era una mala vegetariana, pero sabía estar en su sitio cuando había que darle una buena zurra a un nazi.

—Tu familia es…, mmm…, muy emocionante, ¿no? —dijo Kath.

—Espero que sigas diciendo eso después de la boda —respondí riendo—. ¿Crees que esto es todo para el señor Collins? Voy a verlo antes de que desaparezca.

Kath me entregó su correo y se lo llevé a la oficina, llamando despacio a la puerta por si estaba enfrascado en la escritura de un artículo.

—Entre. Emmy, hola. Espere, deme un segundo para terminar esto. Siéntese.

Se puso a escribir desenfrenadamente mientras yo me sentaba en la silla de enfrente. Como siempre, su despacho era el basurero del desorden, con libros y revistas apilados en montones dispares. Su lámpara Anglepoise tenía la cabeza inclinada hacia abajo como si estuviera a punto de arrancar un papel del escritorio y comérselo. Las estanterías de las paredes estaban sobrecargadas, lo mismo que las tres bandejas de documentos que todos intentábamos mantener bajo control para él. Nadie tenía permitido mover absolutamente nada.

Para quien no conociera al señor Collins, debía de pensar que era el despacho de un intelectual o un excéntrico, la clase de persona que trabajaba toda la noche, dormía todo el día y apenas tenía una mínima idea de la realidad. Sin embargo, yo había

aprendido que no era nada de eso. Creativo, desde luego, y un poco imprevisible a veces, pero detrás de la jungla de su despacho, al señor Collins se le escapaban pocas cosas y se preocupaba mucho más de lo que dejaba entrever.

Finalmente, terminó de redactar sus notas, miró el papel con desprecio y murmuró: «Horrible». Luego lo dejó a un lado y levantó la vista.

—Un artículo horroroso —dijo—. Debería retirarme inmediatamente. Hola. ¿En qué puedo ayudarla?

—Le traigo el correo. Y quería ponerlo al día de la fábrica.

Me miró vagamente.

—Pero eso puede esperar, si lo prefiere —dije.

—No, no, adelante. Disculpe. Tengo la cabeza en otra parte.

Empecé a contarle lo sucedido el día anterior y que había escrito el siguiente artículo, y luego le di unos pocos detalles sobre Irene y lo que preocupaba a Anne y sus amigas.

—Por eso me preguntaba si en la próxima reunión del ministerio podría conseguirme algún contacto en los ministerios de Trabajo o de Sanidad —dije—. Es por ver si las obreras de la fábrica pueden formular una petición directamente. Me encantaría ayudarlas. He pensado que incluso podría escribir un artículo sobre ellas y buscar algún sitio donde publicarlo.

El señor Collins no respondió y parecía que se limitaba a traspasarme con la mirada. Me pregunté si me había estado escuchando.

—¿Sería apropiado? —apunté.

—Lo siento. ¿Solo quiere pedirme un contacto?

—Del ministerio, sí. Y siempre puede darme un pisotón o algo así si digo algo inapropiado. —Esperé una respuesta divertida, pero no llegó.

—Ay, Dios, la reunión —refunfuñó—. ¿Cuándo es?

—El lunes. Señor Collins, ¿puedo preguntarle si se encuentra bien?

No parecía encontrarse bien en absoluto. Normalmente no se le pasaba ni una.

—Estoy bien. Gracias. Sí. Su pregunta. Suena muy apropiado, así que, esto…, buen trabajo. No estoy seguro de cuándo volveré.

—¿Cómo?

—Voy a tomarme unos días libres.

El señor Collins nunca se tomaba vacaciones.

—Me temo que un viejo amigo del ejército no se encuentra muy bien. Un par de amigos estamos intentando reunirnos.

—Lo siento mucho —dije, suponiendo que se refería a la misma persona que había ido a ver hacía unas semanas—. Espero que se mejore pronto.

—Por desgracia, no lo creo. Nosotros aquí, arrimando el hombro para ganar la guerra, cuando todavía hay mucha gente que sigue enfrentándose a la última. —Se mostró desdeñoso—. Nunca se acaba cuando dicen que se acaba.

—¿Hay algo que podamos hacer en la revista durante su ausencia? —pregunté, deseando ser de más utilidad.

—Es muy amable, Emmy. Siga haciendo bien su trabajo. La señora Mahoney queda al frente de la oficina, pero confío plenamente en todos ustedes.

Se levantó de la silla y empezó a guardar documentos en un maletín.

—Por supuesto —dije—. Y no se preocupe, comunicaré al ministerio que no iremos a la reunión.

El señor Collins se detuvo, me miró y dijo:

—No es necesario. Vaya sin mí.

—¿Al Ministerio de Información? ¿Yo sola?

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Emmy, ahora es periodista. Ha ido a entrevistar a un egocéntrico zar de las municiones sin despeinarse, y la señora Mahoney dice que ya dirige prácticamente «Su jovial servidora» usted sola. Ya no es la chica locuela, aunque sin mala fe, que entrevisté hace un año.

—Es que me cuesta olvidar que hace solo seis meses que casi me despiden —contesté.

—Nunca muestre sus debilidades —dijo el señor Collins, intentando ser el mismo de siempre—. Le irá bien, se lo prometo. Tengo fe en que representará perfectamente a *La Amiga de la Mujer*. Ahora debo irme, o perderé el tren. La veré pronto.

Se despidió con un gesto; cuando salía del despacho, se detuvo en la puerta y se volvió.

—No empiece ninguna batalla. Y para quedarnos tranquilos,

será mejor que use los baños de aquí… antes de ir al ministerio. Me dedicó una breve y afectuosa sonrisa y se fue.

Me quedé un rato sola en el despacho.

El día anterior había estado organizando una marcha de protesta de las obreras de una fábrica. Ahora me habían dicho que podía representar perfectamente a *La Amiga de la Mujer* yo sola.

Por segunda vez en veinticuatro horas, escuchaba las mismas palabras.

Todo iba a salir bien.

19
Insista y no las defraudará

Me sentía nerviosa ante la perspectiva de ir sola a la próxima reunión del ministerio, pero lo que más me preocupaba era el señor Collins. Por lo general, se mostraba imperturbable, siempre tenía una respuesta a un problema y me había percatado de que, desde su nombramiento como nuevo editor, se había convertido en el eje central de todo lo que hacía el equipo.

Nadie tenía ni idea de por cuánto tiempo se ausentaría, pero, como dijo la señora Mahoney, todos sabíamos lo que estábamos haciendo y teníamos más que suficiente para seguir adelante.

—Y eso te incluye a ti, Hester Wilson —dijo con severidad, pues, al enterarse de la repentina partida del señor Collins, Hester se había dedicado a hacer muecas dramáticas y a murmurar fatalidades—. Para ser tan risueña, tienes una extraña fascinación con la parca.

Hester parecía compungida pero, como el resto del equipo, hacía un esfuerzo concertado por mantener el rumbo del barco de *La Amiga de la Mujer*.

—Es duro —dijo Charles cuando hablamos por teléfono—. Algunos de los compañeros con los que estuvo en Francia no lo han tenido nada fácil que digamos. Los demás intentan ayudar. Él querrá que todos sigáis adelante como si nada.

Era la forma que Charles tenía de restarle importancia a las cosas y mantener la calma. Yo sabía que podía aprender tanto de él como de su hermano; además, como representaba yo sola a *La Amiga de la Mujer*, estaba decidida a hacer todo lo posible para transmitir una buena imagen.

La mañana de la reunión me puse un traje oscuro muy elegante

de Bunty, así como una blusa que había confeccionado con algunos retales del paracaídas de Jack teñidos de un rosa pálido tirando a aceptable. Estaba algo nerviosa, la verdad, pero esta vez sabía adónde iba y lo que me esperaba. Resultaba bastante probable que me sintiera como un florero, pero no me importaba. Me mostraría segura de mí misma y esperaría lo mejor. Los únicos momentos en que me temblaron las piernas fueron al pensar qué haría si me encontraba cara a cara con Freddie Baring y su amiga. Mi plan era levantar la frente e ignorarlas, aunque la última vez no hubiera funcionado.

Después de subir los escalones y entrar en la Casa del Senado, me sentí como una veterana cuando comprobaron mi nombre en el registro y me dirigí a la tercera planta, intentando no verme intimidada por sus imponentes escaleras e interminables pasillos.

Una vez más, mezclarse entre los asistentes pareció una parte fundamental del acto para la mayoría de los periodistas; miré subrepticiamente a mi alrededor para ver si reconocía a alguien de la última ocasión.

Intenté no pensar en Freddie y Diane. Ya tenía bastante lío en mi cabeza y, como confiaba en que los esfuerzos de *La Amiga de la Mujer* habían sido aceptables hasta el momento, en general las dos mujeres habían dejado de darme quebraderos de cabeza. Sin embargo, ahora que me hallaba de nuevo en la Casa del Senado, estaba a la defensiva, pero era más que consciente de que el jovial comentario del señor Collins a propósito de no buscar gresca era su forma de decirme que debía comportarme.

Cuando entré en la sala de reuniones, toda la prensa femenina británica parecía estar inmersa en una conversación. O bien sabían qué ocurría exactamente con el resto de las publicaciones, o bien fingían no tener la menor idea, pero sus conversaciones estaban salpicadas de expresiones de sorpresa, exclamaciones de interés y una buena ración de réplicas amables.

Me alivió no ver a Freddie ni a Diane, aunque no tiré cohetes cuando reconocí por fin a alguien.

—¡Billings! ¿Es usted? Pensé que estaba muerto. —Oí que el señor Jarrett seguía en sus trece.

Por un espantoso instante, creí tener la mala suerte de estar en su línea de visión, pero, para mi enorme alivio y deleite, una voz

familiar me llamó por mi nombre.

—Señorita Lake, qué alegría verla de nuevo —dijo la señora Edwards saliendo de la nada. Impecablemente vestida con un traje gris y un collar de perlas, me estrechó calurosamente la mano—. ¿Vamos hacia allí? —añadió, sacándome con elegancia de la órbita del señor Jarrett y haciendo que me preguntase si alguna vez yo actuaría con su ímpetu.

La respuesta era casi seguro que no.

—Me imagino que le habrán estado silbando los oídos —dijo—. He oído cosas muy buenas sobre su revista en toda clase de lugares. Y con mucha razón. ¿Ha venido con Guy?

—Me temo que no —respondí—. Ha tenido que ausentarse unos días, pero, por lo que sé, volverá pronto.

La sonrisa de la señora Edwards no se borró, pero un rayo de interés cruzó fugazmente su rostro.

—No se encontrará mal, ¿espero?

—¡No, no! Está bien —respondí. Como no sabía hasta qué punto eran amigos la señora Edwards y el señor Collins, pensé que era mejor pecar de reservada.

—¡Mónica! ¿Cómo está?

La llegada de otro conocido del señor Collins, el señor Simons, me evitó tener que decidir.

La señora Edwards lo saludó como había hecho con el señor Collins, dándole dos besos en la mejilla, cosa a lo que yo estaba completamente segura de que nunca me acostumbraría, a menos que me mudara a París durante los siguientes treinta años, como mínimo.

—Señorita Lake —me reconoció el señor Simons.

Logré saludarle, agradeciendo que nadie me ofreciera besos cosmopolitas, pues no me sentía preparada para nada por el estilo.

—¿Ha visto a Guy? —preguntó la señora Edwards—. La señorita Lake me ha dicho que ha tenido que ausentarse.

Para mi sorpresa, el señor Simons asintió.

—¿Recuerda a Robbie Forrester? Me temo que no se encuentra muy bien.

La señora Edwards lo recordaba y dijo que lo sentía mucho. Luego se volvió hacia mí.

—Desde que su editor salió de su escondite, varios de nosotros

nos hemos puesto al día —dijo—. Viejos amigos. Está muy bien. Como ha venido sola, ¿nos quedamos juntas? Quizá deberíamos encontrar un lugar donde sentarnos.

La señora Edwards me condujo a una fila de tres sillas que no estaban ni muy cerca del estrado ni escondidas al fondo. El señor Simons nos acompañó; cuando nos sentamos, tuve la clara sensación de que ella me tomaba bajo su protección. La señora Edwards podría haber hecho buenas migas con cualquiera. Había sido todo un detalle que me invitara a sentarme a su lado, máxime cuando el resto de la sala sabía quién era. Para mi eterna vergüenza, deseé que Freddie y su desagradable amiga estuvieran allí para verlo.

Antes de tener ocasión de sentirme plenamente satisfecha, se oyeron varios carraspeos y «chis», y llegó el gabinete ministerial. El señor Clough estaba ausente, pero, una vez más, el señor Stratton tomó el timón, primero presentando al señor Morton-Stoppard y luego al señor Boe del Ministerio de Trabajo. Esta vez iban acompañados de una única mujer: la señorita Eggerton, una figura imponente de cabello entrecano con una permanente muy resultona.

—Como saben —dijo el señor Stratton—, les hemos pedido recientemente que incrementen la cantidad de apoyo en términos de reclutamiento femenino, en particular a la luz de la segunda ley del Servicio Nacional que se aprobará de forma inminente. De hecho, la señorita Eggerton, colega del señor Boe en el Ministerio de Trabajo, está hoy con nosotros para profundizar en este punto.

Se inclinó ligeramente en su dirección y ella respondió con un gesto impasible. El señor Stratton se aclaró la garganta y continuó.

—Antes de cederle la palabra a la señorita Eggerton, me han pedido que transmita el agradecimiento del ministerio por sus esfuerzos colectivos durante los dos últimos meses. En particular, el señor Clough, subsecretario del ministro, me ha pedido que mencione una serie de artículos muy instructivos sobre los reclutamientos en el sector de la munición, en, creo… —Consultó sus notas—. La revista *La Amiga de la Mujer*. —Levantó la vista brevemente—. Muy bien. Ahora, repasaré algunas novedades.

El señor Stratton continuó con el orden del día, sin apenas respirar o sonar remotamente emocionado por el elogio que

acababa de hacer. Pero en lo que a mí respectaba, fue como si hubiera hecho el anuncio cabalgando por la sala a lomos de un elefante y acompañado por la banda de la Guardia Real Británica.

«Una serie de artículos muy instructivos sobre los reclutamientos en el sector de la munición en… la revista *La Amiga de la Mujer*». El señor Clough, el actual subsecretario del ministro, había escogido específicamente nuestra revista para elogiarla. Apenas daba crédito a mis oídos.

Me entraron ganas de interpelar al señor Stratton y pedirle que lo repitiera, solo para asegurarme de que era cierto.

En cambio, me quedé petrificada, notando que me ardía la cara mientras me miraba las manos, que apretaba con tanta fuerza que los nudillos emblanquecieron.

—Bravo, señorita Lake —dijo la señora Edwards con un volumen de voz lo suficientemente alto como para que la gente que nos rodeaba la oyera.

Le sonreí a modo de agradecimiento y deseé no haberme ruborizado tanto, porque varias personas miraron despreocupadamente a su alrededor.

¡Chupaos esa, Freddie y Diane!

—Buen trabajo —susurró el señor Simons, que parecía disfrutar como un crío.

Mientras fingía escuchar al señor Stratton, no oía ni una palabra de lo que estaba diciendo. Solo podía pensar en que habían mencionado a *La Amiga de la Mujer*. Había sido un reconocimiento muy rápido, pero, caray, había sido la única revista mencionada por su nombre y, en medio de tantos periodistas, editores de revistas y gente del ministerio, sentí por primera vez que merecía estar presente.

Me hubiera encantado compartir el momento con el señor Collins y el resto del equipo. Él habría detestado las atenciones, claro, pero habría sido bonito verle triunfar públicamente como editor de *La Amiga de la Mujer*. No me cabía duda de que la señora Edwards lo habría besado una vez más.

Con la mente distraída, respiré hondo varias veces, despacio, e intenté centrarme de nuevo en el señor Stratton antes de que mi cabeza adquiriera el tamaño de un globo.

—Damas y caballeros —decía el señor Stratton—, incluso con la

conscripción militar que se nos viene, todos y cada uno de ustedes debe arrimar el hombro para llegar hasta la última de sus lectoras. Necesitamos reclutar a cientos de miles de mujeres. Es su deber contribuir a la causa.

Aunque ya se lo había oído decir antes, cuando logré recomponerme y prestar atención a sus palabras, fue imposible no tener la sensación de que me pedían personalmente que hiciera más.

Sin duda, habían dejado de importarme Freddie y Diane y sus desplantes. Peor para ellas si preferían los chismes y las mezquindades cuando había tanto en juego.

Tras el grito de guerra del señor Stratton, la señorita Eggerton se puso en pie para recorrer las áreas de reclutamiento que necesitaban más refuerzo.

Sin apenas apoyarse en sus notas, habló bien, aunque sin emoción, de la necesidad de alentar a más mujeres a dar un paso al frente, especialmente en las fábricas de municiones, armamento y aviones. Como era de esperar, se mostró reservada con los detalles, aportando apenas información sustancial, como comprendí más tarde, pero, en ese momento, acaso porque yo estaba mareada, podría haber estado hablando en nombre del mismísimo primer ministro.

—Ganaremos la batalla —decía—, pero tenemos que incrementar la fuerza de trabajo, liberar a más hombres para que vayan a la guerra y asumir sus trabajos hasta que obtengamos la paz. Todas las mujeres deben participar, sean o no reclutas.

Mientras escuchaba, pensé en Anne e Irene y las otras chicas. Me pregunté si la señorita Eggerton, una mujer en el Ministerio de Trabajo y Servicio Nacional, sería capaz de entender las condiciones laborales de las mujeres, lo duro que trabajaban y la tensión que eso les suponía. Puede que se pusiera de nuestro lado.

Cada miembro del ministerio esperó su turno para hablar; cuando todos hubieron terminado, el señor Morton-Stoppard le dio un codazo al señor Stratton y le susurró algo. Este último se levantó, dio las gracias y dijo que, lamentablemente, no había tiempo para preguntas, pero que él y algunos de sus colegas se quedarían otros diez minutos para hablar directamente con quienes requirieran su atención.

Aparte de un periodista que dijo en voz alta: «Quería preguntar por las zanahorias», los demás empezaron a levantarse, estirarse, recoger carteras y ponerse los abrigos.

La señora Edwards y el señor Simons se enzarzaron en un debate sobre los discursos de hoy, en el que me invitaron a participar amablemente, y varias personas se acercaron para interrumpir y saludar. Cuando me presentaba, la señora Edwards se aseguraba de que supieran a qué revista representaba.

Al cabo de varios minutos vi que la señorita Eggerton no estaba lejos de nosotras y que se estaba despidiendo con un apretón de manos de un periodista mayor, serio y patilludo. Le susurré una disculpa rápida a la señora Edwards y me acerqué a la señorita Eggerton aprovechando la oportunidad.

—Señorita Eggerton —la llamé, interponiéndome entre ella y cualquier posible vía de escape—. ¿Cómo está usted? Emmeline Lake, de *La Amiga de la Mujer*. Solo quería decirle lo mucho que admiro su discurso. Especialmente la parte referida a las mujeres que pueden marcar la diferencia.

Pronuncié *La Amiga de la Mujer* un poco más alto de lo que hubiera deseado. Me ordené a mí misma tranquilizarme.

La señorita Eggerton no daba la impresión de ser una persona muy cálida, pero, como ninguno de los hombres del ministerio tampoco lo parecía, no había razón para que ella lo fuera.

—¿Cómo está usted, señorita Lake? —dijo—. ¿Tiene usted algo que ver con los artículos de las trabajadoras de las municiones?

Un dato interesante. Estaban verdaderamente pendientes de todos nosotros.

—Así es —dije—. He estado en una fábrica de municiones varias veces.

—Y le impresionó.

No sabía si era una pregunta o una afirmación, pero conocía la respuesta esperada.

—Enormemente. Las mujeres son muy trabajadoras, su compromiso es total, y sus superiores las tienen a todas en muy alta estima.

—Bien —dijo la señorita Eggerton. Aunque no me había hecho el vacío, no parecía tener muchas ganas de darme bola.

Seguí hablando, esperando que no se fuera.

—Me impresionó especialmente cómo se las arreglan para trabajar y seguir haciendo de esposas y madres, con tantas horas de trabajo y dificultades para encontrar quien cuide de sus hijos —dije de una tacada—. Aunque sabemos de lectoras que pasan apuros en este terreno.

Decidí en ese momento no mencionar Chandlers, para no meter a nadie en un lío.

—¿Y cuál es su propuesta? —preguntó la señorita Eggerton.

No era fácil interpretar su inexpresivo semblante. Como no tenía ni idea de si su interés se basaba en la empatía o en la desaprobación, adopté lo que esperaba que fuera un tono imparcial.

—Creo que las lectoras se han preguntado cómo pueden trabajar la jornada completa y seguir cuidando de sus hijos si les toca hacerlo por turnos. También entiendo que algunas mujeres que han enviudado tienen problemas con sus pensiones —dije.

—¿Su revista les ha respondido? —preguntó la señorita Eggerton —. Supongo que las habrá informado de las guarderías del Gobierno.

—Sin duda —dije—, aunque muchas zonas no cuentan con instalaciones del Gobierno. Tengo entendido que deben solicitarlas las propias fábricas. Al menos eso nos cuentan nuestras lectoras —añadí, intentando parecer objetiva.

—Sus lectoras son muy abiertas —dijo la señorita Eggerton—. Espero que sean tan patrióticas como habladoras.

—Nos ven como una fuente a la que recurrir —dije—. Y no hay duda de que son patriotas como el que más. Muchas tienen esposos, hermanos o hijos en las fuerzas armadas. Acumulan más razones que nadie para desear nuestra victoria, pero para algunas es difícil.

—Señorita Lake, estamos en guerra. Es difícil para todo el mundo.

—Me preguntaba si podría recomendarme a alguien a quien puedan dirigirse las trabajadoras directamente. Para los servicios de guardería.

—Me temo que esto es entre la dirección de la fábrica y su autoridad local —respondió la señorita Eggerton—. Luego, sin duda, el Ministerio de Sanidad, además del Ministerio de Trabajo, tendrá que involucrarse en la decisión.

Parecía un proceso interminable.

—Pero si la dirección de la fábrica no ve la necesidad, es que con toda probabilidad no la hay —concluyó.

—Señorita Eggerton —dije—, me temo que sabemos por nuestras lectoras que sí la hay.

Se mostraba poco convencida.

—¿Un puñado como mucho? —preguntó.

—Creo que podrían ser la punta del iceberg —dije—. En su intervención, acaba de decir que necesitan de la participación de «todas» las mujeres, incluso de las que no serán reclutadas, lo que incluirá sin duda a las mujeres con hijos. ¿Qué van a hacer cuando trabajen de noche o cuando tengan que salir de casa antes de las cinco de la mañana para el turno de las seis? Seguramente, son muchas las que necesitan ayuda.

La señorita Eggerton era un hueso duro de roer, pero no parecía aprobar la misma actitud en otra persona.

—Señorita Lake —dijo, más áspera—, se toma mis palabras al pie de la letra. Es muy poco probable que necesitemos que todas las madres con niños pequeños trabajen. Y, en caso de que las necesitáramos, una solución evidente será aprovechar a las ancianas para que cuiden de sus hijos. Creo que todos estamos de acuerdo en que el verdadero lugar de las madres está en el hogar con la familia, al que desde luego volverán cuando hayamos ganado la guerra.

No sabía ni por dónde empezar a responder.

¿Había estado la señorita Eggerton alguna vez en una fábrica? ¿Conocía siquiera a alguna de esas mujeres? Era como si no se le hubiera pasado por la cabeza que algunas madres necesitaban trabajar o que incluso podían «querer» hacerlo.

Antes de poder decir nada, noté que alguien se me acercaba.

—Señorita Eggerton. Monica Edwards, de *Mujer Hoy*. ¿Cómo está usted? Me pregunto si puedo unirme a la conversación. Estaba comentando con mis colegas lo merecido que ha sido el elogio del señor Clough a *La Amiga de la Mujer*. Y lo informativo que ha sido su discurso. Ha inspirado a muchos de los presentes con sus palabras de esta mañana.

Aquello fue la jugada perfecta: la señora Edwards haciendo las veces de primera bailarina en combinación con uno de los tanques más implacables del ejército. Sonreía en todo momento, sin pararse a respirar siquiera. Podría haber tenido branquias.

La señorita Eggerton vaciló, quizá sopesando si debía sentirse halagada o molesta. La señora Edwards no le dio tiempo a decidirse.

—Discúlpeme, pero ¿le importa que le robe a la señorita Lake? Quería pedirle consejo sobre un artículo que tengo *in mente*.

La señorita Eggerton asintió y dijo:

—Por supuesto.

—Señorita Eggerton —dije, consciente de que la señora Edwards había intervenido para sacarme del apuro—, gracias por escuchar mi consulta. Pensé que le parecería un asunto interesante. Sobre todo, gracias por la información. Estoy plenamente de acuerdo con la señora Edwards. Ha sido muy inspiradora.

Los ojos de la señorita Eggerton brillaron. Y no fue por tragarse los halagos, sino porque reconocía una capitulación cuando la veía.

—Señorita Lake, un consejo: no olvide que trabajamos con la prensa femenina para que puedan informar a sus lectoras y respaldar las políticas del Gobierno en lugar de cuestionarlas o dar espacio a lectoras que lo hacen. Yo le aconsejaría que dejara eso a los miembros más trotskistas de la prensa.

—Desde luego —dije obedientemente. Estaba empezando a aprender cómo funcionaba el mundillo—. Espero que no haya interpretado mis palabras en ese sentido.

La señorita Eggerton me excusó.

—Yo no, señorita Lake, pero otros podrían malinterpretarla.

Le tendí la mano y la estrechó.

—Gracias, señorita Eggerton —dije—. No deseo otra cosa que seguir prestando nuestro apoyo tanto como sea posible.

—Igualmente —respondió la señorita Eggerton. Se volvió hacia la señora Edwards, le estrechó la mano y dijo—: Gracias por su oportuna aparición.

Luego salió con brío de la sala.

«No me ha salido muy bien la jugada», pensé.

—Gracias por venir en mi rescate —le dije a la señora Edwards—. El señor Collins me pidió que no empezara batallas. La señora Edwards me tocó levemente el brazo.

—No se preocupe —dijo—. Él lo hacía todo el tiempo, pero no se retiraba con sensatez como ha hecho usted. Bien hecho. Ha sabido cuándo dar un paso atrás.

Sonrió y me cogió del brazo.

—¿Nos vamos? —preguntó—. Acabo de oír un rumor de que está a punto de formar parte de la familia, y me muero por saber si es cierto.

Asentí con la cabeza y dije que era cierto.

—Qué maravilla —dijo la señora Edwards—. Cuéntemelo todo. Ah, y señorita Lake, sea lo que sea lo que la señorita Eggerton evitaba responder, no lo deje usted pasar. Tendrá que hilar muy fino. No sé a quiénes trata de ayudar, pero he visto que las defiende apasionadamente.

—Lo hago —dije—. Muchísimo.

Ella asintió.

—Entonces siga adelante. Puede que tenga que buscar otra vía, pero insista y le prometo que no las defraudará.

20
Eso es bueno, ¿no?

La reunión me levantó el ánimo, pero también me perturbó, y tenía la cabeza llena de cosas que considerar. Me había hecho mucha ilusión que el señor Clough elogiara *La Amiga de la Mujer*, claro, lo que fue recibido a las mil maravillas cuando volví a la oficina, pero sobre todo me había consternado la señora Eggerton y su falta de disposición a ser de ayuda.

Hay mujeres que dan la cara por las demás y mujeres que no quieren.

La señorita Eggerton era una de las que no. Es más, ni siquiera parecía pensar que las mujeres debían seguir trabajando después de tener hijos. Sabía lo que mi propia madre diría; lo más probable es que empezara con un: «La abuela no se encadenó a las verjas para que…».

Me preguntaba qué sentido tenía que la señorita Eggerton fuera portavoz del Ministerio de Trabajo y Servicio Nacional cuando, al parecer, pensaba que ir a trabajar era una cuestión de elección personal.

Al fin y al cabo, podía ser «muy poco probable» que el Gobierno necesitara que «todas las madres de niños pequeños» trabajaran, pero no parecía comprender que no se trataba únicamente de lo que necesitara el Gobierno. ¿Qué pasaba con las propias mujeres?

La señorita Eggerton les estaba fallando.

Cuando Anne y las chicas empezaron a organizar el desfile, llegó el momento de redoblar los esfuerzos de mi participación. La señora Edwards tenía razón: debía tomar un camino diferente.

Mientras Anne y Betty intentaban, una vez más, obtener una respuesta de la dirección de la fábrica, además de escribir a sus

autoridades locales y hacer averiguaciones en la Bolsa de Trabajo, en el transcurso de la semana siguiente Bunty y yo elaboramos una lista de cualquier persona que pudiera ayudarnos a escala nacional. Luego pasamos cada minuto que pudimos escribiendo cartas y pidiendo consejo.

Como el señor Collins no estaba, yo misma escribí al Ministerio de Sanidad para pedir información sobre el plan de guarderías del Gobierno, pues estábamos planeando un reportaje, lo cual era completamente cierto. También escribí a todos los magacines de noticias para preguntarles si estaban interesados en un artículo sobre un «desfile patriótico» de mujeres trabajadoras. Esto también estaba en regla, pero les escribí en mi nombre y no en el de *La Amiga de la Mujer*.

Bunty y yo nos pusimos en contacto con nuestro diputado, y Bunts envió una apasionada carta a la doctora Summerskill, para pedirle ayuda. Yo quería escribir al mismísimo señor Bevin, el ministro de Trabajo y Servicio Nacional, pero Bunty dijo que lo haría ella, porque yo acababa de sacar de quicio a la señora Eggerton y nunca sabías si habrían incluido mi nombre en alguna lista.

No éramos tan ingenuas como para pensar que alguna de estas personas sacaría tiempo para leer nuestras cartas, pero, aun así, seguimos adelante.

Todas nos manteníamos informadas respecto a nuestros posibles avances. Todas tuvimos que salir a comprar sellos adicionales.

Querida Anne:

El sábado 20 de diciembre suena perfecto para un desfile. Bunty y yo iremos, por supuesto. Bunty llevará su cámara.

Hablé con alguien del «M.», y me temo que no fue de mucha ayuda, pero no te preocupes, encontraré a alguien que lo sea. ¡Bunty va a escribir al mismísimo señor Bevin! Si Betty no recibe buenas noticias del sindicato, quizá también debería hacerlo.

Escribiré en cuanto me sea posible.

Con cariño,

EMMY X

Queridas Emmy y Bunty:

Los niños por fin se han dormido, así que tengo cinco minutos para escribir. Gracias por vuestras cartas. ¡Estamos todas encantadas de que podáis venir al desfile! Como las Navidades están tan cerca, esperamos que haya trajín en la ciudad (no es que haya nada que comprar), y nos han dicho que pondrán un árbol en la plaza, así que eso nos da algo alrededor de lo que desfilar.

Hemos intentado difundir la noticia discretamente y ha tenido una buena acogida entre algunas de las otras chicas. Hemos pedido a todo el mundo que guarde el secreto. No confío en ya sabes quién.

Algunas malas noticias. El señor T. se ha negado a reunirse con nosotras. El señor R. dice que no está en sus manos y creemos que T. les ha dicho a todos que cierren filas. Es muy mezquino por su parte. Me alegro de que estemos planeando otras cosas.

Los niños están bien, pero son muy revoltosos con mamá: hoy Ruby se ha vuelto a escapar. Solo había llegado una calle más allá cuando alguien la ha encontrado, pero mamá estaba muy disgustada.

Tengo que irme. Creo que a Tony por fin le están saliendo los dientes de atrás, pobrecito mío.

Con cariño para las dos,

ANNE X

Querida Anne:

Lo del señor T. es un desastre. No me sorprende mucho, pero aun así es horrible.

Pero los planes para el día 20 son maravillosos. He enviado cartas sobre la posibilidad de escribir un artículo, aunque todavía no tengo los detalles específicos. ¿Crees que tu periódico local estaría interesado? Espérate a que se acerque la fecha antes de preguntarles, por si acaso.

Con cariño,

E. X

LA AMIGA DE LA MUJER EN EL TRABAJO

¡Ya son veteranas!

En la última entrega de nuestra serie sobre las trabajadoras de la munición, EMMELINE LAKE averigua cómo les va a nuestras Nuevas Reclutas después de dos meses de trabajo.

Conocimos a nuestras amigas hace varias semanas, cuando eran las nuevas chicas del equipo. Estaban recién formadas y trabajaban duro, pero si eso le impresionó, ¡debería verlas ahora!

MENSAJE - URGENTE
PARA: SRA. MAHONEY Y SRTA. LAKE
DE: SRTA. HESTER WILSON
LAS ONCE MENOS CUARTO: LA SEÑORA DEL M. LLAMÓ PARA HABLAR CON EL SEÑOR COLLINS Y DIJO QUE EL SEÑOR S. QUERÍA HABLAR CON ÉL URGENTEMENTE. LE DIJE SI LE PASABA CON LA SEÑORITA LAKE, PERO ELLA DIJO QUE TENÍA QUE SER EL SEÑOR COLLINS. NO LE HE DICHO QUE NO SABEMOS DÓNDE ESTÁ.

MENSAJE - URGENTE
PARA: SRTA. LAKE
DE: SRTA. WILSON
LAS DOS Y MEDIA: LA SRTA. JACKSON DE LA OFICINA DE LORD OVERTON HA PREGUNTADO SI EL SEÑOR COLLINS YA HA VUELTO. LE HE DICHO QUE MUCHAS GRACIAS, PERO QUE NO ESTABA, Y ME HA PREGUNTADO CUÁNDO VOLVERÍA, PORQUE LORD OVERTON QUIERE HABLAR CON ÉL (CON EL SEÑOR COLLINS). LE PREGUNTÉ SI LE PASABA CON USTED, PERO AL IGUAL QUE LA OTRA SEÑORA DIJO QUE NO.

Querida:

Gracias por tu carta. Me ha animado mucho. Pensarás que estoy en Tombuctú por el escaso tiempo que pasamos juntos.

Ando a la caza de una reunión en Londres para procurar verte, pero intentemos hablar por teléfono antes.

No falta mucho para que nos casemos. ¡Cuento los días!

Con todo mi amor,

Queridas E. y B.:

Tengo buenas noticias: ¡creemos que podemos ser hasta veinte personas el día 20! Eso es bueno, ¿no? Y Betty ha escrito a la señora Churchill porque, según ella, es muy buena persona y podría escucharnos. Ruby quería que le preguntara a Winston por qué los globos de barrera no tienen caras dibujadas, porque serían más divertidos si las tuvieran. ¡Betty le dijo que lo había puesto en la posdata!

Más cosas: Irene ha encontrado alguna tarea de limpieza, y eso ayuda. Sigue sin tener noticias.

Mamá tiene un dolor de tripa del que no consigue librarse, pero las demás estamos bien, así que es un alivio.

Hasta pronto.

ANNE X

Era bueno sentir que todas intentábamos hacer algo que sirviera de ayuda. Entonces sucedieron dos cosas que lo cambiaron todo.

La primera no afectó mucho a nadie realmente, o al menos a nadie fuera de un pequeño círculo de personas, a quienes les importaba más que nada. La segunda afectó al mundo entero.

Ambos sucesos nos pararon en seco.

Mientras las cartas fluían entre nosotras y llegaban a las personas que pensábamos que podrían prestarnos una mano para ayudar a las mujeres del esfuerzo bélico, tuvimos noticias de Anne. Supongo que, en cierto modo, Bunty y yo las esperábamos, pero no fueron menos horribles cuando llegaron.

Queridas Emmy y Bunty:

Irene ha recibido la peor noticia que podía recibir sobre su marido, Douglas.

Está siendo muy valiente. Todas intentamos ayudar.

Ha llevado a las niñas a casa de Maeve. Enid aún no se entera, pero la pobre Sheila sí, y mucho.

Supongo que ahora al menos ya ha salido a la luz, pero es un golpe para todas. Otro de nuestros preciados muchachos.

Odio esta estúpida y horrible guerra.

ANNE XXX

P. D.: Lo siento, debería haber llamado, pero es tan devastador y triste que no quería llorar por teléfono.

Bunty y yo guardamos silencio durante siglos después de leer la carta. No habíamos conocido a Douglas, y solo habíamos visto a Irene una vez, pero si alguien sabía cómo se sentía, ese alguien era Bunty. Y si alguien sabía cómo se sentían los amigos de Irene, ese alguien era yo.

A medida que avanzaba la guerra, había descubierto que, a veces, concentrarte en tu pequeño mundo facilitaba las cosas. Siempre había sido una ávida seguidora de las noticias, como todos en nuestros días; como leer cartas formaba parte de mi trabajo, no podía ignorar lo que sucedía, aunque en ocasiones lo hubiera preferido. Pero, de vez en cuando, cuando me parecía que, centímetro a centímetro, todo se estaba volviendo insoportable, dejaba de leer los periódicos durante un par de días, evitaba la radio y me mantenía al margen de lo que cada vez era más macabro.

Tal vez me hubiera lanzado a concentrarme en aquellos planes y esas cartas en relación con el desfile para olvidarme de las noticias, sobre todo si pensaba en que Charles se iría al extranjero tarde o temprano. Lo teníamos otra vez a la vuelta de la esquina.

Bunty y yo escribimos a Irene sin demora para darle nuestro pésame y nuestro cariño; si se le ocurría algo en lo que pudiéramos ayudar, no debía dudar en decírnoslo. No la conocíamos lo suficiente como para ser de gran ayuda, pero queríamos que supiera que nos importaba.

Lo segundo que sucedió en aquellos días no podía haber sido un acontecimiento más alejado de nuestro día a día. El domingo 7 de diciembre, los japoneses bombardearon una base naval norteamericana en Hawái. Fue un ataque espantoso y no hubo posibilidad de eludir las noticias. Nos pegamos a nuestras radios en cuanto nos enteramos.

El lunes por la mañana, todas las portadas reprodujeron el mismo titular: Japón había declarado la guerra a Estados Unidos y Gran Bretaña. El mundo entero estaba en guerra.

Charles casi nunca comentaba las noticias de los periódicos, y desde luego nada que tuviera que ver con su trabajo, pero estaba desesperada por saber su opinión. Después del trabajo, corrí hasta casa, deseando escuchar su voz al otro lado del teléfono; cuando sonó, lo descolgué tan rápido que casi se me cae al suelo.

—Hola, cariño —dijo Charles desde una cabina telefónica—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —respondí efusivamente—. Muy ocupada. ¿Cómo estás tú?

—De maravilla también —dijo sonando incluso más entero que yo—. ¿Qué es lo último? He leído tu carta y siento mucho lo de la amiga de Anne. ¿Cómo está?

—Anne dice que lo está superando, pero es espantoso.

—Lo siento —repitió Charles—. Háblame del trabajo. ¿Cómo van las cosas con Guy fuera de la oficina?

No me apetecía mucho hablar de trabajo con lo que estaba pasando en un mundo cada vez más lleno de peligros, pero le seguí la corriente y guardé las formas.

—Como la seda. Me preocupa un poco que tanto quienes no podemos mencionar como lord O. estén intentando localizar a Guy. Sigo preguntándome si la señorita E. se habrá quejado. Aparte de eso, nada nuevo. He terminado de escribir la serie sobre la fábrica. Bunty se encuentra bien y estamos escribiendo cartas a todo aquel que se nos viene a la cabeza.

Soné incoherente. Había pasado más de una semana desde nuestra última conversación telefónica. Charles escuchó pacientemente mi parloteo.

—Pues eso, ¡caramba! Sí, creo que eso es todo —concluí—. ¿Te has muerto congelado en la cabina durante mi perorata?

—Estoy calentito como un osito —respondió Charles, aunque posiblemente no fuera así para nada—. Me gustaría poder ayudar, aunque sea desde aquí. ¿Necesitas realmente contactar con Guy?

—No, yo no, pero me preocupan los de arriba. Ojalá hubiera dejado una dirección o un número.

—Intentaré averiguar dónde está —dijo Charles—. Siento si suena todo un poco secreto. Es muy leal a los compañeros con los que estuvo en el ejército, pero apenas habla de ello. Pero si no ha dado señales de vida es que las cosas se han puesto feas. Déjalo en

mis manos.

Le di las gracias y él dijo que era un placer. Luego, cosa inusual, se produjo un silencio entre ambos.

—¡Aah! —dije, alegremente—. Tengo buenas noticias: el vicario ha confirmado que el coro puede cantar en la boda, lo cual es estupendo. Y el señor Bone asegura que conoce a un florista que sabe hacer arreglos bonitos si le proporcionamos el material. Bunty cree que, si ella y yo no podemos ir a recogerlo todo, su abuela encontrará la manera de que le envíen una parte. ¿A que es muy amable?

—Sí —dijo Charles. No parecía emocionarle mucho la idea, aunque era probable que la floricultura no fuera lo suyo.

—Y Roy y Fred, de la estación, quieren traer algún tipo de altavoz y encargarse de la música para que todo el mundo pueda bailar después.

Eso le gustó más.

—Muy bien.

Su voz era plana como una tabla. Esperé mientras se hacía otra pausa en la conversación.

—El caso es… —empezó—. Lo siento mucho, Em, pero creo que tenemos que adelantar la boda. O sea, evidentemente, no siento casarme antes de lo previsto. Es solo que…

El auricular me pesaba en la mano. Entorné los ojos y esperé.

—Creo que habrá un destino para mí en el extranjero.

Si todo me había parecido mejor dos minutos antes, ahora era todo lo contrario.

—Ah —dije, ganando tiempo para templar la voz antes de hablar—. Claro —alcancé a añadir—. Entiendo. Es que con las noticias y todo lo demás, había pensado que, por el contrario…

—Lo siento mucho, cariño —respondió Charles, que sonaba tan devastado como yo—. No tengo ni idea de dónde ni con qué propósito; puede que no tenga que ver con las últimas cosas que han pasado.

Respiré hondo e hice de tripas corazón.

—Para nada —dije, como si alguien se hubiera disculpado por ocupar el último asiento del autobús—. Entonces, ¿no puedes contarme mucho?

—Un poco —contestó Charles—. Varios muchachos de las armas

de mediano calibre necesitan gente y piensan que podría encajar. Posiblemente es el camino para ser comandante de artillería. Ya se comentaba antes de que los de Hirohito hicieran su número, así que es posible que ahora las cosas hayan cambiado. —Se quedó callado —. Maldita sea, E., lo siento mucho. Ha ocurrido mucho más rápido de lo que pensaba.

Se notaba que estaba afectado, aunque tendría que haberse sentido feliz, pues llevaba tiempo deseando que lo nombraran comandante de artillería; además, le encantaba estar sobre el terreno. Aquella era su oportunidad.

Me tocaba dar un paso adelante. Iba a casarme con un oficial de carrera que llevaba formándose para esto desde los dieciocho años.

—Em, ¿sigues ahí? —Su preocupación era evidente.

Me aclaré la garganta y contesté.

—Pues claro, cariño. Suena muy emocionante. Es justo lo que te gusta, y son muy buenas noticias.

Tenía los nudillos blancos de tanto apretar el teléfono. Cuando contestó, parecía que sabía por lo que estaba pasando.

—Todo irá bien —dijo con dulzura—. Son buena gente.

—Pues claro —repetí. No podía dejar de repetir el dichoso «Pues claro»—. No cabría esperar otra cosa de los artilleros —bromeé, aunque apenas pude soltar una risita—. Entonces, ¿no sabes adónde irás?

Decirlo así hacía que sonara más a que, en realidad, se fuera de excursión.

—De momento, no puedo decir nada.

Pregunta tonta.

—Pero creo que será pronto.

No dijo cuándo, pero «pronto» me bastaba.

—¿Habrá suficiente tiempo? —pregunté—. Para la boda.

—Nos aseguraremos de que lo haya —dijo Charles—. No me iré hasta que estemos casados.

Era algo a lo que aferrarse.

—Pero, cariño, si te parece bien, creo que deberíamos casarnos lo antes posible. Me pondré en contacto con la iglesia y pediré otra fecha. ¿Cómo lo ves? ¿Estás de acuerdo?

—Pienso que eso sería ideal —respondí—. Y es algo bueno, ¿no? Los dos contamos los días.

Era consciente de que no sonaba a mi yo habitual, pero estaba haciendo de tripas corazón y Charles lo sabía.

—Maldita sea, ojalá no estuviera haciendo esto por teléfono —dijo—. Te lo estás tomando increíblemente bien.

—Soy una persona maravillosa —respondí buscando un punto de humor.

Las lágrimas me rodaban por las mejillas. Ojalá Charles no pudiera percibirlo por mi voz.

—Sí, lo eres —dijo Charles. Estaba destrozado—. Me pondré en contacto con el reverendo Lovell para ver si puede cambiar la fecha. Si la necesitamos, conseguiré una licencia especial y pediré un permiso de emergencia. Haré que esto funcione. Lo prometo.

No estaba dispuesta a que me oyera llorar.

—Gracias. —No sabía si quería quedarme al teléfono para siempre o levantarme y salir corriendo—. Eso sería estupendo.

—Te quiero, E.

No podía soportarlo.

—Yo también te quiero.

Empezaron a sonar unos «bips» al otro lado de la línea.

Día tras día, las cosas iban a peor.

—Yo también te quiero —repetí.

Entonces, como estaba segura de que Charles iba a poner más monedas en la ranura, colgué el auricular y sollocé.

21
Sonría y ponga cara de inocente

Charles volvió a llamar por la tarde. Me esforcé por mostrarme más alegre y me sentí un poco mejor hablando de lo que estaba haciendo. Sacaríamos adelante los planes de boda; luego, Charles se iría a cumplir una misión vital, mientras yo me dedicaba a hacer mi trabajo aquí en casa. No había que darle más vueltas; en un periodo de guerra, aquello era como debía ser.

Si me lo repetía suficientes veces, tal vez se convirtiera en verdad…, pero de lo que tenía ganas era de hacerme un ovillo y esperar a que la guerra acabara. Sin embargo, eso no ayudaría a nadie.

Como Bunty no estaba, me acosté temprano: una noche entera para poner en orden mi vida.

Odiaba que Charles se fuera, pero de momento seguía aquí, vivo, en Gran Bretaña, e iba a casarme con él. Era mucho más de lo que mucha gente tenía. Por supuesto, pensé en Irene, en Bunty y en Anne. De alguna manera, yo era una afortunada. Era tan sencillo como eso.

Escribí a Charles de madrugada para decirle lo orgullosa que estaba de él. Aunque se lo había dicho una docena de veces hablando por teléfono, quería que lo tuviera sobre papel.

Me escribió exactamente a la misma hora. Quería darme las gracias por ser un pilar tan fuerte, aunque por teléfono ya me lo hubiera dicho una docena de veces. Insistía en que tenía que saber que él me quería más que a nada en el mundo.

Guardé en mi bolso la carta, que leí una y otra vez.

Dos noches después, Bunty, Thelma y yo estábamos sentadas en la cocina, que Bunty acababa de rebautizar como la «oficina de

bodas»; estábamos merendando unos pepinillos. En el papel de suplente de Bunty, que ella misma se había asignado, Thelma se había pasado antes de nuestro turno por la estación de bomberos para poder revisar las listas espantosamente eficientes de Bunts y hasta qué punto un cambio de fecha podría complicar las cosas.

Sabía que las dos habían decidido que todo fuera lo más alegre posible, y estaba más que dispuesta a participar.

—Siempre he pensado que no es tan difícil mantener el ánimo —me dijo Bunty cuando le conté el cambio de planes—. Solo tienes que poner buena cara. Es tu corazón el que hace el esfuerzo. Cuando se cae, puede ser muy reacio a levantarse.

—He decidido pensar únicamente en la boda —dije—. Es la parte más bonita y sería una pena estropearla.

Bunty había aceptado el reto con gusto.

—En cuanto a la lista A —afirmó con autoridad—, que, como sabes, se refiere a los trajes, da igual la fecha que consiga Charles, porque estarás preparada de sobra.

Thelma consultó diligentemente la lista mientras yo mordía ruidosamente un pepinillo y Bunty me lanzaba una de sus miradas.

—Lo siento —murmuré con la boca llena—. Lista A. Adorable.

—Sigo. Lista B: invitados —dijo Bunty.

—Lista B —apuntó Thelma, emocionada—. Ahí voy. —Me miró desde el otro lado de la mesa de la cocina—. Sigue, Lake.

Intenté no reírme, pero solo conseguí ahogarme un poco.

Bunty puso los ojos en blanco.

—Todo depende de si es en fin de semana, pero, sea como sea, creo que deberíamos planear una fiesta por la noche —dijo—. ¿Suena sensato?

—Totalmente —dije—. ¿Cabo Thelma?

—Huy, sí —coincidió Thel—. Aunque, ¿no puedo ser una oficial, por aquello de ser la segunda al mando?

Ambas miramos a Bunty.

—No —dijo ella—. Lista C: comida.

—Por Dios, Bunty —dijo Thelma—. Si estuvieras en el Gabinete de Guerra, lo solucionarías todo, y este asunto estaría finiquitado de aquí a las Navidades.

Bunty sonrió y se recostó en su silla.

—¿Te imaginas? —dijo casi soñando—. Finiquitado de aquí a las

Navidades. Qué idea tan bonita.

Durante un rato ninguna abrió la boca.

—Vamos —dije, antes de que el ambiente se volviera demasiado contemplativo—. Lista C: comida. Esta es difícil. Si no tenemos champán y caviar a raudales, lo cancelo todo.

—Correcto —dijo Thelma.

—Vaya, y plátanos y piñas para el postre —apuntó Bunty.

—Cubiertos de caramelo y helado —añadió Thel.

—Que comeremos hasta enfermar —dije bajando el tono con alegría.

—Y luego repetiremos —soltó Bunty con repugnancia—. Espera, está sonando el teléfono. Voy yo.

Me gustó ver que Bunty se levantaba e iba a la escalera sin apenas esfuerzo. Su pierna lesionada estaba cada vez mejor, le resultaba más fácil moverse, a menudo ya sin necesitar el bastón.

Me senté y me puse a mordisquear otro pepinillo, pensando en lo rico que estaría con un buen trozo de cheddar curado y un poco de pan recién horneado cubierto de mantequilla fresca. Entonces oí que Bunty me llamaba a gritos desde el piso de arriba.

Su voz sonaba urgente, así que dejé el pepinillo sin pan fresco y corrí escaleras arriba, preguntándome si sería Charles de nuevo.

—Ya veo —estaba diciendo. Puso la mano sobre el auricular—. Es Anne —susurró—. O, mejor dicho, es Betty, que llama por lo de Anne. Emmy está aquí —añadió Bunty mientras juntábamos las cabezas para escuchar.

—Hola, Emmy —dijo Betty. Hablaba sin aliento, como si viniera de correr—. No sé cómo decirlo. Han despedido a Anne de Chandlers.

—¿Qué? —soltamos Bunty y yo al mismo tiempo.

—Lo sé. Es una larga historia, pero su madre volvió a estar indispuesta. Anne cree que son los nervios. En fin, que Anne había conseguido que un vecino se quedara con Tony, pero al final tuvo que llevarse a Ruby al trabajo.

Bunty y yo nos miramos por encima del teléfono.

—¿Está bien? —preguntó Bunty.

—Sí, sí, las dos están bien. Pero Ruby no paraba quieta. Podéis adivinar lo que pasó.

—Pero ¿por qué se la llevó? —pregunté, enfadada y preocupada

—. Todas sabemos cómo es Ruby.

—Supongo que no tuvo alternativa —respondió Betty acaloradamente—. Ya conoces la situación.

—Lo siento —me disculpé—. No ha sido justo por mi parte. ¿Dónde están ahora?

—Las han enviado a casa —dijo Betty—. El señor Rice ha dicho que se acabaron las segundas oportunidades. Hay otra cosa. La marcha se ha cancelado —concluyó—. Alguien se lo ha chivado al señor Terry.

—¡No! —exclamó Bunty.

—Ha anunciado que despedirá a todo aquel que participe en la marcha. Creo que han utilizado a Ruby como excusa para apretar las tuercas y deshacerse de Anne. Terry le cantó las cuarenta por la carta en la que pedía una reunión para hablar de la guardería, y luego se enteró del desfile. Le vino de perlas. El viejales de Rice no es un mal tipo. Creo que Terry es el que hace el papel de tipo duro a lo Jimmy Cagney. No sé qué más decir.

Betty parecía abatida.

—Es horrible —dije—. Pedírselo directamente no había sido siquiera idea de Anne, sino mía. Betty, no es justo. Si tiene que cebarse con alguien, que sea conmigo.

—No te preocupes —respondió Betty. La oí prender un cigarrillo —. Tú lo has intentado. Todas lo hemos intentado.

—¿Y si hablo con él? —pregunté—. Le explicaré que todo fue idea mía. Que yo os convencí. Si yo soy la alborotadora, puede que no tenga que despedir a Anne. Deja que lo intente.

Hacer sugerencias había sido sencillo, pero lo más cerca que yo había estado de correr algún peligro había sido en aquella discusión con la señorita Eggerton, y ante la primera señal de que la cosa podía complicarse había reculado rápidamente.

—No sé —dijo Betty—. Puede. Pero ¿tú crees que querrá reunirse contigo?

Bunty me miró y se encogió de hombros.

—¿Quieres hablar primero con Anne, Betty? —pregunté—. Si ella prefiere queme mantenga al margen, lo haré. Si no, iré mañana en el primer tren. Por favor, dile que lo solucionaremos.

—Vale —respondió Betty—. Ahora tengo que irme. Volveré a llamar cuanto sepa algo.

Nos despedimos apresuradamente y Bunty colgó el teléfono.

—¿Qué vas a solucionar? —dijo, no sin maldad—. ¿Cómo piensas hacerlo? El tipo parece tan infame como habías dicho.

—No tengo ni idea —respondí mientras Thelma aparecía desde el piso de abajo con cara de preocupación—. Pero es culpa mía y no puedo quedarme de brazos cruzados. Tal vez si apelo a su buen corazón…, si le hago protagonista de toda esta historia. Lo siento, Thel, acabamos de oír que han despedido a nuestra amiga Anne.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Thelma—. Es horrible.

—No estabas tú sola, Emmy —dijo Bunty—. Yo también estuve allí. —Miró el reloj del abuelo. Incluso su tictac sonaba lúgubre—. Tú y Thel tenéis que ir a vuestro turno. Pensaré en a quién puedo escribir. Tienes razón, no podemos dejarlo pasar como si nada.

—Y yo pensaré en qué puedo hacer con el señor Terry —dije—. ¿Qué va a ser de la pobre Anne?

Esa noche dormí mal, revolviéndome en la cama, sin dejar de darle vueltas a cómo ayudar a mi amiga. Escribir cartas a los políticos estaba muy bien, pero a Anne no le serviría de nada.

Tenía que convencer al señor Terry para que le devolviese el empleo, fuera como fuese. No obstante, sabía que no aceptaría mantener una nueva reunión conmigo, por lo que solo me quedaba la carta de hacerle una visita sorpresa.

Subí al primer tren que salía de Londres a la mañana siguiente.

—Nada de esto es culpa tuya —dijo Anne al abrazarme en la estación de tren, donde me había esperado más de una hora, pues el convoy se había retrasado—. No lo es, de verdad. Mamá las ha pasado moradas para ocuparse de los críos. Por eso acabé llevándome a Ruby, no por tu culpa. Y, a todo esto, ¿no deberías estar en el trabajo?

Era probable que tuviera razón, pero no dije nada.

Anne se frotó las manos con sus guantes de lana rojos. Hacían juego con la bufanda y el gorro, y se habría dicho que se preparaba para el comienzo de la temporada festiva.

—¿Cómo te sientes? —pregunté. Tenía un aspecto terrible.

—He tenido días mejores. Sinceramente, no sé en qué estaba pensando. Tendría que haberle pedido a alguien que dijera que

estaba enferma, aunque eso ya lo había hecho un par de veces. Pobre Ruby, no se estaba enterando de lo que pasaba. ¿Nos sentamos?

La estación tenía un saloncito de té que hacía las veces de sala de espera; acepté, sobre todo para que Anne pudiera entrar en calor. Betty había llamado la víspera para decirme que Anne se reuniría conmigo si aún quería verla. Me alegré de encontrarme con ella, pero sus ojos enrojecidos delataban su estado de ánimo.

—¿Qué dijo exactamente el señor Rice? —pregunté mientras elegíamos entre una triste selección de productos de panadería correosos.

—Solo dijo que lo de traer niños tenía que acabarse. Según parece, ha ocurrido en otras partes de la fábrica y el señor Terry está hasta la coronilla.

—¿Y dijo que sanseacabó, sin vacilar?

—Sí. Me dijo que estaba despedida y que me fuera, y eso hice. Ruby estaba soltando alaridos en ese momento y yo lo único que quería era irme.

Le di dinero a la señora del mostrador y dije: «Yo pago», lo cual no fue muy adecuado dadas las circunstancias. Luego seguí a Anne hasta una mesa.

—Mira esto. Betty lo arrancó de una pared y se lo metió debajo de la camisa para sacarlo a hurtadillas —dijo Anne.

Me pasó un folleto con un breve anuncio impreso.

> La dirección de Chandlers ha tenido conocimiento de que algunas empleadas tienen previsto organizar una marcha de protesta referente a las instalaciones de la fábrica.
>
> Nos gustaría recordarles a todas las empleadas que esto va tanto en contra de las normas de la empresa como de las de seguridad. Todo el personal que participe en las protestas será sometido a medidas disciplinarias, incluido el despido y los procedimientos judiciales.
>
> Firmado:
>
> SR. TERRY
> Director

—En ese momento supe que estaba acabada —dijo Anne—. Soy

muy burra. No sé qué voy a hacer. He dejado a los niños con Maeve porque ella tiene turno de noche. Mamá es una agonías, así que me he limitado a decirle que nos cambian los turnos. El caso es que no puede ocuparse de Ruby y Tony durante doce horas al día.

Anne se quitó los guantes y apoyó los codos en la mesa, hundiendo la cabeza en las manos. Sabía que las chicas tenían que frotarse las manos como locas todos los días para quitarse el aceite y la mugre, y estaban al rojo vivo y agrietadas. Anne parecía una sombra de la mujer que había conocido.

—Cómete este bollo —le ordené, como si eso fuera a cambiar las cosas—. Voy a intentar ver al señor Terry y decirle que es culpa mía. Estoy segura de que, si no hubieras salido en *La Amiga de la Mujer*, habrías pasado más desapercibida, y probablemente la petición de la guardería no se habría notado tanto si yo no hubiera hecho ese estúpido comentario sobre un desfile.

—No sé qué decirte —dijo Anne cortando el bollo por la mitad; sabía que lo compartiría con Ruby más tarde—. Te agradezco que lo intentes. Pero fui yo quien llevó a Ruby al trabajo.

—Le diré que iba a cuidar de los niños y que te fallé. Además, si le cuento que toda esa historia de querer conseguir mejores instalaciones fue idea mía y que yo os metí a todas en el ajo, puede que ceda. Pero solo iré si te parece bien que lo intente.

Anne dudó.

—No tengo trabajo, le estoy mintiendo a mi madre y todo lo que hemos intentado hasta ahora no ha funcionado —dijo—. No creo que las cosas puedan ponerse mucho peor. No esperaba que el señor Terry hablara con nosotras cuando le escribimos, pero es que ni siquiera acudió a uno de los responsables de bienestar social para que escuchase lo que teníamos que decir. Si encuentras la forma de llegar a él, dile de mi parte que hay una fábrica llena de mujeres que se esfuerzan al máximo, pero que no podemos hacerlo todo. Le interese o no, nosotras también intentamos cuidar de nuestras familias y hogares, por no hablar de que rogamos a Dios que nuestros muchachos vuelvan de una pieza —concluyó, con el rostro encendido de rabia.

Si mi idea inicial había sido apelar al señor Terry, ahora sentía que nada podría detenerme.

—No sé si conseguiré llegar siquiera a su oficina —dije—, pero

haré todo lo que pueda. Lo prometo.

—Bueno, he fracasado estrepitosamente —respondió Anne—. No dejo de pensar en lo que Anthony diría, y sé que insistiría para que no diésemos nuestro brazo a torcer.

Me apretó la mano con fuerza.

—No quiero meterte en líos, Emmy. ¿Y cómo te las vas a ingeniar para verlo?

Sonreí.

—No me meteré en líos. ¿Ves esa furgoneta?

Miró por la ventana: había una furgoneta de mercancías corriente aparcada fuera de la estación; un hombre con chaqueta oscura y gorra recogía unas cajas que le pasaba un mozo.

—Es el señor Noakes —dije, mientras empezaba a recoger mis cosas—. ¿Lo conoces? Su mujer es la señora Noakes, de la recepción. Me ha llevado dos veces a Chandlers y es muy amable y simpático. —Le ofrecí a Anne lo que esperaba que fuera una sonrisa alentadora—. Además, hace una recogida diaria del tren que llega justo ahora.

El rostro de Anne se iluminó.

—Pero ¡mira que eres ingeniosa! —dijo.

—Puede que no salga bien —respondí—, pero tengo que alcanzarlo antes de que se vaya, así que hazme el favor de comer y, si no te importa, llévate mi bollo para Ruby, a ver si le gusta.

—Gracias y buena suerte —me dijo Anne. Luego me dio un papel con una dirección—. Estaré en casa de Maeve. ¿Te acercarás en cuanto lo hayas visto?

Asentí con la cabeza y me guardé la nota en el bolsillo antes de acercarme a donde estaba el señor Noakes.

—No le toleres ningún disparate —dijo Anne—. ¡Y dale su merecido!

Fuera de la estación, Wilfred Noakes estaba metiendo las últimas cajas en la furgoneta. Me acerqué rápidamente.

—¡Hola! —grité.

—¡Señorita Lake! —dijo; de su boca salió un vaho que revelaba la gélida temperatura—. No podemos estar separados, ¿verdad?

—Buenos días, señor Noakes. ¿Cómo están usted y la señora

Noakes?

—Muy bien, gracias. ¿Quiere que la acerque a algún sitio?

Miré a mi alrededor con atención, no fuera que alguien pudiera oírme.

—No sé —dije, pero no quería mentirle—. A no ser que desee formar parte de lo que probablemente acabe siendo «una muy mala idea».

El señor Noakes se rio con ganas.

—Es la mejor oferta que he tenido en todo el día. Vamos. Entre.

Wilf Noakes era tan buena persona como había pensado. De complexión ligera y unos preciosos ojos marrones, hacía muy buena pareja con su esposa, Noreen. Decidí contarle lo que ocurría, por si prefería que me bajase del camión y no meterse en problemas. Sin embargo, para mi sorpresa, parecía saber tanto como yo, por lo menos.

—Este señor Terry es un…, bueno, no diré la palabra, pero no lo soporto —dijo—. Solo lleva un año en el cargo y ya ha disgustado a más gente que las cenas calientes de la cantina.

Era una información nueva para mí. Por cómo hablaba, había asumido que el señor Terry llevaba siglos siendo parte del éxito de la fábrica.

—Acaba de despedir a dos de mis amigas —solté a bocajarro.

—¿A la señora Barker? —preguntó Wilf.

—Y ahora también a la señora Oliver —añadí.

Wilf resopló.

—Noreen me lo ha contado. ¿Y por eso quiere verle?

Asentí. Mientras salíamos del centro y nos dirigíamos a la fábrica, le hice otra confesión.

—Señor Noakes, no tengo documentos para los guardias de seguridad.

—Eso sí que es una sorpresa —dijo el señor Noakes con toda tranquilidad—. Y llámeme Wilf, aunque delante de los guardias será mejor que no.

—Gracias, Wilf, y llámeme Emmy, se lo ruego.

Wilf asintió y guardó silencio un momento.

—Emmy —dijo pensativo—. Cuando lleguemos a las puertas, dígame si reconoce a alguno de los muchachos. Podría ser útil.

Casi habíamos llegado a Chandlers, por lo que empecé a

ponerme nerviosa.

—Esto no le meterá a usted o a la señora Noakes en un lío, ¿verdad? —pregunté.

Wilf negó con la cabeza mientras maniobraba con pericia en una curva cerrada.

—No se preocupe —dijo—. Siempre puedo decir que supuse que había vuelto porque tenía una reunión oficial. Noreen estará de acuerdo. Para ser sincero —añadió—, de todos modos, nos vamos a ir. A ella no le gusta cómo la mira Terry, y a mí tampoco. Bien, ¿está preparada?

Habíamos llegado a la puerta principal. Miré con atención a dos guardias de seguridad que se acercaron a la furgoneta.

—El de la derecha me ha visto antes —dije.

—Bien. Ahora sonría y ponga cara de inocente y déjeme a mí el resto.

Wilf bajó la ventanilla de la furgoneta y se asomó.

—¿Ya te has congelado? —dijo entregando una hoja de papel—. Está todo en la lista. Aquí tienes la llave de atrás, y he vuelto a recoger a la señorita Lake para el jefe.

Había creído que Wilf tramaba una complicada historia de encubrimiento, pero estaba claro que era más el tipo de hombre que te miraba a los ojos y solía ser sincero. Al entregar mi carné de identidad, intenté parecer inocente o, en su defecto, inofensiva. No tenía nada que demostrara que debía estar allí.

Antes de que el guardia pudiera cuestionarlo, Wilf intensificó su cháchara.

—Alguien por aquí ha impresionado al jefe —dijo haciendo un mohín—. Creo que esta chica de aquí tiene una invitación permanente.

—Mmm —dijo el guardia—, espera, que voy por un pase.

Casi se me escapó un grito ahogado; parecía que Wilf lo había conseguido.

—Intente parecer menos sorprendida —masculló entre dientes y sofocando una risa—. Gracias, colega —añadió cuando el guardia volvió con mi pase.

En cuanto nos alejamos, Wilf soltó una carcajada y golpeó el volante.

—Lo siento —dijo—. Noreen me echaría una buena bronca por

lo que acabo de hacer. Aunque va a tener que trabajarse el papel de Mata Hari si quiere hacer carrera como espía. ¡Tendría que haberse visto!

—«Creo que esta chica de aquí tiene una invitación permanente». Wilf, ¡estoy prometida! —dije, fingiendo estar molesta y luego echándome a reír—. Y en cuanto a la mueca desdeñosa…

Wilf soltó una carcajada.

—Es usted buena persona —dijo enjugándose las lágrimas de los ojos—. No se me ocurrió otra forma de hacerla entrar. Da lo mismo, al menos ha funcionado.

Al cabo de poco, detuvo la furgoneta en el hangar doce.

—Si quiere, puedo esperarla aquí abajo. A cambio de un centavo… y eso.

—Gracias, Wilf —dije mientras me apeaba—. No tardaré mucho.

—Tenga cuidado. Y dígale a Nore que estoy al corriente de lo que está pasando.

Le di las gracias con la cabeza y recorrí el corto trayecto hasta el hangar doce. Había un Austin 16 negro reluciente aparcado en diagonal delante de la puerta.

El señor Terry estaba en la fábrica.

Noreen Noakes estaba en su pequeña cabina. Intercambiamos saludos, y luego, con la boca un poco reseca, le dije que había venido a ver al señor Terry. No dije que tenía una cita.

—Gracias, señorita Lake —dijo ella—. Llamaré para que alguien venga a buscarla.

—No —susurré—. Le ruego que no lo haga.

La señora Noakes me miró con sorpresa.

—He venido por Anne Oliver —dije hablando con urgencia y deseando que me entendiera—. Y por Irene Barker. He visto al señor Noakes en la estación y ha tenido la amabilidad de traerme. Me ha dicho que le diga que sabe a qué he venido.

A pesar de lo mal que me había explicado, la señora Noakes me entendió.

—Es un asunto muy triste —dijo en voz baja. Luego, como si todo fuera perfectamente normal, añadió—: Ponga aquí su nombre. Si el señor Terry ha dicho que suba directamente, entre por las puertas que quedarán a su derecha. Ya conoce el camino, claro.

—Gracias —le contesté, y nunca lo había dicho más en serio.

Mientras subía las escaleras que conducían a las oficinas, me pregunté cuánta gente en Chandlers no era muy afecta al director de la fábrica. Aquella idea me dio algo más de confianza. ¿Y si más personas se ponían del lado de Anne?

Pero no había tiempo para pensar en ello. Un hombre de mediana edad, trajeado, salió de las puertas del primer piso; le sonreí y le di las gracias por mantenerlas abiertas. Era otra joven trajeada más. Ahora tenía que pasar por delante de la secretaria del señor Terry, la señora Cleeve. Llegados hasta este punto, era poco probable que mi buena suerte siguiera.

Su escritorio estaba fuera de la oficina del director: era como una centinela en el mostrador de perfumes de Boots. No podía arriesgarme a enfrentarme a ella, por lo que no me detuve.

—¿Disculpe? —preguntó cuando pasé por delante de ella sin hacerle el menor caso—. ¿Es usted la señorita Lake? ¿Tiene una cita?

La oficina del señor Terry estaba a poca distancia. En la puerta había un letrero con su nombre, sobre uno de esos cristales que no se transparentaban.

—Señorita Lake —exigió la secretaria levantando la voz—. Debo insistir.

Pensé en Anne. «Y yo también», me dije para mis adentros.

Alcancé el pomo, abrí la puerta y entré.

22
No me gusta la gente que se mete con mis amigas

Como me temía, mi visita no suscitó entusiasmo.

—¿Qué diantres está pasando? —Ladró el señor Terry, levantándose de su asiento. Estaba sentado a su mesa hablando con un hombre que reconocí. Era el señor Adams, el director de Relaciones Públicas.

—Buenos días, señor Terry —dije—. Señor Adams. Pido disculpas por la interrupción.

—¡Más le vale, carajo! —exclamó el señor Terry—. ¿Quién la ha dejado entrar?

La señora Cleeve me había seguido al interior del despacho con grandes aspavientos.

—Señor Terry —dijo—, no tengo ni idea de cómo ha pasado esta joven el control de seguridad.

—Entonces debería sacarla de mi despacho —respondió el señor Terry groseramente.

—¡Esperen! —exclamé—. He venido a disculparme. Y a darle una explicación. Creo que se ha enterado de que la señora Anne Oliver trajo a su hija a la fábrica. Es todo culpa mía. Me temo que la dejé colgada como niñera y no tuvo otra opción.

—¿La señora Oliver? —preguntó el señor Terry.

El señor Adams murmuró algo para sus adentros.

—¡Oh, ella! Una de las alborotadoras de la protesta.

—No, no lo son —dije, olvidando mi plan de ser lo más agradable posible—. No hay ninguna protesta, señor. Iba a celebrarse un «desfile patriótico», pero era para reclutar a más mujeres, siempre que cuenten con la infraestructura necesaria.

No era mentira.

—Pero se ha cancelado —continué—. Y, señor Terry, tiene que saber que la idea del desfile también fue mía y de nadie más, no de la señora Oliver.

Me adentré más en la habitación, no fuera que la señora Cleeve sintiese la necesidad de echarme.

—¿En serio? —dijo el señor Terry con sarcasmo—. ¿Por qué será que no me sorprende? La última vez que estuvo aquí con el pretexto de entrevistarme, me sermonearon a propósito del cuidado de los hijos de las empleadas. Luego sus amigas empezaron a enviarme cartas exigentes y a organizar manifestaciones antipatrióticas. Y ahora viene usted aquí, ingeniándoselas para colarse en una fábrica de alta seguridad, proveedora de municiones del Gobierno. Es todo un poco raro, ¿no le parece?

—No era un pretexto, señor —dije. Abrí rápidamente mi maletín y saqué un ejemplar del último número de *Lo Amigo de lo Mujer*—. Verá que lo he citado, no por su nombre, por supuesto, sino como director de la fábrica y de forma bastante extensa. —Dejé la revista en su mesa con la página abierta—. Aquí. Justo debajo de la foto de todas las mujeres disfrutando de los espectáculos. Verá que el artículo es más que elogioso.

El señor Adams estiró el cuello para escudriñar la revista, pero el señor Terry seguía furioso y con cara de pocos amigos.

—Señor Terry —dije—, siento mucho haber causado problemas. Los artículos de nuestra revista han sido tremendamente positivos, pero quizá yo me entusiasmé demasiado con la excelente iniciativa del Gobierno de proporcionar guarderías a las obreras de la industria bélica. Le ruego que no sancione a las mujeres. Especialmente a la señora Oliver. Tengo entendido que es una empleada muy eficaz y sé que está muy comprometida con su trabajo.

Aunque mis palabras me parecían enfermizamente serviles, me esforcé por que mi voz sonara tranquila, manteniendo el tono bajo e incluso intentando mostrarme algo encantadora. La adulación ya había funcionado con él, y sabía que el señor Adams no tenía nada contra mí. Intenté captar su mirada, pero la tenía clavada en sus manos.

Pensé en cómo había conseguido retroceder ante el enfado de la señorita Eggerton y en cómo habría gestionado la señora Edwards

mi situación actual.

Ella se habría colado en el despacho, habría embelesado a aquellos dos hombres y les habría hecho firmar un acuerdo sobre una buena cadena de guarderías, horarios de trabajo decentes, igualdad salarial y espejos de lavabo de pared a pared en cuestión de minutos.

Pero yo no era la señora Edwards.

El señor Terry se sentó de nuevo en su ancha butaca y cruzó los brazos.

—Señor Terry, ¿acompaño a la señorita Lake a la salida? —preguntó la señora Cleeve.

—Ya me encargo yo —dijo el señor Terry, malhumorado—. Puede irse.

Me pregunté cómo la señora Cleeve lo soportaba.

—Señorita Lake —dijo el señor Terry—, debe saber que la disidencia antipatriótica es asunto de la policía.

—No es antipatriótica, señor Terry —dije con tanta dulzura como fui capaz—. Solo quieren trabajar en condiciones. Para eso es la campaña de reclutamiento del Gobierno: para que haya más mujeres trabajando en el esfuerzo bélico. Solo que no pueden hacerlo fácilmente cuando los turnos imposibilitan el cuidado de sus hijos. Eso no es una crítica —añadí.

—¿Y qué opina el Ministerio de Información de sus opiniones? —preguntó el señor Terry.

Vacilé.

—Están plenamente comprometidos con el reclutamiento de más obreras para la industria bélica —dije—. Justamente la semana pasada, el subsecretario del ministro elogió nuestra revista por los artículos sobre su fábrica. No estoy aquí para causar problemas.

A esas alturas estaba prácticamente suplicando. Me odiaba por hacerlo, pero valía la pena intentarlo. Si lograba que el señor Terry se creyese un gran hombre, quizá se mostrara un poco más dispuesto.

Me equivoqué.

—Señorita Lake, como parece ser que usted tiene un nombre en el Ministerio de Información, estoy seguro de que mis amigos del Ministerio de Trabajo estarán encantados de escuchar todo lo que sabemos de usted y su revista, así como de la forma en que se ha

infiltrado y ha influido en mis trabajadoras. Las protestas, las marchas y cualquier otra cosa a la que las haya estado incitando no encajan con sus articulillos.

Abrí la boca para defenderme, pero el señor Terry ya había tenido suficiente.

—¡¡¡Señora Cleeve!!! —gritó.

La mujer entró a toda prisa en el despacho. Debía de haber estado aguardando al otro lado de la puerta; tenía el semblante más serio que nunca.

—Por favor, asegúrese de que la señorita Lake abandona el recinto —le ordenó.

—Sí, señor Terry —respondió ella—. He organizado el transporte. Muchas de las trabajadoras están saliendo a almorzar temprano, así que he pensado que era mejor hacerlo con discreción.

El señor Terry asintió con sequedad.

Pero yo no había dado mi opinión y, lo que era más importante, Anne no había dado la suya.

—¿Qué pasa con la señora Oliver? —pregunté—. ¿Le devolverá el trabajo? Le prometo que no volverá a traer a su hija.

El señor Terry se encogió de hombros. En su gesto altivo quedaba claro que aquello le importaba un pimiento.

Señor Terry, gran fantoche.
Señor Terry con su coche.

—Mire, señor —dije hablando con calma—, las trabajadoras de su fábrica a las que he conocido se preocupan por lo que hacen. Puede que nunca ganen un salario como el suyo, ni conduzcan un gran coche como el suyo, ni tengan un cenicero Rolls-Royce. —Miré con desprecio el que había encima de su mesa—. Y yo tampoco. Pero darán lo que buenamente puedan, incluidos los hombres a los que aman, para ayudar a ganar esta guerra.

Pensé en Anne y Anthony, en Irene y su esposo, Douglas. Pensé en Bunty y William, y en mi hermano Jack sobrevolando el canal en plena noche. Y mientras mi corazón se estremecía, pensé en Charles, mi amado Charles, a quien quería más que a nada en el mundo.

Todos deseábamos que fábricas como Chandlers produjeran

municiones y armamento, así como cualquier otra cosa necesaria para el esfuerzo bélico, porque de ese modo nuestros muchachos podrían volver sanos y salvos. Pero eso no implicaba que a una mujer que se esforzara por ellos se la pudiera tratar como una pieza de recambio más.

La única forma que teníamos de superar esta guerra era ayudándonos unos a otros. El señor Terry nunca lo entendería, ni en cien años.

—Señor Terry, me jugaría el pellejo a que, si estas mujeres estuvieran en su lugar, no intimidarían a la gente ni ignorarían las amables peticiones de una ayuda a la que tienen perfecto derecho. Pondrían todo su corazón en el esfuerzo bélico, pero entenderían que la cosa no va de dinero y contratos del Gobierno y amigos en las altas esferas. —Mantuve el contacto visual hasta que él apartó la mirada—. La cosa va de poder arrimar el hombro y ayudar a ganar esta guerra, por todos y cada uno de nosotros.

Luego me volví sobre mis talones y, seguida de cerca por la señora Cleeve, salí de allí.

Es posible que hubiera conseguido decir la última palabra, pero no me hacía la ilusión de haber salido vencedora. Con el corazón en un puño, esperé a que la señora Cleeve llamara a Seguridad para que me sacaran del recinto.

—Señorita Lake —dijo enérgicamente—, es hora de que se vaya.

Me agarró del brazo y me condujo fuera de las oficinas de la dirección con unos modales que no dejaban lugar a dudas.

—Por ahí —me indicó, casi empujándome a través de las puertas en dirección a las escaleras, mientras un hombre con un mono de trabajo marrón, que supuse que sería un capataz, se nos quedaba mirando.

Me condujo escaleras abajo, donde, para mi sorpresa, Noreen Noakes aguardaba fuera de su cabina con gesto ansioso.

—Señorita Lake —dijo Noreen—, ¿qué ha pasado? La señora Cleeve ha llamado para decir que el señor Terry está hecho un basilisco.

—¿Ha conseguido encontrar al señor Noakes? —preguntó la señora Cleeve con gesto duro.

—Las espera en la furgoneta —dijo Noreen.

No entendía qué estaba pasando.

—Debería apurarme, señorita Lake —dijo la señora Cleeve—. Hoy se ha portado como una chiquilla estúpida y probablemente ha empeorado las cosas para sus amigas. Gracias, señora Noakes. Que tenga un buen día.

Mientras la señora Cleeve volvía con paso firme adonde estaba el señor Terry, Noreen Noakes me acompañó fuera del edificio.

—Asegúrese de contárselo todo a Wilf —me dijo—. Así él podrá contármelo a mí. Váyase antes de que la señora Cleeve cambie de opinión y llame a Seguridad. Y no se preocupe. No sé lo que acaba de hacer, pero apuesto a que no es ni la mitad de malo de lo que ella dice.

Agradecí que me dijera esas cosas, pero las palabras de la señora Cleeve resonaban en mis oídos. Todavía estaba furiosa con el señor Terry, pero ¿y si me había comportado como una estúpida? ¿Y si había empeorado las cosas para mis amigas?

Wilf Noakes no se limitó a acompañarme fuera del recinto, sino que me llevó hasta el piso de Maeve. Como le había prometido a su esposa, le conté lo que había sucedido, aunque haciéndoles jurar a los dos que guardarían el secreto. No quería que ninguno se viera implicado en mi disputa.

Wilf me escuchó atentamente mientras yo intentaba no hacer un drama de lo que acababa de ocurrir.

—Admiro sus agallas —dijo mientras se dirigía a casa de Maeve sin necesidad de consultar un mapa—. Noreen y yo vivimos a dos calles de distancia —me explicó mientras detenía la furgoneta frente a la casa de Maeve y ponía el freno de mano con un crujido.

—Eso lo explica. —Sonreí—. Wilf, ¿cree que me he pasado de la raya? ¿Y está seguro de que no lo meteré en un lío?

—Creo que ha dicho lo correcto —respondió Wilf—. A veces hay que hacerlo. No se preocupe por mí, creo que el viejo Terry querrá mantener todo esto en secreto. Buena suerte, Emmy. Cuídese.

Volví a darle las gracias y me apeé, despidiéndome con la mano mientras se alejaba. Me sentía enormemente agradecida por su ayuda, pero era consciente de que no había respondido a mi pregunta. Esperé un momento antes de llamar al timbre. La peculiar euforia de haberle puesto los puntos sobre las íes al señor Terry

empezaba a desvanecerse. Tendría que confesar que había fracasado.

Maeve abrió la puerta.

—¡Vaya! Tienes un aspecto horrible —dijo—. Entra. Mis hijas están jugando con Ruby y Tony en el dormitorio, así que no nos molestarán.

Subimos los escalones y entramos directamente en la habitación delantera, donde, para mi sorpresa, además de Anne, me encontré con Betty y Violet.

Era una estancia pequeña pero acogedora, con fotografías de familia en marcos que cubrían las paredes empapeladas y una estantería a rebosar de libros. Había un gran gato pelirrojo recostado en el respaldo del sofá, y Violet se inclinaba hacia delante para no estorbarle.

—Dame tu abrigo, Emmy —dijo Maeve mientras iba y venía—. Mermelada, bájate de ahí. Emmy, siéntate en esa silla.

Mermelada no se movió.

—Hola a todas —dije sin conseguir esbozar una amplia sonrisa.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Anne.

Las cuatro aguardaban ansiosas.

Me senté en la silla con un golpe seco.

—No ha cedido ni un centímetro —dije, sintiéndome peor a cada minuto—. Está claro que le da igual. Es una inconveniencia para él. Siento mucho haberos metido en todo esto.

Un coro de negaciones se elevó en respuesta.

—No seas boba —dijo Violet.

Maeve me dio una palmadita en el hombro.

—Es un tipo repugnante —soltó Betty—. Cuéntanoslo todo.

Tras respirar hondo, referí todo el episodio. Al contarlo por segunda vez, sonó aún más desesperado: tenía la sensación de haber sido como un pececillo de colores que había pretendido enfrentarse a un tiburón.

—Terminó diciendo que éramos antipatriotas y que lo que él llamaba «protesta» podía ser asunto de la policía. Le contesté que era un desfile patriótico, pero menos mal que lo habéis cancelado. No le hace maldita la gracia.

Al final, llegué a lo que realmente quería decir.

—Lo siento mucho, Anne. Dijiste que no aceptara ninguna de sus

tonterías, pero no ha querido escucharme. Te he decepcionado. Toda la perorata sobre las cartas y las marchas… Para mí, fue muy sencillo decirlo. No tendría que haber dejado que arriesgaras tanto. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte a conseguir otro trabajo.

Anne estaba sentada muy recta en un sillón en el otro extremo de la estancia. Apenas me atrevía a mirarla a los ojos.

—Ese hombre es un cerdo —dijo. Estaba tan pálida como siempre, pero tenía las mejillas encendidas y le habían salido manchas rojas en el cuello. Parecía aún más enfadada que por la mañana—. ¿Cómo se atreve? —dijo con la voz ligeramente temblorosa—. Ni se te ocurra disculparte, Emmy. No eres tú la que ha llevado a su hija a una fábrica. Esa responsabilidad es solo mía. Tú podrías haberte limitado a escribir tus artículos y llevarte todos los elogios de la gente del ministerio, pero no lo has hecho. Durante las últimas semanas, has mostrado más interés en nuestro bienestar de lo que el señor Terry mostrará en toda su vida.

—Eso es verdad —coincidió Betty.

—Pues al carajo el señor Terry y su acoso —dijo Anne, sorprendiéndonos a todas. Echó un vistazo alrededor de la habitación, con la cara seria y la mirada casi negra—. Os digo una cosa: voy a desfilar, pase lo que pase. —Se puso en pie, como si quisiera empezar allí mismo—. Lo único que quería era ir a trabajar, cuidar de los niños y de mi madre, aportar mi granito de arena y buscarme la vida por mí misma. Y voy a escribirlo en un cartel y llevarlo hasta el ayuntamiento, tal como habíamos planeado. Dejaré a los niños con mamá. No tendrá por qué saberlo.

Miré a las demás.

—Entonces yo voy contigo —dijo Betty—. No lo vas a hacer tú sola.

—Te despedirá, Bet —dijo Anne.

—No si yo renuncio primero.

Mermelada se había subido de un salto al regazo de Violet, que se puso de pie, sosteniéndola contra su pecho.

—Estaré allí —dijo—. Yo también desfilaré contigo.

Seguí observando. Betty sostenía la mano de Anne.

Mermelada se retorció y saltó de los brazos de Violet: aterrizó en el suelo y arqueó el espinazo. Pasó junto a Maeve y salió de la

habitación.

Maeve la observó, los labios fruncidos. De todas, ella era la que tenía más que perder. Me llegaron las risas de los niños desde el otro cuarto.

—No, Maeve —dijo Anne—. Es un riesgo demasiado grande. Si vienes, te echará a ti también.

Maeve esbozó una sonrisa.

—¿Podremos quedarnos todas en casa de Bunty si lo hace? —preguntó mirándome.

—Todas y cada una —respondí sin dudar.

—Estoy bromeando —dijo Maeve.

—Yo no, si no os importa apretujaros un poco —respondí.

—Cuenta conmigo, entonces —dijo Maeve—. No me gusta la gente que se mete con mis amigas.

—Estáis locas de atar —soltó Anne. Tenía los ojos anegados de lágrimas—. Hagámoslo pues. No solo por mí. Hagámoslo también por Irene.

Los «¡Así se habla!» resonaron por toda la habitación.

—Si es el día 20, como estaba planeado, ¿te parece bien si también vamos Bunty y yo? —pregunté—. Estaremos contigo o te animaremos. Lo que quieras.

—Por supuesto —contestó Anne—. Si estás segura.

—No me lo perdería por nada del mundo —dije.

—Tú puedes ser la prensa —apuntó Betty, inspirada—. Toma notas y entrevístanos cuando estemos allí, para que la gente lo vea. Eso le dará más empaque.

—Aunque vamos a necesitar a alguien que cuide de los niños —dijo Maeve—. ¿Podría hacerlo tu madre, Anne?

—¿Por qué no os los traéis? —sugerí—. La última vez dijimos que es muy importante que no parezca que estáis intentando derrocar al Gobierno. ¿Qué podría ser menos amenazante que un grupo de mujeres con niños y cochecitos? A no ser que creáis que eso los asustará o les molestará, claro. —Hice una mueca.

—A los míos les gustará —dijo Maeve—. Les encantan los desfiles. Les diremos que es una fiesta para ayudarlos a que tengan un sitio donde jugar mientras nosotras estamos en el trabajo… ¡Premio!

—A Ruby también le encantan los desfiles —dijo Anne—. Este

año fue al del Primero de Mayo y llevó su coronita de flores de papel durante días hasta que se le cayó a pedazos. —Se detuvo y se quedó pensativa un momento—. ¿Por qué no hacemos eso? Haremos flores de papel para los niños. Así será más parecido a un carnaval. También nosotras podemos ponérnoslas y llevar carteles. Así nadie pensará que somos un grupo de alborotadoras.

—Anne, es perfecto —dije—. Si se trata de poder ayudar a los hombres a ganar la guerra y tenéis a los niños con vosotras, a nadie le cabrá duda alguna del motivo del desfile.

—No hay nada más patriótico que un niño con una corona de flores —bromeó Betty—. Pero tendremos que turnarnos para llevar a Tony.

—Lo sé, es un retaco. —Sonrió Anne—. Puede venir en su cochecito.

Mientras Maeve iba a echarles un ojo a los niños y las otras mujeres se sentaban de nuevo para retomar sus planes, yo observaba en silencio, participando un poco, pero sobre todo sumida en mis pensamientos.

Con frecuencia, en el trabajo, cuando abría las cartas a «Su jovial servidora», me encontraba con que las lectoras aludían a algo que había dicho alguna amiga suya. No siempre eran elogios, pero sabías que sus amigas eran una parte central de su mundo, especialmente ahora que tantos hombres estaban tan lejos. A Anne y a las chicas, a mí y a Bunty, a Kath o a Thelma nos pasaba lo mismo. Nos apoyábamos unas a otras en los mejores y los peores momentos de la guerra, sin pensarlo siquiera. Lo hacíamos y punto.

—Pues ya está resuelto —dijo Anne—. Viento en popa hacia el día 20.

Se oyó un grito desde el dormitorio y, momentos después, Ruby entró al galope en el salón.

—¡Tita Emmy! —gritó—. ¿Por qué estás aquí? No es nuestra casa.

Se subió a mi regazo.

—Solo he venido a saludar —dije dándole un abrazo—. ¿Cómo estás, monstruito?

—Vamos a tener un conejo —respondió Ruby.

Miré a Anne.

—Aún no estoy muy convencida —dijo ella—. Pero tengo algo

que te va a gustar igual o más.

—¡¿Son galletas?! —gritó Ruby.

—Mejor que eso —contestó Anne—. ¿Te gustaría que mamá te hiciera una corona de flores?

23
Una sorpresa que sale mal

El viaje de vuelta a casa fue pesado, con otra larga espera debido a un problema en la línea y sin un sándwich que comprar en ningún sitio. Cuando tomé el metro para ir a *La Amiga de la Mujer*, varias noches de poco dormir sumadas a las fuertes emociones de la mañana empezaban a pasarme factura. Entré penosamente en la oficina, cansada, y empecé a meter algo de trabajo en mi bolso para dedicarme esa tarde a recuperar el día que había pasado haciendo novillos.

Kathleen me dijo que tenía pinta de necesitar un buen descanso, cosa que no podía negar, y le prometí que al día siguiente estaría en mejor forma. De momento, lo único que necesitaba era ir a casa, darme un baño caliente, si había agua caliente, y luego sentarme en el sofá e intentar no cabecear mientras trabajaba. También deseé que Bunty hubiese preparado la cena.

Cuando llegué a Pimlico, no tenía fuerzas para nada. El apagón había terminado cuando empujé la puerta de casa y me abrí paso a tientas, atravesando la pesada cortina, hacia la oscuridad del vestíbulo.

Para mi sorpresa, se oía música desde el salón. Resultaba extraño, pues era una estancia espaciosa y nunca se utilizaba, sobre todo porque era demasiado grande y siempre estaba fría. Sonaban Billy Cotton y su banda, y oí a Bunty desternillarse de risa con la que parecía ser Thelma. Las acompañaba un hombre, cuya voz identifiqué enseguida como la de Charles.

No tenía ni idea de que fuera a venir. Tras dos largos días, era una gran sorpresa y una enorme recompensa. Encontré el interruptor de la luz, lo encendí y corrí por el pasillo, abriendo de

golpe la puerta del salón para saludarlos. La puerta, sin embargo, se estrelló en la espalda de Bunty.

—¡Uuuf! —gritó ella al tiempo que casi salía volando—. Oh, Emmy, eres tú. —Parecía un poco aturdida.

—Lo siento, Bunts. ¿*Te* has hecho daño? Hola, cariño, qué bonito regalo. Hola, Thelma. Dios santo, ¿qué estáis haciendo?

Eché una ojeada a la habitación y vi que habían apartado a los lados algunos muebles y habían quitado algunas fundas. El gramófono estaba sobre una mesa auxiliar y varios vasos vacíos reposaban a su lado. Me sentía tan cansada que habría jurado que estaban celebrando una fiesta.

—He pasado un momento para hablar del banquete —dijo Thelma.

—¡Cariño! —exclamó Charles, muy animado—. Yo ya me iba. —Era un saludo peculiar—. Tenía una reunión en la ciudad, así que he venido por sorpresa. Siento mucho que no hayamos podido vernos.

Se acercó y me besó.

—El tren iba con retraso —dije.

—Charles nos ha ayudado a mover los muebles para ver si quedaban bien para tu recepción —señaló Bunty. Estaba ruborizada —. Igual he exagerado un poco —añadió, y luego se rio.

No capté del todo la broma.

—Bien —dije. De forma completamente irracional, estaba disgustada por habérmelo perdido; luego me di cuenta de mi mezquindad y me disgusté aún más—. Bueno, parece que sí. Que quedará bien, quiero decir —añadí sin emoción.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Charles—. ¿Te traigo algo de beber? Ven y siéntate, cariño, pareces agotada.

Estaba siendo encantador. Se interesaba por mi trabajo, le preocupaba que estuviera cansada. Sin embargo, yo no estaba de humor para beber; además, la última vez que habíamos conversado había sido para hablar de que pronto se marcharía al frente. No me sentó muy bien aquel saludo alegre y ese «¿Te traigo algo de beber?», como si hubiera llegado tarde a un cóctel o algo así.

—Me hubiera gustado saber que venías —dije descortésmente—. Es una pena que tuviera que ser hoy. Pero, aun así, veo que te lo has pasado de lo lindo.

Intentaba comunicarle que estaba decepcionada por no haber podido verlo, pero, en lugar de eso, me comporté como una mocosa mimada. Bunty y Thelma estaban un poco incómodas. Charles no dijo nada.

—Bueno —solté—, Charles, ¿no has dicho que tenías que irte?

Miró su reloj.

—Tendría que irme. Lo siento mucho, cariño. Esperaba que estuvieras aquí.

—Pues no. Estaba aguantando los gritos de un director de fábrica que quería llamar a la policía —repliqué.

Cualquier novia amable, o menos cansada, se hubiera alegrado de ver que se divertía con sus amigas. Pero lo cierto es que aquello no me había sentado bien.

—Lo siento —logré decir.

—En realidad, tengo buenas noticias —dijo Charles—. Por eso quería verte. Espero que te gusten.

Sonreía de oreja a oreja y se le veía contento y emocionado al mismo tiempo. Mi malhumorado corazón se derritió.

—Thel, ¿pongo la tetera al fuego? —preguntó Bunty diplomáticamente.

—Puede que lo que voy a decir también te interese a ti —dijo Charles.

—Debe de ser algo bueno —apunté, más animada—, pero necesito sentarme. —Retiré un cobertor de una elegante silla antigua y me dejé caer en ella.

—Bien —dijo Charles—, no lo alargaré más. Acabo de ir a San Gabriel y he conseguido ver al reverendo Lovell. Esta es la parte buena. Ha dicho que, si consigo un permiso, podrá casarnos antes de Navidad.

Charles estaba en lo cierto: era la mejor noticia que podía darme. Los últimos restos de mi enfado desaparecieron por completo.

—Cariño, eso es maravilloso. ¡Gracias! —exclamé arrojándome a sus brazos y besándolo. Ahora sabía por qué parecía que acababa de ganar el Derby.

Bunty y Thelma, entre tanto, nos ovacionaban con entusiasmo.

—¿Cuándo? —pregunté—. Tenemos que decírselo a todo el mundo. ¿Cuál es la fecha exacta?

—Es el último sábado antes de Navidad —dijo Charles—. Una boda festiva y, con un poco de suerte, la gente podrá venir. ¿Qué sucede?

—¿El sábado 20? —pregunté.

—Así es. A las dos. He conseguido un permiso de setenta y dos horas para que podamos tener algo parecido a una luna de miel. No es acorde a las reglas, pero el comandante se ha portado de maravilla.

No sabía qué decirle. Parecía tan feliz…

Pero no había manera de disfrazar estas cosas.

—Es el día de la marcha —dije.

Charles puso una cara larga.

—Pero se había cancelado —intervino Bunts.

Negué con la cabeza.

—Pues ya no. Van a seguir adelante. Acabo de prometerle a Anne que acudiré como reportera.

—Ni se me había pasado por la cabeza —dijo Charles—. Pues sí que es mala suerte. Me temo que el reverendo Lovell dijo que era la única fecha disponible. —Miró su reloj—. Em, lo siento mucho, pero tengo que irme ya.

¿«Mala suerte»? Eso me sacó de mis casillas.

—Vale —dije—. Te acompaño fuera.

—Voy a recoger —dijo Bunty, que parecía mucho más consciente de la enormidad de la situación que mi prometido.

—Yo te ayudo —se apresuró a decir Thelma—. Chau, Charles.

Charles se despidió y me siguió, cerrando la puerta del salón a sus espaldas.

Le pasé su abrigo, que estaba colgado en la percha del vestíbulo, pero no se lo puso. Se lo metió bajo el brazo y me miró fijamente.

—¿Vas a venir? —preguntó—. A nuestra boda.

—Por supuesto que sí —le dije enfadada—. Qué pregunta más tonta. De todos modos, no tengo muchas opciones. Acabo de perder una oportunidad fugaz de verte y no sé cuántas más voy a tener. Así que, si una boda es la única forma de asegurarnos más de cinco minutos juntos, supongo que así tendrá que ser.

Hice un mohín mientras lo decía. Aunque fuera la verdad, había sonado cortante; no era una buena cualidad, precisamente.

Charles encajó el golpe, pero no cayó en la provocación, sino

que se mostró conciliador.

—Sé que no es fácil —dijo—. Mi trabajo nunca lo es.

Me pregunté si estaba siendo corta de entendederas. Él parecía muy contento por haber conseguido adelantar la fecha, y yo tendría que estar tan encantada como él. Intenté ser razonable, pero no pude evitar acordarme de lo que había pasado esa misma mañana.

—Bueno, al menos tú tienes trabajo —dije—. Yo acabo de estar con un grupo de personas que probablemente no lo tengan.

Me estaba preguntando cómo iba a decirle a Anne que no iría a la marcha.

Les había prometido que «no me lo perdería por nada del mundo».

Cerré los ojos. No podía faltar a mi propia boda.

—Em, siento mucho lo de la fecha —dijo Charles—. De verdad. Pero ahora que los norteamericanos están involucrados y los japoneses están sembrando el caos, los planes de todo el mundo se han desbaratado. Estoy casi seguro de que embarcaremos antes de Año Nuevo. Cariño, podría irme dentro de dos semanas.

Eso fue como un puñetazo en el estómago.

—Por eso, si no podemos celebrar la boda en esa fecha… —empezó.

—Pues claro que la celebraremos —repliqué con rabia, aunque no era mi intención decirlo así. Que se fuera dentro de dos semanas: eso me ponía enferma.

Charles suspiró.

—Mira, no me puedo creer que te sugiera esto, pero ¿podrías ir a la marcha primero?

Era una propuesta amable, pero imposible.

—Nunca llegaría a tiempo a la boda —dije—. Hoy he tardado casi tres horas, y eso que es entre semana. No te preocupes. Les diré que no podré ir. Lo aceptarán.

No era cierto y él lo sabía.

Si alguna vez alguien había sonado menos entusiasta que yo a la hora de fijar la fecha de una boda, que me lo presentaran. Me odié por eso. Pero me odié casi del mismo modo por dejar tirada a Anne.

—Tengo que irme —dijo Charles con desgana—. Si pierdo el tren, me abrirán un expediente y no iré a ninguna parte.

No me atreví a decir ni una palabra.

Hundió los brazos en su abrigo y se encogió de hombros. Luego se detuvo y nos quedamos mirando hasta que suspiré y cabeceé.

—Gracias por intentarlo —dije—. No pierdas el tren.

Charles asintió. No podía parecerse menos a un hombre que iba a casarse con la persona a quien amaba.

—Lamento que la sorpresa no haya salido tan bien como esperaba —dijo.

No sabía cómo responderle y preferí no decir nada.

Recogió su gorra de la mesa del vestíbulo y me dio un brevísimo beso en la mejilla.

Como no le correspondí, caminó hasta la puerta y se marchó.

Me quedé mirando a Charles mientras corría despacio la cortina opaca detrás de él; luego oí como cerraba la puerta, todo ello deseando encontrar la voluntad de levantar la voz y gritar: «Adiós». Pero no me salió.

Volví lentamente al salón y procuré ordenar mis pensamientos. Apenas unas horas antes, había montado en cólera contra el señor Terry, en parte inspirada por la idea de que mi chico se iba a la guerra. Ahora, cuando ese mismo chico había hecho un bonito esfuerzo por sorprenderme con una nueva fecha de boda, me había costado un mundo decir que iría. No podía achacarlo solo al cansancio.

Bunty había apagado el gramófono y estaba alisando la funda de un mueble sobre una silla. Cuando entré, se dio la vuelta.

Thelma se había puesto el abrigo.

—Tengo que irme, cariño —dijo—. Siento mucho lo de esta noche.

—No pasa nada, Thel —dije—. Siento que hayas tenido que presenciar esto.

—Nos vemos pronto —dijo apretándome el brazo, con gesto de preocupación—. Adiós, Bunty. No hace falta que me acompañes a la puerta.

Cuando Thelma se fue, me senté, hundí las manos en la cara y cabeceé.

—Lo siento, Em —dijo Bunty—. Te habrá parecido que nos lo estábamos pasando en grande cuando tú has tenido un día de

perros.

Era su forma de disculparme por verme tan apagada.

—No ha sido por eso —dije.

Eché un vistazo a la habitación, intentando encontrar las palabras adecuadas. Con sus altas ventanas georgianas permanentemente tapadas con cortinas y todos los muebles envueltos en sábanas, la señorita Havisham sentada en un rincón junto a un rancio y mohoso pastel de bodas no habría desentonado. A pesar de ello, sabía que aquella estancia se transformaría bien pronto. Una tonelada de esfuerzo la pondría a punto, y era fácil imaginarla repleta de adornos festivos y de parientes y amigos aún más festivos celebrando nuestra boda. Tendría que haber sido la chica más feliz del mundo.

—Lo único es que hubiera querido que Charles me lo consultara antes —dije finalmente—. ¿Me estoy comportando mal, Bunts? No es solo que coincida con la marcha, aunque eso ya de por sí es malo. —Luchaba por encontrar las palabras—. Ahora que Charles ha fijado una nueva fecha, volverá a su cuartel, a planear su partida con los muchachos a Dios sabe dónde, mientras tú y yo lo reorganizaremos todo para que, aun así, siga siendo un día precioso. Pero luego él se irá y solo me quedará quedarme aquí esperando, deseando ser lo bastante afortunada como para volver a verlo algún día.

Hice una pausa para tomar un poco de aliento.

—¿Seguro que no quieres una copa? —preguntó Bunty.

—No, gracias. —Levanté la mirada hacia ella—. Estoy siendo mezquina, ¿no? Bunts, quiero a Charles. De verdad, de verdad que le quiero. Y ahora acabo de arruinar su sorpresón —refunfuñé—. Soy un desastre para estas cosas.

Bunty frunció el ceño.

—¿Para qué cosas?

—No lo sé, para el romance. Tuve un prometido que me dejó y ahora acabo de montarle una escena a un chico encantador que quiere casarse conmigo lo antes posible.

—Ese prometido del que me hablas no cuenta, porque era un tarado estúpido y aburrido —dijo Bunty con total naturalidad—. Pero tienes razón, este es un encanto. Y, si quieres mi opinión, no estás siendo mezquina en absoluto. —Se levantó de la silla y se

sentó a mi lado—. Mira, te acabas de enterar de que han destinado a Charles al extranjero. Por si eso fuera poco, tienes dos trabajos y estás intentando ayudar a Anne. Tienes mil cosas en la cabeza.

Sonrió cariñosamente.

—No seas tan dura contigo misma, Em. Por lo menos, ya habéis tenido vuestra primera riña de enamorados. Es la primera, ¿no? Por favor, dime que no lleváis semanas a la greña.

Esto último lo dijo con un brillo en los ojos.

—Nunca —admití.

—Gracias a Dios. ¿Qué vas a hacer entonces?

—Me voy a casar con él.

—¿Y la marcha?

Me mordí el labio un segundo.

—No puedo dejarlas tiradas, Bunts. Puede que solo sean cuatro las que vayan.

Betty dijo que renunciaría al trabajo si fuera necesario, pero no dejarán sola a Anne.

Pero es que no me dará tiempo.

Bunty y yo nos quedamos en silencio un rato. Sabía que ella también estaba pensando en Anne y las chicas.

—Vale pues —dijo, rompiendo el silencio—. Te tomo la palabra.

—¿Qué quieres decir?

Mi mejor amiga sonrió.

—¿Qué clase de dama de honor principal dejaría sola a la novia el día de su boda? —Bunty parecía decidida—. Ambas sabemos muy bien que vas a intentar llegar a la marcha, y estoy segura de que les dijiste que yo iría contigo.

Me conocía muy bien.

—Sí, pensé que querrías.

—Pues claro que quiero —farfulló Bunty—. Y yo tampoco tengo la menor intención de dejarlas tiradas. —Me miró seria—. Te voy a traer una copa, la quieras o no. Organizar una boda y un viaje de ida y vuelta al quinto infierno nos va a llevar cierto tiempo.

Se levantó.

—Empieza a estrujarte el cerebro, Emmeline Lake. Vamos a pensar cómo puedes hacer ambas cosas.

24
Un margen de casi cuatro horas

La marcha debía empezar a las diez de la mañana del sábado. Nuestra boda era a las dos. «Había» tiempo, pero me vería muy apurada.

Bunty y yo bajamos a la cocina y estudiamos detenidamente el horario del tren; en tiempos de paz, habría tenido cierta lógica, pero ahora no tenía ni pies ni cabeza.

—A la hora de la verdad, es una apuesta —dijo Bunty—. Todo al ganador, sin cubrir tus apuestas. —Hinchó las mejillas—. La cosa va a estar muy apretada.

—Lo sé —respondí—, pero lo he prometido. Oh, Bunts, deberías haber visto a Anne esta mañana. Esto lo es todo para ella y no pienso defraudarla a estas alturas. Voy a ir como reportera. Todavía no me han contestado de todas las revistas, así que puede que aún consiga alguna para publicar el reportaje. De todos modos, que hiciera la marcha por su cuenta fue idea mía.

—Entonces tienes que ir —dijo Bunty.

—Pero ¿y si no puedo volver?

—Entonces no lo hagas —respondió Bunty, que, para mi gusto, estaba haciendo de abogado del diablo demasiado bien.

Hice una mueca.

—Esto es horrible —dije—. No apoyar a las chicas va en contra de todo lo que creo. Y si no puedo volver a Londres a tiempo, perderé mi única oportunidad de casarme con el hombre al que amo.

Me levanté y me paseé por la cocina.

—Necesito hablar con Charles. Ni siquiera nos despedimos como es debido. Odio no despedirme en general, y no digamos si se trata

de él. Mira, le enviaré un telegrama mañana por la mañana. También escribiré una carta como es debido, pero no me puedo pasar todo el fin de semana dándole vueltas al coco. Me volveré loca.

—¿Qué vas a decir? —dijo Bunty.

—Ni idea. Algo así como: «Siento haberme enfadado, y quiero casarme contigo más que nada, pero me gustaría que me lo hubieras dicho antes de seguir adelante\y cerrar las cosas sin consultarme». Algo así, ¿sabes?

Bunty contaba con los dedos.

—No quiero ser desagradable, pero sabes que después de los primeros seis peniques es un penique por palabra, ¿no? —dijo sonriendo—. ¿Qué tal si le pides que te llame? Así podréis hablarlo con calma.

—Bunty Tavistock —dije fingiendo que la regañaba—, ¿todo mi futuro pende de un hilo y tú me dices que muchos pocos hacen un montón?

Bunty negó con la cabeza.

—No, so boba —repuso—. Te digo que hables con él para que nos ayude a elaborar un plan.

TELEGRAMA DE LA OFICINA DE CORREOS
LO SIENTO MUCHO EM MI AMOR NO PODÍA SENTIRME
PEOR LLAMARÉ AL REV LOVELL IGUAL LE OFREZCO
UN SOBORNO LO RESOLVEREMOS CUANTO ANTES.
TODO MI AMOR C.

TELEGRAMA DE LA OFICINA DE CORREOS
QUERIDO CHARLES, ME SIENTO MUY MAL
TE ESCRIBIRÉ LARGO Y TENDIDO PERO PREFERIRÍA HABLAR
TODO MI AMOR EM P. D. I ¿CREES QUE REV
LOVELL ACEPTARÁ SOBORNOS?

TELEGRAMA DE LA OFICINA DE CORREOS
QUERIDA EM ME ALEGRA QUE HABLÁRAMOS
CARIÑO HA SIDO UN MILAGRO EL REV
PUEDE A LAS 15.00 ¿ESTA BIEN?
TODO MI AMOR C. XXX

TELEGRAMA DE LA OFICINA DE CORREOS
ERES EL MEJOR NOVIO DEL MUNDO ESO ME DA
5 HORAS DEBEN SER SUFICIENTES GRACIAS POR
TU COMPRENSIÓN TE QUIERO ESTARÉ ALLÍ
EL SAB TE LO PROMETO LLAMAME XXX

25
El regreso del señor Collins

Charles me consiguió una hora más: un tiempo precioso que tendría que ser suficiente. Hubiera una guerra o no, la Navidad era la época de mayor actividad del reverendo Lovell, según le dijo a Charles; de hecho, si la colecta de la iglesia tuviera un billete de una libra por todo aquel que quisiera casarse antes de Año Nuevo, solo estarían a medio camino de comprar un techo nuevo.

La hora de más no fue lo más significativo para mí; lo mejor fue que Charles había entendido lo importante que era mi compromiso con Anne.

Bunty y yo calculamos los mínimos detalles y confiamos en que, si íbamos al inicio de la marcha en la plaza del mercado, sacábamos toneladas de fotos y entrevistábamos a las chicas a las puertas del ayuntamiento, podríamos marcharnos a las once y contar con el doble de tiempo que cuando los trenes eran puntuales. La «hora del reverendo», como habíamos empezado a llamarla, nos daba el margen que necesitábamos.

Entre tanto, Charles llegaría al piso de Guy en Londres a la hora del almuerzo y ambos irían a la iglesia para estar allí a las tres.

Si me quedaba alguna duda acerca de la posibilidad de encajar un viaje a Berkshire y una boda en Pimlico en un solo día, la decisión me vino dada a la mañana siguiente, cuando recibí una carta del *Pictorial Week*. Me pedían que considerara la posibilidad de escribir un breve artículo sobre la marcha de las mujeres, siempre y cuando les proporcionara fotografías de buena calidad y un texto de cien palabras. Envié rápidamente una respuesta y, de camino al trabajo en el autobús, escribí una postal para Anne. Le chiflaría.

El lunes previo a la boda, abrí las puertas dobles y recorrí el pasillo de *La Amiga de la Mujer*, pasando por delante de las familiares hileras de obras de arte que decoraban las paredes. Unos meses antes, el señor Collins había decidido que las ilustraciones del señor Brand para los relatos semanales eran demasiado bonitas como para tirarlas después de mandar la revista a imprenta, de modo que cada uno mandó enmarcar sus favoritas. Desde entonces se exhibían orgullosamente ciertas escenas dramáticas: un accidente de patinaje sobre hielo y un abrazo romántico, una mujer joven en un campo mirando con determinación el horizonte y, fuera del despacho que compartía con Kath y Hester, una ilustración bellísima de una novia llevada al altar por su padre. Era la viva imagen de la serenidad.

—Esperemos que sea así —dije en voz baja.

Mi intención era trabajar toda la jornada para compensar que luego no estaría en la oficina; además, tenía ganas de concentrarme en algo que no fuera mi persona. Ahora que las cartas llegaban a raudales, la señora Mahoney y yo habíamos retomado la lluvia de ideas para una serie de folletos de consejos útiles sobre temas populares en «Su jovial servidora». Esa misma mañana pensaba encerrarme a escribir un borrador de «Haciendo Amigas», un folleto para ayudar a instalarse a las lectoras que se iban a vivir fuera de casa por primera vez. Últimamente recibíamos numerosas cartas al respecto.

Era una mañana oscura, otro día aburrido en lo que hasta el momento había sido un mes de diciembre templado y nublado; vi luz a través de la puerta abierta del despacho del señor Collins.

Caminé en silencio hasta mi escritorio, me quité el abrigo, el sombrero y los guantes, y me detuve un momento. Con todo el jaleo de Charles del fin de semana, no le había preguntado si había hablado con Guy. Estaba claro que su hermano había vuelto al trabajo, pero no tenía ni idea de cómo se encontraba. Como a aquella hora la oficina seguía tranquila, aproveché el momento para averiguarlo.

Un «Pase» bastante normal respondió a mi golpecito en la puerta del editor.

—Hola, Emmy —dijo el señor Collins, que dejó su bolígrafo y alzó la vista de su mesa. Había perdido peso y necesitaba un corte

de pelo aún más que de costumbre.

—Hola —dije, conteniéndome para no añadir «Tiene un aspecto horrible»; en su lugar le pregunté cómo estaba.

—Estoy bien, gracias. ¿Tengo mal aspecto? —respondió.

—Un poquito. Unas tijeras no le vendrían mal.

Era la forma más británica de decirle que me preocupaba.

—Entendido —dijo—. ¿Ha ido todo bien por aquí? Espero no haberles dejado en la estacada. —En absoluto. Todo ha ido bien.

Aparte de las llamadas urgentes del dueño de Launceston Press y de un departamento del Gobierno, claro.

—Lord Overton llamó, y el señor Clough también —dije como si nada—. Pero recibimos elogios en la reunión del ministerio —añadí más alegremente—. Por nuestro nombre. Fuimos la única revista mencionada. La señora Edwards dijo «Brava» y la gente me miró. Ojalá hubiera estado usted allí.

Eso hizo sonreír al señor Collins.

—Buen trabajo —dijo—. Comieron bollos, espero. —Parecía más presto a hablar del trabajo que de sí mismo, lo cual era totalmente comprensible, de manera que continué.

—Queríamos esperar a que usted volviera. La señora Edwards y el señor Simons fueron muy amables. Le echaron de menos. La señora Edwards dijo que, cuando era joven, usted solía enzarzarse en discusiones con la gente.

—Una acusación polémica —dijo el señor Collins—, y algo que yo negaría acaloradamente. Venga, siéntese y cuénteme todo lo que ha pasado. Entre usted y yo, he tenido un par de semanas duras, y escuchar lo que han estado haciendo será música para mis oídos.

Se reclinó, cansado. Nunca le había oído reconocer que estuviera pasando un mal trance. Aunque tenía la misma edad que mis padres, me entraron ganas de meterlo en un tren y enviarlo con mi madre para que lo mimase un poco.

—Le ofrecería un poco de *brandy* si no fueran las nueve de la mañana —dijo el señor Collins, aparentando ligereza—. No se alarme, estoy bromeando. Nunca me ha ido nada de eso. Esa botella que usted ha fingido no ver durante el último año, no vaya a creer que no me he dado cuenta, no es más que un recuerdo de viaje.

Miré la botella medio vacía en una de las estanterías. Tenía razón, la había mirado a hurtadillas.

—Me he dado cuenta de que el nivel nunca baja —reconocí.

—Ahí lo tiene. Ahora, empiece con el ministerio. Un buen inicio sería que me contara qué dio pie a las discusiones.

Durante la siguiente media hora puse al señor Collins al corriente de todo lo que había pasado, al menos en lo referente al trabajo, no tanto a su hermano. Me escuchó atentamente, haciendo alguna pregunta de vez en cuando, pero sobre todo asimilando la información.

Me guardé para el final lo último que había pasado con Chandlers y el señor Terry.

—Qué personaje tan entrañable —dijo cuando le describí nuestro último encuentro—. No hay ninguna razón sensata que explique la cerrazón de Terry a propósito de las instalaciones de la guardería. No le costará nada si Chandlers lo solicita al Gobierno. —Se rascó la barbilla—. Apuesto a que solo quiere hacerse el machote. ¿Sabe lo que harán las mujeres?

Vacilé.

—Siguen adelante con la marcha.

—Bien por ellas. Hay que tener agallas.

—Yo también voy a ir. Con Bunty. Ella hará las fotografías y yo me encargaré de las entrevistas. Una de las gacetas ilustradas semanales dice que lo publicarán si es lo bastante bueno. No usarán mi nombre.

Hubiera preferido decirlo con calma, en lugar de soltarlo como un secreto del que avergonzarse. Con un repentino interés, me quedé mirando la estantería que había a sus espaldas.

El señor Collins no dijo nada.

—Ni siquiera sé si podemos hacer que parezca una noticia —continué—. El señor Terry ha mandado colocar avisos de que, si alguien participa, será despedido. También ha dicho que tiene amigos en el Ministerio de Trabajo. Creo que intenta asustarme.

—Estoy seguro de que sí —apuntó el señor Collins—. ¿Vamos a publicar el último artículo de la serie de la fábrica?

—Siempre que pase la censura —dije—. Creo que lo hará.

—Bien. Eso debería aplacar a todo el mundo. ¿Y seguro que cree prudente ir a la marcha?

Palidecí ante esto último.

—Sí. Creo que hago bien. Aspiran a que sea más un desfile que

una protesta polémica.

—¿Va como amiga o como periodista de *La Amiga de la Mujer*? A la luz de su discusión con la tal señorita Eggerton.

—Anne es mi amiga. Igual que las otras mujeres. Y no, probablemente no sea como periodista de *La Amiga de la Mujer*, que es la razón por la cual he intentado atraer el interés de las revistas de noticias. Sé que nosotros no publicaríamos algo así.

—Eso es verdad —dijo—. Continúe.

—Pero creo que hay una buena razón para que lo hagamos. No necesariamente en este caso concreto, pero en mi opinión deberíamos salir en defensa de las lectoras en algo de este calibre.

Me revolví en la silla y me mordí una uña; como el señor Collins no dijo nada, decidí continuar.

—La cuestión es que hemos hecho todo este trabajo para nuestro «gran plan del ministerio» y que ha funcionado de maravilla con las personas importantes, por lo menos hasta ahora, y estamos muy orgullosos de ello. No quiero que nos metamos en problemas ni que echemos a perder todo lo que hemos conseguido. Pero, en mi opinión, no estamos haciendo lo que siempre dijimos que haríamos. Cuando el ministerio les pidió a todas las revistas que aportaran ideas, usted dijo que era nuestra oportunidad de hacer algo «más». Concretamente, dijo que pensáramos en lo que querían nuestras lectoras, en lo que se merecían. Y también en cómo podríamos ayudarlas. Dijo que teníamos que cuidar de ellas.

Noté el rubor en mis mejillas.

—Si Anne y sus amigas no son esas lectoras, ¿quién lo es?

Me callé. No había sido grosera y me había expresado con el corazón. Más aún, no tenía una respuesta clara a esa pregunta. Llevaba semanas luchando con ella y no tenía sentido decir que no nos involucráramos. Por mi parte, no podía separar mi trabajo de mi vida.

El señor Collins asintió, pensativo.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Las mujeres de Chandlers merecen que se las escuche. Vaya a la marcha. Mire a ver si puede colocar un artículo. Haga lo que pueda.

Respondí con una enorme sonrisa.

—Gracias —le dije—. ¿Y qué pasa con lord Overton y el señor Clough?

—Les llamaré —respondió con calma—. Por supuesto, existe la remota posibilidad de que no hayan estado preguntando por mí para quejarse de usted. El mundo gira sobre su propio eje y todo eso.

Me sonrojé: eso estaba claro.

—Solo otra cosa —dije—, sobre la marcha.

—¿Sí?

—Es el día de la boda.

Al oír esto, el señor Collins perdió momentáneamente su habitual compostura.

—En Berkshire —añadí.

—Ah. —Enarcó ligeramente una ceja—. Emmy, ¿recuerda que hace media hora sugerí que escuchar lo que habían estado haciendo durante mi ausencia podría animarme?

—Sí.

—¿Podría confirmar sencillamente que esto sigue siendo parte de ello?

—No se preocupe —dije alegremente—. Todo va a salir bien.

—Ah, bueno. ¿Lo sabe Charles?

—Sí.

—¿Qué ha dicho?

—Para empezar no estaba del todo seguro —dije, y en ese momento el señor Collins hizo un ruido gracioso que sonó como si empezara a atragantarse—, pero Bunty y yo estamos ideando un plan.

—Válgame Dios —dijo el señor Collins.

—Sí.

Se levantó, se pasó la mano por el pelo y volvió a sentarse.

—Por favor, hable con Charles —dije—. Sé que ha estado intentando localizarle para contárselo. ¿Sabe, Guy? —añadí—, no lo haría si no creyera que llegaré a tiempo. —Nunca lo había llamado Guy en el trabajo, pero ahora le hablaba como futura cuñada, no como empleada—. Prometo que no lo estropearé. Por Charles.

El señor Collins sonrió.

—Muy bien —dijo—. Parece que lo tiene todo previsto. Siga con el último artículo, recupere las horas perdidas y vaya a la marcha. Entre tanto, yo me sentaré aquí tranquilamente y escribiré una nota para lord Overton diciéndole que nunca más volveré a irme de

vacaciones.

—Bien —dije poniéndome en pie—. La señora Mahoney se preocupa por usted cuando no está aquí. Ahora lo dejaré solo. Gracias por ser tan comprensivo.

—Un placer.

Vacilé un momento.

—Lo siento mucho —dije—. Por la mala temporada que ha pasado.

Nada más entrar en su despacho, había comprendido, por su cara, que su viejo amigo del ejército había fallecido.

—Gracias —dijo a media voz—. Es muy amable.

Asentí con la cabeza y, viendo la tristeza en su rostro, salí sigilosamente al pasillo.

Pero cuando me iba, me llamó.

—Emmy Lake, me parece todo bien, pero no se olvide de una cosa: haga lo que haga, no se atreva a faltar a la boda de mi hermano.

26
Pasajeros al tren

—¿Y estás segura de que las guirnaldas de periódicos no son excesivas?

Cinco días después, Bunty y yo caminábamos hacia el andén correspondiente de la estación de Paddington. Teníamos una marcha a la que asistir, y luego una boda, pero Bunty era presa de un severo ataque de dudas.

—En absoluto —dije con seguridad—. Toda la sala ha quedado preciosa. El acebo es muy bonito, tenemos el mayor racimo de muérdago que he visto en mi vida y las guirnaldas lo convierten en un auténtico banquete de boda navideño.

—Pero el periódico, Em —dijo Bunty—. Sigo sin verlo del todo claro.

—Bunts, ¿cuándo fue la última vez que viste papel crepé verde y rojo? Aunque tuviéramos mil libras, nos habría costado encontrarlo. De todos modos, me gustan las guirnaldas de periódicos. Es de actualidad. Y para cuando Roy y Fred hayan puesto la música y Thelma y Kath hayan servido el bufé, parecerá un palacio. Todo el mundo ha sido maravilloso. No sé cómo podré agradecéroslo.

Bunty parecía feliz.

—Todos estaban deseando hacerlo —dijo—. Aunque pongo un poco en duda la receta de Fred para el ponche. Se me revuelve el estómago solo de pensarlo.

—Pues sí —convine—, pero ese es el objetivo del ponche, ¿no? Según el Especial Festivo de la señora Croft en «¿Qué hay en la cazuela?», podemos echar cualquier cosa y estará bueno.

—¿Y si alguien se ahoga? ¿Es este nuestro andén?

—Papá es médico. Podrá salvarlos. Sí, es este —dije mirando el

tablón de salidas—. Con papá, Roy y Fred, los compañeros del ejército de Charles y Jack, si puede conseguir un permiso, tenemos casi todos los servicios cubiertos. No hay nada que pueda salir mal que uno de ellos no sea capaz de solucionar.

—La cara buena de la guerra —dijo Bunty meneando la cabeza.

Mostramos nuestros billetes en la barrera y empezamos a avanzar por el andén. Aquellos que habían conseguido unas vacaciones en Navidad se agolpaban en el borde para ser los primeros en subir al tren. En un año normal habrían ido cargados de objetos y paquetes con aromas deliciosos de las tiendas de Londres.

Incluso se podría haber visto un gran jamón en las redes de almacenamiento del techo. Ahora, sin embargo, nada era ni la mitad de ostentoso que antes. Era la tercera Navidad de la guerra y las tiendas tenían muy poco que ofrecer. Los regalos caseros salvaban la situación y me pregunté cuánta gente llevaba regalos de ganchillo y de fabricación propia en sus maletas de cartón y sus cajas de sombreros.

No había tenido tiempo de pensar en la Navidad. Tras apurarme para tenerlo todo preparado el día de la boda, además de intentar mantenerme al día con los planes de la marcha a través de un intercambio de cartas y llamadas telefónicas diarias con Anne, no había tenido tiempo para nada, ni siquiera para el miedo escénico. Bunty y yo habíamos planeado el día tan meticulosamente como era posible. Estaríamos de vuelta en la iglesia mucho antes de las tres. Teníamos que estarlo.

—Te has quedado callada —dijo Bunty—. ¿Qué ocurre?

—No puedo creer que al final del día estaré casada —respondí sin mencionar los nervios sobre si llegaríamos a tiempo a la boda—. Aquí estamos las dos, en un andén, yo con mi cuaderno, tú con tu cámara, y dentro de unas horas estaremos en una iglesia. No me parece real. Voy a casarme con Charles.

Bunty se rio y pasó un brazo por debajo del mío.

—A mí me parece real —dijo—. Debajo de este grueso y ancho abrigo, llevo el vestido más elegante de la historia. Me lo ha hecho mi mejor amiga y es precioso.

—¿No te estás congelando? —pregunté.

—Llevo lana y bragas gruesas —dijo—. Si William estuviera

aquí, se volvería loco por mí con este conjunto.

Sonrió.

—¡Ay, Bunts! —exclamé, apretándole el brazo.

—Quiero que sepas que estoy bien —dijo—. Y voy a disfrutar de cada minuto. Aunque lleve bragas de abuela.

Antes de poder decir nada, una señora con aspecto agobiado que cargaba con varios bultos y arrastraba a dos niños con uniformes escolares se coló delante de nosotras en un esfuerzo por asegurarse un buen sitio.

—Papá Noel sabe exactamente dónde vive la tía Flory —dijo con sorna—. Es muy listo, pero hay que recordar que se ha quedado sin fruta.

Bunty y yo procuramos contener la risa, sobre todo cuando el niño más grande preguntó por qué Papá Noel no había podido hacerse con ella.

—¡Aquí viene! —gritó el más pequeño al oír el primer pitido del tren, que entraba en la estación.

El humo se elevó hacia las alturas del enorme techo abovedado de Paddington, y Bunty y yo nos apartamos para que la pequeña familia pudiera entrar primero. A pesar de la cantidad de gente que salía de la ciudad, el tren tenía muchos vagones y estábamos seguras de que conseguiríamos asiento.

Los ayudamos con las maletas; cuando las puertas empezaron a cerrarse de golpe a lo largo del tren, Bunty empezó a subir.

—Cuidado con la cámara —le advertí cuando vi que la funda amenazaba con salirse de su hombro y golpearse contra el lateral del tren.

—Sí —dijo dándose la vuelta cuando estaba a medio camino. Entonces se detuvo, miró hacia el andén y se puso a saludar tan frenéticamente que casi se cayó—. Estamos aquí —gritó—. En este.

Me volví para ver la causa de tanto alborozo.

Allí, corriendo por el andén, con su gabardina y su gorra del ejército, estaba el lunático de mi prometido.

—Yo no tengo nada que ver —dijo Bunty, que seguía haciendo señales.

Mientras la gente subía las últimas maletas a los vagones y se cerraban las puertas, permanecí en el andén para mantener la nuestra abierta.

—¡Espere! ¡Por favor, espérelo! —le grité al jefe de estación, que miraba su reloj de bolsillo y se acercaba a nosotras con actitud de depredador—. ¡Vamos a casarnos! —chillé para darle más peso.

—Nos pasamos casi de un minuto —dijo el jefe de estación, que claramente no era un romántico.

Charles iba por el vagón contiguo, con la cara roja, pero manteniendo una carrera impresionante.

—¡Em! —gritó mientras corría—. ¡Que no se cierre la puerta!

—Voy a salir —anunció Bunty.

—Bernard, Larry, no os mováis —les dijo la señora a los niños mientras se apeaba también del tren—. ¡No pueden irse sin mí! —le gritó al pobre ferroviario—. Qué emocionante —le dijo a Bunty—. El joven sueño del amor.

—¡Cariño! —jadeó Charles cuando por fin consiguió llegar y me abrazó, besándome apasionadamente; luego, con menos romanticismo, declaró que le había dado flato—. Gracias —le dijo al jefe de estación entre jadeos.

—¡Pasajeros al tren! —gritó el hombre.

—¡Espere, todavía no! —dijo Charles, recuperándose—. Ya casi está aquí.

—¡Espere! —Me llegó una voz más débil que la del resto—. ¡Por Cristo!

El señor Collins corría a un ritmo decente, con su sombrero sobre la cabeza y su abrigo ondeando hacia atrás, con un traje muy elegante.

—Dios santo —exclamó la señora.

—Es su hermano —dijo Bunty, poniéndola al corriente—. Hermanastro, en realidad. Es mucho mayor —añadió bajando educadamente la voz.

El ferroviario estaba casi al límite de su paciencia.

—¡Pasajeros al tren! —gritó innecesariamente fuerte.

—¡Usted puede, señor! —gritó Bernard o Larry, ambos asomados a la puerta.

Finalmente, el señor Collins llegó hasta nosotros dando tumbos y respirando con dificultad.

—Es usted muy amable —consiguió decir, dirigiéndose al jefe—. Lo siento mucho. ¿Vamos? Las damas primero.

Bernard y la madre de Larry asintieron con la cabeza y azuzaron

a los niños para que subieran al vagón mientras se oía el silbato y entraba el resto.

—No es que no sea una sorpresa encantadora veros —empecé con mucha emoción y volviéndome hacia Charles mientras tomábamos asiento—, pero ¿se puede saber qué hacéis los dos aquí?

Charles me rodeó con el brazo.

—No es que no confíe en que vuelvas a tiempo, pero pensé que podrías necesitar un poco de ayuda en caso de que algo se tuerza. Ya sabes, por si tienes que robar un coche o algo así para volver.

A Bernard y a Larry se les salieron los ojos de las órbitas.

—Soy capaz de robar un coche yo solita —dije con fingida indignación.

—Sí, pero no conduces —repuso Charles—. Todavía. Lo sé. ¿Estás bien, Guy?

—Soy demasiado viejo para esto —contestó su hermano, recuperando el aliento y con aire divertido—. Puede que me haya reventado un pulmón. He traído una cámara de repuesto —dijo volviéndose hacia Bunty—. Pensé que podría ser útil si se queda sin carrete.

Se la entregó y Bunty soltó un grito.

—¡Hala! ¡Es una Rangefinder! —exclamó ella—. Es mucho mejor que la mía.

—No lo creo —dijo el señor Collins—. Échele un vistazo y a ver qué piensa.

Mientras Bunty y el señor Collins se ponían a hablar de fotografía, Charles se volvió hacia mí y sonrió.

—Estoy muy contento de que estés aquí —le susurré.

—¿Estás segura? —me preguntó—. Me lo he estado pensando un rato, ¿sabes? Por eso casi perdemos el tren. Sé que no me necesitas, cariño, pero pensé que, si algo salía mal o te retrasabas, prefería estar contigo perdiéndome la boda a estar separados. —Se tocó el bolsillo del pecho con suavidad—. Llevo el anillo, pero, en lo que a mí respecta, no me importa. Después de hoy, estamos casados, legalmente o no.

—A mí tampoco me importa —dije—. Aunque se supone que da muy mala suerte verse antes de la ceremonia.

Charles puso una expresión dramática y de burla, y yo me puse a reír.

—Sabes que estoy en una misión periodística seria, ¿no? —dije.

—Por supuesto —respondió—, por eso estoy orgulloso de ti. —Bajó la voz—. Pero tienes un jefe terrible.

—Eso lo he oído —dijo su hermano.

—Nosotros también —dijeron Bernard y Larry—. Señorita, ¿podría enseñarnos su cámara, por favor?

Mientras Bunty enseñaba a los chicos a mirar por el visor, me recosté feliz y me incliné sobre Charles. Tenía razón en que Bunty y yo éramos capaces por nosotras mismas de ir a la marcha y llegar a la boda a tiempo, pero estaba encantada de que hubiera venido a apoyarme.

Volví a pensar en Anne Oliver y las mujeres de Chandlers.

Había mucho que hacer esa mañana, y casi nada estaba carente de riesgos, eso seguro. Me alegraba llevar a dos personas más que estarían de su lado. Deseé que la gente sintiera lo mismo a las puertas del ayuntamiento.

Si bien Betty y las demás habían hecho esfuerzos extra para mantener en secreto la marcha, todas sabíamos que era muy probable que el señor Terry se hubiera enterado. No tenía ni idea de lo que aquel hombre sería capaz de hacer si tal cosa ocurría, pero sospechaba que no jugaría limpio.

A esas alturas, lo único que podíamos hacer era ir allí y averiguar qué pasaba.

27
Quiero hablarles de mi esposo

Tuvimos suerte. El tren hizo un alto en un apartadero durante veinte minutos, pero matamos el tiempo con un animado juego de «Fui a la tienda y compré…», que terminó en un sorprendente empate entre Bernard y Larry, y demostró que pensar en las verduras por orden alfabético puede hacer que uno se olvide de casi todo.

Después de desearnos mutuamente feliz Navidad y de agradecerle a la madre de los niños sus afectuosos deseos para la boda, los cuatro nos apeamos del tren y, como habíamos decidido durante el viaje, nos separamos inmediatamente. Bunty se quedaría conmigo en calidad de fotógrafa y miembro de la prensa, y Charles y el señor Collins fingirían ser transeúntes y ovacionarían a las mujeres en caso de que lo necesitaran.

Por si ocurría algo raro, teníamos que estar a la vista de los demás, juntos o no, todos. Y, en cualquier caso, «debíamos» estar en el tren de las once y veinte de vuelta a Paddington.

Compartir el vagón con la familia nos había relajado gracias a las conversaciones y los juegos apropiados para niños de ocho años, pero en cuanto concluyó el viaje nos embargó una sensación completamente distinta. Volvía a estar en el terreno del señor Terry.

No sabía qué esperar, pero el vértigo que me había producido ver a Charles corriendo en el andén desapareció rápidamente. No había nada vertiginoso en lo que hacían Anne y las demás. A pesar de todos los planes para que los niños llevaran flores y fingieran que era un desfile festivo, el asunto seguía siendo muy serio. Alguien tenía que empezar a escucharnos.

Charles y Guy nos siguieron a cierta distancia, sin desentonar,

pues varios soldados también se apearon del tren, al igual que un oficial naval muy apuesto.

Bunts y yo caminamos prácticamente en silencio hasta la plaza del mercado para apostarnos muy cerca del inicio de la marcha. Pensábamos seguirla hasta el ayuntamiento, guardando las distancias. Lo único que me preocupaba era que nuestro anonimato se iría al traste si Ruby nos veía. Resultaría difícil parecer una reportera si, para mi pequeña amiga, me convertía en un carrusel humano.

Anne había acertado en su predicción de que la ciudad estaría muy concurrida. Era una luminosa mañana de invierno y, aunque hubiera poco que comprar en las tiendas, aquello no había impedido que la gente se acercara a curiosear. Las mujeres con cestas parecían decididas, mientras que las parejas mayores caminaban más despacio, pero con la misma misión. Veías uniformes por todas partes y había una clara sensación de que la Navidad estaba al caer.

—Date prisa, yaya —le decía una joven y enérgica Wren a una alegre anciana—. Solo tengo cuarenta y ocho horas y ya llevo la mitad.

El puesto de fruta y verdura estaba abarrotado y una cola salía de la carnicería, mientras grupos de mujeres charlaban o miraban a sus hijos corretear por la plaza. Como en todas partes, había poco en los escaparates. Los días de los interminables pavos gordos desplumados que colgaban en hileras eran historia, al menos por el momento. Escuché a alguien decir que había pollo y, por la fuerza de la costumbre, estuve a punto de buscar en mi bolsa la cartilla de racionamiento.

Sin embargo, el árbol de Navidad no había defraudado a nadie. Habían erigido un corpulento abeto de al menos tres metros de altura en la plaza y lo habían decorado con docenas de cintas rojas de diferentes anchuras. Junto a él habían colocado un pequeño cartel en el que se agradecían las donaciones de los ciudadanos y se decía que, cuando quitaran el árbol, después de las Navidades, las cintas se lavarían y se venderían para destinarlas al fondo de bonos de guerra de la ciudad. Un niño pequeño intentaba infructuosamente desatar una de las cintas de la parte trasera.

Para mi inquietud, una banda del Ejército de Salvación estaba

tocando villancicos cerca del árbol. Un cabo hacía sonar una lata, también con la intención de recaudar fondos para el esfuerzo bélico, y deseaba a la gente una feliz Navidad, dejaran caer o no algo dentro.

Fruncí el ceño. Ninguna había pensado en esta posibilidad. La banda podría ahogar la voz de las mujeres o, peor aún, podría parecer que querían restarle protagonismo al Ejército de Salvación y su noble objetivo.

Ya no podíamos hacer nada al respecto.

—No pensé en la banda —dijo Bunty al ver que la observaba.

—No tardarán en llegar —señalé, consultando mi reloj por enésima vez.

Sentía mariposas en el estómago. Me pregunté cómo estarían Anne, Betty y las demás.

—¿Crees que el señor Terry aparecerá por aquí? —susurró Bunty.

—No. Creo que se quedará en la retaguardia, pero apuesto a que enviará a gente de la fábrica para saber qué mujeres han acudido.

—¿Y despedirlas?

—Si puede, sí. Pero esto no es una protesta, es un desfile patriótico de «Ayúdanos en el esfuerzo bélico».

—Eso es —coincidió Bunty—. Voy a sacar la cámara. El tipo me explicó dos veces cómo usarla, así que espero saber manejarme. —La sacó de su estuche de cuero y practicó un poco, midiendo las tomas y jugando con el diafragma—. Ahí está Charles —dijo por lo bajo—, junto al quiosco.

Miré a mi derecha y comprobé que Charles estaba perdido en la lectura de un periódico como cualquier militar podría estarlo. Rebusqué en la plaza y localicé al señor Collins, que miraba el escaparate de una tienda de ropa de mujer como un marido vacilante que estuviera armándose de valor para entrar a comprar algo para su esposa.

Ambos serían muy buenos espías.

El Ejército de Salvación acababa de llegar al canto de *Hark I The Herald Angels Sing*; me hubiera gustado poder disfrutarlo, porque tocaban muy bien. Cuando llegaron al final y varias personas aplaudieron, me alivió ver que los músicos dejaban sus instrumentos y su líder les decía que se tomaran un descanso para

un tentempié.

—Qué bien —le susurré a Bunty—. Vamos, Anne. —Di un pisotón en el suelo y me contoneé un poco, no por el frío, sino por los nervios.

—Espera —dijo Bunty—. ¿Qué es eso? ¿Están cantando?

Nos miramos mientras un grupo de voces femeninas se hacía más fuerte. Estaban cantando.

Entonces las vimos: doblaban la esquina de la plaza del mercado y desfilaban por el lado de las tiendas.

Anne y Betty, Maeve, Violet e Irene, junto con lo que debían ser más de veinte mujeres.

Algunas empujaban carritos de bebé, otras llevaban a niños abrigados de la mano y la mayoría portaba pancartas. Y todas vestían algo floral.

La mayor parte era de color rojo, blanco y azul, desde los pañuelos de vivos colores hasta los broches caseros en forma de rosetas y las banderitas en palos pegadas a los cochecitos, cosa que convertía aquello en un desfile en toda regla.

Al son de My *old man said follow the van*, entonaban la canción más patriótica que jamás se hubiera oído.

Mi hombre
Me dijo: «Cielo, haz lo que puedas
para ayudarnos a ganar la guerra».
Así que me fui y me enrolé para trabajar.
Orgullosas de ayudarlos, porque nosotras no nos escondemos.
Ahora os decimos a vosotras, hijas, madres y partidarias
de los nuestros que luchan por la libertad,
apuntaos y uníos a nosotras; también os pedimos vuestra ayuda
porque las madres de las fábricas con hijos necesitamos guarderías.

Era una canción muy inspirada. Mientras sus voces resonaban en la plaza, pese al colorido espectáculo que se estaba armando la

mañana de un sábado en una pequeña ciudad, comprendías que las manifestantes iban en serio, sobre todo si eras mujer.

Puede que cantaran y llevaran llamativos pañuelos, pero sus carteles y pancartas eran claros como el agua.

Anne había atado una al cochecito de Tony en la que se leía: «MI MAMA QUIERE AYUDAR A GANAR LA GUERRA». Maeve y sus hijas habían utilizado tiza para escribir en cartulinas: «GUARDERÍAS PARA LOS HIJOS, TRABAJO DE GUERRA PARA LAS MADRES», mientras que otro cochecito lucía un cartel que rezaba: «AYUDA A MAMI A AYUDAR A NUESTRO PAPI». Dos mujeres que no reconocí sostenían cartulinas que rezaban: «NECESITAMOS GUARDERÍAS PARA AYUDAR A GANAR LA GUERRA».

Irene caminaba con Anne. Sheila y Enid se habían quedado con la madre de Anne, pues era demasiado pronto para que participaran en un espectáculo público. Betty iba al otro lado de Irene con un cartel en una mano y con Irene de la otra. El cartel de esta última rezaba simplemente: «LAS VIUDAS DE LA GUERRA NECESITAN GUARDERÍAS».

Y, al frente de todas ellas, agarrada fuertemente al abrigo de Anne, marchaba Ruby con una corona de cartón a base de trozos de papel de periódico arrugados y pintados de diferentes colores. Llevaba su propio cartel, que debía de haber escrito ella misma. Era un garabato grande y bonito.

Todas tenían un aspecto tan espectacular que yo no podía dejar de saltar y vitorearlas, pero, todavía de incógnito, me agaché detrás de dos mujeres que se habían detenido a observar. Bunty se escondió detrás de la cámara para procurar obtener los mejores ángulos, con su bastón bajo un brazo y eligiendo cuidadosamente las tomas para no desperdiciar el preciado carrete.

Cuando la canción tocó a su fin, las mujeres entonaron una consigna:

PARA GANAR LA GUERRA, TE PEDIMOS, POR FAVOR,
AYUDANOS A CONSEGUIR GUARDERÍAS.

Era imposible ignorarlas, y los compradores navideños empezaban a pararse a mirar, algunos divertidos, otros con interés.

—Mira su carita —dijo una mujer cerca de mí, señalando al pituso Tony en su cochecito—. ¿No es un angelito?

—Se parece a tu Edna —dijo otra con regocijo.

—Dadle a una mujer el maldito voto —murmuró un hombre mayor, que se alejó dando pisotones en dirección contraria.

Las manifestantes empezaron a cantar de nuevo mientras seguían caminando por la plaza, y más gente se paró a mirar. Me pareció vislumbrar a la señora Noakes, de Chandlers, por un momento, pero no estaba segura. No había ni rastro del señor Terry ni del señor Rice.

Cuando llegaron por segunda vez delante del ayuntamiento, para detenerse allí, Ruby empezó a saludar a una multitud creciente dando trotes con sus pequeñas y rechonchas piernas y siguiendo muy bien el ritmo. Era difícil resistirse, y varias personas le devolvieron el saludo, lo que la animó aún más, hasta que saludó con tanta furia que la corona de papel se le cayó de la cabeza, tapándole la mitad de la cara.

Justo cuando Anne se agachó para arreglársela, Bunty se adelantó y sacó una fotografía. Eso fue suficiente para llamar la atención de Anne; antes de volver a escabullirme entre aquella muchedumbre, pude dedicarle una enorme sonrisa. Ahora ya sabía que estábamos allí. Después de arreglarle la corona a Ruby y con una rápida sonrisa de reconocimiento, Anne le dio un codazo a Betty, que también esbozó una sonrisa.

Cuando la marcha se detuvo, pasaron junto a la banda del Ejército de Salvación, que las observaba con tanta curiosidad como cualquiera otra persona. Un contingente de mujeres rompió filas para echar centavos en las latas de recolección. Fue un gesto que no podía pasar desapercibido.

En el ayuntamiento, las mujeres dejaron de cantar y se reunieron en grupo. Varias personas aplaudieron, aunque se mantuvieron a distancia, a la espera de lo que sucedería a continuación. Betty, que ahora estaba en un lateral de las manifestantes, no mostró asombro cuando el frutero se le acercó y le entregó dos cajas de madera. Seguramente lo habría engatusado antes de empezar la marcha.

Habría sido fácil quedarse atrás y disfrutar viendo a mis amigas, pero como sabía que a continuación el plan era hablarle a la multitud, volví a ser presa del nerviosismo. No cabía duda de que el señor Terry habría enviado a los suyos, pero no sabía quiénes eran ni dónde estaban. Empecé a rebuscar entre la multitud a hombres

que creía que podrían encajar en el perfil. Podía descartar a cualquiera que llevara uniforme, por supuesto, y eso reducía las cosas considerablemente. Seguí buscando.

El primer candidato encajaba.

Era el señor Rice.

Agaché la cabeza y me volví rápidamente. Estaba junto a una mujer de aspecto agradable que vestía un sombrero marrón, y los podrías haber confundido con cualquier pareja de mediana edad que hubiera salido de compras un sábado. Sin embargo, él no les quitaba ojo a Anne y a las chicas.

A su lado había dos hombres más altos y jóvenes vestidos de paisano. No los habría distinguido si no hubiera sido porque uno de ellos parecía escudriñar a la multitud con tanto interés como yo, y el otro tenía las manos en los bolsillos y silbaba, fingiendo no estar interesado en la marcha. En cuanto a actuaciones malas, se llevaba la palma. Lo observé atentamente. No estaba segura, pero pensé que podría ser uno de los capataces que había visto en mi primera visita a Chandlers.

Me acerqué de nuevo a Anne. Vestía el mismo abrigo negro que cuando nos conocimos, y yo esperaba que se hubiera abrigado por debajo. Además de la bufanda de flores, llevaba un broche de plata de la Marina Real. Tenía un megáfono en la mano y parecía inquieta, pero, mientras la observaba, le dijo algo a Irene y luego se subió a una de las cajas.

Saqué mi cuaderno.

Las mujeres dejaron de cantar y rompieron a aplaudirla. Anne se aclaró la garganta y respiró hondo.

—Buenos días, señoras y señores —dijo. Luego volvió a aclararse la garganta—. Me llamo Anne Oliver y soy una trabajadora de guerra.

Las otras mujeres volvieron a aplaudir. Un soldado que estaba cerca gritó: «Buena chica», y su amigo se unió con un «Bien hecho, cielo. Bien por ti».

Anne les dedicó una tímida sonrisa y continuó.

—Soy trabajadora de guerra y madre. Tengo dos hijos pequeños. —Miró a Ruby, que se estaba probando la bufanda de Violet—. Quiero hablarles de su padre, mi esposo. Era el cabo Anthony Oliver y lo mataron en Dunkerque.

28
Prohibido manifestarse

Cuando Anne pronunció estas últimas palabras, miró a Ruby para asegurarse de que su hija estaba lo bastante interesada en la preciosa bufanda como para no prestarle atención.

Ahora que alguien hablaba, la multitud se había acercado. Cuando Anne mencionó a Anthony, la gente murmuró sus condolencias.

—Que Dios le bendiga —dijo alguien.

—Este país necesita mujeres trabajadoras —continuó Anne—. Todas las que estamos aquí hoy trabajamos para ganar la guerra.

Dejé de escribir un momento y miré al señor Rice. Tenía el mismo color púrpura que cuando nos conocimos.

—Pero no podemos ni vamos a decirles lo que hacemos, o dónde lo hacemos.

Los soldados asintieron. Más personas aplaudieron, entre ellas Charles, que se había deshecho del periódico y se había acercado a la multitud. Guy también se había aproximado y escuchaba despreocupadamente a Anne.

—Lo único que queremos que sepan es que deseamos trabajar por nuestros muchachos. Instamos a cualquier chica o mujer en edad de trabajar a que participe para que podamos apoyarlos y que ganen esta guerra.

Más aplausos.

—Pero tenemos un problema, por eso estamos hoy aquí. Ya saben que trabajamos por turnos y los fines de semana y a todas horas. Eso no nos importa si es por la causa, pero nuestros chiquitines, nuestros hijos que están hoy aquí con nosotras, necesitan cuidados. Sabemos que el Gobierno del señor Churchill

está creando guarderías especiales para las trabajadoras de la guerra, pero aún no las tenemos, aunque nos hacen mucha falta. ¡El hecho es que las necesitamos ya!

Todas las mujeres aplaudieron y vitorearon, y se oyeron algunos aplausos entre el público.

—Sé que algunos de ustedes pensarán que las madres deberían quedarse en casa, al cuidado de los hijos, y que nadie nos reclutará para que no tengamos que trabajar. Pero estamos aquí para decirles que queremos trabajar y que muchas de nosotras necesitamos hacerlo. Sobre todo si estamos solas.

Mientras Anne seguía reiterando que lo único que querían las mujeres era guarderías para sus hijos, podía apreciarse el creciente interés de la multitud. Cuando dijo que muchas viudas de guerra necesitaban trabajar, otras mujeres asintieron, incluidas varias de mediana edad. Esta no era su primera guerra.

Sin embargo, no todo el mundo parecía impresionado. Los dos hombres que acompañaban al señor Rice avanzaron hacia la primera fila y vi que el señor Adams había llegado y hablaba con un hombre de aspecto oficial que lo escuchaba y se dedicaba a señalar con el dedo. Parecían preparar alguna maniobra.

Había llegado el momento de salir del anonimato. Me escabullí entre la multitud, excusándome mientras me abría paso hacia la primera fila.

Anne había terminado de hablar e Irene estaba con ella. Anne le dio el megáfono y le susurró algo. Irene, con rostro ceniciento, asintió y luego tragó saliva. Sujetaba un pañuelo en la mano. Anne la rodeó con el brazo.

Irene empezó su discurso. Dudaba y parecía estar a punto de llorar. El público aguardaba.

—Soy la señora Irene Barker —dijo casi en un susurro—. Soy una trabajadora de guerra, pero he perdido mi trabajo porque no podía encontrar a nadie que cuidara de mis hijas cuando yo estaba en la fábrica.

Luego miró a Anne, sacudió la cabeza y, casi llorando, le entregó el megáfono y se bajó del cajón. Betty y otra de las mujeres se acercaron a ella inmediatamente. Oí a Betty decir: «Bien dicho, Rene. Lo has conseguido. Él estaría orgulloso de ti».

Anne volvió a tomar la palabra. Se había congregado una gran

multitud.

—Lo único que quiere la señora Barker es poder trabajar —dijo—. Eso es todo. Ha tenido que reunir mucho valor para estar hoy aquí. —Miró a Irene—. La semana pasada la informaron de que su esposo, el marinero Douglas Barker, había dado la vida por su país.

Un murmullo muy audible de compasión recorrió la multitud.

El hombre de aspecto oficial que acompañaba al señor Adams eligió mal el momento.

—¡Oigan! —dijo alzando la voz—. Estoy aquí en nombre del Concejo. Señoras, están bloqueando la vía pública y deben dispersarse.

Fue una interrupción grosera.

—¡Qué vergüenza! —exclamó alguien detrás de mí.

—No están haciendo ningún daño —dijo un joven.

—Está prohibido manifestarse —repuso el funcionario.

—Sí, así es —dije poniéndome delante de él—. Esto no es Berlín. Y, además, es un desfile por el reclutamiento.

—¡Al cuerno Berlín! —gritó uno de los soldados.

Saqué mi libreta del bolsillo y la abrí.

—Prensa —dije en voz alta—. Buenos días. ¿Puedo apuntar su nombre? Quiero asegurarme de que lo escribo correctamente. ¿Es usted un representante oficial? Nuestras lectoras querrán saber qué tiene usted en contra de las mujeres que quieren desempeñar labores bélicas. No me queda claro por qué quiere interponerse en su camino.

—¡Solo queremos guarderías para poder trabajar y que nuestros hijos estén a salvo! —gritó Maeve.

—¡¡¡Para ganar la guerra, les pedimos que nos ayuden a conseguir guarderías!!! —empezaron a corear algunas.

El señor Rice se inclinó hacia el funcionario. Parecía más decepcionado que enfadado.

—Ya hemos visto a esta antes —dijo señalándome a mí—. Es de una revista.

—¡Dispérsense! —gritó el funcionario.

—¡No! —exclamó Betty con el megáfono—. No hasta que alguien nos ayude.

El capataz de Chandlers, al que yo había reconocido, avanzó hacia ella.

—Estúpida mujer —dijo—. No tendrás más trabajo después de esto.

—Cállate, Lesley —le respondió una mujer entre la multitud—. Deja de sacar el buche.

Lesley se dio la vuelta, le dijo en términos inequívocos que se largara y dio un paso hacia Betty.

Esta no se movió, pero Charles sí.

—Tranquilidad —dijo interponiéndose con calma entre ella y el capataz—. Esto no es necesario.

Lesley le dijo a Charles que se metiera sus palabras por donde le cupieran. El señor Rice le conminó a que se tranquilizara. Los dos soldados y un joven marinero corpulento se acercaron y se plantaron junto a Charles.

Bunty sacó una fotografía y luego cojeó hacia atrás, apoyándose fuertemente en su bastón.

—Ya está bien —dijo Charles, ignorando el hecho de que Lesley acababa de ser más que grosero—. Dejemos que las mujeres terminen lo que tienen que decir.

Charles parecía imperturbable, aunque yo habría estado tentada de darle a Lesley su merecido. Por el rabillo del ojo vi que Guy se había alejado un par de metros para acercarse al señor Adams. Estaba tomando notas mientras observaba.

—¿Puede alguien responder por este hombre? —dije señalando a Lesley y mirando al señor Rice—. Está asustando a los niños.

No era del todo cierto, porque Maeve y Violet y otras dos mujeres se habían llevado a los más pequeños a ver el árbol de Navidad, pero eso era lo de menos.

—¿Pueden decirme sus nombres? —añadí, blandiendo mi lápiz —. Estoy escribiendo un artículo para la prensa nacional.

El funcionario dudó, pero el señor Adams parecía menos preocupado.

—¿En serio? —soltó sarcástico, no pareciéndose ya en nada al tipo amigable que había conocido en el concierto durante el almuerzo—. Creía que escribía sobre vestidos.

—Y yo creía que usted estaba ocupado haciéndole la pelota a Tommy Trinder —respondí—. Pero sí, en realidad estoy escribiendo un artículo. Por supuesto, si prefiere que no lo haga, quizá desee hablar con la señora Oliver.

El señor Adams pareció molesto.

—Parece haber olvidado cómo fue la conversación que mantuvo en su última visita —dijo—. Muchas personas en varios lugares mostrarán sumo interés en esta pequeña proeza.

—¿Se refiere a cómo tratan a las trabajadoras del Gobierno? —pregunté.

Anne y Betty estaban ahora a mi lado. Se oyó un fuerte clic cuando Bunty hizo otra foto.

Parte de la multitud se había alejado, pero aún quedaba un número considerable de personas, que empezaron a congregarse.

—¡Denles una guardería! —gritó alguien.

—¡¿Quiénes son ustedes, a todo esto?! —gritó otro.

Al señor Adams, aquello no le hizo ni pizca de gracia.

—¡Dejen de meterse con ellas! —gritó una mujer que iba acompañada de una niña vestida de uniforme escolar.

—Ah, bien, la policía —dijo el señor Adams, como si fuera el jefe de Scotland Yard y contara con un oficial de refuerzo en todo momento—. Ahora solucionaremos todo esto.

El agente local era un hombre de aspecto tranquilo, pero con aire autoritario.

—¿Quién está al mando? —preguntó.

Todos los hombres guardaron silencio.

—Yo, señor —respondió Anne—. Al mando del desfile, en todo caso. La señora Oliver. Treinta y dos de la calle Wilton.

—Estamos aquí por las trabajadoras de guerra —dijo Betty.

—Señor Simms —intervino el oficial, reconociendo al funcionario con cara de pocos amigos—. ¿Tiene esto algo que ver con su departamento?

—Por supuesto que no —respondió el señor Simms.

—Si es usted del Concejo, entonces sí —apuntó Betty—. Llevamos semanas escribiéndole.

—Solo estamos pidiendo una guardería —le dijo Anne al policía—, pero nos han dicho que eso es algo que tienen que hacer conjuntamente las autoridades locales y los directores de las fábricas. Ni siquiera quieren reunirse con nosotras. Parece que todo el mundo se desentiende.

—Y los ministerios de Sanidad y Trabajo deben dar su visto bueno antes —añadí—. Estas mujeres solo quieren trabajar.

El señor Simms comenzó a protestar, lanzando una ininteligible parrafada de razones, como haría cualquier político.

Detrás de él, y rápidamente acompañadas por las demás, dos de las mujeres empezaron a cantar de nuevo.

—Así que me fui y me enrolé para trabajar…

—¿Puedo sugerirles que se sienten y hablen de manera civilizada? —pidió el policía—. Les daré tiempo hasta después de Navidad. Apuntaré algunos nombres y direcciones, si no les importa. No, señor, por favor, quédese donde está —dijo levantando la voz cuando el señor Adams intentó escabullirse.

El señor Rice se había quedado quieto, lo cual le honraba, pero había que reconocer que se escondía un poco detrás del señor Simms.

—Me temo que ya me han despedido —dijo Anne educadamente —. Y probablemente harán lo mismo con todas las demás después de esto.

—Muy bonito —dijo el oficial con sorna—. ¿Quién es el señor Scrooge de esto?

Como nadie admitió nada, empezó a anotar nombres.

En ese momento, una de las participantes más jóvenes de la marcha, que se había aburrido de tanto estar de pie, rompió filas y se acercó al policía.

—Hola —le dijo con confianza, pero sin brusquedad—. ¿Cómo se llama?

El agente dejó de escribir.

—Agente Pickering.

—¿Periquín?

—Pickering.

—Qué difícil. ¿Qué hace?

—Estoy apuntando nombres —respondió el agente Periquín pacientemente.

—¿Puede apuntar el mío? Es Ruby. Con erre —dijo la niña intentando ponerse de puntillas para ver lo que el hombre escribía en el cuaderno.

—Lo siento mucho, agente —dijo Anne—. Es mi hija. Le estoy enseñando las letras.

—A, b, c —intervino Ruby.

—Ya está bien, cariño —dijo Anne—. Podemos hacerlo en casa.

—Tu madre tiene razón —señaló el policía—. Por ahora es suficiente.

Ruby lo miró desconcertada. Rendirse no estaba en su naturaleza.

—Ven y quédate tranquilita, por favor, Ruby —dijo Anne extendiendo la mano—. Los mayores están hablando.

La niña tomó obedientemente la mano de Anne y se recostó en su abrigo mirando a su alrededor mientras su madre le acariciaba la cabeza de forma protectora. La presencia del agente Pickering había apaciguado al beligerante Lesley y el ambiente se había vuelto menos tenso. No obstante, Betty se acercó en silencio a Anne, como yo. Si los ánimos se caldeaban, podríamos alejar a Ruby.

Como el señor Rice ya me había identificado, no tenía por qué fingir que no me interesaban las manifestantes, así que me agaché junto a mi amiguita.

—Hola, monstruito —susurré.

—¡Tita Emmy! —exclamó Ruby echándome los brazos al cuello —. ¿Me das una vuelta?

—Dentro de un minuto, te lo prometo —dije sin dejar de susurrar. Aunque el agente Pickering había sido muy amable con ella, no estaba segura de hasta dónde llegaría su paciencia si me convertía en un carrusel—. Tenemos que estar calladas cuando los mayores hablan.

Me quedé agachada y me llevé el dedo a los labios como si fuera el mejor plan secreto.

Ruby asintió, con los ojos muy abiertos, y luego se agachó también y aplastó un dedo regordete contra su cara.

—Bien —dijo el agente al señor Adams—. Su nombre, por favor, señor.

—En realidad, agente —dijo Adams—, fui yo quien alertó a su comisaría de la posibilidad de que se produjera algún altercado.

—Entonces no le importará darme sus datos, ¿no es así, señor? —preguntó el agente Pickering, que no parecía impresionado de vérselas con un chivato.

Anotó el nombre y la dirección del señor Adams; luego miró detrás del señor Simms para hablar con el señor Rice.

—Si puede dar un paso adelante, señor, y decirme su nombre, por favor —dijo.

Cuando el señor Rice hizo lo que se le pedía y el agente lamió la punta del lápiz dispuesto a anotar su nombre, se oyó un grito desgarrador.

Era Ruby.

Anne se agachó para ver qué ocurría, pero Ruby, que estaba absolutamente fuera de sí, se levantó de un salto y empezó a tirar de la chaqueta del agente, intentando alejarlo del señor Rice.

—¡No! —chilló—. ¡Ese hombre asustó a mi mami!

El señor Rice parecía horrorizado y dio un paso atrás cuando Ruby prorrumpió en sonoros sollozos.

—No pasa nada, cielo, no pasa nada —dijo Anne cogiéndola en brazos y abrazándola con fuerza—. Es el señor Rice, del trabajo de mamá. No me asusta, te lo prometo.

Pero Ruby seguía llorando.

El agente Pickering la miró y luego volvió a mirar al señor Rice. Su expresión era de clara desaprobación.

—Ni se mueva —le dijo al señor Rice.

Anne mecía a Ruby procurando apaciguarla. Tragando saliva y con la corona de flores desordenada, Ruby enterró la cabeza en el hombro de Anne.

—Él… te… hizo… llorar, mami —sollozó.

—Oh, Ruby —dijo Anne—. Vamos, cariño, vamos a ver si podemos encontrar a Tony. Lo siento. Agente, no debería haberla traído. Solo tiene cuatro años.

Pickering, que ya tenía todos los datos de Anne, asintió con la cabeza; ahora parecía más interesado en el señor Rice.

—Gracias —dijo Anne mientras Ruby seguía llorando—. No olvides que hoy vas a ser dama de honor como una niña grande, ¿a que sí? Y vas a llevar tu corona, así que es un día feliz, ¿verdad?

A Ruby le entró hipo y logró decir entre jadeos un pequeño y valiente «sí».

Luego, justo cuando empezaba a alejarse, Anne se detuvo y se dirigió al agente Pickering.

—Agente, no es culpa del señor Rice —dijo mientras abrazaba a Ruby—. Yo estaba afectada cuando me dijo que había perdido mi empleo, y eso desconsoló a mi hija. Se ha quedado un poco conmocionada al verlo, eso es todo. Se recuperará.

Luego se llevó a Ruby.

—Muy bien, todos, es hora de irse —soltó el agente Pickering mientras cerraba su cuaderno. Le hizo un gesto al señor Rice.

—Para que lo sepa, la señora Oliver acaba de hacerle un gran favor —dijo—. Le sugiero que intente hablar con estas señoras, en lugar de hacer llorar a sus hijos.

Para Año Nuevo. Lo comprobaré.

Luego se dirigió a la multitud.

—Eso es todo, vayan a hacer sus compras antes de que se agote el género. Bonita canción —añadió, dirigiéndose a Irene y las demás —. ¿Qué tal si nos limitamos a los villancicos durante el resto del día? Gracias, señoras, creo que ya se han explicado y sugiero que ahora se marchen. Al fin y al cabo, ya es casi Navidad.

Luego saludó con un leve movimiento de cabeza y, sin intención de dejarnos continuar, se alejó con parsimonia.

—Buen trabajo, chicas —dijo uno de los soldados—. Seguid así. Os apoyamos.

Hubo una pequeña ronda de aplausos cuando la multitud empezó a dispersarse, y unas cuantas personas se acercaron a las mujeres para hablar con ellas.

El señor Rice y el señor Adams no estaban de humor para quedarse. El agente Pickering tenía razón. Las mujeres habían dejado claro su punto de vista. Era hora de marcharse.

Las demás seguimos a Anne hasta el cochecito de Tony, donde Ruby seguía aferrada a ella, pero ya no hacía pucheros y se chupaba el dedo y disfrutaba de que la llevaran y de no tener que ser una niña mayor.

—¿Estás bien? —le pregunté a Anne.

Ella asintió, apabullada.

—¿Estás segura? Siento mucho que Ruby se haya asustado. ¡Ay, mi patosilla! —dije, mientras Ruby levantaba la vista y volvía a hipar.

—No soy un pato —logró decir, sonando mucho más a ella misma.

—Ya veo —dije—. Entonces, ¿qué eres?

—Soy una dama de honor —contestó, empezando a animarse.

—¡Hurra! —exclamé—. Mira, ¿quieres conocer al chico con el que me voy a casar?

Ruby asintió.

—Yo también —dijo Anne—. Tengo que reconocer que intenté verlo antes de que llegara el agente Pickering.

Ruby ya había vuelto a ser la de siempre; además, varios mirones habían abastecido tanto de golosinas al pequeño Tony y a los demás críos —desafiando cualquier cartilla de racionamiento— que la mayor amenaza para cualquiera de ellos era la de enfermar. Las mujeres ya podían alejarse un poco y contemplar su obra.

El «desfile patriótico» había sido un éxito. Por fin las mujeres empezaban a lograr que alguien las escuchara.

—Enhorabuena —dije cuando Maeve y Violet se nos acercaron —. Lo habéis conseguido. Ahora en Chandlers tendrán que hablar con algunas de vosotras, como mínimo.

—Y devolverles a Anne e Irene sus puestos de trabajo —apuntó Betty, muy sentida.

Era un buen apunte.

—No sé si lo harán —dijo Anne—, pero, Dios mío, ¿no se ha portado bien casi todo el mundo? La gente nos ha escuchado de verdad, ¿no es así?

Parecía más que aliviada y, como todo el mundo se puso a parlotear, les presenté a Charles; luego Bunty y yo conocimos al resto de las mujeres que habían desfilado. Eso me dio la oportunidad perfecta para hacerles algunas preguntas. Con el discurso de Anne anotado en su totalidad, estaba contenta, pues contaba con información suficiente para escribir el artículo.

Al ver a Guy charlando con Bunty, guardé el lápiz y me acerqué a ellos.

—¿Sabe?, pensé que iba a intervenir antes o después —le dije.

—No me necesitaba —repuso—. Lo estaba haciendo muy bien. Tiene muy buen instinto. Sabía cuándo quedarse al margen y observar, así como cuándo involucrarse en nombre de sus amigas. Buen trabajo.

Era un gran elogio por su parte.

—Gracias —dije.

—De nada. Bueno, todo esto es muy bonito, pero ¿a qué hora dijo que teníamos que marcharnos?

Miré mi reloj de pulsera por primera vez desde el inicio de la marcha. Eran las once y diez. Nos quedaban diez minutos para coger el tren de vuelta a casa.

—¡Ay, madre! —exclamé—. Tenemos que irnos. Bunts, Guy y tú empezad a caminar. Yo buscaré a Charles. Anne —la llamé por encima de una pequeña multitud de amigas—, tenemos que irnos. ¿Seguro que estás bien? «Vais» a venir a la boda, ¿verdad?

—Pues claro que sí —respondió ella—. He de hablar con todas las chicas, pero te prometo que Ruby, Tony y yo iremos en el próximo tren. He metido todas nuestras cosas en el cochecito del pequeño Tony. Probablemente no se siente los pies.

—¿Y sabes adónde ir? —pregunté ansiosa.

—A la iglesia de San Gabriel, y tengo la dirección de la casa por si llegamos demasiado tarde. Mira, aquí viene tu prometido. ¡¡Ahora vete!!

Charles se había zafado de las numerosas presentaciones y me cogió de la mano.

—¡Hasta luego! —le dijo a Anne—. Hoy lo has hecho muy bien. No sabes lo impresionantes que habéis estado todas.

Anne sonrió de oreja a oreja.

—Gracias, ¡¿podéis iros ya, por favor?!

Ambos echamos a correr. Bunty y Guy también iban a toda prisa. Teníamos un margen de ocho minutos para llegar al tren.

—Esperemos que se retrase —dijo Charles moviéndose todo lo rápido que podía, pero luego frenó en seco.

—¿Qué pasa? —pregunté; me detuve y lo miré alarmada.

—Vamos a casarnos —dijo con unos ojos que le brillaban como dos soles.

Luego me atrajo hacia sí, me dio un prolongado beso y volvió a cogerme la mano.

—¿Preparada? —dijo mientras yo no podía dejar de reír—. No hay tiempo para reírse, ¡corre!

29
Sería buena idea separarnos

Íbamos con el tiempo justo, pero mientras los cuatro corríamos hacia el andén, pudimos ver que el tren seguía allí con algunos rezagados que todavía estaban embarcando.

—He de decir —dijo Charles mientras ralentizábamos el ritmo—, ahora que vamos de camino, que resulta un poco extraño que estemos juntos, como si fuéramos en el tren de la mañana a la oficina o algo así. No es que no quiera estar contigo, cariño, pero no es lo tradicional en una boda.

Yo estaba menos preocupada.

—No me importa —dije—. Esta mañana he llegado a pensar que nos detendrían, así que será todo un alivio sentarse en un vagón y no en una celda.

—Coincido con Charles —intervino Guy mientras le enseñábamos nuestros billetes al revisor en la puerta del tren—. No es algo muy de las bodas de toda la vida.

—No hay mucho que podamos hacer al respecto —señaló Bunty.

Llevaba toda la mañana de pie, por no hablar de la carrera rápida hasta el tren, y se apoyaba con fuerza en su bastón.

—Sí podemos hacer algo —dijo Guy—. Ahora que estamos a salvo en la estación, sería buena idea separarnos. Señoras, les sugiero que se suban a este vagón, mientras mi hermano y yo nos vamos a uno que esté más cerca de la parte delantera. Charles, ven conmigo. Órdenes del padrino.

—Es una buena idea —dijo Bunty, agradecida.

—Excelente —respondió Guy—. Cuando lleguemos a Paddington, Charles puede subirse a un taxi, y yo comprobaré que ustedes, señoritas, se suben a otro; mientras no nos liemos, ustedes

dos —dijo mirándonos fijamente a Charles y a mí— no se verán de nuevo hasta que Emmy llegue a la iglesia. ¿Todos conformes?

Me pareció una idea fantástica.

—Perfecto —dije abriendo la puerta del vagón—. Vamos, Bunts, sube tú primero.

Bunty obedeció encantada.

—Nos vemos allí —dijo antes de dejarse caer sobre el asiento.

—Charles, vamos antes de que el guardia haga sonar el silbato —ordenó Guy, que empezó a caminar por el andén hacia el humo y el vapor que despedía la locomotora.

—Ya voy —dijo Charles. Se volvió hacia mí—. Tenemos unos segundos. El guardia está ayudando a un anciano a subir una maleta. ¿Puedo besarme por última vez con una chica que no sea mi esposa?

—Me parece una buena idea —dije, muy feliz de complacerle.

—Daos prisa, vosotros dos —apuntó Bunty, que se había tapado teatralmente los ojos para no mirar—. No lo echéis todo a perder a estas alturas.

—Vámonos, Emmeline Lake, o a Guy le dará un ataque —dijo Charles, elevándome hacia el tren—. Adiós, cariño. Adiós, Bunty. Nos vemos en la iglesia.

Cerró la puerta detrás de mí, me sopló un beso y, al oír el silbido del guarda, salió corriendo antes de que fuera demasiado tarde.

Me senté enfrente de Bunty en el vagón, dejando escapar un fuerte suspiro.

—Bunts, lo hemos conseguido —dije.

—Qué alivio —respondió Bunty, que parecía sentirse como yo.

Oímos el silbato por última vez.

—Conseguido —coincidió—. Ahora podemos relajarnos.

Pero el tren no se movió. Se oían pitidos y resoplidos, pero no ocurría nada.

Bunts y yo nos miramos.

Me levanté de un salto, bajé la ventanilla y saqué la cabeza. Bunty se colocó a mi lado con la misma rapidez.

Envuelto en una nube de humo y vapor, y ya ganando velocidad mientras la observábamos, la mitad delantera del tren salía de la estación.

—¡No! —grité intentando abrir la puerta, pero ya era demasiado

tarde para que la situación cambiara.

No obstante, me apeé de un salto. Bunty me siguió de cerca.

Éramos las únicas personas en el andén.

—¿Por qué no ha dicho nada el empleado de la estación? —me lamenté—. ¿Cómo ha podido dejarnos subir al extremo del tren que no era?

—No creo que nos haya visto —respondió Bunty—. Estaba ayudando al anciano. Todo irá bien —añadió poco convencida—. Podemos coger el siguiente. O Charles y Guy se bajarán cuando se den cuenta y nos esperarán en la estación más cercana. Si vamos directamente a la iglesia, en lugar de a casa, estoy segura de que llegarás a tiempo.

La miré.

—Todo irá perfectamente bien —concluyó con la voz entrecortada.

—No, Bunts —dije sin compartir su optimismo—. No creo que nada vaya bien, la verdad.

Puse las manos en jarras y seguí mirando el andén vacío, como si el maquinista fuera a dar marcha atrás por arte de magia para venir a buscarnos.

—El cobrador lo sabrá —dijo Bunts, que se esforzaba para mantener la calma frente al apoteósico desastre.

—¿Cómo no se han dado cuenta Guy y Charles? —pregunté—. Habrán pasado por delante de donde desacoplaban los vagones sin darse cuenta.

—La verdad es que Charles estaba corriendo —señaló Bunty, lo cual era cierto, pero nada útil.

Intenté recomponerme.

—Bien. Pensemos en esto. El cobrador del tren. Buena idea. Vamos.

Bunty se adelantó y ya había empezado a dirigirse hacia la entrada del andén.

—Disculpe —dijo—. Nos hemos quedado atrás. No nos hemos dado cuenta de que el tren se dividía en dos.

—¡Vaya por Dios! —dijo el hombre—. ¡Habrase visto!

Bunty vio la expresión de mi cara.

—Déjamelo a mí —dijo apoyando una mano en mi brazo—. Sí —continuó—. Un pequeño contratiempo. ¿Sabe si el próximo tren a

Londres llega a su hora? Es que tenemos que estar allí con bastante urgencia.

—Verá, hay una guerra en curso —respondió el cobrador.

Bunty me aferró con más fuerza.

—Mmm —logró decir—. Sí, lo sabemos. ¿Quizá pueda decirnos si viene otra locomotora a buscar estos vagones?

—Viene —dijo el cobrador.

—¡Perfecto! —dijo Bunty.

—Para llevárselos a los apartaderos.

—Cielo santo —murmuré.

—Ya veo —dijo Bunty, haciendo gala de una notable paciencia —. ¿Tiene idea de cuándo se espera el próximo tren a Londres?

—La cosa es —interrumpí, incapaz de seguir callada— que se supone que estoy…, bueno, a ver, que voy a casarme a las tres en punto. Y de verdad que tenemos que estar en el tren.

El cobrador se mordió el labio.

—Puede que les dé tiempo —dijo—. Por otra parte…

—¿No es el próximo tren a las doce menos cuarto? —preguntó Bunty—. Em, con ese llegaríamos a tiempo siempre que no se quede atascado en algún sitio.

—Ese tren ha sido cancelado —dijo el hombre—, pero hay otro a la una menos cuarto. Probablemente.

—Es demasiado tarde —respondí. Empecé a sentir pánico—. ¡Oh, Bunts, no debería haber venido! ¿En qué estaba pensando?

—Volvamos al centro —dijo Bunty, que había renunciado al enigmático empleado—. ¿Cuánto tiempo crees que tardaríamos en coche, si pudiéramos encontrar uno? Uno que tuviera gasolina.

Deseé que Charles no hubiera hecho la broma de que iba a robar un coche. Ahora me parecía una opción viable.

—Podría ser su mejor opción —dijo el cobrador—. Las vías están atascadas otra vez.

—Vamos, Em —dijo Bunty—. Vale la pena intentarlo. Puede que Anne conozca a alguien. Además, de todos modos, tenemos que avisarle sobre el retraso de los trenes.

Asentí.

—¿Tu pierna podrá? Apenas te has sentado.

—Estoy bien —dijo Bunty con mirada decidida.

No la creí ni por un momento, pero la conocía lo suficiente

como para saber que no debía insistir.

Salimos de la estación y empezamos a caminar con paso firme hacia la plaza del mercado.

—Tienes razón —dije pasando mi brazo por el suyo e intentando ser positiva—. Anne conocerá a alguien. Pero, sinceramente, Bunts, ¿por qué insistí en arriesgarme?

—¿Por qué te dejé? —respondió ella—. Porque hiciste una promesa. Yo habría hecho exactamente lo mismo, y apuesto a que Charles también lo habría hecho si se tratara de sus compañeros del ejército. Y Guy también.

—No puedo faltar a mi boda —dije, poniéndome mala solo de pensarlo. No podía soportar la idea de que Charles se marchara antes de casarnos.

—No faltarás —dijo Bunty—. No lo permitiremos. Y Charles volverá, Em. Sé lo que estás pensando, pero tú y Charles no sois Bill y yo. No sois Anne y Anthony.

Se detuvo en medio de la calle.

—Tu historia tendrá un final feliz —insistió—. Lo tendrá. Ahora encontremos la manera de llegar a Londres.

Decidida y tranquila, mi mejor amiga sabía exactamente lo que estaba pensando. Me sonrió.

—¿Estás bien? —preguntó.

Respiré hondo.

—Sí —dije—. Gracias. Por un momento me he dejado llevar por el derrotismo.

—No te preocupes —respondió Bunts alegremente.

—No volverá a ocurrir —dije mientras apretábamos el paso.

—Espero que no. Lista D: transporte a la iglesia —dijo—. Estoy trabajando en ella, pero ha sido un pequeño descuido. No puedo sino disculparme.

—No sé qué decirte. Mira allí.

Al final de la calle, conduciendo hacia nosotros a buen ritmo, vimos una furgoneta. Me resultaba familiar, pero habría podido ser completamente anónima de no ser por la persona que se asomaba por la ventanilla del pasajero.

Noreen Noakes nos saludaba agitando un brazo como una loca mientras sostenía con el otro a una Ruby Oliver ahora muy feliz. Wilf Noakes pisó el freno y se detuvo justo donde estábamos Bunty

y yo.

Bunty, que no los conocía, me miró desconcertada. No le fui de mucha ayuda, pues me quedé boquiabierta preguntándome qué diantres estaba pasando.

Sentada al lado de Noreen y tan pasmada como yo mientras esta nos saludaba, vi a Anne con Tony en el regazo.

Wilf apagó el motor. Noreen abrió la puerta y dejó a Ruby en el asiento junto a su madre.

—Hola —dijo Noreen bajando de un salto—. Wilf dice que los trenes están atascados. Tiene que recoger algunas provisiones, pero no cree que lleguen hasta dentro de unas horas. Vamos a acercar a Anne a una boda.

—¿Dónde está Charles? —preguntó Anne, inclinándose y aferrándose a Ruby, que intentaba zafarse.

—Están en el tren —dije—. Es una larga historia. Esperamos que puedan seguir hasta Paddington.

—Señoras —gritó Wilf—, ya hablarán más tarde. Si queremos que lleguen a Londres a tiempo, tienen que subir ahora mismo a la furgoneta.

—Andando —dijo Noreen—. ¿Les importa que el viaje sea un poco accidentado?

Fue a la parte trasera de la furgoneta y abrió la puerta.

—Si alguna quiere subir delante, no me importa sentarme aquí con la otra —dijo—. Anne se ha ofrecido, pero Wilf dice que es mejor que los niños vayan delante.

—Yo primero —dije sin hacerle caso y trepando.

—No tengo ni idea de lo que está pasando —le dijo Bunty a Noreen mientras subía detrás de mí—, pero si esta es su furgoneta, no puedo dejar que se siente atrás.

—Oh, no es nuestra —dijo Noreen—. Es de Chandlers —susurró.

—Claro —respondió Bunts—. Ahora estamos robando una furgoneta.

Se oyó un golpe fuerte en la parte delantera.

—¡Adentro! —dijo Noreen—. ¿Pueden ver bien? Wilf dice que debería haber algunos sacos para sentarse. Intentará que no salgan disparadas. Cuidado con el cochecito. Está atado. Bien, voy a cerrar la puerta.

Mientras Noreen cerraba la puerta, lo que supuso un alivio para

nuestra seguridad, Bunty y yo nos sentamos entre varias cajas grandes y vimos que había una pequeña escotilla abierta entre nosotras y la cabina. Dejaba pasar la luz; al inclinarme hacia delante, pude ver el cogote de Anne.

Apretando los dedos con fuerza a los lados, pues me daba algo a lo que apoyarme, escudriñé y vi a Noreen, que subía con dificultad.

—Bien —gritó Wilf—. Sujétense todas ahí atrás. Nos vamos.

Luego puso en marcha el motor y la furgoneta salió rugiendo carretera adelante.

—¡¡¡Ueeeee!!! —chilló Ruby.

—¿Todo el mundo está bien? —gritó Wilf.

—Sí, gracias —respondí.

Luego se oyó una voz menos estridente y exageradamente educada.

—No quiero ser grosera —dijo Bunty—, pero no nos han presentado formalmente. Soy Bunty, una amiga de Emmy, y me preguntaba si alguien podría decirme qué está pasando.

30
En la parte trasera de la furgoneta, llevo a una novia al altar

Como era de esperar, Wilf no debía utilizar la furgoneta de Chandlers para su uso personal. Sin embargo, cuando llegó a la estación para recoger un encargo y le dijeron que los trenes se habían vuelto locos, decidió ir a buscar a Noreen, que andaba de recados, para llevarla de vuelta a casa. Así pues, efectivamente, era ella a quien había visto antes entre la multitud.

Anne y Noreen se turnaron para contarnos toda la historia a través de la pequeña ventana rectangular, con frecuentes interrupciones de Ruby y Wilf.

—Noreen estaba hablando con Betty y conmigo —dijo Anne.

—Y conmigo —dijo Ruby.

—Cuando apareció Wilf —continuó Anne—. Estábamos a punto de irnos a la estación, pero Wilf nos contó lo de los trenes.

—Y entonces Anne dijo: «Espero que Emmy y Charles hayan pillado el último» —dijo Noreen.

—Y yo dije: «Se quedarán colgados si no lo han hecho» —apuntó Wilf.

—Y entonces nos dimos cuenta de que Ruby, Tony y yo estábamos colgados —dijo Anne.

—Wilf dijo: «No voy a permitir que nos pase lo mismo» —nos contó Noreen.

—Lo dije —intervino Wilf—. No puedo permitirlo, cuando hay una dama de honor muy mayor que tiene que llegar al baile.

—¡Yo! —gritó Ruby, por si hacía falta aclararlo.

—Así que pensamos en conducir pasando por la estación, por si acaso sus planes se habían torcido —apuntó Noreen—. Bien

pensado.

—¿De verdad van a llevarnos hasta Londres? —pregunté—. ¿Y la gasolina?

—Ha habido suerte, ayer llené el depósito —respondió Wilf—. Y como no nos conocemos, señorita Tavistock, puedo decir que nunca he hecho algo así en mi vida. Bueno, aparte de la última vez que me encontré con su amiga Emmy, quiero decir.

—Ella lo ha llevado a la perdición —dijo Noreen.

—¡Bueno! Espero que no —respondí—. Wilf, ¿está seguro de todo esto? ¿No está corriendo un riesgo muy grande?

La furgoneta traqueteó al salvar un bache, y Bunty y yo nos agarramos con firmeza.

—Probablemente no pueda verlo —dijo Wilf—, pero hay una caja en la parte trasera con una dirección en Chelsea. Se supone que debo entregarla el lunes. Si algo sale mal, diré que me equivoqué y que pensé que tenía que llevarla hoy.

Anne cabeceó.

—¿Adivinamos de quién es? —dijo.

Wilf se rio.

—Nuestro señor Terry —cantó.

No solo Betty y Vi conocían la que parecía ser la canción favorita de la fábrica.

—Hace cosas así sin parar —dijo Wilf—. Podría contaros historias sobre él que os pondrían los pelos de punta.

—Wilf —le advirtió Noreen.

—Está bien, cariño. No te preocupes. ¡Oye, oye! ¿Qué es eso?

Redujo la velocidad de la furgoneta y murmuró entre dientes.

—No hay nada de que preocuparse —exclamó—. Solo es el tráfico. Así es la A-4. ¿Cuándo tenemos que estar allí? ¿A las tres? Tenemos tiempo de sobra.

Bunty y yo nos miramos. En aquellos días, casi nadie conducía, por lo que no había razón alguna para que hubiera atascos.

—¿A qué distancia está Pimlico de aquí? —pregunté a través del ventanuco.

—A unos sesenta kilómetros —respondió Wilf—. No nos llevará más de dos horas. Si el camino está despejado, la furgoneta puede ir a más de treinta y cinco por hora, pisando el acelerador, y solo son las doce en punto.

Nos desplazábamos a paso de tortuga.

—¿A alguien le apetece una canción? —preguntó.

—Tony se ha hecho caca otra vez —soltó Ruby.

—Lo siento mucho —se disculpó Anne.

—Bien hecho, Tony, muchacho —dijo Wilf—. ¿Alguien más quiere conducir? No me importaría sentarme atrás un rato.

La furgoneta se había detenido.

—No hay de qué preocuparse —insistió Wilf, pero vi que miraba de reojo a Noreen.

Veinte largos minutos más tarde, Anne nos había enseñado a todos la letra de la versión para desfile de *Mi hombre me dijo sigue la furgoneta* y también la habíamos cantado en su forma original, con una Ruby que a pleno pulmón y completamente a destiempo había bramado: «Pero nos entretuvimos en el camino».

Me pregunté si alguien había detectado la ironía. No es que estuviéramos entreteniéndonos, sino que no nos movíamos lo más mínimo.

—Voy a salir a ver qué pasa —dijo Wilf.

Había un árbol. Estaba más tumbado que erguido: ese era todo el problema.

—Es descacharrante —dije muy animosa—. Si no son los alemanes, es la madre naturaleza.

Nadie se rio.

No se podía hacer nada: solo esperar… media hora más. Wilf nos dejó salir a Bunty y a mí de la furgoneta para que pudiéramos estirar las piernas. Anne le cambió con urgencia los pañales a Tony, y Ruby insistió en que no quería ir al baño detrás de un arbusto, lo que puso muy nerviosa a su madre.

Aunque era bueno estar al aire libre, Bunty y yo nos impacientábamos cada vez más: queríamos darnos prisa una vez que se hubieran llevado el árbol, así que volvimos a entrar todos en el vehículo e hicimos un intento más débil de cantar. Como el tiempo apremiaba, nadie estaba con el ánimo suficiente.

Poco antes de la una, cuando ya estaba empezando a preocuparme, un policía se acercó a la furgoneta.

—No falta mucho, señor —le dijo a Wilf—. Ha llegado un tractor y pronto les haremos pasar. ¿Tiene prisa? Ah, no, veo que es un viaje familiar.

Ruby lo saludó y le preguntó cómo se llamaba.

—En realidad, vamos muy apurados, agente —dijo Wilf—. Le va a sonar un poco raro, pero en la parte trasera de la furgoneta llevo a una novia al altar.

No pude ver al policía, pero su silencio resultó elocuente.

—¡Hola! —grité—. Soy yo. Estamos intentando llegar a Londres, pero los trenes están atascados.

Si acercaba la oreja a la escotilla podía escuchar.

—¡Rediez! —dijo una voz—. No se preocupe, señorita.

—También hay una dama de honor con ella —apuntó Wilf como si fuera lo más natural del mundo.

—Yo soy la dama de honor —dijo Ruby—. Tengo un vestido nuevo.

—¿Digo algo yo también? —susurró Bunty—. Creo que ya está lo bastante sorprendido.

—¿Salimos? —grité, por si el agente pensaba que Wilf era un tarado que transportaba una furgoneta llena de mujeres a un harén en alguna parte.

—Tenemos que estar en Londres a las tres —dijo Wilf—. Sí, reconozco que vamos un poco justos de tiempo.

—Yo también soy dama de honor —intervino Ruby.

Anne la mandó callar.

—Es su primera vez —dijo—. Me temo que está emocionada.

—Ya lo veo —contestó el agente—. Bueno, no podemos permitir que se lo pierda. ¿Puede poner en marcha su vehículo, por favor, señor? Vaya despacio, pero puede seguirme por el otro lado de la carretera. Debería haber suficiente hueco para usted.

Wilf sacó la furgoneta de la cola y avanzó por un lateral, tal y como le habían indicado.

—¿Qué está pasando? —preguntó Bunty.

—Le está haciendo señas a otro policía —informó Wilf—. Creo que nos están dejando pasar al frente de la cola.

Sentí una oleada de esperanza. Si Charles iba todavía en el tren y de camino a la iglesia, nos quedaba una oportunidad.

El policía cumplió su palabra y nos puso al frente de la cola más corta. Wilf maniobró como buenamente pudo para pasar delante del resto de los vehículos.

—Bien, señoras —dijo—, sujeten a los niños y agárrense a lo que

tengan a mano. Vamos a ver la velocidad que puede alcanzar este cacharro.

Resultó que la vieja furgoneta podía circular muy rápido. Wilf pisó el acelerador y salimos disparados hacia Londres, Bunty y yo rebotando como pelotas de pimpón en la parte trasera.

A las tres en punto llegamos a la puerta de la iglesia de San Gabriel.

No había tiempo de ir a casa a cambiarse, pero mamá y yo habíamos acordado que, si Bunty y yo no estábamos de vuelta a las tres menos cuarto, ella y papá irían a la iglesia con mis cosas de la boda y nos esperarían allí.

Wilf detuvo la furgoneta y todo el mundo salió corriendo.

Aunque Noreen dijo que no podía entrar en una iglesia con su vieja ropa de ir a la compra, y Wilf aún menos con su mono de trabajo, les insistí: después de todo lo que habían hecho, no podían faltar a la ceremonia.

—Voy a buscar sitio donde aparcar —dijo él—. Luego entraremos.

Mi madre, mi padre y mi hermano, Jack, estaban a las puertas de la iglesia, sin dar crédito a lo que veían, cuando aparecí con Bunty, que ya se estaba desabrochando el abrigo.

—No voy ni a preguntaros —dijo mi madre—. No hay tiempo. Ahora quítate esa ropa y vamos a ponerte el vestido.

—¿Está Charles aquí? —pregunté sin moverme.

—Por supuesto —respondió mi madre—. Jack, ve y dile que todo está en orden. El pobre muchacho debe de estar al borde de un ataque de nervios. Y puedes decirle al reverendo Lovell que tardaremos dos minutos. Es una prerrogativa de la novia. No, no hay tiempo para entrar en la sacristía. Alfred, Bunty, poneos delante de Emmy para que nadie pueda verla. Hola —añadió—, usted debe de ser Anne. Encantada de conocerla. ¿Podría quedarse ahí, por favor? Eso es. Emmy tendrá que vestirse aquí mismo.

Mi hermano desapareció en el interior de la iglesia mientras, como una cría que se cambia en la playa el bañador mojado, me saqué el jersey de lana; mi madre me metió el vestido por la cabeza.

A pesar de que me estaba cambiando en el pórtico de una

iglesia, la seda de paracaídas me cayó de maravilla al ponérmela, y mi madre me abrochó los botones de la espalda. Las mangas largas quedaban preciosas; sonreí al reparar en que debajo llevaría mi habitual camiseta de invierno, y no la tan denostada de seda.

En lugar del velo, me había confeccionado un pequeño tocado con flores de cinta, que combinaba perfectamente con el vestido. Servía para ocultar lo alborotado que tenía el pelo por culpa de los vaivenes de la furgoneta. Bunty juró que nadie sabría dónde habíamos estado.

—Los cardenales aún no han empezado a aparecer —bromeó.

Para rematar el conjunto, llevaba un pequeño ramo de bayas y plantas que mi madre había recogido del jardín y que había traído en el tren dentro de una caja.

Después de que Bunty me ayudara a fijar mi broche de perlas favorito al vestido, me aparté para ver si contaba con la aprobación de todos.

—¡Oh, cariño! —exclamó mamá—. Es perfecto.

—¡Oh, Em! —dijo Bunty.

—Es «muy» bonito —dijo papá—. Buen trabajo. Muy buen trabajo.

Todos sonreían de oreja a oreja.

Papá me dio un beso mientras mamá abrazaba a Bunty y les decía a todos que íbamos sobrados de tiempo.

La puerta de la iglesia se abrió y Jack asomó la cabeza.

—¿Estáis listos? —preguntó—. Charles está a punto de sacar la petaca de los nervios. ¡Caray! —añadió, mirándome—. Qué bien te queda el paracaídas. Y, Bunts, estás de infarto con ese vestido. ¿Podemos hacernos una foto para presumir ante mis compañeros?

Bunty, que conocía a Jack desde los tres años, dijo que sí, por supuesto. Luego, después de que mi madre me diese un último abrazo y negara que tuviera lágrimas en los ojos, mi hermano le ofreció el brazo y la acompañó al interior de la iglesia.

Mientras Anne enderezaba la corona de Ruby por enésima vez, miré a Bunty y a papá. Bunty había dado un paso atrás, pero papá nos cogió las manos a ambas.

—Quiero que sepáis que estoy más que orgulloso de vosotras. —Sonrió y se volvió hacia mí—. Bueno —dijo—, ¿estáis listas?

Asentí con la cabeza.

Mientras la señora Peyton tocaba los primeros acordes en el órgano, mi padre y yo recorrimos el pasillo de mármol rojo y blanco. A ambos lados había gente conocida; supuse que en el interior de la iglesia debía de hacer frío, pero no sentí nada de eso. Me agarré al brazo de papá y miré hacia delante. Ahora sí que me sentía como una novia en el día de su boda.

Incluso mis elegantes zapatos de novia eran asombrosamente cómodos. Entonces me di cuenta de que aún llevaba los robustos y prácticos zapatos que me había puesto para el desfile.

Charles estaba al final del pasillo con Guy y el reverendo Lovell. Sentí una oleada de emoción. Miraba fijamente hacia delante, como debía ser, pero cuando mi padre susurró «buena suerte» y se sentó junto a mi madre en el primer banco, Charles se volvió por fin y me miró un momento.

—Hola, cariño —dijo—. Te has tomado tu tiempo.

—Deberías ver lo que llevo en los pies —respondí.

Charles bajó la mirada y sofocó una risa.

Cuando el reverendo Lovell carraspeó y nos preguntó si estábamos listos para empezar, ambos asentimos.

—Emmeline Lake —susurró Charles—, eres la chica más guapa del mundo.

31
El mejor regalo de bodas

La ceremonia fue perfecta; Guy y Jack leyeron y hubo villancicos en lugar de himnos, cosa que le dio un toque más alegre. Cuando Charles y yo salimos de la iglesia, todos los chicos de uniforme, entre ellos Jack, Roy y Fred, del parque de bomberos, y algunos amigos de Charles que habían podido venir, formaron una guardia de honor para nosotros.

El señor Brand, que había venido con la señora Mahoney y el señor y la señora Newton, se había ofrecido para hacer las fotografías «oficiales» fuera de la iglesia. Me pregunté si en las fotos saldría tan abrumada como me sentía. Cuando todo terminó, al tiempo que la luz empezaba a desvanecerse y llegaba el apagón, junto a las personas cercanas que se habían reunido para celebrar nuestra boda, hicimos lo que para mí fue el segundo desfile del día. Charles y yo encabezamos la comitiva; bajo los vítores de los vecinos que encontrábamos a nuestro paso, volvimos a casa todos juntos.

Kath y Thelma se habían adelantado para hacer los últimos preparativos. Con la novedad de que ahora éramos el «capitán y su esposa, la señora Mayhew», dimos la bienvenida a todos los invitados.

El salón se había transformado. Parecía un día de Navidad en casa de una familia numerosa, y en cierto modo lo era. El fuego rugía gracias a la leña que nos había donado la abuela de Bunty. Montones de acebo, hiedra y muérdago adornaban la estancia, y las guirnaldas de papel de periódico que Bunty había fabricado quedaban perfectamente, casi como un pequeño guiño a quienes trabajábamos en la revista. Habían colocado juntas, a un lado de la

estancia, las mesas del comedor y de la cocina, y las habían cubierto con manteles que rara vez habíamos usado y que encontramos en los armarios de la ropa blanca y los habíamos lavado y planchado laboriosamente. Sobre ellos, el mejor banquete que había visto desde el inicio de la guerra. Las donaciones de nuestros amigos habían obrado una suerte de milagro. Grandes bandejas de arroz y moldes de carne acompañaban los entremeses de pescado y los bocaditos de queso, que olían tan bien que valía la pena no haber comido ni un gramo de queso desde mi compromiso. Había incluso hamburguesas de salmón y diminutas tartaletas con una pizca de carne picada. Guy había sido fiel a su palabra: el día antes de la boda, recibimos un surtido de botellas que Roy y Fred convirtieron en un delicioso aunque potente ponche.

Y en medio de todo ello, nuestra tarta de bodas, un armatoste de dos niveles con una tarta grande y otra pequeña en la parte superior. La grande estaba cubierta de encaje, y en la pequeña había una pequeña iglesia con los novios. Era plenamente consciente de que la capa grande era de cartón y papel blanco, para dar el pego, pero no importaba. Lucía preciosa, y podríamos cortar la tarta pequeña, que era muy muy de verdad.

Busqué a Kath y a Thelma para agradecerles todo lo que habían hecho y para asegurarme de que disfrutaran tanto de la fiesta como los demás. Seguían ocupadas yendo y viniendo de la cocina; Hester, que había cumplido su palabra y repartía tímidamente las bebidas de una bandeja, las estaba ayudando.

Aunque estábamos rodeados de nuestra familia y amigos, Charles y yo habíamos compartido unos preciosos minutos de compañía mientras caminamos del brazo desde la iglesia. Pero ahora que todo el mundo nos colmaba de buenos deseos y amor, ahora que yo presentaba a mi esposo (qué raro sonaba eso) a personas que él no conocía y Charles me presentaba a algunos de sus amigos del ejército, nos volverían a separar.

Tendríamos poco más que lo que quedaba de sus setenta y dos horas de permiso para estar juntos, antes de que tuviera que marcharse a cumplir con su deber, por lo que una parte de mí quería alejarlo de aquel bullicio. Cada minuto de separación se me hacía eterno, pero mientras observaba como la gente le daba la mano o palmaditas en la espalda, o levantaban sus vasos con el

ponche de Roy, me alegraba de compartir a mi esposo con los demás. Cuando Charles se marchara, cada uno de ellos conservaría una pequeña parte de él; quizá solo fuera un ratito, pero con el tiempo podríamos hablar de él. Parecía un disparate, pero si ahora les concedía un tiempo con él, podrían hablarme más de Charles cuando no estuviera.

Con tanta gente reunida, el ambiente en el salón era muy agradable; ciertamente, no necesitaba mi prudente y poco sensual camiseta de invierno. Me excusé y subí a mi habitación. En el rellano me crucé con Bunty, que salía de la suya.

—Acabo de arreglarme el peinado. Lo tenía todo alborotado —dijo.

—Estás preciosa —dije—. Jack tenía razón. De infarto.

—Tengo que conseguir hacerme esa foto con él. —Sonrió—. Eso alborotará el avispero.

Bunts se sentó en las escaleras.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó.

—Parece un sueño —respondí sentándome a su lado—. Parece que ha pasado un año desde esta mañana. He estado intentando decidir si quiero que todas las personas conozcan a Charles o si quiero esconderlo y tenerlo solo para mí.

Bunty sonrió.

—¿Estás bien, Bunts? —pregunté—. Vi que cojeabas en el desfile de esta mañana.

—Solo he forzado un poco la máquina —respondió—. Cada vez estoy mejor, Em. A veces no necesito el bastón casi para nada. Es lento, pero lo estoy consiguiendo.

—Esa es la mejor noticia —dije aliviada. Luego dudé—. ¿Cómo ha ido esta tarde? —pregunté con ternura.

Sabía que entendería de qué hablaba.

—Ha sido precioso —contestó—. Sinceramente. No sabía cómo me iba a sentir en la iglesia, y pensaba en Bill, por supuesto. Sabía que me acordaría de él, y que dolería. Mucho, la verdad. Supongo que siempre me dolerá, pero no por ti y por Charles. Me alegro mucho por ti, Em. Desearía que Charles no se tuviera que ir tan pronto, pero estoy muy contenta de que te hayas casado.

—Yo también. —Arriba hacía más frío, por lo que tuve que contener un escalofrío—. Nunca he amado a nadie así, Bunts. Casi

resulta aterrador. Estoy muy orgullosa de él, pero tengo muchísimo miedo de que no vuelva.

Si alguien podía entenderlo, esa persona era mi mejor amiga.

—Tú dedícate a amarlo —me dijo—. Si amas a alguien y sabes que te corresponde, pase lo que pase, bueno, eso no te lo quitará nadie. —Hizo una pausa y añadió—: Para ser sincera, no puedo comparar la sensación con la que tenía cuando estaba vivo, pero hay que intentarlo, ¿sabes?

Era muy valiente. Sonrió y me dio un empujón con el hombro.

—¿Estoy siendo de ayuda?

Le devolví el empujón. Hacer el tonto era mejor que estar triste.

—Para nada —le dije.

—Volverá —respondió Bunty—. Se lo he hecho prometer.

Nos quedamos ahí un rato, hasta que oímos unos pasos que subían las escaleras.

—Tendría que habérmelo imaginado —dijo Charles alegremente —. Decidme que no estáis tramando ningún plan.

—Ni por lo más remoto —respondí.

—Gracias a Dios. La gente ha preguntado a qué esperamos para el primer baile —dijo—. Creo que todo el mundo se muere por participar.

—¡Entonces a bailar! —exclamé.

Charles nos acompañó a la planta baja, donde nos recibieron Anne y el pequeño Tony, junto con Ruby, que aún llevaba puesta la corona.

—¿Qué hace una dama de honor ahora? —preguntó, después de que la levantara del suelo y de decirle que allí no teníamos suficiente espacio para darle vueltas.

—Bueno, puedes quedarte despierta hasta tan tarde como quieras, bailar con quien desees y comer bocaditos de queso hasta que se acaben.

Por primera vez desde que la conocía, Ruby se quedó sin palabras.

—Te enseñaremos dónde están los bocaditos de queso —dije—. Y luego Charles y yo bailaremos y todo el mundo podrá bailar con nosotros. ¿Te parece bien?

Ruby asintió muy seria. Se la pasé a Charles, que inmediatamente la puso boca abajo y se la llevó al salón, mientras

la niña gritaba de emoción.

—Me alegro mucho de que estéis aquí —le dije a Anne—. Tu habitación está lista para cuando quieras.

—No nos lo habríamos perdido por nada del mundo —me respondió—. Pero será mejor que me vaya a vigilar al monstruo de los bocaditos de queso.

—Te acompaño —dijo Bunty—. Y le diré a Charles que venga por ti: se supone que tienes que hacer una entrada estelar.

Me quedé en el pasillo mientras oía como mi hermano recibía a los invitados.

Cuando volvió, Charles sonrió.

—¿Le gustaría bailar, señora Mayhew?

—Gracias, me encantaría —respondí.

Entramos en el salón cogidos del brazo mientras Jack nos anunciaba.

—Damas y caballeros, les ruego que den la bienvenida a los novios, el capitán y la señora de Charles Mayhew, que van a salir a la pista para dar comienzo al primer baile.

Cuando Roy puso la música, empezamos a bailar. No había suficiente espacio para hacer un *quickstep* ni nada muy llamativo, pero no me importaba. Todos los que significaban algo para mí estaban allí, sobre todo ese chico que me abrazaba mucho más fuerte de lo que el baile en realidad requería. Cuando la canción tocó a su fin, hubo una gran ovación y pedimos a los invitados que se unieran a nosotros.

Mientras otras parejas, entre las que se encontraban Guy y una agilísima señora Mahoney, bailaban un sencillo *foxtrot*, Charles me llevó a un aparte.

—¿Sabes que tengo la intención de bailar contigo, exclusivamente, hasta que nos marchemos de esta fiesta? —me dijo.

—Eso espero —respondí—, aunque les he prometido un baile a papá y a Roy.

—No es para menos. Por mi parte, solo hay una persona con la que tengo un compromiso, si te parece bien, claro.

—Por supuesto —dije—. Adelante, te lo ruego.

Mi madre bailaba elegantemente con mi padre; los miré esperando a que Charles interviniera. Sin embargo, se acercó a Bunty, que los miraba desde un lado. No había bailado desde la

noche en que Bill había muerto. Era una de las muchas cosas que nos parecían horribles, porque todo el mundo sabía que bailar era una de las cosas que más le gustaba. Pero, si bien había mejorado de su pierna, no había mostrado interés alguno en volver a bailar. En cierta ocasión me había dicho que en parte era por su lesión, y en parte porque no podía imaginarse siendo feliz.

Me sentí tensa, y me pregunté si debía acercarme y detener a Charles. Su gesto era bienintencionado, pero eso tal vez no fuera suficiente.

Sin embargo, cuando le preguntó, Bunty sonrió, me miró y dijo moviendo los labios: «¿Puedo?».

Asentí con la cabeza, vacilante.

—Por supuesto —respondí.

Mi amiga dejó su bastón a un lado y, de la mano de Charles, avanzó hacia la pista. Con su ayuda para mantener el equilibrio, empezaron a bailar. Lenta y cuidadosamente, Bunty comenzó a bailar al tiempo que yo contenía la respiración.

Vi que Charles le preguntaba si estaba bien y que ella asentía, concentrada, pero con la mayor de las sonrisas.

De alguna manera, con discreción, las otras parejas les dejaron espacio; no es que se apartaran totalmente, como si aquello fuera una suerte de espectáculo, pero se aseguraron de que nadie chocara con ellos.

Miré a la abuela de Bunty, sentada regiamente junto a la chimenea. Contemplaba a su nieta con lágrimas en los ojos.

Noté que mi hermano se me acercaba. Me pasó el brazo por el hombro.

—Bunty ha estado practicando —dijo en voz baja—. En secreto, por si no le salía.

—Es maravilloso —susurré—. No sabía si volvería a bailar.

—Yo pensaba ayudar —dijo Jack—, pero nunca estoy por aquí, así que reclutó a Charles para una prueba, que, según tengo entendido, casi arruinaste.

La noche que llegué a casa y tenían la música puesta; debían de haber estado ensayando.

—Vamos a recuperarla, Em —dijo Jack—. Después de todo lo que ha pasado, vamos a recuperarla.

Cuando la canción terminó, Charles le dio las gracias a Bunty

por el baile y se acercaron a Jack y a mí.

Mi hermano fue discretamente a buscar el bastón de Bunty, por si lo necesitaba. Por mi parte, me limité a mirarla, incapaz de dar con las palabras adecuadas.

—¿Qué tal ha salido? —me preguntó.

—Ha sido perfecto —respondí.

Cuando terminé de abrazarla, ambas estábamos llorando; Jack nos dijo que debía de haberle entrado ceniza de la chimenea en el ojo.

—¿Vamos a tomar algo, Bunts? —preguntó—. Luego, si prometo no pisarte los pies, ¿me concederás un baile?

Mientras Bunty y Jack iban a probar el ponche, rodeé a Charles con mis brazos y lo miré a los ojos. Tenía muchas cosas que aprender de él.

—Gracias —le dije—. Gracias por el mejor regalo de bodas del mundo.

32
La Amiga de la Mujer

Tres días después, Charles regresó a su unidad y el día de San Esteban partió rumbo al extranjero. El tiempo que pasamos juntos fue glorioso, aunque después de que se fuera, de vez en cuando me miraba la mano izquierda para ver si realmente llevaba un anillo de boda. Era una recién casada, pero sin su esposo; ahora estaba en el mismo barco que miles de mujeres. Decidí considerarlo como una insignia de honor.

Pasamos nuestra luna de miel en un tranquilo hotelito de Surrey. Estaba lo suficientemente lejos de Londres como para que pareciera un viaje, y lo bastante cerca del acuartelamiento de Charles para que pudiéramos dejar la despedida para el último momento. Cada instante que pasamos allí fue de pura dicha.

La separación, en cambio, resultó horrible. Nunca me habían gustado las despedidas, pero esta fue la peor de todas.

Charles y yo fuimos juntos a la estación de tren para no estropear los preciosos recuerdos que guardaríamos de nuestra estancia en el hotel. Además, había esperado que poner buena cara me resultara un poco más fácil en público. No pensaba defraudar ni a Charles ni a mí misma echándome a llorar, pero era más fácil pensarlo que hacerlo.

Su tren fue el primero en llegar y, para colmo de males, lo hizo puntualmente.

—Pues aquí estamos —dije con optimismo, aunque tenía la sensación de que alguien me estaba oprimiendo el pecho.

—Así es —respondió Charles con el mismo brío, pero entonces rompió filas en el frente de la alegría—. Maldita sea —dijo entre dientes.

Hasta entonces, podía estar orgullosa de mí misma: lo había hecho muy bien; esperaba poder controlar mis palabras.

En los últimos instantes que pasamos juntos, mientras el tren entraba en la estación, nos abrazamos con todas nuestras fuerzas.

—Te quiero, amor mío —dijo Charles—. Más que a nada en el mundo. No lo olvides nunca, ¿vale?

Me aparté para mirarlo.

—Yo también te quiero. Siempre.

Luego se fue.

Lo despedí con la mano hasta que el tren se perdió de vista; seguí de pie en el andén mirando la vía vacía hasta que sentí una mano en el brazo.

—Lo ha hecho muy bien —dijo una señora que iba perfectamente vestida, con un largo abrigo azul—. Es un infierno, ¿verdad?

Un horrible lagrimón corrió por mi mejilla. Me lo limpié apresuradamente.

—Me prometí a mí misma que no lloraría —dije mientras otra lágrima amenazaba con saltar también del barco.

—No lo ha hecho —me respondió—. Se ha portado como una campeona, y esa es la imagen que recordará mientras esté lejos; su sonrisa y lo encantadora que es. Ahora, si está esperando el tren a Londres, ¿qué tal si nos sentamos en la sala de espera de señoras? Hoy hace un frío que pela.

Se llamaba Ives. Recordaré su amabilidad durante mucho tiempo. Charló conmigo y me hizo preguntas, y me dijo que estaba bien no intentar ser una guerrera como Boudica todo el tiempo: aquello era imposible. A veces había que ceder a algún que otro desahogo lacrimógeno.

—Tendría que haberme visto en la primera guerra, cuando mi esposo se fue al frente —respondió—. No sabía qué hacer con mi vida. Pero siempre pienso que decir adiós es la peor parte. —Me dio una palmadita en el brazo—. Ahora es un irritable viejo comandante que, desde que estalló la guerra, está de muy mal humor porque no puede ir a luchar. Estoy esperando que me concedan una medalla por tener que aguantarlo.

Se notaba que la señora Ives le quería mucho.

Cuando nuestro tren llegó, hablamos durante todo el trayecto

hasta Londres; cuando nos separamos y nos deseamos buena suerte, fue como si una amiga, y no una extraña, hubiera aparecido justo en el momento en que la necesitaba.

El día de Navidad, Hong Kong cayó en manos de los japoneses. Incluso los periódicos británicos tuvieron problemas para sacar algo positivo de la noticia. Charles no me había dicho adónde lo destinaban, pero fue un principio de año sombrío. Mi respuesta a la melancolía fue escribirle todos los días y volcarme de nuevo en mi trabajo.

Después de la marcha por las guarderías, hubo algo de actividad frenética. La revista ilustrada cumplió con su palabra e imprimió un artículo sobre «Guarderías para mujeres trabajadoras», e incluyó la fotografía que Bunty le había sacado a Anne cuando se agachaba para ajustar la corona de Ruby. Bunts había captado el momento en que Anne cuidaba de su hija mientras empujaba a Tony en el cochecito. Se podía ver claramente el cartel que decía: «mi mama quiere ayudar a ganar la guerra». No podría haber sido mejor.

Aunque Chandlers no salía nombrado en el artículo, la *Caceta* local se hizo eco de la historia de Anne y utilizó otra fotografía de Bunty, lo cual provocó un momentáneo revuelo. Varios miembros del público que habían asistido a la marcha adivinaron en qué fábrica trabajaban las mujeres y dijeron que iban a escribir al responsable para mostrarles su apoyo a las trabajadoras. Fue un paso en la buena dirección.

El señor Adams, el director de Relaciones Públicas, no era estúpido. Un puñado de trabajadoras había conseguido salir en los papeles y un policía había ordenado al representante del Concejo que se reuniera con ellas. El señor Adams también había observado la reacción de la multitud. Despedir a aquellas patrióticas obreras de la industria bélica en navidades no era una buena medida.

Anne telefoneó el día de Navidad para decirme que Chandlers le había ofrecido su antiguo puesto.

—Bien hecho —dije sorprendida—. ¿Qué has dicho?

—Les he pedido que me den buenas referencias y que borren el despido de mi expediente —me explicó—. No quiero volver solo para ver al señor Rice sufrir un ataque cada vez que me vea fichando. Y, para más inri, no ha cambiado nada. Mamá tendría que seguir bregando con los niños y yo volvería a estar en la misma

situación.

Era una postura valiente, sobre todo porque Anne no tenía trabajo; admiraba su determinación. Desde la marcha se mostraba igual que cuando nos habíamos conocido, cuando no más fuerte. De ahí en adelante, iba a complicársele la vida.

—Ayuda que Betty se haya mudado —dijo—. Pagará un poco de alquiler y, dependiendo de sus turnos, se ocupará de los niños mientras yo busco trabajo. Compartirá mi habitación, así que estaremos un poco apretadas, y Ruby la volverá majareta, pero Betty odia a su casera y dice que se quedará al menos hasta que yo me recupere. Y está presionando al sindicato de Chandlers para que deje participar a las mujeres. No vamos a ceder.

Sin embargo, no todo era un cuento de hadas. Irene había tenido que volver a casa de su madre, en West Midlands. No se gustaban lo más mínimo, pero con una pensión de viudedad y luchando por encontrar trabajo, no le quedaba elección. Todo el mundo se sentía fatal al respecto, pero no se podía hacer nada.

—Hay miles de chicas en la misma situación —dijo Anne—. Es una vergüenza.

—Voy a volver a escribir a nuestro diputado —prometió Bunty —. Se está convirtiendo en el peor amigo por correspondencia de la historia, pues nunca encuentra un momento para responder.

Bunty estaba en buena forma. En la segunda semana de enero fue como si el clima hubiese encontrado divertido lanzarnos otro desafío y se tornó gélido, con fuertes nevadas. Bunts y yo nos pasábamos la mayor parte del tiempo en la cocina, porque estaba calentita; cuando salíamos a la calle, nunca lo hacíamos sin unas botas gruesas y varias capas de ropa. Revivíamos felizmente la boda y la fiesta, sobre todo recordando la comida, y justo cuando pensábamos que ya no teníamos tema de conversación, Thelma o Fred o Roy llamaban y volvíamos a empezar. Roy había comenzado a llamar «Ginger Rogers» a mi amiga, y bromeó diciendo que le guardaba rencor porque había bailado con Charles y con Jack, pero no con él. Bunty subió la apuesta encendiendo la radio y pidiéndole un baile en la cocina. Él la complació encantado.

En *La Amiga de la Mujer*, una vez concluida la serie de artículos sobre la fábrica, me dediqué a investigar otras áreas de trabajo bélico que se debían cubrir. La campaña de reclutamiento del

ministerio seguía en pleno apogeo y no queríamos que fuera algo pasajero. «Su jovial servidora» ocupaba la mayor parte de mi tiempo, en trenes que tomaba para acceder a oscuros campos de entrenamiento de la WAAF, la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina, o entrevistando a los nuevos reclutas del Ejército Femenino de Tierra en un campo ubicado donde Cristo perdió el gorro. Cada semana, el número de cartas parecía duplicarse. No podía escribir las respuestas con suficiente rapidez y los folletos que imprimíamos se acababan tan pronto como llegaban. La señora Mahoney se mantenía ocupada gestionando la producción, mientras yo estaba más que contenta de ocuparme de las cartas de las lectoras casi exclusivamente por mí misma.

Un oscuro miércoles por la tarde, Kath y yo nos poníamos los abrigos y los gorros de lana, dispuestas a enfrentarnos a la nieve y salir del trabajo. Esa misma mañana había recibido una carta de Anne con muchas noticias.

—Por lo visto —dije mientras Kath se ajustaba su nueva boina escocesa para taparse las orejas—, Betty dice que las autoridades locales calculan que tardarán dos meses en ponerse en contacto con el Ministerio de Sanidad para preguntar si van a celebrar una reunión a propósito de la guardería para Chandlers. Dos meses. Para una reunión.

—¿Cómo está Anne? —preguntó Kath.

—Está bien. Tiene una entrevista de trabajo para ser responsable de las mujeres en la Bolsa de Trabajo. De nueve a cinco y esas cosas.

—Me alegro por ella —respondió Kath—. Me alegro mucho de que le vaya bien.

—Y yo —dije—, aunque el tiempo que pasa hasta que logras que te escuchen es como si hablaras con una pared.

Chasqueé la lengua, enfadada, cuando el señor Collins entró.

—¿Qué tarda dos meses? —preguntó.

—Los ministerios y las autoridades locales —dije, molesta yo también—. Anne no está consiguiendo nada muy rápido. En la última semana hemos recibido tres cartas de mujeres que dicen haber leído cosas sobre las guarderías del Gobierno, pero nadie tiene ni idea de cómo acceder a ellas. Todavía estoy dándole vueltas a qué responderles.

—¿Puedo enseñarle algo? —preguntó el señor Collins—. Lo siento, sé que ya está terminando su jornada laboral, pero es que acabo de verlo.

—Sí, por supuesto —respondí, comprendiendo que mi vehemencia no era la forma adecuada de hablarle al jefe, fuera o no tu nuevo cuñado.

Se volvió hacia Kath.

—Solo retendré a Emmy un minuto, a menos que tenga prisa por llegar a casa.

—En absoluto, esperaré —contestó Kath—. Nos vamos al cine.

—Muy bien —dijo el señor Collins mientras lo seguía a su oficina; una gran maqueta de una página para la revista ocupaba su escritorio.

—He estado trabajando en algo y quiero saber qué le parece. He pensado que podría ir en la página tres, en el lugar donde ha solido aparecer mi habitual y aburrida bienvenida. Creo que el señor Brand lo ha hecho muy bien. Adelante, eche un vistazo.

Se apartó mientras yo me inclinaba sobre el escritorio para mirar más de cerca.

Allí, bajo un gran encabezamiento que rezaba «De Amiga de la Mujer a Amiga» había una nueva página llena de cartas. En la parte superior de la página ponía «GUARDERÍAS DEL GOBIERNO: ¿QUE LAS RETIENE?».

Lo miré con asombro.

—He utilizado algunas cartas antiguas de las lectoras —explicó el señor Collins—. Si hacemos esta página, los temas pueden ser de diverso tipo, desde el asunto de las guarderías hasta dar consejos sobre cómo zurcir calcetines. En serio: una mezcla de cosas, pero la carta del editor destacará esos temas significativos que creemos que son los que más preocupan a nuestras lectoras. En lo que hace referencia a esta primera carta solo se dedica a explicar la nueva página.

Empecé a leer su artículo.

> Bienvenidos a nuestra nueva página, que llamamos «De Amiga de la Mujer a Amiga». Esta es «su» página: les pertenece enteramente a ustedes, nuestras lectoras. Está aquí para que se desahoguen, para que hablen de lo que les

preocupa o para que compartan sus ideas útiles favoritas.

¿A qué se debe este cambio?

Me gustaría contarles que el otro día una sabia amiga mía, una mujer joven que no tiene miedo de tomar partido, me dijo que, además de poner su granito de arena, consideraba que era muy importante que nos mantuviéramos unidos y nos defendiéramos los unos a los otros, ahora más que nunca.

Debo decir que estoy de acuerdo. Estamos juntos en esto, y, aunque ninguno de nosotros quiere quejarse, eso no significa que tengamos que aceptarlo todo. Queremos compartir sus pensamientos y preguntas sobre cómo podemos mejorar las cosas, tanto mientras dure la guerra, como en ese maravilloso día que sabemos que se acerca, cuando el mundo vuelva a ser libre de nuevo.

En *La Amiga de la Mujer* sabemos que todas ustedes están trabajando al máximo para ayudar en el esfuerzo bélico y asegurar que ganamos la guerra, por lo que queremos que opinen sobre las cosas que más les importan.

Espero que les guste nuestra, o, mejor dicho, su nueva página, «De Amiga de la Mujer a Amiga». No duden en escribirme y hacerme saber tu opinión.

Atentamente,

EL EDITOR

Apenas podía creer lo que acababa de leer.

La Amiga de la Mujer se unía al llamamiento en favor de las guarderías del Gobierno y pedía a nuestras lectoras que expresaran su opinión en la revista.

—Si cree que da en el clavo, pienso publicarlo en el próximo número —dijo el señor Collins con sosiego—. Creo que podría tener éxito. Como ha estado usted diciendo todo el tiempo, ya es hora de que empecemos a defender a las lectoras.

Era una noticia espléndida.

—No sé qué decir —respondí—. Gracias.

El señor Collins sonrió.

—Fue idea suya —me dijo—. Solo me llevó un poco de tiempo entenderlo. Soy un poco lento. Es la edad. Demasiado viejo. Ah, y

tengo esto para usted. —Me entregó un sobre—. Puede abrirlo ahora si quiere.

> Estimada señora Mayhew:
>
> Me complace confirmarle su ascenso, con efecto inmediato, a editora de lectoras y consejos de la revista *La Amiga de la Mujer*. Sus funciones incluirán la responsabilidad total de la página «Su jovial servidora», junto con artículos de interés para las lectoras…

Por segunda vez en cuestión de minutos, me quedé mirando a mi jefe boquiabierta.

—Es un nuevo puesto —dijo—, pero le aseguro que esta vez es real, no inventado. Debo decir, Emmy, que estoy como unas pascuas.

—¿En serio? —le pregunté, aún desconcertada.

—En serio —confirmó—. Y antes de que pregunte, no es nepotismo. Se lo merece como la que más. ¿Va a decir algo?

Yo sonreía de oreja a oreja.

—Gracias de nuevo —logré articular. Tenía muchas ganas de darle un abrazo; no obstante, a pesar de que la cabeza me daba vueltas, comprendí que era totalmente inapropiado en un entorno laboral. Aún era pronto para el frente jefe-cuñado, era una situación compleja—. Y, por cierto, no es usted viejo —añadí—. No puede serlo, no si somos parientes.

—¡Ja! —exclamó—. A veces me siento viejo. Ahora me iré a casa a descansar un buen rato.

—Eso suena horrible —dije—. Deberíamos celebrarlo. Venga con nosotras al cine. Hemos quedado con Bunty; cenaremos temprano antes de entrar a ver la película. —Miré mi reloj de pulsera. Eran las cinco y cuarto—. Venga como mi cuñado, no como el señor Collins. La jornada laboral ya ha terminado.

Situación compleja resuelta.

—Es muy amable, Emmy —respondió—, pero estoy seguro de que no me querrá…

—«Una amiga mía muy sabia me dijo que era muy importante que nos mantuviéramos unidos» —repuse—. Eso no tiene límite de edad.

Antes de que pudiera decir algo más, caminé hacia la puerta.

—Kath —grité—, ¿sería insoportable que saliéramos esta noche con el viejo y gruñón hermano de mi marido?

—No conozco a viejos hermanos gruñones —contestó—, solo a «unos» que ocasionalmente son gruñones y muy jóvenes. Y no me importaría en absoluto que vinieran.

El señor Collins —o, como ya pasaban de las cinco, Guy—, parecía desconcertado, pero al mismo tiempo encantado de la vida.

—Si está absolutamente segura —dijo.

Asentí con la cabeza. Por supuesto que lo estaba.

—Sabe que Charles me dijo que tengo que cuidarle, ¿verdad? —le pregunté tras una pausa.

Guy asintió.

—Pensé que se lo pediría —dijo—. ¿Y sabe que me dijo que yo debía cuidarla a usted? Y a Bunty. Y luego a una lista bastante extensa de lo que resultó ser casi todo el mundo que conocí en la boda.

Ambos nos reímos. Mi amado Charles.

—Bueno, entonces, no tiene escapatoria —dije—. No habrá forma de librarse de nosotras a partir de ahora, aunque quiera.

—No se me ocurriría intentarlo —respondió.

—Bien —dije—, entonces estamos de acuerdo. Ahora, ¿le importa que nos pongamos en marcha? Me han dicho que Humphrey Bogart no espera a nadie… Por otro lado, creo que es algo a lo que tal vez se acostumbre, pero ¡Bunty y Kath tampoco esperan!

Sintiéndome más alegre de lo que había estado en semanas, guardé cuidadosamente la carta y empecé a abrocharme el abrigo.

Charles sabía que cuidaríamos los unos de los otros el tiempo que él estuviera fuera.

—Confío plenamente en que todo el mundo estará bien —me había dicho—, a pesar de que soy perfectamente consciente de que no serás capaz de resistir enfrentarte a otro desafío si se da el caso.

Sonreí y pensé en mi cuaderno, tan lleno como siempre de pensamientos que había ido anotando en él cuando me surgían.

—En cuanto al nuevo trabajo —le dije a su hermano—, si mañana cuenta con un minuto libre, tengo muchas ganas de contarle algunas de mis ideas.

A. J. PEARCE (Hampshire, Inglaterra - 1964). Estudió en la Universidad de Sussex y en la de Northwestern. El descubrimiento de una revista femenina de 1939 le sirvió como inspiración para crear su primera novela, Querida señora Bird (Roca Editorial, 2018). Actualmente, vive en el sur de Inglaterra.